

# CON FIGURA CIONES ES

Núm. 48-49

Enero-agosto de 2019

Rolando Cordera Campos **P**resentación 3

Rolando Cordera Campos **J**aime Ros, *in memoriam* 6

Ricardo Becerra **E**l fuego de una inmensa curiosidad 8

Mariano Sánchez Talanquer **L**a desfiguración de la representación política:  
populismo y bonapartismo en el siglo XXI 10

Ricardo Becerra **L**a literatura para una década sin nombre 31

Anna Lührmann  
y Staffan I. Lindberg **U**na tercera ola de autocratización está aquí.  
¿Qué hay de nuevo en ella? 45

Nadia Urbinati **¿E**s el populismo  
el callejón sin salida de la democracia? 67

Kenneth M. Roberts **C**apitalismo y subtipos de populismo  
en Europa y América Latina 88



---

Thea Riofrancos **D**emocracia sin el pueblo: populismo de izquierda versus pluralismo insípido 100

Andreas Schedler **¿Q**ué sabemos de la resistencia a la subversión de la democracia? 108

Juan F. González Bertomeu y María Paula Saffon **¿Q**ué es el populismo?, de Jan-Werner Müller: reseña comentada 115

David Pantoja Morán **¿C**esarismo en México? Algunas notas para su esclarecimiento 124

Abdiel Oñate **1939:** la caída de la Segunda República española y su impacto sobre el proyecto cardenista de México 133

**L**os autores 146

---

## CON FIGURA CIONES

*Revista de la Fundación Pereyra y del Instituto de Estudios para la Transición Democrática*

*Director:* Rolando Cordera Campos • *Subdirectora editorial:* Eugenia Huerta

*Coordinador de este número:* Mariano Sánchez Talanquer. *Revisión editorial:* Sofía Berenice Dorantes García

*Consejo de redacción:* Antonio Ávila Díaz • Rosa Elena Montes de Oca • Ciro Murayama Rendón • Emilio Ocampo Arenal • Ramón Carlos Torres • José Woldenberg

*Comité editorial:* Antonella Attili • Bernardo Barranco • María Amparo Casar • Luis Emilio Giménez Cacho • Anamari Gomís • Marta Lamas • Julio López G. • Rafael Pérez Pascual • Teresa Rojas • Nora Rabotnikof • Carlos Rocés† • Luis Salazar • Adolfo Sánchez Rebolledo† • Raúl Trejo Delarbre

*Configuraciones.* Revista cuatrimestral, número doble, enero-agosto de 2019. Director y editor responsable: Rolando Cordera Campos. Número de certificado de reserva de derechos al uso exclusivo del título 04-2011-101712165400-20. Certificado de licitud de título (en trámite). Insurgentes Sur 1793-201 "C", Col. Guadalupe Inn, Alc. Álvaro Obregón, 01020 Ciudad de México. Impreso en Offset Rebosán, S.A. de C.V., Acueducto 115, 14370 Ciudad de México.

*Distribución:* nosotros mismos.

*Diseño original:* Rafael López Castro • *Tipografía y formación:* Socorro Gutiérrez

ISSN 1405-8847

Los artículos son responsabilidad de los autores. Tiraje 1 000 ejemplares.



# Presentación

**E**n circunstancias volátiles, levedades y turbulencias de todo tipo parece emerger un mundo nuevo pero no, desde luego, uno mejor, sino uno que surge de los descontentos múltiples con la operación de la globalización y que la crisis mundial del 2008 exacerbó. Su secuela de recuperación, a cámara lenta y desigual, puso a flote un profundo y extendido subsuelo de desigualdad y empobrecimiento que se ha tornado fuente de descontentos mayores con la democracia y la propia economía de mercado global.

El mundo asiste perplejo a la resurrección de los nacionalismos étnicos, comerciales y económicos, propulsada por quienes, no hace muchos años, proclamaban a voz en cuello el triunfo del mercado global y, como en línea recta de su mirada, corta como se ha probado, el fin de la historia. Haciendo caso omiso de uno de los señalamientos de más urgente atención que ya señalaba Polanyi: la idea de un mercado que se regula a sí mismo es una idea puramente utópica.

Sin política y sin el Estado, el avance de la fractura social y las abismales desigualdades son tentáculos desintegradores de las comunidades humanas. Dicho con otras palabras, el mercado no es sólo un conjunto de transacciones sino una institución social, dotada de un marco legal, sin duda modificable, pero imprescindible.<sup>1</sup>

Es en este sentido que no es casual, mucho menos un fenómeno menor, que haya sido precisamente el predominio de la desigualdad una de las lanzaderas mayores para la llegada de los nuevos bárbaros a las puertas de la ciudadela del mundo. “Lo más dañino fue la forma en que se gestionó la crisis”, dice el economista catalán Antón Costas, “se utilizaron recursos públicos para rescatar a los bancos, pero se dejó a su suerte a los hipotecados... mediante impuestos y recortes del gasto social, se hizo recaer sobre ellos todo el peso del déficit y del endeudamiento público provocado por la crisis y los rescates... ello rompió el contrato social e hizo visible la corrupción política asociada a un capitalismo monopolista que funcionaba en beneficio sólo de una reducida élite cosmopolita”.<sup>2</sup>

De suerte que el gran quiebre social, las galopantes desigualdades propiciadas por la globalización de la gran finanza y las operaciones de mercado han sido tierra fértil tanto para la llegada a la Casa Blanca del empresario estadounidense como de los “brexiteros” en Reino Unido, los declarados nacionalistas en Centro Europa e Italia, la derechista Le Pen y el cómico ucraniano Zelenski, entre otros, personajes dispuestos a formar filas en la internacional nacionalista. También para

<sup>1</sup> Adela Cortina, “Justicia y mercado”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* (febrero de 2016), disponible en <<http://www.revistas.uma.es/index.php/contrastes/article/view/1489>>.

<sup>2</sup> Antón Costas, “Tiempos no convencionales”, *El País* (3 de enero de 2019), disponible en <[https://elpais.com/economia/2019/01/03/actualidad/1546538174\\_199560.html](https://elpais.com/economia/2019/01/03/actualidad/1546538174_199560.html)>.

los brotes y rebotes de virus xenófobos, racistas, de violencia y rechazos. Todos, diferentes como son, reflejan profundos malestares de y entre los ciudadanos. En y con la democracia.

Estamos ante realidades ominosas que exigen reflexiones abiertas y amplias: ¿estamos ante el fracaso de los sistemas democráticos? ¿Es posible que eso que se ha dado en llamar populismo sea un fenómeno que llegó para durar? ¿Cómo explicar los vínculos rotos de la democracia con la sociedad? ¿Crisis de representación o ciudadanías “inexistentes”?

Es en este nuevo desconcierto internacional donde México tiene que encontrar su hoja de ruta; sin duda, la tarea es ingente pero urgente. En medio de tanto cambio político-electoral, el “país político” no entendió que la médula de nuestro torcido curso se encuentra en la reproducción de la desigualdad: fenómeno total, multivariado y omnipresente.

Haberla asumido como variable de nuestra realidad y pivote de los usos y abusos del poder, debería haber sido consigna principal de toda fuerza y organización política, democrática y progresista. Sin embargo, no ha sido el caso hasta ahora. La centralización de la política electoral ha opacado la cuestión social articulada por la dura combinatoria de pobreza extensa y desigualdad aguda. Y la estrechez fiscal del Estado se ha convertido en férrea barrera para siquiera imaginar una nueva combinación de lo económico con lo social. El cuerpo político quedó “seducido” con las prebendas y las “prerrogativas”, como se les llama en el medio electoral, y se encerró en sus compras y ventas de protección; mientras el entorno democrático era colonizado por los poderes de hecho y sin derecho.

A las dificultades que tiene el nuevo equipo gobernante para reforzar los canales del pluralismo alcanzado y, además, tener la capacidad de otorgar orientación clara, flexibilidad y firmeza a las nuevas formas que se dicen querer del intercambio político y el ejercicio del poder, hay que sumar la necesidad de realizar una reforma fiscal distributiva, a la vez que recaudatoria. Ninguna austeridad, ni republicana ni franciscana, sustituye al ejercicio de la política democrática y la necesidad de reformar al Estado en uno propiamente social, democrático y de derechos. Encontrar mecanismos eficaces de modulación y entendimiento entre el Estado y los mercados de cara a una cuestión social agravada en extremo, en sus dimensiones básicas de distribución y protección, es un expediente central.

En esta nueva entrega de *Configuraciones* los autores tratan de encontrar la punta de la madeja. Destaca por supuesto el esfuerzo de recolección, compilación, traducción y la propia contribución ensayística del doctor Mariano Sánchez Talanquer, coordinador de este volumen; la revisión editorial estuvo a cargo de Berenice Dorantes; agradecemos a ambos su colaboración. Los lectores encontrarán sugerentes reflexiones sobre la autocratización, los desafíos de los partidos políticos, la(s) desfiguración(es) de la representación democrática, el populismo y sus subtipos, las variedades de capitalismo, la subversión de la democracia y también sobre la creciente personalización de la política en esta era de cambio. Consistente con la preocupación sobre los autoritarismos que recorre los textos, y con el motivo del octogésimo aniversario, incluimos además un ensayo de Abdiel Oñate

sobre la caída de la Segunda República española y sus repercusiones en México. Completan nuestra oferta reseñas inteligentes de los libros fundamentales del momento, con diferentes miradas y acercamientos al “popular” y actual tema del populismo, sus manifestaciones y subversiones. Buscamos contribuir al entendimiento de una época en tránsito y, todavía, sin destinos ni contornos definidos.

Los nombres de los autores que conforman el número 48-49 de *Configuraciones* hablan de lo que podemos esperar en estas páginas. Anna Lührmann, Staffan I. Lindberg, Kenneth M. Roberts, Thea Riofrancos, Andreas Schedler, Ricardo Becerra, María Paula Saffon, Juan F. González Bertomeu y David Pantoja Morán: pluralidad teórica y regional, mirada global, rigor, excelencia en plano diálogo. Y no obstante, merece destacarse la presencia en nuestra revista de la profesora Nadia Urbinati, de la Universidad de Columbia. Destacadísima pensadora italiana quien aceptó con gusto que sea en *Configuraciones* donde aparezca, por primera vez en español y de manera simultánea a la publicación en inglés, el epílogo de *Yo el pueblo: cómo el populismo transforma la democracia*, libro con el que cierra su balance del ciclo democrático-populista del mundo en esta década. Ni más ni menos. Un verdadero lujo, llegada a nosotros de la mano y la traducción del profesor Sánchez Talanquer.

En suma, se trata de temas que deberían ocupar buena parte de nuestra agenda, que nos ayuden a otear caminos posibles por los cuales poder transitar, en medio de tanto despeñadero. Quizá no esté mal empezar por admitir la necesidad de (re)aprender a usar la palabra política como pedagogía democrática. De ser necesario, atreverse a rectificar, más si hablamos de nuevas formas de hacer política.

(Re)pensar un México democrático y habitable requiere visiones de largo plazo cuyas coordenadas sean recuperar el crecimiento económico y la centralidad de la cuestión social. La importancia central de la igualdad es, hoy más que nunca, un requisito para un desarrollo robusto y una democracia creíble.

\* \* \*

Durante el trabajo de edición del presente número murió el profesor Jaime Ros Bosch. Miembro del Instituto de Estudios para la Transición Democrática, colaborador frecuente de *Configuraciones*, profesor-investigador de la Facultad de Economía de la UNAM, integrante del Grupo Nuevo Curso de Desarrollo, uno de los más grandes economistas de México y nuestro queridísimo amigo.

Como un primer y sencillo homenaje de sus camaradas del Instituto, iniciamos esta edición con dos textos que llaman, cada uno a su modo, a reconocer la magnitud de la pérdida de ese compañero de amabilidad e inteligencia enormes, al que seguiremos queriendo y necesitando.

ROLANDO CORDERA CAMPOS  
*Director*

# Jaime Ros, *in memoriam*\*

Rolando Cordera Campos

*Para Adriana, Diego, Pablo y Alejandra*

**E**l pasado domingo 7 de julio murió Jaime Ros Bosch. Amigo muy querido por muchos (yo entre ellos), Jaime fue un hombre bueno y talentoso, siempre dispuesto a la generosidad y la solidaridad. Nunca dejó de hacer honor a su estirpe de hijo de catalán refugiado, heredero de las mejores tradiciones del socialismo civilizador que en su herencia se resumía en los recuerdos del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) y de su sacrificado dirigente Andrés Nin.

Su talento lo llevó más allá de la guerra de las citas y las referencias a modo. Fue un economista brillante y riguroso, que entendió desde muy temprano que la economía política era una herramienta fundamental, pero herramienta al fin y al cabo, para conocer y entender la sociedad contemporánea y tratar de mejorarla en una dirección de bienestar e igualdad. Su socialismo siempre fue inseparable del rigor y el análisis sobre lo que ocurría y podría ocurrir y sobre las implicaciones sociales, no sólo económicas, que una u otra decisión podrían acarrear. Keynesiano de cepa, fue un reformista ilustrado y un realista convencido de que las cosas podrían cambiar.

Muy temprano, Jaime desplegó ingenio y sorprendentes capacidades para la reflexión, el análisis y la enseñanza y formó parte de los fundadores del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), promovido por Javier Alejo, dirigido primero por el maestro Horacio Flores de la Peña, luego por don Antonio Sacristán Colás y siempre coordinado cuidadosa y celosamente por Trinidad Martínez Tarragó. Desde ahí, acompañado por la enriquecedora compañía de los refugiados del Cono Sur y varios colegas y amigos mexicanos, Jaime emprendió una interminable y comprometida tarea de investigación y difusión sobre la economía mexicana, en especial en la revista que llevara precisamente ese nombre: *Economía Mexicana*.

La revista y el proyecto fueron ejemplares por su rigor y aportaciones a la difícil perspectiva de entonces, y pronto propiciaron algunos vergonzosos sentimientos de envidia y rencor político. Víctima de una necedad dogmática y arrogante, siempre lindante con la estolidez, Jaime tuvo que dejar el CIDE y, junto con varios de sus compañeros, principalmente José Casar y, después, María Amparo Casar y Guadalupe González, refugiarse en el ILET (Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales), a la sazón presidido por nuestro inolvidable y querido Juan Enrique Vega.

\* Publicado originalmente en *El Financiero* el 11 de julio de 2019.

Luego, Jaime emprendió el vuelo al reconocimiento y la fama internacionales como economista político del desarrollo y aterrizó en Ginebra, en la Comisión del Sur, que promovieran Willy Brandt y la Socialdemocracia alemana y europea y que presidiera el expresidente de Tanzania Jules Nyerere. El Instituto Internacional para la Investigación del Desarrollo Económico de la ONU (WIDER, por sus siglas en inglés) y otros foros, le dieron a Jaime la “alternativa” y la Universidad de Notre Dame en Estados Unidos se lo llevó a sus aulas y centros de investigación con todo y *tenure*. Al final de su larga estancia ahí, esta Universidad le otorgaría el Emeritazgo.

Por fin, gracias a las gestiones de los directores de la Facultad de Economía, Roberto Escalante y Leonardo Lomelí, y la generosidad del banquero y economista Carlos Abedrop, quien además de fondos de apoyo para repatriar investigadores donó a la Facultad un espléndido edificio para su posgrado, Jaime retornó a su país y desplegó una enorme actividad docente y de investigación en la licenciatura y el posgrado en economía de la UNAM. Fruto de esos esfuerzos son varios volúmenes sobre México y su desarrollo (uno de ellos escrito con Juan Carlos Moreno-Brid, distinguido colega y amigo) y un volumen sobre las teorías del crecimiento y el desarrollo que actualiza otro escrito en Notre Dame y publicado por Oxford University Press. El libro, reescrito y traducido en México, adoptó el afortunado título de *La riqueza de las naciones en el siglo XXI* y pronto será publicado por el Fondo de Cultura Económica. Se trata de un trabajo formidable de reflexión teórica e histórica que mantendrá a Jaime presente por muchos años.

En memoria de aquella pionera revista *Economía Mexicana* hecha en el CIDE, que habrá que recordar con detalle más tarde, Jaime dirigió, coordinó y escribió el *Anuario Revista de Economía Mexicana*, apoyado por la Facultad de Economía de la UNAM y su director Eduardo Vega. Sus trabajos introductorios sobre el estado actual de nuestra economía han sido acompañados por trabajos notables, actuales y rigurosos sobre economía política y sus implicaciones sobre la vida social de México. Se trata de obras consistentes que contribuyen a ampliar y darle fuerza a la mirada crítica y constructiva sobre México y sus fundamentos.

La presencia de Jaime en la investigación, la docencia, el diálogo y la conversación en la Facultad fue y debe ser motivo de orgullo para el conjunto del claustro universitario. Sus estudiantes y colegas, a más de sus camaradas de la legión internacional por el desarrollo, lo extrañarán mucho.

Jaime Ros se nos fue, pero su obra y recuerdo vivirán siempre entre nosotros y para el bien de nuestro país. **Ω**

# El fuego de una inmensa curiosidad\*

Ricardo Becerra

*Para Adriana, con cariño y admiración*

**N**o estoy seguro. ¿Quién era mejor? ¿El economista extraordinario o el amigo gentil y siempre cálido? Para mi generación su nombre ya era mítico, luego de que desentrañó la “Organización industrial en México” (todo un misterio entonces, como ahora) para preparar el “cambio estructural” de aquellos años al lado del inseparable José Casar (otro profesional de la mejor tradición), Carlos Márquez, Susana Marván y Gonzalo Rodríguez, otros economistas intrépidos.

Desde comienzos de los años noventa, Ros ya era el gran economista duro, heterodoxo, con una visión penetrante que se situaba siempre en la exploración de los problemas económicos fundamentales de cada momento. Aquí algunos de los que recuerdo. ¿México podría acometer su transformación productiva con vistas a su inserción en la zona norteamericana? Y si era así, ¿cuál era el punto de partida real, cuál el diagnóstico necesario para una genuina política industrial? ¿Cuál fue el resultado de las reformas neoliberales dadas sus consecuencias concretas y mensurables? ¿Qué explicaba la recesión más larga que había vivido México desde la “crisis del tequila” en los primeros años del foxismo? ¿Por qué la macroeconomía convencional estaba fallando tan ostensiblemente en América Latina y de modo especial en México? ¿Es cierto que la “productividad” es lo que explica el anegamiento de la economía latinoamericana? ¿De hecho, qué es la productividad, y por qué tiene tan malos resultados aparentes en nuestra región? ¿Qué correcciones eran necesarias en los modelos de desarrollo económico vigentes antes de la crisis financiera? Y, finalmente ¿dónde están los obstáculos fundamentales que nos tienen sumidos en un estancamiento crónico, definido por él como “la trampa del bajo crecimiento y alta desigualdad”?

¿Se imagina el lector un programa de investigación económica más relevante y más pertinente en los últimos 25 años que el planteado por Jaime Ros? Y toda esa investigación la desplegaba con humor, sin prejuicios, aceptando elementos y evidencias empíricas vinieran de donde vinieran, pero manteniendo la vertical teórica de un economista que busca respuestas a problemas, economista útil, no doctrinario.

Frecuenté mucho menos de lo que debía al Maestro Ros, en parte por su brillante y prolongada estancia en la Universidad de Notre Dame y en parte por los muchos encierros monacales en que solía adentrarse para terminar este ensayo,

\* Publicado originalmente en *Etcétera* el 9 de julio de 2019.

aquel libro, tal clase o aquella ponencia, trabajos que, por fortuna, Ros nos hereda por centenas, con ideas originales, un rigor lógico-matemático tan inusual y pertinencia histórica y económica.

Jaime Ros es uno de los economistas responsables del único cambio en la política económica neoliberal en el último cuarto de siglo (continuada en el presente gobierno, por cierto). Me refiero a la política del salario mínimo, y tuve oportunidad de trabajar con él y constatar la manera como funcionaba su poderoso cerebro: escuchaba atentamente los cuestionamientos adversos, ponía en su escritorio toda la bibliografía leída y por leer, meditaba lo que iba a decir y daba sistemáticamente una respuesta bien estructurada a favor o en contra de su propia opinión original. ¡Lo que yo tenía enfrente era un economista flexible! Porque no le importaba la pose, la grandilocuencia ni defender un sacerdocio teórico, lo que le importaba era la verdad en los grandes temas del momento, sin las prisas del periodismo y sin el tedio de la academia especializada.

Lo que más lamento de la muerte de Jaime Ros es que se apaga el fuego de una inmensa curiosidad intelectual, científica, literaria y vital. Puedo contarles mi experiencia. Durante la elaboración del documento que refutó uno a uno los prejuicios económicos contra el aumento del salario mínimo, el profesor Ros hizo dos cosas: se sumergió en las raíces de la teoría clásica de la distribución del ingreso y en la teoría moderna de los contratos económicos, pero también se fue de picnic, es decir, ensayó su propio “experimento natural”. Y es que Jaime Ros decidió comenzar a tomar taxis a la primera provocación, a lo ancho y a lo largo de la ciudad de México, encuestando a los conductores sobre sus hábitos laborales y su ingreso. Durante aquellos 150 días, Ros recopiló información muy elocuente de lo que estaba pasando con los trabajadores de más baja calificación en la ciudad (los taxistas entre ellos), y pudo constatar que la señal siempre deprimida del salario mínimo estaba afectando los ingresos de ese segmento y que ganar tres veces el salario mínimo exigía al menos duplicar la jornada de trabajo. El salario mínimo estaba mandando una nefasta señal al conjunto de una de las economías locales más modernas del país (o la más moderna). De modo que Ros avanzaba en dos piernas, una intelectual y una empírica, una recuperando el acervo teórico que aprendió y otra clavada en su propia experiencia, la de todos los días.

Éste era Jaime Ros, quien además fue dueño de un buen sentido del humor y, con toda su grandeza, se dejaba cotorrear como el mejor de los amigos. No hubo una sola empresa, una sola iniciativa o una sola propuesta a la que lo invitásemos, que no aceptara por convicción. Ése era su límite: un límite moral. La última vez que hablé con él fue en una larga comida en la que sin remilgos me dio una clase de historia económica y, gustoso, aceptó redactar un texto para el siguiente libro; todo en medio de carcajadas, literatura y un gran afecto que irradiaba en cada intervención.

Ese Jaime Ros dejó de estar con nosotros el 7 de julio, en la noche. Difícil contar aquí la ausencia de su pérdida humana, porque simplemente no puedo. Pero sí puedo decir que, si algún día México será capaz de abandonar el mar de los sargazos económicos en el que vivimos, lo logrará de la mano, las ideas y la obra de Jaime Ros. **Ω**

# La desfiguración de la representación política: populismo y bonapartismo en el siglo XXI

Mariano Sánchez Talanquer

Guillermo O'Donnell describió a la democracia como un régimen en crisis permanente.<sup>1</sup> Mientras vive, decía, la democracia dirige la mirada de un presente más o menos insatisfactorio hacia un futuro de posibilidades aún incumplidas. En ella anidan las aspiraciones más humanas de reconocimiento, respeto, dignidad, libertad y bienestar; éstas, sin embargo, se mantienen irremediabilmente incompletas. El término mismo evoca una ausencia. Invita a mirar hacia el horizonte, pero como para los navegantes que perseguían el borde del mundo, éste se mantiene fuera del alcance.

Al mismo tiempo, la democracia es inseparable de la expectativa y la promesa. En sus múltiples variantes, los autoritarismos anestesian la exigencia popular mediante la cooptación, la intimidación y el implacable garrote, empleado en distintas dosis pero sin excepción. También pueden infundir conformismo de formas insidiosas, como lo retrató Havel en un ensayo-testimonio de otras luchas, pero, releído desde la era de la posverdad, de vigencia inquietante: tergiversando el lenguaje político; machacando la propaganda como Verdad; fabricando un sentido de inevitabilidad sobre su poder; e imponiendo una pesada cotidianidad contaminada por rituales de sumisión, actos selectivos de humillación y símbolos huecos, pero omnipresentes. Sumir a los individuos en un mundo de mentiras y “hechos alternativos” puede ser perversamente eficaz para aniquilar el espíritu político colectivo.<sup>2</sup>

La democracia, en cambio, permite y hasta fomenta las grandes esperanzas. Incubar expectativas que rebasan las posibilidades del presente, abrigar demandas universales, incorporar exigencias siempre expansivas es todo parte de su naturaleza misma. Los aspirantes políticos viven de prometer un futuro mejor. Las leyes reconocen a los ciudadanos como sujetos de derechos universales. Los gobernantes, al menos en el papel, actúan en nombre del pueblo. Las elecciones, por imperfec-

<sup>1</sup> Guillermo O'Donnell, “The perpetual crises of democracy”, *Journal of Democracy* 18, núm. 1 (2007): 5-11.

<sup>2</sup> “No es necesario que los individuos se crean todas estas mistificaciones, pero deben comportarse como si lo hicieran, o al menos deben tolerarlas en silencio o llevarse bien con los que se basan en ellas. Por esa razón, sin embargo, deben vivir dentro de una mentira. No necesitan aceptar la mentira. Basta con que hayan aceptado su vida con ella y en ella. Con este mismo hecho, los individuos ratifican el sistema, consolidan el sistema, hacen el sistema, son el sistema”. Václav Havel, *El poder de los sin poder*, trad. de Vicente Martín Pindado y Beatriz Gómez (Madrid: Ediciones Encuentro, 1990).

tas que sean como mecanismos para controlar a los poderosos, obligan a conseguir el consentimiento explícito de la gente “común y corriente”. Y ahí, en el momento mismo de la conformación del poder, la democracia recuerda a los ciudadanos su igual valor como agentes morales (una persona, un voto) —lo que subraya incómodas contradicciones y distinciones: entre lo formal y lo real, la teoría (derechos ciudadanos universales) y la praxis (privilegios particulares), la igualdad política-legal y las desigualdades estructurales.

En esa brecha, abierta y a veces expansiva, germina la insatisfacción. Las rutinas mismas de la democracia ponen el dedo en la llaga que separa el *es* del *deber ser*. Y su institucionalidad da rienda suelta al despliegue del descontento. Protege la libre expresión. Abre espacio para la organización colectiva. Permite la crítica y la protesta. Somete a los representantes, siempre nerviosamente pendientes de “la opinión pública”, a examen periódico de la multitud, la mayoría, “el populacho”, elevado a la condición de soberano —el que manda con autoridad suprema, sin obedecer a nada ni a nadie. E invita a los opositores a valerse de la inconformidad, incluso a azuzarla, para desafiar al gobierno y hacerse del poder.

De modo que la democracia trae consigo escurridizas promesas vitales, de la mano con condiciones para el desfogue de la frustración por el cumplimiento siempre parcial, desigual, insuficiente. Por eso, como intuía O’Donnell, se trata del régimen que invoca incesantemente su propia crisis. Por eso también escapa una definición unívoca, oficial, definitiva. Como todos los conceptos con historia,<sup>3</sup> su significación está enzarzada en la batalla política —el negacionismo ingrato de parte de la izquierda mexicana respecto a la transición democrática lo ilustra bien.<sup>4</sup> Incluso, en perspectiva histórica, la connotación positiva del término es apenas reciente.<sup>5</sup> Las definiciones de la democracia son tan amplias como las visiones políticas, los anhelos y las aspiraciones que en ella se depositan, nunca del todo realizadas. Esperanza e insatisfacción son dos caras en apariencia contradictorias, pero inherentes, de la moneda democrática.

<sup>3</sup> El punto de Nietzsche sobre el castigo: “todos los conceptos en los que se condensa semióticamente un proceso entero escapan a la definición; definible es sólo lo que carece de historia”. Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, trad. de Andrés Sánchez Pascual (Madrid: Alianza Editorial, 1979), 91.

<sup>4</sup> Según la fuerza política en el poder, la democracia “verdadera” se ha inaugurado sólo con su triunfo en 2018, reflejo no de la vigencia de procedimientos democráticos sino conquistado pese a su ausencia. La insistencia presidencial en que asistimos a un “cambio de régimen” así como la épica de la “Cuarta Transformación” —que identifica la Independencia, la Reforma, la Revolución y la llegada de Morena al poder como los hitos en la historia de México— se contraponen con la periodización que otorga trascendencia histórica al fin del régimen autoritario del siglo xx. De manera problemática, la nueva narrativa oficial invisibiliza los costos humanos del autoritarismo mexicano y borra de la historia la transición democrática, que irónicamente sentó las bases para el triunfo de López Obrador en elecciones libres o, en los términos de su relato, “la primera transformación pacífica, sin violencia”. La trampa retórica es preocupante porque autoriza embates contra instituciones democráticas que supuestamente eran sólo una fachada, pero ejemplifica el punto de que la discusión semántica sobre la democracia está atada al conflicto político.

<sup>5</sup> John Dunn, *Setting the People Free: The Story of Democracy*, 2da. ed. (Princeton: Princeton University Press, 2019).

Hoy parecemos asistir a un nuevo ciclo histórico de crisis democrática, intenso y de alcance global. Estas crisis pueden derivar en cambios sustanciales en la distribución de poder dentro de las unidades políticas (están ya haciéndolo), incluso en una redefinición de las formas, actores e instituciones democráticas, pero también en su muerte. Como documentan con precisión Lührmann y Lindberg en el ensayo incluido en este número, “una tercera ola de autocratización está aquí”. La *otra* “tercera ola”, la de la democracia a fines del siglo xx, la convirtió en la forma más extendida de organización política en el mundo por primera vez en la historia humana. Viejos y nuevos problemas de desigualdad, pobreza, degradación ambiental, corrupción o crimen siguieron afectando al grueso de las sociedades; el autoritarismo, aunque empujado a la retaguardia, encontró formas de reproducirse, a veces hablando el lenguaje democrático y disfrazándose con sus ropajes.<sup>6</sup> Sin embargo, la democracia parecía haber conquistado una victoria decisiva como sistema para lidiar con éstos y otros desafíos. Sus principios e instituciones medulares alcanzaron un predominio práctico y retórico sin precedentes, creando expectativas de una nueva era global de cooperación, libertad política y prosperidad compartidas.

El avance mundial de la democracia trajo mejoras sustantivas en el bienestar individual y social, sin que México sea la excepción —aunque afirmarlo en medio del estancamiento económico secular y la violencia criminal desatada parezca un chiste de mal gusto. De América Latina a Europa del Este, millones de personas vieron expandirse las posibilidades de expresar sus opiniones políticas, organizarse y participar en los asuntos públicos sin temer la intimidación o la represión estatal. La tolerancia hacia las minorías —étnicas, sexuales, etcétera— y los derechos de grupos sociales tradicionalmente discriminados, como las mujeres, adquirieron mayor vigencia y arraigo. Además, las elecciones libres y equitativas permitieron a sociedades de las más variadas configuraciones culturales y socioeconómicas procesar divisiones políticas profundas en paz. La alternancia en el poder por la vía de las urnas redujo la violencia política, mientras que derechos y libertades de nueva adquisición habilitaron a los ciudadanos para ejercer mayor vigilancia y rendición de cuentas sobre los gobernantes, así como para introducir demandas en sus sistemas políticos.

Aun así, los vientos han cambiado de dirección. La democracia representativa está hoy a la defensiva. Las ganancias del pasado parecen vulnerables; las probabilidades de nuevos procesos de democratización desalentadoras. Las expectativas de gobiernos eficaces, honestos y sensibles a las demandas populares han dado paso al desencanto y, peor aún, a denuncias iracundas de traición. A lo largo y ancho del mundo democrático, los ciudadanos están insatisfechos con la representación, resentidos con los políticos, frustrados con la aparente incapacidad de los sistemas políticos de dar respuesta a sus problemas y crecientemente dispuestos a recurrir a agresivas alternativas antisistema. A ojos de las mayorías, la élite del poder —en el sentido clásico de Wright Mills— ha secuestrado la capacidad de

<sup>6</sup> Steven Levitsky y Lucan Way, *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War* (Nueva York: Cambridge University Press, 2010).

decisión y mantenido privilegios a expensas del “pueblo”. Las personas sienten haber sido despojadas del control sobre sus propias circunstancias y de la posibilidad de determinar, con los otros, el futuro colectivo. Extraviado ese sentido democrático esencial, los electorados se inclinan por quien promete devolvérselos o, por lo menos, enterrar a sus verdugos. Como clamaban los argentinos a la vuelta del milenio, “¡Que se vayan todos!”. O como reza el cántico enfurecido de las multitudes en los mítines de Trump, por poner un ejemplo más reciente y de una de las “cunas” de la democracia: “*Lock her up! Lock her up! Lock her up!*”.<sup>7</sup>

En democracias avanzadas, las fuerzas de la globalización, la pérdida de soberanía nacional y el cambio sociodemográfico asociado a la migración desde el “Sur global” han polarizado a los electorados e incitado actitudes excluyentes entre grupos que, con ansiedad, ven su ascendencia económica y social tradicional bajo amenaza. La lenta y desigual recuperación de la economía mundial tras la Gran Recesión de fines de los 2000 sigue siendo una fuente de agravios. Sus efectos duraderos siguen vertiendo combustible en la pradera, ya de por sí inflamable a consecuencia de procesos estructurales en marcha desde el giro global hacia las políticas de mercado, hace ya cuatro décadas: la acumulación extrema de riqueza en la cúspide de la pirámide dentro de los países,<sup>8</sup> la financiarización de las economías, el fortalecimiento de órganos de decisión supranacionales o autónomos aislados de procesos democráticos, la precarización del empleo o la intensificación de la inseguridad económica por la exposición al mercado global.

En varias democracias jóvenes, las pulgas se pegan a perro flaco. A las mejoras apenas notables —y vulnerables a las crisis— en las condiciones materiales de vida, se suman el miedo existencial al crimen, altos índices de violencia, percepciones de corrupción extendida y la impunidad rampante. Con Estados de muy baja calidad, incapaces de proveer servicios básicos como la seguridad y la justicia con mínima eficacia, es casi imposible gobernar bien. Tras varias rondas electorales, el mal desempeño gubernamental inducido por la debilidad estatal termina manchando a todos los partidos, generalizando el descontento con el sistema.<sup>9</sup> Sumemos la sensación de que, pese a las dificultades de los demás, unos cuantos gozan de la buena fortuna de siempre, con natural indiferencia. El enigma no es la desconfianza general en las instituciones establecidas ni la irritación popular, sino el momento y las formas específicas en que se manifiestan políticamente.

<sup>7</sup> “¡Encárcélenla, encárcélenla, encárcélenla!”. La frase se refiere a Hillary Clinton, la contendiente demócrata en las elecciones presidenciales de 2016 y, para los críticos, representante fiel de la élite político-financiera global, desconectada de los problemas de los ciudadanos de a pie y en especial de los trabajadores blancos de las regiones afectadas por el declive industrial. Ciertamente, Clinton no mostró la cara más comprensiva cuando en plena campaña se refirió a “al menos la mitad de los seguidores de Trump” como “un amasijo de gente deplorable” (*a basket of deplorables*).

<sup>8</sup> Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2014). Edición en español (México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

<sup>9</sup> Mariano Sánchez Talanquer, “¿Democracia clientelar? La representación política frente a la debilidad estatal”, *Perspectivas - Fundación Friedrich Ebert* (2019), disponible en <<https://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/15562.pdf>>. Véase también Scott Mainwaring, “The crisis of representation in the Andes”, *Journal of Democracy* 17, núm. 3 (2006): 13-27.

Así, de norte a sur, como en dominó, las actitudes antisistema se han extendido entre los electorados del mundo democrático. La sabiduría popular parece haber migrado del repetido “más vale malo por conocido, que bueno por conocer” a un “más vale incierto por conocer, que pésimo por conocido”, un talante sin duda más arriesgado pero revelador del hartazgo. Las ganas colectivas de sacudir el tablero han vuelto atractivas opciones políticas que antes se habrían descartado como peligrosas o absurdas, incluso a riesgo de sacrificar conquistas democráticas arduamente perseguidas hace apenas una generación. Porque el terreno es fértil para las fuerzas de cambio, pero en el mismo tren pueden viajar oportunistas políticos con olfato desarrollado, voluntad de poder e inclinaciones autoritarias. Estos actores, dispuestos a aprovechar el río revuelto y enturbiar más las aguas, pueden colarse por las vías electorales para después demoler los estorbos y, valiéndose del descrédito de lo establecido, concentrar el poder a costa de las instituciones democráticas.

En efecto, la crisis de la democracia representativa tiene características distintivas en la era del espectáculo, la imagen e internet. A diferencia de los colapsos súbitos del pasado, al tronido de las bayonetas, las democracias ahora parecen más vulnerables a procesos graduales de descomposición institucional que atraviesan por la arena electoral misma.<sup>10</sup> Las herramientas de la democracia, empezando por el voto, son utilizadas contra la democracia misma. De Estados Unidos a Hungría, Italia o Brasil, nuevas figuras políticas, con lealtades cuando menos cuestionables hacia las normas y los procedimientos democráticos, se han abierto paso en los sistemas políticos, lanzando *tweets* incendiarios y capitalizando las varias inseguridades de la era contemporánea —económica, física, existencial. De manera nada inocente, estas fuerzas refuerzan la visión de que las instituciones establecidas están irremediablemente al servicio de minorías poderosas. Con frecuencia, ofrecen también el dulce envenenado de la refundación o la vuelta a un pasado glorioso (*Make America Great Again*), haciéndose así de un mandato para cargar contra “el sistema” en su conjunto.

Las transiciones completas hacia el autoritarismo puro permanecen todavía restringidas a un cúmulo de casos, pero procesos insidiosos de degradación democrática son visibles por doquier. Con perplejidad, somos testigos de cómo normas de respeto mutuo, contención y tolerancia de la oposición política se evaporan en países de larguísima tradición democrática. Los ejecutivos estiran, cuando no traspasan, los límites constitucionales. Las instituciones informales que complementan a los sistemas legales y mantienen la buena voluntad entre oponentes polí-

<sup>10</sup> Como se lee en el libro de Levitsky y Ziblatt, un raro caso de un *bestseller* escrito por politólogos profesionales: “así es como tendemos a pensar que mueren las democracias: a manos de hombres armados... Pero hay otra forma de aniquilar la democracia. Es menos dramática pero igual de destructiva. Las democracias pueden morir a manos no de generales pero de líderes elegidos —presidentes o primeros ministros que subvierten el proceso mismo que los trajo al poder. Algunos de estos líderes desmantelan la democracia con rapidez, como Hitler en Alemania tras el incendio del Reichstag en 1933. Más a menudo, sin embargo, las democracias se erosionan lentamente, en pasos apenas apreciables”. Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die* (Nueva York: Crown, 2018), 3.

ticos se debilitan en paralelo. En la esfera pública, el “debate” se vuelve tribal y el tono estridente, hasta el punto en que el prejuicio identitario prevalece sobre la argumentación razonada. Los hechos mismos se tornan cuestión de opinión política.

Valiéndose de agravios reales y extendidos, nuevos “hombres fuertes” concentran el poder, adoptan estilos autoritarios de gobierno, estigmatizan la oposición y transgreden las reglas democráticas de maneras que, hasta hace no mucho tiempo, estaban fuera del marco de lo posible. En algunos casos, como Brasil (¿y México?), los generales vuelven a recorrer los pasillos del poder y llevar la voz cantante en tareas bien alejadas de la defensa nacional, ahora sin necesidad de lanzar un solo disparo contra las autoridades constituidas. Incluso lo antes inimaginable —autoritarismo en ascenso en democracias avanzadas, nada menos que en el “líder del mundo libre”, Estados Unidos— es de pronto indiscutible.

Para decirlo en breve: la democracia representativa parece vivir horas decisivas. Las implicaciones del momento actual son materia de debate entre analistas, académicos y los ciudadanos mismos. Para algunos, las insurrecciones electorales representan una necesaria sacudida a sistemas representativos que han fracasado en responder a las demandas populares. Más que escandalizarse por “los populistas”, los demócratas liberales harían bien en arremangarse, preocuparse por la deriva oligárquica de las democracias contemporáneas y plantearse seriamente si el gobierno representativo sigue siendo el formato institucional más adecuado para alcanzar los ideales democráticos en las complejas sociedades modernas; si el partido político tradicional sigue siendo el mejor vehículo de incorporación popular a la vida pública; y pensar en las adaptaciones que necesita la maquinaria democrática para seguir funcionando. Al menos, antes de gritar “populismo” o “fascismo” a la primera provocación, habrían de tratar de distinguir entre el ruido la voz desesperada y resentida de muchos de sus conciudadanos, para tomar cartas en el asunto.

Los más entusiastas consideran que el ascenso de movimientos populistas contestatarios, con su *vis* igualitaria, pone por fin bajo la lupa instituciones y políticas que sostienen rígidas jerarquías sociales. Según estas visiones, la articulación populista del descontento da voz, dentro de la arena democrática, a formas de malestar y sufrimiento que permanecían silenciadas, fragmentadas y confinadas al ámbito individual. Esta incorporación política de agravios extendidos no puede significar sino un avance en el sentido democrático más puro: el gobierno del pueblo y para el pueblo, la reivindicación de la gente común. Aunque el apoyo a varios de estos movimientos corta transversalmente las divisiones de clase y otras fracturas tradicionales, la incomodidad de “las élites” del imaginario populista es prueba misma de la devolución del poder al “pueblo” soberano.

Pero existen también interpretaciones más sombrías. Para muchos, la vieja y duramente aprendida lección de que la democracia es una construcción frágil y reversible parece haber sido arrumbada en el fondo del cajón. Mientras tanto, el adagio clásico de que la democracia degenera en despotismo por la vía de la demagogia se está volviendo nuevamente realidad. El justificado enojo popular

está siendo capitalizado por el personalismo autoritario, respaldado incluso por demócratas incautos. Éstos, sin embargo, no deberían mirar para el otro lado hasta que sea demasiado tarde. Abrir los ojos frente a esas-pequeñas-transgresiones con las que se va extendiendo la ameba autoritaria, en vez de naturalizarlas por simpatía partidista, es necesario si se pretende detenerla.<sup>11</sup>

Desde esta perspectiva, los electorados pueden tener buenas razones para estar resentidos con la clase política tradicional, pero el revanchismo popular está comprometiendo el futuro democrático. Con tal de terminar con el *statu quo* y necesitados de creer en *algo*, los ciudadanos desencantados se están alineando detrás de oportunistas que aseguran no-ser-lo-mismo, invocan cualidades heroicas y en el camino se arrogan poderes extraordinarios so pretexto de barrer con el antiguo régimen. Difícilmente esta impetuosa voluntad de poder, que clama emanar directamente del “pueblo”, cabe dentro de los procedimientos constitucionales establecidos. Los principios del constitucionalismo moderno —supremacía de la ley, división de poderes, pesos y contrapesos— que aseguran un ejercicio limitado y legalmente autorizado del poder, se desdeñan como una camisa de fuerza diseñada para contener al pueblo y su emisario: el poder ejecutivo.

Y aunque la fuerza de la mayoría se pretenda utilizar para esquivar la deliberación racional, el modelo populista de democracia —y sociedad— tiene serias debilidades. Por tentador que sea su mensaje igualitario, el populismo es una falsa salida. Sus encarnaciones prácticas y justificaciones intelectuales, con su burdo antagonismo tribal-schmittiano, sufren al menos de tres defectos inherentes:

- Primero, confunden al “pueblo” con los partidarios, negando *de facto* el pluralismo como un hecho político legítimo. El modo primario de enfrentar a la oposición no es por la vía argumental contra sus planteamientos, sino descalificándola por *ser* y “expulsándola” moral y discursivamente de la comunidad política legítima (el no-pueblo).
- Segundo, sepultan el diálogo democrático, pues el “pueblo” ha hablado y frente a su voluntad, hay poco que argumentar. Además, la estructuración binaria del espacio político (gran mayoría-pueblo *versus* pequeña minoría-élite) requiere una simplificación radical de la política en todas las materias; tal simplismo prescinde por principio de la deliberación entre sujetos políticos.
- Tercero, como lo desarrolla con agudeza Urbinati en este mismo volumen, renuncian en la práctica y, si se examina a fondo, también en la teoría, al interés general en favor del interés de facción (su facción).

<sup>11</sup> La polarización partidista socava la capacidad de frenar subversiones democráticas. Como muestra empíricamente Svobik, los “populistas autoritarios” se salen con la suya no porque las personas carezcan de principios democráticos, sino porque exacerbaban el dilema entre esos principios, por un lado, e ideales partidistas y el rechazo a la oposición, por el otro. Así, la polarización política les permite mantener el apoyo de sus seguidores mientras dan pasos autoritarios. Milan Svobik, “Polarization versus democracy”, *Journal of Democracy* 30, núm. 3 (2019): 20-32.

Para decirlo en corto: lejos de estarse renovando, la democracia representativa parece estarse deslizando por el barranco del liderazgo personalista autoritario, con la maniquea distinción entre el “pueblo” y “la élite” como coartada. En términos crudos, la propuesta populista parece ser combatir la exclusión ¡con nuevas exclusiones!, efectuadas por vías semidictatoriales.

Este número de *Configuraciones* se adentra en estos dilemas y en el momento político que vive la democracia representativa en el mundo. Hemos reunido aquí un conjunto de ensayos, reseñas y artículos que, a contracorriente del ánimo prevaleciente, tratan de *entender*, antes que condenar o etiquetar. Los autores abordan casos distintos y adoptan una variedad de posturas, pero ofrecen todos análisis serios y originales para hacer sentido de la realidad política en un momento histórico convulso. Si bien los diferentes textos se hacen cargo de las similitudes en los procesos que atraviesan las democracias contemporáneas y delimitan las grandes tendencias, también tratan de explicar la heterogeneidad de formas, movimientos y liderazgos políticos que surgen en esta época turbulenta. El manoseado término “populismo” aparece aquí no como un epíteto o muletilla para ahorrarse esfuerzo intelectual, sino como un fenómeno político con antecedentes y características específicas, que merece ser desentrañado en sus variantes por su extensión fáctica y tensa relación con la democracia constitucional-representativa. La discusión de fondo no es sólo intelectual, sino propiamente política.

En lo que resta de este primer ensayo, me limito a llamar la atención sobre algunas de las características que distinguen a la crisis o transformación presente de la democracia, con énfasis en la coyuntura política mexicana. En el México de López Obrador y su “Cuarta Transformación”, los debates internacionales sobre el populismo y la naturaleza de los nuevos liderazgos ejecutivos resuenan con fuerza. ¿Cómo podemos caracterizar el momento político mexicano? No pretendo ser exhaustivo, sino subrayar algunos rasgos prominentes de la fuerza en el poder y trazar conexiones entre la nueva realidad política de México, la teoría democrática y la experiencia internacional.

### **Los partidos políticos en jaque**

La irrupción de líderes y movimientos con un virulento discurso antisistema en democracias viejas y nuevas, ricas y pobres, europeas o latinoamericanas, debe hacernos pensar sobre qué está ocurriendo con la institución central de la democracia representativa moderna: el partido político. Difícilmente han escaseado, en cualquier contexto, personajes valentones que apunten un dedo flamígero hacia las clases dirigentes, propongan cambios radicales o reciten teorías de la conspiración para hacer sentido de la complejidad a su alrededor. Su presencia no es reveladora; sino que de pronto, la gente parece dispuesta a escuchar.

El término “populismo” ha sido ya tan abusado que roza en lo improductivo, pero las definiciones serias coinciden en lo fundamental: se trata de un fenómeno político en el que un liderazgo o movimiento considera que la sociedad está en última instancia dividida entre dos campos antagonistas, el “pueblo” y la “élite”

corrupta; sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general del “pueblo”; y busca alcanzar o mantener el poder mediante vínculos verticales-plebiscitarios con el electorado contruidos con una retórica *antiestablishment*.<sup>12</sup> El éxito del populismo está por tanto lejos de ser fortuito. Por el contrario, su mensaje resuena lo suficiente sólo en contextos de alta exclusión política, en los que segmentos considerables de la sociedad se sienten políticamente alienados.<sup>13</sup> Así, aunque los líderes populistas refuercen estratégicamente el descontento ciudadano, las explicaciones de su éxito centradas en su astucia personal omiten lo esencial: las circunstancias que lo incuban. Los populistas exitosos son surfistas hábiles, pero aprovechan una ola con fuerza de arrastre que, a veces, puede terminar por devorarlos a ellos mismos.

El sentido colectivo de alienación que hace resonar el mensaje antisistema en un contexto de competencia electoral abierta sólo puede significar una falla sistémica en la representación, es decir una crisis de los partidos políticos. Esto no quiere decir que los partidos hayan perdido relevancia o desaparecido del mapa; como presentía Mair, lo que parece haber ocurrido es un desplazamiento del centro de gravedad de los organismos partidistas desde la sociedad hacia el Estado, más que un declive de los partidos como tal.<sup>14</sup> Así, su mutación de organizaciones sobre todo sociales en organizaciones sobre todo estatales (dependientes de las subvenciones, legalmente protegidas de la competencia, refugiadas en los puestos gubernamentales, etcétera) acarrea una erosión de sus lazos sociales de base, el debilitamiento de la militancia frente a los miembros *ex officio* del partido en cargos públicos y el cuasi abandono de funciones de organización de la vida social; pero una intensificación de su papel en la organización de las ramas de gobierno, la gestión de acuerdos entre las élites gobernantes y la justificación de las políticas públicas frente al público.

Más que una crisis total de los partidos, hablamos entonces de un cambio en su naturaleza que suspende el ejercicio del principio elemental de la democracia: la soberanía popular. Desde la instauración del sufragio universal, los partidos dieron sentido, significado y contenido sustantivo a la política. Mediante la función representativa, llevaron las experiencias sociales de la gente común al ámbito político y dotaron a los ciudadanos un sentido de pertenencia a una causa más allá de lo estrictamente personal. Los partidos hicieron operable el principio teórico de la soberanía popular porque, por medio de ellos, las personas podían tener una voz en las decisiones políticas. El sentido de eficacia política del ciudadano común, sin más recursos para ejercer influencia que su condición de ciudadanía misma, depen-

<sup>12</sup> Recorro aquí, principalmente, a Robert R. Barr, “Populists, outsiders and anti-establishment politics”, *Party Politics* 15, núm. 1 (2009): 29-48, y a Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism: A Very Short Introduction* (Nueva York: Oxford University Press, 2017).

<sup>13</sup> Kenneth Roberts, “Parties and populism in Latin America”, en Carlos de la Torre y Cynthia Arnsion, eds., *Latin American Populism in the Twenty-First Century* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2013).

<sup>14</sup> Peter Mair, *Party System Change: Approaches and Interpretations* (Nueva York: Oxford University Press, 1997).

día de la intermediación proporcionada por las organizaciones partidistas. De modo que “el retiro” de éstas hacia el Estado significa un “vaciamiento” de la democracia misma —un hueco que clama ser llenado e induce la invocación populista del “pueblo”. El título del libro póstumo de Mair —quizá el mejor estudioso del partido político como institución y las implicaciones de sus transformaciones para la democracia moderna— capturó bien el estado de las cosas que antecede a la irrupción populista: gobernando el vacío.<sup>15</sup>

¿Qué hay detrás? Es obvio que los partidos sufren para adaptarse a un contexto político-económico, tecnológico y social inédito. En el plano programático, la profunda integración económica más allá del Estado-nación, las presiones internacionales y el colapso de alternativas ideológicas al pensamiento económico ortodoxo —con la concomitante reducción de la política pública a una arena de expertos— han impuesto fuertes límites a la toma de decisiones. El menú de instrumentos y alternativas de política, incluso de modelos de sociedad posible, se ha recortado en forma drástica. La democrática posibilidad de elegir puede rozar lo ilusorio. Para los teóricos de la democracia populista, esta situación “pospolítica”<sup>16</sup> o “posdemocrática”,<sup>17</sup> consistente en el estrechamiento del espacio de conflicto, es precisamente la semilla de la movilización populista. Ésta, al reintroducir el disenso y repolitizar decisiones dejadas fuera del alcance del “pueblo” y el proceso democrático, quiebra la ilusión liberal de un consenso alcanzado mediante la razón y la técnica.<sup>18</sup>

Así, los electorados pueden tener demandas que los partidos simplemente no pueden escuchar. Las etiquetas partidistas en competencia pueden ser múltiples, pero las políticas que implementan —y los resultados— fundamentalmente los mismos. Este tipo de convergencia ideológico-programática o “democracia sin opciones”, común en América Latina en los noventa, ha destruido varios sistemas partidistas.<sup>19</sup> Y los colapsos de los sistemas de partidos, además de que pueden

<sup>15</sup> Peter Mair, *Gobernando el vacío: la banalización de la democracia occidental*, trad. de María Hernández Díaz (Madrid: Alianza Editorial, 2015).

<sup>16</sup> Chantal Mouffe, *Agonística: pensar el mundo políticamente*, trad. de Soledad Laclau (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014).

<sup>17</sup> Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, trad. de Horacio Pons (Buenos Aires: Nueva Visión, 2012).

<sup>18</sup> Los teóricos del populismo retoman aquí la crítica general de Schmitt y otros al liberalismo, por su pretensión de exorcizar el disenso confinándolo dentro de márgenes prestablecidos. Carl Schmitt, *The Concept of the Political* (Chicago: University of Chicago Press, 2007). Una versión aguda de esta crítica se encuentra también en Sheldon S. Wolin, “The liberal/democratic divide. On Rawl’s political liberalism”, *Political Theory* 24, núm. 1 (1996): 97-119.

<sup>19</sup> Kenneth Roberts, *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era* (Nueva York: Cambridge University Press, 2014). Para una síntesis del argumento en español, véase Kenneth Roberts, “Reforma de mercado, (des)alineamiento programático y estabilidad del sistema de partidos en América Latina”, *América Latina Hoy* 64 (2013): 163-191. Para los paralelismos entre las secuelas partidistas de la crisis de la deuda en América Latina y la crisis de 2008-2009 en Europa, véase Kenneth Roberts, “State of the field: Party politics in hard times. Comparative perspectives on the European and Latin American economic crises”, *European Journal of Political Research* 56, núm. 2 (2017): 218-233.

producir una arena electoral crónicamente desestructurada en vez de dar pie a un nuevo mapa partidista, generan por lo menos turbulencias democráticas, cuando no ciclos de autocratización.

Al mismo tiempo, los partidos atestiguan la revolución en las comunicaciones asociada a internet y para hacerle frente, mutan en asociaciones sobre todo publicitarias, que lanzan frases pegajosas y tratan de hacerse oír en un espacio cada vez más saturado. Es difícil exagerar las implicaciones del cambio tecnológico para la vida de los partidos. Entre otras consecuencias, ha reducido las capacidades de controlar los flujos y el contenido de la información desde las organizaciones; intensificado la importancia de la imagen; difuminado las fronteras entre el hecho y el rumor; multiplicado los puntos de entrada para formular exigencias; creado una competencia feroz por la volátil y efímera atención de la audiencia; debilitado la importancia de la organización de base; reformulado las formas y estrategias de campaña; fomentado el intercambio personal (más que institucional), pero a la vez virtual; y acelerado los ritmos de la política y las relaciones de representación. La lista podría continuar, pero es claro que escuchar, atender y agregar demandas significa ahora algo distinto a lo que era hace apenas un par de décadas, previo a la masificación de internet.

A ello se suma que el terreno social sobre el que operan los partidos es menos firme, estructurado, navegable. Las posiciones de clase son más ambiguas y sus expresiones organizativas menos comunes en mercados laborales con mayor rotación, informalidad, autoempleo y trabajo *freelance*. El bombardeo mediático, la globalización cultural y la masificación del transporte de larga distancia expone a los individuos a múltiples estímulos simultáneos, que conviven con la experiencia propiamente “local” para producir identidades personales cambiantes, en flujo, altamente dependientes del contexto espacial y temporal específico. La traducción política de una identidad social concreta es así cada vez menos automática.

En consecuencia, las posibilidades de forjar alianzas duraderas con grandes asociaciones de intereses (sindicatos, corporaciones, iglesias, etcétera) que ordenaban el espacio social y “congelaban” políticamente una identidad social dada, hoy escasean. Comandar el apoyo electoral estable de bloques sociales bien definidos o reproducir identidades partidistas de generación en generación es un desafío mayúsculo en sociedades más fragmentadas, móviles e individualizadas. Responder a las demandas populares es más difícil, en parte porque el margen de acción se ha estrechado, pero también porque “aun si los partidos quisieran escuchar a los votantes”, cada vez más lo que hay es “una cacofonía de voces diferentes. Esto ha hecho más difícil sintetizar las varias demandas, ya no digamos agregarlas en programas electorales y de gobierno coherentes —en sí misma la función representativa clásica desempeñada por los partidos en las democracias.”<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Peter Mair, “Smaghi versus the parties: Representative government and institutional constraints”, en Wolfgang Streeck y Armin Schäfer, eds., *Politics in the Age of Austerity* (Cambridge: Polity, 2013), 155.

En suma, la confluencia de factores ideológicos, tecnológicos y sociales ha hecho que los partidos “ya no sean lo que fueron alguna vez”.<sup>21</sup> La largamente anunciada crisis de la función representativa del partido político parece haber alcanzado en varias democracias un momento decisivo, con los partidos compitiendo palmo a palmo por cada voto, sin lealtades aseguradas y desplegando grandes esfuerzos sobre todo publicitarios, pero castigados uno tras otro al llegar al gobierno, fallando en forma crónica en satisfacer expectativas y en conjunto, fracasando en hacer sentir a la gente escuchada. Así, parecemos finalmente haber alcanzado la era en la que se desatan las secuelas del fracaso del partido político como institución representativa, una criatura que nació con la democracia moderna misma para dar traducción política a las grandes divisiones sociales y movilizar a los electorados de masas.

Desacreditadas o colapsadas las alternativas partidistas tradicionales, podría pensarse que tras la turbulencia las piezas se reacomodan, produciendo un nuevo orden. Pero los sistemas estables también pueden derivar en estados de alta entropía. Algunos electorados se han enfrascado en ciclos de “voto de protesta” e inconformidad permanente en una arena electoral volátil, siempre en flujo, sin competidores estables ni contenidos sustantivos.<sup>22</sup> Lejos de solucionar la crisis de representatividad y dejar a los votantes satisfechos, sin embargo, este tipo de “democracia sin partidos”<sup>23</sup> trae sus propias patologías, entre otras un personalismo rampante; la pérdida de significado ideológico-programático de la contienda electoral, con la consecuente banalización; problemas para organizar la oposición a medidas de gobierno; declives en el funcionamiento institucional por la falta de profesionalización de cuadros políticos; altísimos niveles de incertidumbre y dificultad para el votante promedio, ante la falta de referentes estables, para orientarse en el juego político; la incapacidad de controlar la dirección de las políticas del Estado; y, en última instancia, un alto riesgo de captura del sistema político por actores autoritarios, que aprovechan la falta de partidos capaces de organizar la oposición para minar los procedimientos democráticos.<sup>24</sup>

¿Qué hay del sistema de partidos mexicano? Hasta hace poco, el país aparecía en lo más alto de las listas de institucionalización del sistema de partidos.<sup>25</sup> Con tres partidos bien implantados, la competencia electoral transcurría con patrones

<sup>21</sup> Philippe Schmitter, “Parties are not what they once were”, en Larry Diamond y Richard Gunther, eds., *Political Parties and Democracy* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001).

<sup>22</sup> Grigore Pop-Eleches, “Throwing out the bums: Protest voting and unorthodox parties after communism”, *World Politics* 62, núm. 2 (2010): 221-260.

<sup>23</sup> Los “partidos” en el sentido más básico —vehículos para contender por puestos de elección popular— siguen existiendo, aunque rehúyan la etiqueta en sí (“alianza”, “frente”, “movimiento”, etc.). Con “democracia sin partidos” me refiero a la situación en la que las etiquetas partidistas concretas se vuelven efímeras o pierden valor simbólico.

<sup>24</sup> Steven Levitsky y Maxwell A. Cameron, “Democracy without parties?: Political parties and regime change in Fujimori’s Peru”, *Latin American Politics and Society* 45, núm. 3 (2003): 1-33.

<sup>25</sup> Kenneth F. Greene y Mariano Sánchez Talanquer, “Authoritarian legacies and party system stability in Mexico”, en *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse*, ed. Scott Mainwaring (Nueva York: Cambridge University Press, 2018), 201-226.

estables, caras conocidas y flujos moderados de votos entre contendientes de elección a elección. La estructura del espacio político estaba bien definida: el PRI como hijo del autoritarismo, con la estampa de la corrupción y compartiendo con el PAN la agenda económica de centroderecha, pero con una aura de “saber gobernar”; el PAN con las credenciales de una fuerza democrática, de gente honesta, devota y de buenas costumbres; y el PRD como el desordenado partido de corrientes y clientelas, que sin embargo cuestionaba el rumbo económico, abanderaba la agenda social y aglutinaba a los viejos defensores del nacionalismo revolucionario con el grueso del progresismo capitalino.

Hoy los términos de referencia han cambiado. Un nuevo partido —un amasijo emanado del PRD en el que aletea también la derecha evangélica y todo el que lo haya deseado— ordena la vida política, con control de mayorías absolutas en las cámaras. Pero decir partido es decir demasiado: lo que hay es un liderazgo personalista que ha llenado el espacio político, alrededor del cual se construye quizá un partido no para llegar al poder sino *desde* el poder, para mantenerlo. Las expectativas de oposición se depositan sobre todo en personalidades, más que instituciones partidistas. El histórico PRI, metido en unas cuantas madrigueras regionales, parece desfondado: su marca se asocia ya solo con las peores patologías. El centroderecha sigue apaleado: el PAN no reencuentra su voz e identidad perdida, mientras algunos de sus ex liderazgos más derechistas, ya fuera del partido, tratan de llamar la atención. Pero en una de las ironías de la política contemporánea, Morena les ha arrebatado sus principales banderas: conservadurismo social, adelgazamiento del Estado y gusto por lo militar.

El futuro es siempre incierto, pero podemos decir que es hoy más incierto que antes. El populismo exitoso es en todos lados una fuerza transformadora de la representación democrática, pero el sentido de los cambios que produce no está preestablecido (a veces destruye la democracia misma). Con todo, anunciar la muerte del sistema de partidos todo puede ser prematuro. El lopezobradorismo es una fuerza, pero ya lo era antes. Y a diferencia de otros liderazgos populistas que han asaltado los sistemas partidistas desde fuera, aquí la rama populista ha brotado del tronco mismo de los partidos tradicionales.<sup>26</sup> Morena además abrió un ancho paraguas: con los nubarrones en el horizonte, allí se refugió más de uno del vilipendiado *establishment*.

Acaso el mayor reto es la (re)construcción de alternativas creíbles. Sin embargo, además de su posición constitucional privilegiada (con acceso a medios y recursos), varios partidos (PAN, PRI, MC) mantienen cargos importantes a nivel estatal y local. No es del todo descartable que desde ahí recuperen fuerzas para capitalizar el descontento con la Cuarta Transformación, que de desinflarse más de la cuenta a golpes de austeridad —más el estancamiento económico y la violencia persis-

<sup>26</sup> En Estados Unidos un *outsider* como Trump asaltó el Partido Republicano y lo arrastró al populismo xenófobo de derecha que, como muestra Roberts en este mismo número de *Configuraciones*, es típico del capitalismo avanzado. Pero en contraste con casos europeos, en Estados Unidos la irrupción populista permaneció dentro de los confines del sistema bipartidista tradicional. Véase, por ejemplo, Perry Anderson, “Passing the baton”, *New Left Review*, núm. 103 (2017): 41-64.

tentes— bien puede ensombrecer más el escenario. El resultado de una nueva ronda de decepción generalizada es de pronóstico reservado.

### **Variedades de populismo: organización social y bonapartismo del siglo xxi**

En su artículo en este número, Roberts identifica diferencias estructurales en las economías capitalistas que predisponen a las democracias hacia populismos más inclusivos-de izquierda o excluyentes-de derecha cuando la representación falla. Este tipo de ejercicio permite una comprensión más fina de los procesos políticos en curso de la que se desprende del uso genérico del término para etiquetar a movimientos *antiestablishment* así como de su posible dirección. Aquí me interesa resaltar otra dimensión de variación entre distintos brotes populistas, con consecuencias relevantes para la operación de la democracia: su densidad organizativa.<sup>27</sup>

Si bien el populismo está ligado a liderazgos carismáticos fuertes, algunos fenómenos populistas se asocian a movilizaciones sociales extensas, estructuras partidistas desarrolladas y vinculación estrecha con asociaciones cívicas que facilitan la coordinación y canalizan una intensa participación ciudadana. La organización permite un dominio político duradero, pero también significa una limitante a la voluntad unipersonal. En otros, en cambio, la sociedad permanece casi desmovilizada, sin formas de sociabilidad desarrolladas o espacios participativos autónomos. La diferencia es importante porque los movimientos populistas sin base organizativa desarrollada en la sociedad están asociados a procesos más agudos de subordinación, social e institucional, a la voluntad personal de un líder —en el modelo del “despotismo democrático”<sup>28</sup> o el “gobernante plebiscitario, el gran demagogo” que ejerce una “dominación carismática”.<sup>29</sup>

En la medida en la que en estos casos se genera organización entre los sectores populares, ésta se inserta bajo rígidas estructuras verticales de poder con el líder en la cúspide, manteniendo bajos niveles de autonomía. Más que un despertar cívico de sectores sociales que, con base en agravios y experiencias compartidas, desarrollan vínculos de solidaridad y construyen un movimiento (que a su vez respalda a un líder responsable frente a la movilización colectiva), un político voluntarista capitaliza el descontento de individuos desarticulados. Así, no es (parte de) “el pueblo” la que construye un movimiento con liderazgos, sino un hombre fuerte el que de forma estratégica y aprovechando márgenes amplios de discrecionalidad construye un cierto “pueblo” para acumular poder.

<sup>27</sup> Kenneth Roberts, “Populism, political conflict, and grass-roots organization in Latin America”, *Comparative Politics* 38, núm. 2 (2006): 127-148.

<sup>28</sup> El término lo acuñó Tocqueville para describir una situación democrática carente de espacios participativos y formas de sociabilidad que despertaran y canalizaran la energía política de la gente común. El orden de los términos es importante: lo democrático califica a un régimen de naturaleza despótica, no viceversa.

<sup>29</sup> Max Weber, “Politics as a vocation”, en *From Max Weber: Essays in Sociology* (Londres: Routledge, 1991), 77-83.

El resultado es una falta de consistencia programática mínima y posibles bandazos de política pública, conforme al juicio del líder, cabeza y cemento de una coalición contradictoria. A falta de sectores sociales bien organizados, éste encumbra o traiciona ciertas causas y promesas a conveniencia, por cálculo o convicción personal, libre de una rendición de cuentas al interior de su propio movimiento. El pragmatismo político excesivo, las decisiones caprichosas y la subordinación de antiguas promesas programáticas a razones puras de poder no son casuales, sino posibilidades inherentes al populismo de corte más personalista. Por supuesto, estas inconsistencias y contradicciones no se reconocen como tales, lo que se manifiesta en una resignificación constante de los acontecimientos mediante el discurso. En formas disparatadas, se reinterpretan las palabras, se abusan los conceptos, se tergiversan los hechos, se controvierte la realidad misma. “Yo tengo otros datos”; *fake news*.

La maleabilidad del “pueblo” —y, por ende, de las posturas políticas que pueden adoptarse en su nombre— está en el corazón mismo de la teoría populista. La influyente teorización de Laclau y Mouffe pone énfasis en la construcción discursiva de “el pueblo” mediante la articulación de un popurrí de demandas insatisfechas y fragmentadas. El líder populista puede hacerse del poder utilizando la retórica antisistema para erigirse en punto focal de esas demandas disímbolas, incluso inconsistentes entre sí, que comparten sólo la alienación respecto de las instituciones establecidas. El líder emerge como un “significante vacío”, un ser polivalente en el que muy distintos sectores insatisfechos pueden proyectar sus propios deseos y reclamos. La manera de comprender el éxito de los liderazgos populistas no es concentrándose en el plano programático-ideológico, sino en su capacidad para absorber demandas provenientes de todas las direcciones. En parte con un discurso contestatario multifuncional, en parte producto de las circunstancias, logra dar voz política de forma simultánea a expectativas sociales inconexas y hasta contradictorias, pero incumplidas. Dicho en términos llanos: el populista consigue que cada quién, desde su lugar, vea en su figura lo que quiere ver.<sup>30</sup>

La formación de esta “cadena de equivalencia” entre demandas permite redibujar el espacio político en dos (el pueblo abandonado contra la élite sorda) —la “frontera interna”— para romper los alineamientos políticos existentes con una nueva gran coalición ganadora. Lo que unifica es el “significante vacío”,<sup>31</sup> quien construye un sujeto homogéneo y contingente mediante el discurso. Pero las formas posibles de definir al “pueblo” y sus fronteras son múltiples. Como dice Mouffe, el pueblo “siempre resulta de una construcción discursiva, y el ‘nosotros’ alrededor del que cristaliza puede ser construido de diferentes maneras.” Por implicación, en

<sup>30</sup> Nótese desde ahora el paralelismo con los comentarios de Marx sobre Luis Bonaparte: “Y así vino a resultar, como dijo la *Neue Rheinische Zeitung*, que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo”. Karl Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, en *Obras escogidas* (Moscu: Editorial Progreso, 1981), 159.

<sup>31</sup> Ernesto Laclau, *La razón populista* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006). Las cursivas son mías.

un escenario social desarticulado, hay también flexibilidad y contingencia respecto de las demandas “populares” que se recogen, escuchan, priorizan —y las que se subordinan, ignoran y abandonan.

Antes que un programa con causas concretas, la teoría populista de la democracia ofrece ante todo una guía práctica para hacerse del poder político donde abundan demandas desatendidas, disponible para izquierdistas o derechistas, liberales o conservadores, progresistas o xenófobos. No hay en la movilización populista nada que la vincule de manera intrínseca con los ideales de la izquierda o un programa progresista de libertad, igualdad y emancipación humana. Como teoría y práctica, el populismo ofrece el antagonismo entre algún “pueblo” con su respectivo antipueblo, un molde *vacío* (rellenable con este proyecto o aquél) —y nada más.

Desde la propia izquierda, la crítica de Perry Anderson al populismo laclauiano y al giro lingüístico posmarxista en la izquierda del que forma parte dispara al corazón: “El resultado ha sido desvincular ideas y demandas de amarres socioeconómicos de manera tan completa que éstas pueden ser apropiadas por cualquier agente para cualquier construcción política. Inherentemente, el rango de articulaciones no conoce límites. Todo es contingencia... La propuesta se derrota a sí misma. No solo cualquier cosa puede articularse en cualquier dirección: todo se convierte en articulación.”<sup>32</sup> Se comete el error opuesto al del materialismo crudo, con sus clases estructuralmente preconstituidas: aquí los intereses son maleables a placer y “el pueblo” puede invocarse por igual para proyectos políticos encontrados. ¿Cuál es el modelo de sociedad del populismo democrático? Todos y ninguno en concreto.

Así, en los populismos más personalistas, el líder puede deslizarse en el espacio ideológico, mezclar el agua con el aceite y hacer alianzas con tirios y troyanos, para después, en nombre del “pueblo”, privilegiar las medidas que resulten más convenientes según la voluntad personal, consideraciones hiperpragmáticas o factores de poder irresistibles —la nueva posición de los militares en el sistema político y la sociedad en México, por ejemplo. En efecto, el vuelco de López Obrador respecto de la seguridad pública —de “abrazos, no balazos” y “el retiro del Ejército a los cuarteles” hacia la institucionalización de la presencia militar en las calles, apenas velada bajo la etiqueta de “Guardia Nacional”— es una buena muestra.

Este tipo de reversas programáticas y acomodados camaleónicos son típicas del populismo a bajos niveles de organización social, con su personalismo exacerbado y la concomitante teatralización del ejercicio del poder. En estas coyunturas, algunos seguidores pueden romper con el movimiento, viendo sus preferencias de política o convicciones democráticas traicionadas. Sin embargo, aquellos atados por un vínculo de naturaleza sobre todo carismática o atrapados en la polarización contra oponentes partidarios que les disgustan intensamente pueden tratar de racionalizar la inconsistencia.<sup>33</sup> El punto es que el descontento popular o las crisis representativas pueden estar vinculadas a patrones de organización social

<sup>32</sup> Perry Anderson, *The H-Word: The Peripeteia of Hegemony* (Londres: Verso, 2017), 96.

<sup>33</sup> Svoblik, “Polarization versus democracy”.

muy distintos, que a su vez engendran populismos con grados distintos de centralización y personalización del poder.

El liderazgo directo sobre la masa desorganizada de seguidores es, en el mundo de la revolución digital y la sociedad “líquida”, el modo de populismo predominante. A diferencia de los populismos latinoamericanos clásicos de los treinta y cuarenta (de Cárdenas, Vargas, Haya de la Torre o Perón), con su corporativismo y densa organización partidista, la mayoría de los populismos contemporáneos se fundan casi en exclusiva en la vinculación directa entre el liderazgo carismático y el “pueblo” atomizado. La incorporación política de aquellos alienados en el “antiguo régimen” no pasa ahora por la formación de lazos estrechos con organizaciones de masas, grupos estructurados de activistas ni movimientos sociales con arraigo. Tampoco exige la constitución de un partido con fuerte presencia local, actividad extraelectoral y funciones de integración social.

En este vacío organizacional-participativo, el simbolismo que rodea a la persona del gobernante satura la política. Dado que en contextos de crisis representativa, como los que engendran el populismo, el apego a formas y procedimientos institucionales ordinarios pierde valor como fuente de legitimidad,<sup>34</sup> la dominación legítima (la creencia básica de que quien manda tiene derecho a ser obedecido) depende en forma creciente de la representación del gobernante como líder ejemplar, de su insistente glorificación moral. Por naturaleza y necesidad, el liderazgo populista recurre constantemente a actos de alta carga simbólica. Estas representaciones son a menudo poco trascendentes en sentido práctico, desde el punto de vista de la política pública; pero no es ésa su intención. Buscan, por el contrario, reproducir entre el público la exaltada imagen personal del gobernante.<sup>35</sup> En ausencia de un movimiento *colectivo* organizado, de ella depende la continuidad del proyecto político y la autoridad misma del gobierno.<sup>36</sup> Se refuerza así el componente de la política como espectáculo. El populista es un buen actor y no tiene otra opción más que serlo. La representación democrática degenera en una escenificación dramática frente a una audiencia pasiva.

Diferencias en el grado de organización popular de base pueden distinguirse incluso entre los movimientos que recurren a la retórica populista en la era reciente.

<sup>34</sup> En este sentido, el ascenso del populismo se asocia por definición con un proceso subyacente de desinstitucionalización, que se manifiesta ante todo en el desplazamiento de las alternativas electorales tradicionales pero también en la erosión de normas formales e informales de comportamiento en el sistema político.

<sup>35</sup> La reivindicación del líder carismático en la teoría populista tiene parientes poco democráticos. Hace eco, por ejemplo, del famoso lamento monarquista de Burke, según el cual tras la Revolución francesa “un rey no es más que un hombre”. “Amor, veneración, admiración, apego... Estos afectos públicos, combinado con los modales, se requieren a veces como complementos, a veces como correctivos, siempre como auxilios de la ley”. Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (Indianápolis: Hackett, 1987), 68.

<sup>36</sup> Para una exposición lúcida —de la mano de Gramsci— de las razones por las que el personalismo exacerbado del populismo, al menos en sus variantes menos organizadas, es contrario a principios democráticos básicos y a un programa progresista genuino como el de la socialdemocracia de la posguerra, véase el texto de Nadia Urbinati en este mismo número, así como su *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and the People* (Cambridge: Harvard University Press, 2014).

Mientras que Hugo Chávez en Venezuela alcanzó el poder a fuerza de su liderazgo hiperpersonalista en un entorno social semianómico, el robusto y bien estructurado movimiento cocalero indígena fue la plataforma que impulsó a Evo Morales a la presidencia de Bolivia. Las redes universitarias detrás de Podemos en España o los varios grupúsculos socialistas detrás del Bloco de Esquerda portugués dan también un toque menos personalista a estas fuerzas. Pero difícilmente es el caso de México.

Aquí, como en otras partes, la regla no es el vínculo mediado ni las solidaridades colectivas, sino la adhesión de individuos fragmentados a un liderazgo carismático en el que se depositan esperanzas de rompimiento con lo establecido. Éste funda su poder no en la participación ciudadana autónoma ni en una extensa organización popular de base, sino en su propia fuerza de voluntad —que no es realmente la suya, sino la del “pueblo” que se ha apropiado de su cuerpo para poder actuar. La proclama de López Obrador en la plaza pública el día mismo de su ascenso al gobierno lo encapsula: “¡Yo ya no me pertenezco, yo soy de ustedes, soy del pueblo de México!”.

La configuración social sobre la que se ha alzado el lopezobradorismo es uno de los rasgos cruciales para comprender el momento histórico mexicano, uno que modela a la fuerza política en el poder. Las organizaciones corporativas de masas son cosa del pasado. La membresía sindical apenas roza la décima parte de la población económicamente activa y los sindicatos están desacreditados. La democratización abrió espacios para nuevas organizaciones de la sociedad civil, algunas con influencia notable en la agenda política nacional, pero por lo general de bajísima membresía social. Lo que Tocqueville describió como “el arte de perseguir el objeto de sus deseos comunes en concierto”, “la práctica de asociarse en su vida diaria” sin la cual “la civilización misma estaría en peligro”, está lejos de retratar la rutina de la enorme mayoría.<sup>37</sup>

En 2005, 67% de los mexicanos respondieron “nunca” haber “contactado a algún grupo no gubernamental como asociaciones, sindicatos, grupos religiosos, etcétera para solucionar problemas que lo afectan en el barrio”. Ocho años después, en 2013, el porcentaje ascendía a un abrumador 87% (el último dato disponible).<sup>38</sup> Lejos de haber desarrollado el hábito de agruparse, los ciudadanos parecen volcados sobre sus problemas y carencias individuales.<sup>39</sup> En el lenguaje de los noventa, el “capital social” es casi inexistente, sobre todo entre los más marginados. A tasas secularmente bajas de asociación se suma el efecto corrosivo de la violencia y el crimen, el hobbesiano “miedo a la muerte y las heridas” que, en ausencia de un Estado capaz de garantizar la seguridad, vuelve a las personas siempre desconfiadas unas de otras —disolviendo la sociedad propiamente.

<sup>37</sup> Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (Londres: Penguin, 2003), 596-597.

<sup>38</sup> Latinobarómetro [en línea]. Disponible en <<http://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>>. [Consultado el 27 de mayo de 2019].

<sup>39</sup> “El individualismo... predispone a cada ciudadano a separarse a sí mismo de sus semejantes y encerrarse en el círculo de su familia y amigos de tal manera que sea crea así un pequeño grupo para él mismo y con gusto abandona a la sociedad en su conjunto a sus propios medios”. Tocqueville, *Democracy in America*, 587.

La gráfica 1 muestra el agudo deterioro en la confianza interpersonal que ha acompañado a la democracia en México, desde el año de las primeras elecciones federales libres y equilibradas hasta hoy. No sólo las instituciones políticas inspiran una desconfianza profunda; ésta impregna las relaciones sociales todas. En 2017, en la antesala de la elección que trajo a Morena al poder, sólo 14% de las personas consideraba que los demás (siquiera una mayoría) eran confiables. La “sociedad civil” es delgadísima porque la sociedad misma, asaltada por múltiples inseguridades, es apenas un conglomerado de individuos que se miran unos a otros con recelo, incapaces de entrar en contacto entre sí por miedo y falta de recursos, materiales y hasta emocionales, para integrarse.

Sobre esta sociedad privatizada, con escasas redes de apoyo y protección que se extiendan más allá de la familia, se monta un fenómeno político que abreva del descontento de individuos fragmentados. El malestar es intenso, pero está desorganizado. Como bien apunta Riley, incluso en Estados Unidos, donde la retórica antisistema, xenófoba y nacionalista de Trump ha producido recurrentes equiparaciones con el fascismo, la falta de extensas organizaciones de base, integradas a su vez en un partido de masas, hace del trumpismo un fenómeno fundamentalmente distinto al fascismo.<sup>40</sup>

Sin semejante estructura de movilización y participación social, términos como cesarismo o bonapartismo capturan mejor la esencia de las formas actuales del poder. Si esto ocurre en la cuna del asociacionismo toquevilliano, el caso mexicano sólo puede ser más agudo. Los comentarios de Marx respecto de la erección de un poder político hipercentralizado —acompañado de un ejército— sobre una “masa inmensa” de individuos (campesinos) aislados que “sin muchas relaciones entre ellos”, forman la nación como “las patatas de un saco forman un saco de patatas”, resuenan con fuerza:

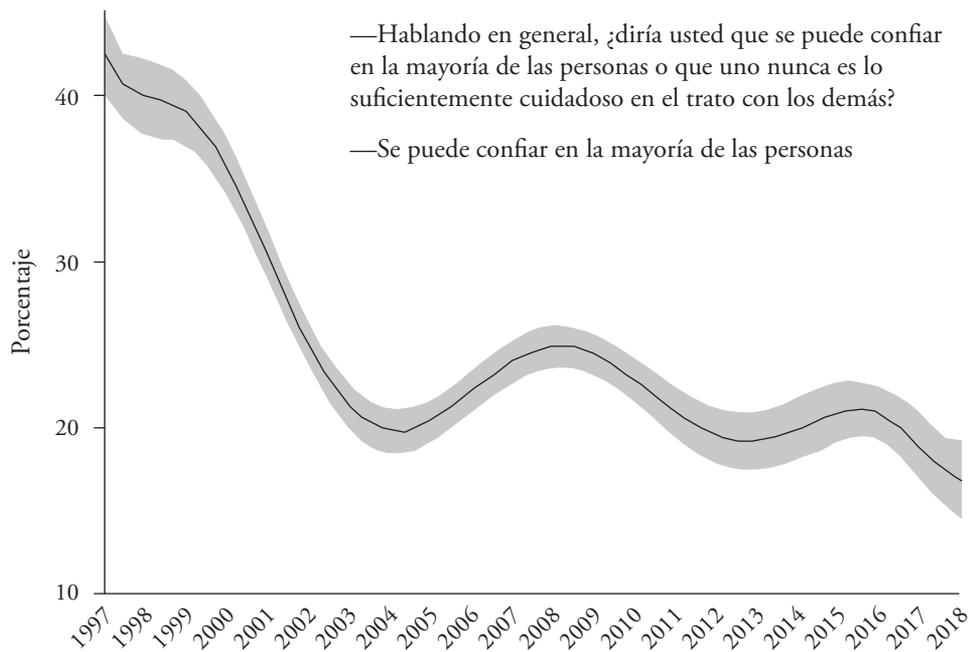
La identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política... Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre... No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo someta bajo su mando a la sociedad.<sup>41</sup>

Ya en el poder, el lopezobradorismo refuerza la atomización desde la cual se impulsó hacia la silla presidencial. ¿Cuál es la política del primer gobierno emanado de la izquierda partidista hacia las asociaciones de la sociedad civil? “Un memorándum, una circular para que no se transfieran recursos del Presupuesto a organi-

<sup>40</sup> Dylan Riley, “What is Trump?”, *New Left Review*, núm. 114 (2018): 5-31.

<sup>41</sup> Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, trad. de O.P. Safont (Barcelona: Ariel, 1977), 144-145.

**Gráfica 1.** Confianza interpersonal en México, 1997-2018



FUENTE: cálculos propios con datos de Latinobarómetro, 1997-2018. Encuestas de representatividad nacional. En 1999, 2012 y 2014 no se realizaron entrevistas. La figura muestra un polinomio local ajustado sobre 24 260 entrevistas, con intervalos de confianza de 95 por ciento.

zaciones sociales, a sindicatos, a organizaciones de la llamada sociedad civil, ONG, a asociaciones filantrópicas.”<sup>42</sup> Y para el alud retórico que desde lo alto, desde la persona del gobernante, se precipita a diario sobre el ciudadano, lo importante no son los (“mal portados”) medios de comunicación, sino la transmisión directa por “las benditas redes sociales”.

Cualquier lector medianamente atento de textos clásicos del pensamiento político no podrá dejar de notar el término lopezobradorista para designar a los grandes villanos de una historia de corrupción y decadencia, ésos que la Cuarta Transformación habrá de erradicar a fuerza de centralización burocrática, una amenazante red de prefectos regionales (superdelegados) e ímpetu presidencial: “los intermediarios”. El cambio esencial de la nueva política social —el núcleo mismo del proyecto político— consiste, ante todo, en eludir cualquiera cosa que se interponga entre el individuo común y el gobernante en la cúspide, quien, como a los campesinos parcelarios atomizados, “envía desde lo alto la lluvia y el sol”: “No es de que: ‘Yo soy de la Organización Campesina Emiliano Zapata’, o ‘soy de la Organización Hermanos Serdán’, o ‘soy de la Antorcha Mundial, dame a mí el dinero y yo lo voy a entregar a la gente’. No primo hermano, ya eso ya se acabó. Todo va a ser *personalizado*, por eso se está haciendo el Censo del Bienestar, va a llegar a

<sup>42</sup> Neldy San Martín, “AMLO notifica a su gabinete: ‘no transfieran ningún recurso a ONG o sindicatos’”, *Proceso* (18 de febrero de 2019), disponible en <<https://www.proceso.com.mx/572198/amlo-notifica-a-su-gabinete-no-transfieran-ningun-recurso-a-ong-o-sindicatos>>.

cada quién una tarjeta para ir a un banco y sacar su dinero directo, *sin intermediarios*.<sup>43</sup> El poder presidencial se despliega intacto sobre los individuos en la soledad del cajero automático.

En guerra contra los intermediarios entre el poder central y el ciudadano, el lopezobradorismo invoca (¿sin saberlo?) al ilustre teórico de la moderación, las formas de gobierno y la separación de poderes, el barón de Montesquieu, quien eligió esta palabra para designar al régimen sin intermediarios: despotismo. ¿El “principio” de funcionamiento de esta forma de gobierno? “Que uno solo gobierne según su voluntad y capricho”.<sup>44</sup> Los odiados poderes intermedios de las monarquías (la nobleza, los señores, las corporaciones, etcétera) servían como amortiguadores del poder del rey sobre el individuo común, corregían los excesos, moderaban los caprichos, inducían el acuerdo. El resultado era la preservación de la libertad.

Inspirado en ello, Tocqueville vio en la agrupación de los individuos en asociaciones dentro de regímenes democráticos el equivalente funcional de los cuerpos intermedios de las monarquías moderadas.<sup>45</sup> Erosionada esa capa, sobre el individuo cae con toda su fuerza la voluntad del gobernante. La arbitrariedad sin freno es una posibilidad latente. Y en espíritu republicano, la dependencia de la voluntad de otro es la definición misma de la sujeción— aunque su amo sea gracioso y benévolo, el esclavo carece de libertad. En una sociedad individualizada y fragmentada, la democracia se enferma de despotismo.<sup>46</sup>

Cerremos entonces diciendo que el populismo de corte personalista es reflejo político de un orden social. Una sociedad cruzada por múltiples inseguridades, desarticulada, asustada y descontenta tras dos décadas de democracia busca rumbo en un entorno descompuesto. Las ansiedades de la época son además propicias para un discurso cargado de moral, de matriz religiosa, que subraya los pecados del pasado y la esperanza de salvación. Mandamientos, soldados, centralización, recortes y cajeros automáticos son, hasta ahora, los recursos de este bonapartismo democrático del siglo XXI. **Ω**

<sup>43</sup> Presidencia de la República, “Mensaje del presidente Andrés Manuel López Obrador durante la entrega de Programas Bienestar en Puebla, Puebla” (10 de marzo de 2019), disponible en <<http://www.gob.mx/presidencia/articulos/mensaje-del-presidente-andres-manuel-lopez-obrador-durante-la-entrega-de-programas-bienestar-en-puebla-puebla?idiom=es>>. Las cursivas son mías.

<sup>44</sup> Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, libro III, cap. II, trad. de Ciro García del Mazo (Madrid: V. Suárez, 1906), 37.

<sup>45</sup> “En las aristocracias, los cuerpos intermedios formas asociaciones naturales que frenan los abusos del poder. En los países en que semejantes asociaciones no existen y los particulares no pueden crear artificial o temporalmente algo que se les parezca, no hay ya, hasta donde puedo ver, ningún dique contra cualquier clase de tiranía y una gran nación puede ser oprimida con impunidad por un puñado de facciosos o incluso un solo hombre”. Tocqueville, *Democracy in America*, 224.

<sup>46</sup> En las democracias “los hombres están muy inclinados a preocuparse sólo de sus intereses particulares, siempre demasiado listos para considerarse sólo a sí mismos y encerrarse en un individualismo estrecho que sofoca toda virtud pública. El despotismo, lejos de luchar contra esta tendencia, la vuelve irresistible... por decirlo de alguna manera, los amuralla [a los ciudadanos] en la vida privada. Ya tendían a separarse entre sí; los aísla; se vuelven fríos los unos con los otros; los convierte en hielo”. Alexis de Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution, Oeuvres complètes*, libro II, vol. I (París: Gallimard, 1952), 74.

# La literatura para una década sin nombre\*

Ricardo Becerra

Desgraciados los tiempos en que los locos  
llevan de la mano a los ciegos.

REY LEAR

**E**sta vez comencemos por el final, que no por difundido resulta menos importante. La muy extensa inquietud intelectual de la última década, desplegada para entender qué está pasando con las democracias ha llegado a una conclusión: vivimos años en los cuales, los instrumentos de la democracia son usados para erosionar o acabar con la propia democracia. La década en que se expande una enfermedad autoinmune, generada en el organismo de la democracia misma.

Como siempre, Estados Unidos ha producido la mayor cantidad de material (esta vez, por urgencias propias) y, como siempre, allá han comenzado por indagar a los individuos, su carácter, sus orígenes, el “genio” de los personajes estelares de esta era. La pregunta: ¿qué tienen esos líderes llamados “populistas” con sus frases estridentes, sus insultantes dedos, sus culpables instantáneos y sus soluciones de una sola frase?

El periodismo y una buena cantidad de disciplinas —entre las que destaca la historia comparada— han explorado el papel de tales individuos en la historia del presente. A su lado han aparecido otros tantos estudios que quieren reconocer al viejo y elusivo “espíritu de los tiempos”. Junto a la investigación que ha dibujado la psicología de los actores centrales se desarrolla la investigación de esa otra psicología, la que explica por qué *votamos por ellos*. El hecho dramático de la década sin nombre, la de los Trump, Putin, Erdoğan, Salvini, Orbán, Bolsonaro, Duterte, Bukele, López Obrador, etc., es que tales líderes no son la causa sino *la consecuencia* de un hormigueo tumultuoso que agita el interior de nuestras sociedades.

Ése será el foco de esta reseña. Veamos lo que dicen nuestros autores.

\* En esta revisión literaria, el autor incluye reseñas de 15 textos que considera son parte esencial de una bibliografía que pretenda entender el estado actual de la democracia:

Christopher H. Achen y Larry M. Bartels, *Democracy for Realists: Why Elections Do not Produce Responsive Government* (Princeton: Princeton University Press, 2017).

Madeleine Albright, *Fascismo. Una advertencia*, trad. de María José Viejo (Barcelona: Paidós, 2018).

Jason Brennan, *The Ethics of Voting* (Princeton: Princeton University Press, 2012).

Bryan Caplan, *The Myth of the Rational Voter* (Princeton: Princeton University Press, 2007).

Marc J. Hetherington y Jonathan D. Weiler, *Prius or Pickup? How the Answers to Four Simple Questions Explain America's Great Divide* (Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2018).

Daniel Innerarity, *La política en tiempos de indignación* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015).

## Profecía de Lewis

*Eso no puede pasar aquí*, la desconcertante novela escrita por Sinclair Lewis en 1935, conecta perfectamente con el presente en un viaje perturbador: el triunfo por la vía de los votos de un fascista nada menos que en Estados Unidos.

Primero: el virulento Berzelius Buzz Windrip es un *outsider* de los circuitos políticos igual que Trump (este republicano, aquel imaginado demócrata) que gana la partida a sus adversarios merced a su dinero y su red de relaciones, pero también a su actitud, tan inusual para un político “viajero incansable, un orador bullicioso y divertido, un buen adivino sobre las noticias políticas que gustarían a la gente”, dice Lewis.

Segundo: nacen y crecen entre el murmullo social tamizado por la pobreza, el malestar y el descontento. Berzelius es una criatura larvada en la Gran Depresión de 1929 y sus secuelas; Trump lo es, de la Gran Recesión de 2008 y su propia cauda destructiva.

Tercero: ambos son malos amigos de la verdad. Escuchen a Berzelius: “Un propagandista honesto... uno que analice y calcule con honradez el modo más efectivo de transmitir su mensaje, se dará cuenta bastante rápido que no es justo intentar que el ciudadano de a pie, se trague todos los datos verídicos... así sólo conseguiría confundirlos”. Menos verdades y nos entendemos mejor.

Cuarto: su provincianismo idealizado. “En los pequeños pueblos. Allí es donde se encuentra la paz duradera y que ni siquiera pueden perturbar esos insolentes sabelotodo, procedentes de las megalópolis como Washington o Nueva York”.

Quinto: el lenguaje, los diagnósticos, la comunicación, la política debe ser simple, mientras más simple mejor: “Ahora, después de la toma de posesión de Buzz, todo volverá a ser sencillo y comprensible” dice una de sus votantes.

Lo cual no le impide incurrir en la agresión verbal, especialmente a la prensa: “Las mafias de periodistas, esos muladares donde se cuentan mil mentiras diarias con las que han envenenado al pueblo y han hecho olvidar la biblia” y no sólo la prensa: “profesores universitarios, periodistas y escritores famosos” que infectan el pensamiento del hombre común.

Sexto: La animadversión contra la opinión pública.

---

John Keane, *Vida y muerte de la democracia*, trad. de Guillermina del Camen Cuevas Mesa, Fausto José Trejo, Gerardo Noriega Rivero, Alejandro Pérez-Sáez y Ricardo Martín Rubio Ruiz (México: Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional Electoral, 2009).

Ernesto Laclau, *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, trad. de Gemma Deza Guil (Barcelona: Ariel, 2018).

Margaret MacMillan, *Juegos peligrosos: usos y abusos de la historia*, trad. de Ana Herrera Ferrer (Barcelona: Ariel, 2010).

Peter Mair, *Gobernando el vacío: la banalización de la democracia occidental*, trad. de María Hernández Díaz (Madrid: Alianza Editorial, 2015).

Jan-Werner Müller, *¿Qué es el populismo?*, trad. de Clara Stern Rodríguez (México: Grano de Sal, 2017).

Grigore Pop-Eleches, “Throwing out the bums: Protest voting and unorthodox parties after communism”, *World Politics* 62, núm. 2 (2010).

Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia* (Buenos Aires: Manantial, 2007).

Lewis Sinclair, *Eso no puede pasar aquí*, trad. de Amaya Bozal e Íñigo Rodríguez Villa-Aramburu (Madrid: Machado Libros, 2012).

Lo que nos lleva al séptimo paralelismo: Berzelius (como Trump y otros, en tantas partes del mundo contemporáneo) recurre tenazmente a los grupos religiosos para apuntalar su candidatura, al mismo tiempo que recurre a la modernísima radio (hoy sería el Twitter) para ejecutar su arenga diaria y directa hacia el pueblo.

Octavo: la clase trabajadora y los más pobres de Estados Unidos han sido saqueados, humillados en una historia de abusos internacionales. Combatir el desempleo equivale a una política sistemática de expulsión de los inmigrantes “tanto los judíos —intrínsecamente malvados—, como los desdichados del Este de Europa, los espaguetis y los chinitos”, bromea uno de los suyos.

Berzelius gana y comienza con lo que hoy llamaríamos la “desinstitucionalización” de su país, construcción de milicias paralelas al Estado, persecución de sindicatos y acoso a la prensa, pero el Presidente va más allá: necesita un enemigo, un chivo expiatorio, una fuente segura de maldad a la que es necesario declararle la guerra. ¿Adivinan? Se la declara a México, país al que culpa de todas las desgracias de la situación nacional.

Hay más reflejos que provienen de esa novela. El cargado proteccionismo, el machismo sin pudor, sobre todo, esa “técnica política” que consiste en colocar un montón de asuntos sin importancia en la discusión pública para entretenerla porque, en realidad, no tiene respuestas para los verdaderos temas de la compleja agenda de su nación.

Antintelectual, antiélite, antipolítica, antiglobal, simplismo como principio; provincianismo como ideal pero sobre todo, *antiinmigración*. El veneno latente que transforma a Berzelius de un locuaz populista en el más temible de los fachos.

Esta ucronía de la sociedad estadounidense en los años treinta del siglo pasado detalla, con gran elegancia, el ascenso demagógico, populista y al final, fascista, de Buzz Windrip. Fascismo en la arquetípica tierra de la libertad. El esfuerzo literario llega hasta nosotros como una gran interpelación: cuidado, nos dice Lewis, las democracias pueden morir de sí mismas.

Esta novela parece intuir ya lo central en nuestra época: no son necesarios los golpes de Estado, las operaciones multinacionales para derrocar gobiernos, el asalto guerrillero al poder, la toma de los palacios de invierno: es la simpatía, el apoyo y el voto del pueblo (fuente de toda virtud, como sabemos hoy), los ciudadanos de a pie, quienes colocarán a las personalidades más estrambóticas y antidemocráticas al frente del Estado.

Revisen periódicos, revistas, redes de hoy como desde hace varios años y la profecía de Lewis está pasando aquí.

### **Pero ¿qué es eso y cómo funciona?**

El infierno es la verdad vista demasiado tarde.

THOMAS HOBBS

La investigación política y social en todo el mundo ha enfrentado un problema situado antes de la definición del fenómeno a estudiar. La *cosa* es difícil de definir

porque en realidad es muchas cosas al mismo tiempo pero, sobre todo, porque no la esperábamos.

Hay que admitirlo: se había construido una teoría y una narrativa desbordada, celebratoria de la democracia existente. Como se sabe, uno de los grandes responsables de tal jaculatoria fue Francis Fukuyama (que hoy escribe todos los libros que puede para lavar su pecado), aunque la verdad, es que expresaba un optimismo de muchos que llegó a ser mundial y hegemónico en Occidente sobre las democracias viejas y nuevas que, ante nuestros ojos, se enseñoreaban en el globo después de la caída del muro de Berlín.

El gusto duró menos de una década vistos los problemas que presentaba el sistema político y comenzó a difundirse la problemática medición de la “calidad” de las democracias en el mundo. La secuencia fue más o menos como sigue: veníamos de la gran discusión sobre las transiciones desde un gobierno autoritario; pasamos a la discusión de la definición de la democracia y sus condiciones de existencia; de allí cruzamos a la métrica de la calidad de “las democracias” en plural en la que ya se dejaba ver el gran tema del malestar, la indignación y la “desafección” democrática.<sup>1</sup>

Mientras tanto, en el suelo y en el subsuelo de nuestras sociedades se cocía un cúmulo de sentimientos, razonamientos, agravios, resentimientos que muy pocos supimos codificar y muchos menos, encauzar. Como veremos más adelante, estalló una crisis que ha marcado toda una época pero que se había montado tres décadas atrás sobre la base de una inmensa desigualdad en una parte del mundo (el subdesarrollado) y que produjo después, otra inmensa desigualdad en otra (el mundo desarrollado), desigualdades que tienen como corolario inevitable el fin de las expectativas, la certeza —generación tras generación— de que el futuro será peor, ahora sí, en todo el globo.

Casi en todas partes “lo público” se desmanteló y la clase política, el *establishment*, las élites, fueron rebasadas, desplazadas por otros políticos, personajes públicos conocidos y oportunistas de toda laya y armados con un micrófono que aprovecharon el abismal distanciamiento producido por la crisis para reclamar su lugar en las boletas electorales. Algunos ya tenían su vehículo garantizado en los pequeños partidos extremistas de la Europa parlamentaria, pero otros tenían que construir sus propias organizaciones o tenían que horadar a los partidos legalmente existentes para mandar su mensaje: no hay futuro porque nada funciona, porque el sistema es completamente ajeno y debe pertenecer a los ciudadanos.

¿Es esto populismo? Gran parte de la literatura afirma que sí,<sup>2</sup> que populismo es en realidad algo más básico que un programa político: como el fascismo, *es un*

<sup>1</sup> El Instituto de Estudios para la Transición Democrática (IETD) siguió aproximadamente la misma secuencia aunque con una profunda preocupación social y económica (socialdemócrata diríamos), en dos obras colectivas. En 2012 publicó *Equidad social y parlamentarismo*, una propuesta para transformar el régimen político presidencialista y modificar la política económica y la estructura fiscal en el país, y en 2017 *Informe sobre la democracia en México en una época de expectativas rotas*, ambas gracias al apoyo de la editorial Siglo XXI (se pueden consultar en <www.ietd.org.mx>).

<sup>2</sup> En el IETD, Raúl Trejo y José Woldenberg han sistematizado los libros publicados hasta hoy (en español y circulados en México), más útiles para definir qué es el populismo y como degrada a la democracia: el de Jan-Werner Müller y el de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt. Raúl Trejo, “Populis-

*instinto* (Albright) y, como tal, apela a sentimientos y resortes que no necesitan ser explicados. Sentimiento casi puro que forma parte de la historia humana bajo múltiples situaciones y que, sin embargo, en nuestro tiempo obedece a los siguientes patrones.

1. Más que una ideología o un programa, es un método.
2. Su propósito principal es delimitar y diferenciar a la sociedad entre un “ellos” y un “nosotros”. El populismo se alimenta de la polarización permanente.
3. Siempre, en cualquier época y circunstancia histórica, el populismo muestra una aversión por los impuestos.
4. No ofrece soluciones técnicas sino transformaciones que harán época. En lugar de propuestas prácticas ofrece “la salvación”.
5. Una persona concentra las virtudes y la voluntad de una supuesta mayoría social (el pueblo).
6. Niega el pluralismo, la legitimidad de las voces discordantes y mucho menos de la necesidad de negociar con minorías.
7. Prefiere denominarse y agruparse en un movimiento antes que en partido.
8. Desprecia las estructuras, pesos y contrapesos de los sistemas democráticos. Separación de poderes, independencia de los tribunales, elecciones libres y la existencia de una prensa independiente son una batería que debe ser cuestionada porque complica los fines superiores de la misión.
9. Las políticas del Estado adquieren la forma de una política clientelar, sin intermediación, el ciudadano no es sujeto de un derecho sino el favorecido por un benefactor.
10. Establece un tipo de comunicación directa con la sociedad, los ciudadanos, la gente, el pueblo, echando mano de un lenguaje llano y simple.
11. Para lograrlo, debe desarrollar grandes capacidades comunicativas, por lo que sus aparatos propagandísticos desempeñan un papel central.
12. Una de sus facetas más inquietantes: las mentiras no son una excepción sino una regla, incluso las más extravagantes y colosales.
13. Se propone una reescritura del presente y del pasado, de toda la historia nacional (como lo observó Margaret MacMillan, al concluir la década pasada).
14. Propicia un nuevo acomodo político, más favorable para las fuerzas armadas.

El grave problema es que este coctel debilita y puede llevar a la muerte a la propia democracia o desfigurarla hasta dejarla irreconocible. Por eso autores como la citada Madeleine Albright advierten que entre ese populismo y el fascismo hay

mos”, *Crónica* (4 de julio de 2016), disponible en <<http://www.cronica.com.mx/notas/2016/970551.html>>; Raúl Trejo, “Discutir al populismo”, *Crónica* (3 de abril de 2017), disponible en <<http://www.cronica.com.mx/notas/2017/1017447.html>>; José Woldenberg, “Cómo mueren las democracias”, *El Universal* (11 de diciembre de 2018), disponible en <<https://www.eluniversal.com.mx/articulo/jose-woldenberg/nacion/como-mueren-las-democracias>>; José Woldenberg, “La siempre pertinente y frágil democracia”, reseña de *Vida y muerte de la democracia* de John Keane, *Revista de la Universidad de México* (septiembre de 2018): 148-155, disponible en <<https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/20aad104-fe5c-4db4-8429-fb920e2d151d/vida-y-muerte-de-la-democracia-de-john-keane>>.

un montón de vasos comunicantes. No son lo mismo, pero la evolución de uno puede llevar al otro.

Éste es un punto muy importante pero poco estudiado. Recientemente apareció en español un trabajo del profesor Federico Finchelstein, quien muestra la aparente paradoja de esa física histórica: existen muchos ejemplos de populismos que derivan en fascismos, pero también es posible encontrar casos de fascismos que son convertidos al populismo. “Es el caso del peronismo argentino en 1946. Poco después, el régimen de Getúlio Vargas de 1951, en Brasil. Ambos recorrieron un camino similar: llegar al poder desde la dictadura y destruirla desde dentro para crear una democracia... El fascismo, en los casos más paradigmáticos, que son Alemania e Italia, llegó al poder a través de la democracia e impusieron una dictadura. El populismo latinoamericano de posguerra hizo lo contrario”.

Con esa comparación histórica sobre la mesa, es posible establecer una delimitación categórica: “No hay fascismo sin dictadura ni populismo sin elecciones. Y esto no es una definición teórica, sino que tiene que ver con una experiencia de democratización histórica que surge sobre todo luego de la segunda Guerra Mundial y llega a otros países. No hay dictadores populistas. Cuando deja de haber elecciones reales, deberíamos hablar de dictadura, no de populismo”, afirma Finchelstein. Dicho de otro modo, mientras haya elecciones regulares y razonablemente libres hablamos de populismo. Cuando se acaban las elecciones hemos entrado al pasaje del fascismo.

Como se ve, la definición de populismo está muy lejos de ser obvia, pero muy a menudo se da por sentada en los debates públicos. Una de las mayores autoridades mundiales en la materia, el australiano John Keane, declaró en una entrevista al finalizar 2018: “Antes de hacer predicciones sobre el daño populista a la democracia, primero hay que definirlo: el populismo es un estilo de hacer política que habla directamente a la gente, que tiene a un gran líder, un caudillo y un oponente u oponentes a los que confrontar, que suele llamar *establishment*. Y que degrada instituciones de monitorización, tribunales, medios de comunicación y otros órganos de defensa de la integridad. Todo ello aderezado por un cierto nivel de normalización de la violencia, de nacionalismo, de sentido de la territorialidad y de clientelismo. Esto último es muy claro en el caso de Trump: llegó al poder con la promesa de ‘drenar la ciénaga’ y acabó nombrando el gabinete con la mayor concentración de millonarios de la historia. El populismo es una enfermedad autoinmune de la democracia: requiere condiciones democráticas para florecer (libertad de expresión, de reunión, acceso a los medios de comunicación, multipartidismo), pero su lógica es profundamente antidemocrática, destruye los órganos de control y margina a sectores importantes de la sociedad”.<sup>3</sup>

Otro referente intelectual, Larry Diamond, ha sugerido que dada la multiplicación de esos fenómenos —en diferentes grados y diferentes combinaciones— nos hemos sumergido ya en un periodo de “recesión democrática” que alcanzó la cús-

<sup>3</sup> John Keane, “Hay una cierta moda en hablar de crisis de la democracia”, *El País* (26 de febrero de 2019), disponible en <[https://elpais.com/elpais/2019/02/22/ideas/1550834194\\_393872.html](https://elpais.com/elpais/2019/02/22/ideas/1550834194_393872.html)>.

pide en 2016 con Donald Trump, pero que viene de mucho más lejos. Desde 1997, Fareed Zakaria muy tempranamente alcanzó a ver “un auge de las democracias liberales” o estrictamente electorales, que combinaban elecciones más o menos libres con restricciones de derechos y libertades, y ausencia de una estructura constitucional, sin límites reales al gobierno ni garantías de control del Poder Judicial.

Ahora bien, una vez que hemos nos hemos aproximado a la identificación de “eso”, importa saber cómo funciona, qué mecanismos pone en marcha para socavar la democracia.

Del mismo modo que no existe una “teoría del populismo”, tampoco existe tal cosa como un manual práctico del populismo, pero su carácter (sus componentes más típicos) lo convierten en un tipo de régimen político permanentemente conflictivo, lo que es más, vive del conflicto. Es una de las lecciones principales del que, quizás, sea el libro más importante publicado hasta hoy en nuestro idioma sobre esta cuestión fundamental *¿Cómo mueren las democracias?* de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt: “El primer año de Donald Trump en el Despacho Oval siguió un guión familiar. Como Alberto Fujimori, Hugo Chávez o Recep Tayyip Erdoğan, el nuevo presidente de Estados Unidos inició su mandato lanzando ataques retóricos contra todos sus adversarios. Calificó los medios de comunicación como ‘el enemigo del pueblo norteamericano’ puso en tela de juicio de legitimidad de los jueces y amenazó con cortar el financiamiento federal a las ciudades importantes. Como era de prever tales ataques provocaron consternación conmoción y enojo en todo el espectro político de Norteamérica”.<sup>4</sup>

Desde la cúspide del Poder Ejecutivo, se lanza una serie de ataques, enderezados con mentiras, contra sus contrapesos naturales —constitucionales— y fuerza a la polarización. Pero antes había fallado algo en el engranaje: el Partido Republicano había abdicado de su obligación para filtrar y evitar la llegada del demagogo, del extremista que no sabe ni quiere comprometerse con las reglas del juego democrático. Sin esa lealtad requerida, la democracia empieza a morir.

Rumbo a las conclusiones, los autores subrayan: “Este escenario sombrío recalca la lección central de nuestro trabajo: siempre que la democracia de Estados Unidos ha funcionado se ha apoyado en dos normas que damos por supuestas: la tolerancia y la contención institucional... La fortaleza del sistema político estadounidense tal como se ha destacado a menudo, estriba en eso que el economista Gunnar Myrdal bautizó como el ‘credo americano’, los principios de la libertad y la igualdad consignados por escrito en los documentos fundacionales y repetidos en aulas, discursos y páginas editoriales... son principios procedimentales: indican a los políticos cómo comportarse más allá de los límites de la ley, para que las instituciones funcionen”.<sup>5</sup> En otras palabras, antes que leyes, instituciones, contrapesos o discursos *la democracia es un compromiso* subjetivo con aquellas, y ese compromiso es al que en nuestros días ha venido a erosionar y debilitar el mal aliento populista.

<sup>4</sup> Levitsky y Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, 205.

<sup>5</sup> Levitsky y Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, 246-247.

De allí sobreviene una sintomatología ya subrayada por Raúl Trejo y José Woldenberg a propósito de Jan-Werner Müller, Keane, Levitsky y Ziblatt: "...rechazo o aceptación a regañadientes de las reglas democráticas del juego, negación de la legitimidad de sus oponentes, tolerancia a la violencia, predisposición a restringir las libertades civiles de la oposición, incluidos los medios de comunicación, captura de los árbitros o de instituciones estatales que están diseñadas para actuar con independencia, no alineadas al Ejecutivo, compra o debilitamiento de los opositores, no solo de políticos de otras filiaciones sino también medios de comunicación u organizaciones sociales; reescritura de las reglas del juego".<sup>6</sup>

Dos palabras sobre lo que podríamos denominar "la ambición populista". Grandilocuente y refundadora, no presenta un proyecto político concreto, sino el cambio de una época, y esa es, tal vez, la primera mentira en que nos hace caer. "América será grande otra vez", "Brasil y Dios", "La Cuarta Transformación", o "La democracia nacional-húngara" de Viktor Orbán, quien desde 2014, llamó a "crear un Estado no liberal que no rechaza los principios fundamentales del liberalismo tales como la libertad, y podría listar unos cuantos más, pero que no hace de esta ideología el elemento central de la organización del Estado, sino que, en cambio, incluye un enfoque diferente, especial, nacional". La desmesura o la falta de precisión no le restan eficacia pues lo que realmente importa a la psique colectiva es la necesidad de creer.

Tanto Carlos Vilas como Ernesto Laclau han realizado los esfuerzos más serios y sistemáticos para entender y entregar dignidad teórica al populismo en América Latina, desde la izquierda y desde el mirador inicial que les ofrece la experiencia argentina. Para ambos, el populismo es una especie de medicina necesaria ante el insoportable elitismo de la política y de la democracia en esta parte del mundo. El desprecio por "la gente" y la enajenación consentida de la clase política frente a los problemas reales, son el combustible del éxito populista, que ofrece protección líquida a una enorme cantidad de personas. Al mismo tiempo que ofrece ilusiones, el populismo ofrece beneficios muy tangibles, cosas que los otros moldes o modelos políticos no sabían ni querían ensamblar.

Según Laclau, con todo eso se trata de forjar una hegemonía cultural, una gran identidad popular (el sujeto-pueblo) a través del conflicto. "Populismo es construir un pueblo", afirma, y proporciona varias claves para comprender la gran proposición: se trata de imaginar la vida política de otro modo, hacia un mundo más unificado.

Esto es lo que vuelve esencialmente falaz y ficticia a su "razón populista", porque el pluralismo político y social no es producto de un discurso, no es un imaginario ni una imposición neoliberal. Como se demuestra en cada paso, es una realidad dura de las sociedades contemporáneas y, en última instancia, el motor y la razón por la cual existe la democracia misma: para que esa pluralidad sea administrable, precisamente.

Como anotaba un editorial del 2019 de la revista *Dissent*: "Este deseo de unidad inalcanzable y la negación de desacuerdos y divisiones legítimas, muestra una

<sup>6</sup> Levitsky y Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, 112-116.

sorprendente afinidad entre la imaginación política populista y el totalitarismo”. Si sólo fuera por esta razón, el populismo debe ser tomado en serio.

### Y sin embargo se vota

Largos son los días de la ceguera de un pueblo.  
LAO-TSE (hace 2 500 años)

¿Por qué las democracias del siglo XXI están poniendo a la cabeza de gobiernos a los personajes más estrafalarios, a los menos comprometidos con el ideal de los derechos y de la igualdad? ¿Qué pasa en Estados Unidos, Italia, Hungría, Filipinas o Brasil? La discusión ha progresado y ha clasificado por tipos al populismo, al mismo tiempo que reconoce los vasos comunicantes con el fascismo. Lo inquietante sigue siendo que por mayoría de votos, con entusiasmo popular, esos proyectos políticos están asumiendo el poder (y con voracidad).

Como veremos más adelante la ciencia política —desconcertada— anda a las carreras buscando explicaciones. Hay una cauda académica que la encuentra en el cerebro de *los ciudadanos*. Tienen buenas y elitistas razones para esgrimirlo. En la *Ética del votante*, Jason Brennan sostiene que entre las clases medias, bajas y eso que se ha dado en llamar “el precariado” domina una amplia incapacidad para reconocer al que no tiene respuestas; no puede distinguir al demagogo. Por tanto, deberíamos reconsiderar la idea del voto universal.

Mientras, Achen y Bartels, en *Democracia para gente realista*, exponen un arsenal estadístico para demostrar la “ignorancia fundamental” de los votantes: somos seres incapaces de evaluar la gestión pasada de los gobiernos y, peor, la posibilidad de buen gobierno de los que vendrán. Más antiguo, Bryan Caplan, en el *Mito del votante racional*, argumenta que las decisiones de gobierno, cada vez más complejas, son imposibles de procesar y, por tanto, de entender por el electorado medio. Cada vez son menos los asuntos que se resuelven por medio de la “sabiduría de la agregación” y lo que realmente encontramos son manías, ideología, mucho prejuicio y miedos.

Es decir, la oleada de estos años ha devuelto la vida a las objeciones contra la bondad intrínseca del voto universal: en democracia la demagogia gana.

Imposible dar cuenta de las centenas de libros y artículos publicados en los últimos años y meses, intentonas por explicar —desde ángulos variados— qué está pasando en el planeta y cuáles son las consecuencias más probables. Politólogos asistidos por la sociología, la antropología y el análisis social —Marc Hetherington y Jonathan Weiler, *Prius or Pickup*— han explorado incluso las propensiones psicobiológicas que, en determinadas circunstancias, nos hacen tan proclives a la polarización social y política. De la mano de Lakoff comprueban que muchas de las acciones y decisiones que según nosotros forman parte de nuestro “libre albedrío”, en realidad, tienen sus raíces clavadas en nuestros bulbos raquídeos, o en la zona del reptil, donde se alojan nuestros prejuicios y donde desaparecen nuestros escrúpulos y controles civilizados.

Ese libro —que resulta de lo más divertido— lanza la metáfora de dos tipos de automóviles contrapuestos que determinan ¿o son un signo? de las posturas políticas de nuestro tiempo. Un modo de vida urbano, más bien cosmopolita, respetuoso de la convivencia y del medio ambiente, frente a las viejas trocas, las Cheyenne, Lobo, etc. y sus dos toneladas de lámina que exigen ingentes cantidades de gasolina, caracterizan a los menos urbanos, a lo rural, a lo arraigado: un arquetipo conservador. Todo muy estadounidense, claro.

Todo esto proporciona determinadas claves para entender la coyuntura, pero el punto fundamental sigue latiendo: ¿por qué votamos por personas que no respetarán los procedimientos que hicieron posible su propio triunfo? ¿Será esta oleada no populista sino prefascista, como advierte M. Albright, la principal herida que nos heredó aquella gran crisis financiera detonada el 15 de septiembre de 2008? Y es aquí donde se decanta la primera gran vertiente explicativa.

Recapitulemos: el capitalismo global vivía sus años más alegres gracias a una gran estafa (sofisticada ingeniería financiera le llamaron) expandida a escala planetaria por los bancos internacionales que actuaban muy libres de molestas regulaciones, abrogadas precisamente en el momento que más se necesitaban. El mundo se dio cuenta de que los bancos e instituciones de crédito habían prestado montañas de dólares a quienes no podrían pagar. Un dato: 550 000 millones de dólares fueron retirados en sólo dos horas, el 18 de septiembre de 2008 en Estados Unidos, tan pronto Lehman and Brothers había sido dejada a su suerte.

Lo que vino después fue un colosal desorden económico y financiero sólo comparable con la Gran Recesión de 1929. Y algo más: esa crisis del orden mundial no venía de irresponsables y debiluchos países de la periferia (México en 1995, los países asiáticos con Taiwán a la cabeza en 1997, Rusia en 1998) sino que estallaba en el corazón del sistema financiero, Wall Street. Y sus consecuencias serían las más perniciosas desde hacía 80 años.

Consecuencias económicas, por supuesto, ampliamente discutidas y evaluadas durante la década pasada (aunque no tenemos un informe concluyente de lo que le costó al mundo: gobiernos, empresas, empleos o salarios). Pero su peor secuela, tal vez, no se halle en la economía sino en la política.

Existe un documento presentado por Ray Dalio,<sup>7</sup> fundador de un fondo de inversión gigantesco llamado Bridgewater, en el que se contabiliza el crecimiento del voto “populista” en países democráticos luego de la crisis financiera. En 2010, los partidos extremistas (antiinmigrantes, antipolítica, antipartido y antiélites) recibían el 7% de la votación en las naciones de Occidente. Para 2017, esa masa rozaba ya el 35%. Y agrega: “de hecho, ese aumento sólo se había observado durante las décadas de 1920 y 1930”, con su pico exultante en 1939: el 40% del voto.

¿Quiere decir que las grandes recesiones económicas provocan tal malestar que termina minando las bases de la democracia? Es difícil establecer esa causalidad, pero la sombra de la crisis siembra una interrogante vital para cientos de

<sup>7</sup> Ray Dalio, Steven Kryger, Jason Rodgers y Gardner Davis, “Populism: The phenomenon”, *Bridgewater* (marzo de 2017), disponible en <<http://www.obela.org/system/files/Populism.pdf>>.

millones de personas: la certeza o la intuición de que ellos y sus hijos ya no podrán vivir mejor, que no habrá prosperidad.

La crisis financiera incubó, a escala mundial, un huevo de resentimiento en el que todos los que se ven ajenos, excluidos o ninguneados de la presuntuosa etapa “cosmopolita”, cobran venganza del *statu quo* indiferente y votan en su contra.

De esa manera surge la “demanda por populismo”. El sentimiento de abandono tan generalizado, anudado al malestar previo (por décadas), la ansiedad y el miedo al futuro, sin trabajo, con salarios extremadamente bajos, sin esperanza de ascenso social, conforman un clima social que se empeña en encontrar líderes fuertes que ofrezcan protección ante la inclemencia de una época sin alma.

Entonces, la recesión económica se convierte en una recesión democrática. Las reglas de la convivencia pluralista pierden valor si de lo que se trata es de reforzar una red de seguridades vitales y elementales. Los votantes sufragán en un mundo perturbado. Alterados por circunstancias y fuerzas más allá de su propia comprensión (aunque las intuyen). No obstante, después de años y años de indiferencia, distancia, maltrato, elitismo, corrupción, los votantes tienen claro quiénes son culpables. La democracia, entonces, adquiere un reto inmenso: debe ser capaz de soportar la conmoción de líderes y gobiernos que llegaron allí porque existe esa democracia, pero que no están dispuestos a condescender con sus dilatadas minucias procedimentales. La recesión económica se transmuta en recesión política y también en recesión democrática.

### **Hacia la decepción continua**

Pero escuchamos “el economicismo no es suficiente”, y las circunstancias son lo suficientemente complejas y variadas para dar razones a la objeción. Portugal sigue siendo un caso extraordinario. Canadá también y por supuesto, hasta el momento de escribir esta reseña, la Alemania de Merkel y su gran coalición mandan un poderoso mensaje: los partidos y el sistema de partidos importan a la hora de encauzar o no el grave malestar social contemporáneo.

Allí y donde los partidos han dejado de “significar”, es decir, de tener arraigo, para convertirse más en parte del Estado (del *establishment*), las opciones populistas vencen. Partidos centristas, demócrata-cristianos, liberales, socialistas o socialdemócratas, las banderas clásicas de la posguerra, hegemónizados por ideas políticas neoliberales y por crudas condicionantes externas, acaban aplicando programas muy similares, incluso en situaciones extremas. La Grecia de Alexis Tsipras, un *outsider* que llegó al poder en 2015 bajo las banderas radicales, frescas e izquierdistas de Syriza, terminó aplicando un programa de choque aún más cruento que el solicitado por las autoridades europeas.

La España de Rodríguez Zapatero y la de su sucesor Mariano Rajoy o el México de Fox, Calderón y Peña también muestran esas continuidades graníticas muy especialmente en la política económica. El desaparecido Peter Mair llamó a este fenómeno crucial “el gobierno de cártel”. No importa el partido por el que votes, hay decisiones, instituciones y políticas básicas que no se moverán porque han sido instaladas allí por intereses supranacionales y extrademocráticos. Otra rama

del mismo síntoma ha bautizado a este fenómeno como “la democracia elitista”, reservada y controlada a ciertos grupos y circuitos selectos, mientras menos populares, mejor (Laclau).

De tal suerte que la competencia electoral dejó de ser una competencia real, política, decisiva, en la cual se decidían las cosas más importantes, y el momento estelar de la democracia, las elecciones, se transmutaron en mero “espectáculo, imagen y teatro”. Los partidos mismos cambiaron, más remotos y menos legítimos, perdieron contacto con la sociedad a la que supuestamente se debían y los líderes políticos se ocuparon más en su propia invención mediática, llamado a cumplir un ritual electoral y a administrar un gobierno de cártel.

La democracia y la política “se vaciaron” y ese vacío, señalado insistentemente desde la economía política de Mair, fue llenado por los antisistema, los antiélite, los antipartido, casi siempre protagonizados por la extrema derecha.

Otra vertiente explicativa es más sociológica y mira el debilitamiento de la democracia como la consecuencia del debilitamiento de la clase media. El triunfo de la democracia habría sido posible gracias a la modernización, a la pluralidad social y, sobre todo, a la existencia de la clase media, que era la que modularía la desigualdad, encarnando la aspiración de los de abajo y moderando la riqueza concentrada de los de arriba.

Esta clase, “la que más y mejor apreciaba el ascenso social y la conquista de las libertades fue sistemáticamente erosionada en los noventa y fuertemente diluida después de la crisis del 2008, en todo el mundo”, advierten Vallespín y Martínez. La clase obrera había reducido su tamaño y su peso en todas las sociedades occidentales y quien había ocupado su lugar como sector mayoritario era, asimismo, el sector donde se “jugaba el juego democrático, terreno donde había varias premisas políticas, sociales y culturales esenciales: paz, cierta prosperidad y seguridad en el futuro”. Y esto es lo que se esfumó, junto con las condiciones que han hecho igualmente insostenible a la clase media para dar paso a los que muchos han dado en llamar el precariado.

Lo que es más: la democracia encontraría aquí su principal talón de Aquiles desde el punto de vista global, pues hay otro compromiso esencial, otro “contrato social” en acto, exactamente inverso en esa inmensa parte del mundo que es China: olvidémonos de las libertades civiles y de la democracia mientras exista prosperidad, crecimiento económico y certeza sobre una condición social en ascenso (el Consenso de Pekín), pero ésa es otra historia.

Un último ángulo que indaga las raíces de las crisis en las democracias es su disfuncionalidad, su exuberancia institucional que aletarga, entorpece y a menudo impide la toma de decisiones importantes. El mundo moderno está lleno de ejemplos en los cuales la voluntad del ejecutivo o del parlamento se ve congelada por órdenes de un juez o por la contradecisión de un banco central.

La multiplicación de actores, tribunales, comités congresuales (que tanto extrañamos en México), *lobbies*, comisiones de vigilancia o de regulación, autoridades autónomas, asociaciones de defensa, ONG de diversos tipos, ha establecido una trama institucional, reconocida y validada, capaz de vetar o matizar medidas tomadas por

los poderes del Estado, sea el Ejecutivo o el Legislativo. Y Estados Unidos vuelve a ser el ejemplo más elocuente.

El sistema de pesos y contrapesos, tan apreciado y cacareado por la tradición liberal, es el lecho de Procusto de la democracia actual pues todo aquello que sale de la medida de alguna institución no elegida, queda a merced de una impugnación que la cancela. Quien mejor describió esta condición es Pierre Rosanvallon en un libro señero, pero la problemática que alude es lo suficientemente importante como para volverse una de las explicaciones básicas del malestar y el descontento: esta democracia no funciona.

“Éste es uno de los gritos de batalla favoritos de los populistas” apunta Daniel Innerarity, pues sirve para muchas cosas a la vez. Por una parte subraya que todos forman parte del mismo “paquete inservible” (políticos, legisladores, jueces, funcionarios, etc.); es útil para revelar la incompetencia o la incapacidad de tomar acciones “que le importan a la gente”, y sirve, finalmente, como estandarte para eliminar los “estorbos institucionales” que estarán ahí en caso de que el populista llegue al poder. Es decir, la “vetocracia” se vuelve un asidero muy importante del discurso, lo mismo en Italia que en Hungría, pero los países no están igualmente preparados para resistir una destrucción institucional como la que propone la nueva oleada.

Estados Unidos, con su viejo y complejo sistema *checks and balances*, es una cosa. México o Filipinas otra. Allá hay más tradición y mejores condiciones de resistencia institucionalizada; acá las probabilidades son menores. Curiosamente, una de las causas más importantes del descrédito de la democracia estadounidense se encuentra en ese punto. Los engranes legalmente erigidos han sido capaces de paralizar la acción del Estado por su poder de veto, lo cual, en palabras de Trump son una “razón de la decadencia política de Estados Unidos”. Pero como señala Timothy Snyder en un ensayo indispensable, “el contrapeso que resulta insoportable a ojos de autoritarismos consolidados o de tiranías en ciernes, es la libertad de prensa”. Mientras esta institución subsista actuante “paradójicamente se hace más creíble ante los embelesos o las represiones de tales regímenes...” y su papel no hace más que cobrar centralidad.

Hemos tocado apenas cuatro líneas de análisis que son muy características en la literatura actual sobre la crisis de las democracias:

- Respuesta al empobrecimiento generalizado y sistemático que produjeron y siguen produciendo la crisis financiera y la economía que ha surgido de ella (en ese sentido los paralelismos con 1929 son alucinantes).
- Respuesta a una democracia vacía, unos partidos que ya no obedecían a otra cosa que no fuera intereses coagulados extra e incluso antidemocráticos (los gobiernos de cártel).
- Democracia en crisis por el decaimiento de las clases medias y su escala de valores y el correlativo surgimiento de una nueva clase social no representada en los viejos sistemas de partidos (el precariado).
- Crisis de las democracias porque no responden, porque su sistema de vetos las ha vuelto incompetentes, incapaces de decidir oportunamente sobre las cuestiones que le importan a la sociedad, luego a la gente, luego al pueblo (¿notan la deriva retórica?).

Existen otras vetas pero a mi entender, estas cuatro alimentan mejor que las otras el discurso y la pulsión de los populismos modernos. Ahora bien, ¿cómo se decantan las democracias por partidos y liderazgos que llamamos populistas? O sea: antiélites, antipartidos, preferentemente derechistas, antiinmigrantes y anti-políticos.

Las raíces las encontramos en la constitución misma de los sistemas de partidos edificados en la era de la “tercera ola democratizadora” y la respuesta debe ser, también, más sutil. Como lo muestra otro estudio (citado por el profesor Mariano Sánchez Talanquer), los electorados del siglo XXI muestran todos los síntomas de agotamiento, cansancio pero, además, han tenido la paciencia de probar su voto, opción tras opción, partido tras partido, que les ofreció la época heredada por las transiciones democráticas de fin de siglo. Votaron por el partido “A”, luego por el partido “B”, también dieron oportunidad al “C”, pero ninguno resolvió o satisfizo los problemas esenciales (empleo, ingresos, seguridad, la expectativa de una vida mejor para sus hijos). Y cuando se agotan las alternativas demandan populismo (Grigore Pop-Eleches).

Puede que la mayoría de las democracias estén en esa situación: el voto por el fascista, el populista, por personajes claramente incapacitados para gobernar, se debe a la “continua decepción”, haber aceptado un *statu quo* más o menos democrático y sin embargo, comprobar con los años, gobiernos y legislaturas que, vétese por quien se vote, la calidad de vida y la expectativa de mejorarla se reducen, en medio de escándalos, fracasos sociales graves y corrupción.

Allí los tenemos: la decepción recurrente transforma a los votantes. El compromiso con la democracia y con sus instituciones subsiste, si subsiste una cierta expectativa de mejora, sobre todo, de mejora económica. No ocurrió (mucho menos en México). Al fracaso de la sociedad de mercado, sucede el descrédito de la democracia y la llegada de opciones que, deliberadamente, se colocan en el límite del sistema de partidos y de sus reglas para desafiarlas e instituir un “nuevo mundo” que no saben muy bien cuál es. O para decirlo mejor, con la socióloga D. Schnapper: “En nombre de una democracia abstracta que nunca ha existido ni puede existir, se destruye a la democracia concreta”.

Como en casi medio mundo, está ocurriendo lo que nuestras autosatisfechas élites creían que no podía pasar. También en México. **Ω**

# Una tercera ola de autocratización está aquí. ¿Qué hay de nuevo en ella?\*

Anna Lührmann y Staffan I. Lindberg

## Resumen

Menos de 30 años después de que Fukuyama y otros declararan el eterno dominio de la democracia liberal, una tercera ola de autocratización se manifiesta. La autocratización contemporánea se caracteriza por disminuciones graduales en los atributos de regímenes democráticos. No obstante, carecemos de herramientas empíricas y conceptuales adecuadas para diagnosticar y comparar un proceso tan impreciso. Ante esta carencia, este artículo ofrece la primera revisión exhaustiva y empírica de todos los episodios de autocratización desde el año 1900 hasta el día de hoy, basada en datos del Proyecto Variedades de Democracia (V-Dem) (Varieties of Democracy Project). En esta revisión, demostramos que una tercera ola de autocratización está, efectivamente, sucediendo. Afecta sobre todo a las democracias con graduales retrocesos bajo una fachada legal. Si bien lo anterior es causa de preocupación, la perspectiva histórica presentada en este artículo muestra que el pánico no está fundamentado: los declives son relativamente moderados y la comunidad global de países democráticos continúa en los más altos niveles históricos. Así como fue prematuro anunciar el “fin de la historia” en 1992, también es prematuro proclamar ahora el “fin de la democracia”.

## Introducción

**E**l declive de los atributos de los regímenes democráticos —la autocratización— ha surgido como un conspicuo reto global. Los retrocesos democráticos en países tan diversos como Brasil, Burundi, Hungría, Rusia, Serbia y Turquía han desatado una nueva generación de estudios sobre la autocratización.<sup>1</sup>

\* Este artículo fue publicado originalmente en inglés en marzo de 2019 (en línea) y aparecerá impreso con el título “A third wave of autocratization is here: What is new about it?”, *Democratization* 26, núm. 7 (octubre de 2019): 1095-1113. El comité editorial de *Configuraciones* y el coordinador de este número agradecen a la revista *Democratization* y especialmente a los autores su disposición para que este artículo sea publicado por primera vez en español. Traducción de Paula Ramírez Höhne. Todos los apéndices a los que se hace referencia en el texto, así como la clasificación de episodios de autocratización por país, se encuentran disponibles en <<https://www.tandfonline.com/doi/suppl/10.1080/13510347.2019.1582029>>.

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, *Explaining the Erosion of Democracy* de Altman y Perez-Liñan; *On Democratic Backsliding* de Bermeo; *Reversing Regimes and Concepts* de Cassini y Tomini; *Eroding Regimes* de Coppedge; *Facing Up Democratic Recession* de Diamond; *Dictators and Democrats* de Haggard y

Dos puntos clave aún no han sido determinados en este revitalizado campo de estudio. En primer lugar, los académicos concuerdan en que las democracias contemporáneas tienden a erosionarse bajo el velo de legalidad.<sup>2</sup> Los colapsos democráticos solían ser eventos más bien repentinos —por ejemplo, los golpes de Estado— y relativamente fáciles de identificar de manera empírica.<sup>3</sup> Actualmente, los regímenes multipartidistas poco a poco se vuelven menos significativos en la práctica,<sup>4</sup> haciendo cada vez más difícil precisar dónde termina la democracia. Sin embargo, frente a este consenso emergente, carecemos de las herramientas empíricas y conceptuales que permitan analizar sistemáticamente procesos desconocidos.

El segundo asunto clave, en parte producto del primero, es que los analistas difieren en torno a qué tan monumental es la actual ola de autocratización. Algunos plantean paralelismos con el colapso de las democracias en los años treinta y el surgimiento de los demagogos antidemocráticos.<sup>5</sup> Otros sostienen que el mundo sigue siendo más democrático,<sup>6</sup> desarrollado<sup>7</sup> y emancipado<sup>8</sup> que nunca durante el siglo xx. ¿Qué tan amplia y profundamente arraigada está la tendencia hacia la autocratización?

Este artículo revisa estos vacíos con una estrategia trifocal. Primero, provee una definición de autocratización como el declive sustancial *de facto* de los requerimientos institucionales base para la democracia electoral. Esta noción es más incluyente que el término frecuentemente usado de regresión democrática, el cual sugiere un retroceso involuntario hacia los precedentes históricos. Nuestra noción de democracia está basada en la famosa conceptualización de Dahl sobre democracia electoral, como una “poliarquía”, específicamente, elecciones libres, libertad de asociación, sufragio universal, un poder ejecutivo elegido, al igual que libertad de expresión, así como acceso a fuentes de información alternativas.<sup>9</sup>

El segundo enfoque de este artículo ofrece un nuevo tipo de operacionalización que de manera sistemática captura el significado conceptual de la autocratización como episodios de cambio sustancial, con datos obtenidos del Proyecto

---

Kaufmann; *How Democracies Die* de Levitsky y Ziblatt; *State of the World* de Lührmann *et al.*; *The People vs. Democracy* de Mounk; “*How Democracy Ends*” de Runciman; *On Tyranny* de Snyder; *Varieties of Democratic Breakdown* de Tomini y Wagemann; *Unwelcome Change* de Waldner y Lust.

<sup>2</sup> Por ejemplo, Nancy Bermeo, “On democratic backsliding”, *Journal of Democracy* 27, núm. 1 (enero de 2016): 5-19; David Runciman, *How Democracy Ends* (Londres: Profile Books, 2018).

<sup>3</sup> Juan J. Linz, *Breakdown of Democratic Regimes* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978).

<sup>4</sup> Anna Lührmann, Valeriya Mechkova, Sirianne Dahlum, Laura Maxwell, Moa Olin, Constanza Sanhueza Petrarca, Rachel Sigman, Matthew C. Wilson y Staffan I. Lindberg, “State of the world 2017: Autocratization and exclusion?”, *Democratization* 25, núm. 8 (junio de 2018): 1321-1340.

<sup>5</sup> Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die* (Londres: Crown Publishing Group, 2018); Timothy Snyder, *On Tyranny* (Nueva York: Tim Duggan Books, 2017).

<sup>6</sup> Valeriya Mechkova, Anna Lührmann y Staffan I. Lindberg, “How much backsliding?”, *Journal of Democracy* 28, núm. 4 (2017): 162-169.

<sup>7</sup> Runciman, *How Democracy Ends*.

<sup>8</sup> Pippa Norris, “Is Western democracy backsliding? Diagnosing the risks”, *Journal of Democracy* 28, núm. 2 (2017); Lennart Brunkert, Stefan Kruse y Christian Welzel, “Culture-bound regime evolution”, *Democratization* 26, núm. 3 (2019): 422-443.

<sup>9</sup> Robert Dahl, *Polyarchy: Participation and Opposition* (New Haven: Yale University Press, 1977); Robert Dahl, *On Democracy* (New Haven: Yale University Press, 1999).

Variedades de Democracia (V-Dem), (Varieties of Democracy Project). Esta nueva medida tiene cuatro ventajas clave: mide lo que realmente queremos estudiar; es sensible a los cambios en la implementación *de facto* de reglas democráticas; y está suficientemente matizada para también capturar los procesos de autocratización gradual y, de esta manera, evitar sesgar las muestras hacia cambios con movimiento más acelerado. Finalmente, nos permite ubicar el año en que surgieron los procesos de autocratización, lo cual abre nuevas rutas para los estudios empíricos.

En el tercer enfoque, este artículo emplea la nueva medida en un estudio sistemático que agrega una perspectiva histórica a la autocratización contemporánea. Los hallazgos obtenidos son ambivalentes. Por un lado, somos los primeros en mostrar que está en curso una “tercera ola de autocratización” que afecta a gran número sin precedentes de democracias. Esta ola se va desplegando lenta y gradualmente, haciendo difícil evidenciarla. Las élites gobernantes se mantienen al margen de movimientos drásticos hacia la autocracia y, en su lugar, imitan a las instituciones democráticas mientras gradualmente erosionan sus funciones. Esto sugiere que deberíamos prestar atención a las alertas planteadas por algunos académicos.

Por otro lado, la evidencia aquí también muestra que aún vivimos en una era democrática, con más de la mitad de los países del mundo calificando como democráticos. Adicionalmente, la mayoría de los episodios de la autocratización contemporánea no sólo son más lentos, sino también más débiles que sus primos históricos, al menos hasta ahora. Por lo tanto, los países afectados siguen siendo más democráticos que sus equivalentes golpeados por olas anteriores de autocratización.

A continuación, en primer término, ofrecemos una revisión de la literatura, seguida por una reconceptualización de la autocratización acompañada de operacionalización, descripción de datos y códigos de procedimientos. La siguiente sección presenta una serie de análisis descriptivos de las tres olas de autocratización, así como una examinación más detallada de la autocratización de las democracias. La sección final introduce una nueva métrica —el índice de autocratización— como un indicador para marcar el ritmo de tales procesos. Concluimos el artículo con un resumen de los hallazgos y rutas para futuras investigaciones.

### **Estado del arte en la actualidad**

Muchos han notado que el optimismo incitado por la fuerza de la tercera ola de democratización<sup>10</sup> era prematuro, incluyendo la relegación de Fukuyama<sup>11</sup> en los libros de historia del proceso inverso —autocratización. Una plétora de autocracias desafió la tendencia<sup>12</sup> o hizo algunas reformas tenues, mientras se mantenían en la zona gris entre la democracia y la autocracia.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Samuel Huntington, *The Third Wave* (Norman: University of Oklahoma Press, 1991).

<sup>11</sup> Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (Nueva York: Free Press, 1992).

<sup>12</sup> Milan W. Svobik, *The Politics of Authoritarian Rule* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012).

<sup>13</sup> Andreas Schedler, *The Politics of Uncertainty: Sustaining and Subverting Electoral Authoritarianism* (Oxford: Oxford University Press, 2015); Larry Jay Diamond, “Thinking about hybrid regimes”, *Journal of Democracy* 13, núm. 2 (abril de 2002): 21-35.

Sin embargo, cuando las evaluaciones sobre la libertad en retirada (“*freedom in retreat*”)<sup>14</sup> o el desmantelamiento democrático (“*democratic rollback*”)<sup>15</sup> emergieron, fueron frecuentemente cuestionadas. En ese momento, las medidas globales de la democracia se habían simplemente estancado y las democracias consolidadas no parecían estar en peligro.<sup>16</sup> Ahora, la evidencia creciente apunta a que un revés global está desafiando a una serie de democracias consolidadas, incluyendo a Estados Unidos, que fue degradado tanto por la *Freedom House* como por la V-Dem en 2018.<sup>17</sup> Se han registrado procesos sustanciales de autocratización a lo largo de los últimos diez años en países tan diversos como Hungría, India, Rusia, Turquía y Venezuela.<sup>18</sup> Un panorama cada vez más desolador está emergiendo en el estado global de la democracia,<sup>19</sup> incluso para los que sostienen que los logros de la tercera ola de la democratización son aún notorios.<sup>20</sup>

Waldner y Lust concluyeron recientemente que “el estudio de la regresión [democrática] es una importante nueva frontera de la investigación”.<sup>21</sup> Una serie de estudios sobre autocratización parece haber generado un consenso emergente respecto a un entendimiento importante: el proceso de autocratización parece haber cambiado. Bermeo, por ejemplo, sugiere una disminución de las “formas más descaradas de regresión” —tales como los golpes militares y el fraude electoral el día de las elecciones.<sup>22</sup> A la inversa, más formas clandestinas de autocratización —acoso a la oposición, insubordinación a una rendición de cuentas horizontal— están en ascenso.<sup>23</sup> De manera similar Svobik argumenta que, a lo largo del tiempo, el riesgo de golpes militares ha declinado en las nuevas democracias, mientras que el riesgo de autogolpes persiste.<sup>24</sup> Mechkova *et al.* demuestran que, entre 2006 y 2016, la autocratización principalmente deterioró aspectos tales como la libertad de prensa y el espacio para la sociedad civil, dejando a las instituciones de elec-

<sup>14</sup> Freedom House, *Freedom in the World 2008*, disponible en <<https://freedomhouse.org/report/freedom-world/freedom-world-2008>>.

<sup>15</sup> Larry J. Diamond, “The democratic rollback: The resurgence of the predatory State”, *Foreign Affairs* 87, núm. 2 (marzo de 2008):36-48; Freedom House, *Freedom in the World*, 2008.

<sup>16</sup> Wolfgang Merkel, “Are dictatorships returning? Revisiting the ‘democratic rollback’ hypothesis”, *Contemporary Politics* 16, núm. 1 (marzo de 2010):17-31; Lucan A. Way y Steven Levitsky, “The myth of democratic recession”, *Journal of Democracy*, núm. 1 (2015): 45-58.

<sup>17</sup> Freedom House, *Freedom in the World 2018*, disponible en <<https://freedomhouse.org/report/freedom-world/freedom-world-2018>>.

<sup>18</sup> Lührmann *et al.*, “State of the world”.

<sup>19</sup> Larry Diamond, “Facing up democratic recession”, *Journal of Democracy* 26, núm. 1 (2015): 141-155; Levitsky y Ziblatt, *How Democracies Die*; Joshua Kurlantzick, *Democracy in Retreat: The Revolt of the Middle Class and the Worldwide Decline of Representative Government* (New Heaven: Yale University Press, 2013).

<sup>20</sup> Mechkova, Lührmann y Lindberg, “How much backsliding?”.

<sup>21</sup> David Waldner y Ellen Lust, “Unwelcome change: Coming to terms with democratic backsliding”, *Annual Review of Political Science* 21, núm. 1 (11 de mayo de 2018), 14.

<sup>22</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”, 6.

<sup>23</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”, 14; Diamond, “Facing up democratic recession”.

<sup>24</sup> Milan W. Svobik, “Which democracies will last? Coups, incumbent takeovers, and the dynamics of democratic consolidation”, *British Journal of Political Science* 45, núm. 4 (octubre de 2015): 715-738.

ciones multipartidistas en su lugar.<sup>25</sup> Coppedge señaló la concentración gradual de poder en el Ejecutivo como un patrón contemporáneo clave de autocratización —junto a lo que él llama el más “clásico” camino de la represión intensificada.<sup>26</sup> “Engrandecimiento del Ejecutivo” es el término que Bermeo usa para este proceso cuando los ejecutivos elegidos debilitan los controles sobre el poder ejecutivo, uno por uno, llevando a cabo una serie de cambios institucionales que obstaculizan el poder de las fuerzas opositoras para desafiar las preferencias del Ejecutivo.<sup>27</sup>

Mientras la literatura concuerda con que el proceso de autocratización ha cambiado, aún no ofrece una manera sistemática de medir el nuevo modo de autocratización. Las contribuciones se formulan sobre casos ejemplares<sup>28</sup> y las estadísticas se elaboran con indicadores seleccionados sobre la autocratización gradual —es decir, golpes de Estado y fraudes electorales,<sup>29</sup> encuestas de opinión,<sup>30</sup> o sobre cambios en las medidas cuantitativas a lo largo de un periodo específico de tiempo.<sup>31</sup> La mayoría de los estudios existentes sobre las causas de la autocratización,<sup>32</sup> al igual que las reseñas descriptivas,<sup>33</sup> también están sesgados en cuanto a que sólo consideran casos en donde las democracias han colapsado completamente. Aproximaciones tan binarias de analizar este fenómeno no sólo son incapaces de capturar los frecuentemente extendidos, graduales y opacos procesos de cambio en regímenes contemporáneos,<sup>34</sup> sino que además excluyen importantes variaciones: autocratización en democracias que no han conducido (todavía) al colapso total (por ejemplo, el caso de Hungría) y retrocesos en autocracias electorales que nunca se convirtieron en democracias (por ejemplo, el caso de Sudán).

Esto es importante porque el arquetipo de las dramáticas regresiones hacia la autocracia cerrada se está volviendo inusual —al igual que las autocracias cerradas. En 1980, casi la mitad de todos los países eran autocracias cerradas pero para

<sup>25</sup> Mechkova, Lührmann y Lindberg, “How much backsliding?”.

<sup>26</sup> Michael Coppedge, “Eroding regimes: What, where, and when”, *V-Dem Working Paper* 2017:57 (noviembre de 2017).

<sup>27</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”, 10.

<sup>28</sup> Levitsky y Ziblatt, *How Democracies Die*.

<sup>29</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”.

<sup>30</sup> Yasha Mounk, *The People vs. Democracy: Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It* (Cambridge: Harvard University Press, 2018).

<sup>31</sup> Diamond, *Facing Up Democratic Recession*; Lührmann *et al.*, “State of the world”.

<sup>32</sup> Por ejemplo, Milan Svobik, “Authoritarian reversals and democratic consolidation”, *American Political Science Review* 102, núm. 2 (mayo de 2008): 153-168; Michael Bernhard, Timothy Nordstrom y Christopher Reenock, “Economic performance, institutional intermediation, and democratic survival”, *The Journal of Politics* 63, núm. 3 (2001): 775-803; Jay Ulfelder y Michael Lustik, “Modeling transitions to and from democracy”, *Democratization* 14, núm. 3 (2007): 351-387; Adam Przeworski, *Democracy and Development: Political Institutions and Material Well-being in the World, 1950-1990* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000).

<sup>33</sup> Por ejemplo, Merkel, “Are dictatorships returning?”; Gero Erdmann, “Decline of democracy: Loss of quality, hybridisation and breakdown of democracy”, *Comparative Governance and Politics* 1 (2011): 21-58.; Levitsky y Way, “Myth of democratic recession”.

<sup>34</sup> Hans Lueders y Ellen Lust, “Multiple measurements, elusive agreement, and unstable outcomes in the study of regime change”, *The Journal of Politics* 80, núm.2 (abril de 2018): 736-741.

2017, sólo constituyen el 12% de los regímenes en el mundo.<sup>35</sup> Las autocracias contemporáneas han dominado el arte de trastocar los estándares electorales sin destruir del todo su fachada democrática.<sup>36</sup> Algunos han denominado este fenómeno como “democracia antiliberal”.<sup>37</sup> Por lo tanto, para 2017 la mayoría de los países todavía califican como democracias (56%) y la más común forma de dictadura (32%) son las autocracias electorales.<sup>38</sup>

Este predominio de los regímenes de elecciones multipartidistas propició que otros analistas postularan que la democracia, como una norma global después del fin de la Guerra Fría,<sup>39</sup> continúa moldeando las expectativas y el comportamiento, incluso de los autócratas.<sup>40</sup> Si eso es cierto, no resulta sorprendente que repentinas regresiones hacia el autoritarismo hayan surgido como una moda, ya que éstas implican la abolición de las elecciones multipartidistas en un golpe de Estado. Tales violaciones evidentes a las normas democráticas suponen altos costos para la legitimidad.<sup>41</sup> Obviamente, las elecciones “robadas” han desatado protestas masivas conduciendo a revoluciones de colores.<sup>42</sup> De igual manera, la comunidad internacional tiende a sancionar a líderes políticos que explícitamente no respetan los resultados electorales y la ayuda internacional está frecuentemente condicionada a que un país lleve a cabo elecciones multipartidistas.<sup>43</sup> Por ejemplo, después de las elecciones de 2016 en Gambia, el rechazo del presidente Jammeh a aceptar su derrota, rápidamente derivó en la intervención militar de países vecinos, forzándolo al exilio.<sup>44</sup> Lo mismo parece aplicar para los golpes militares, lo cual podría ser la explicación de la drástica caída de los golpes de Estado en décadas recientes.<sup>45</sup>

<sup>35</sup> Las autocracias cerradas son definidas típicamente en la literatura como regímenes donde el jefe del Ejecutivo no se somete a elecciones multipartidistas. Por lo tanto, esta categoría incluye monarquías, regímenes militares, así como Estados monopartidistas.

<sup>36</sup> Schedler, *The Politics of Uncertainty*; Levitsky y Way, *Competitive Authoritarianism*.

<sup>37</sup> Fareed Zakaria, *The Future of Freedom: Illiberal Democracy at Home and Abroad* (Nueva York: W.W. Norton, 2003).

<sup>38</sup> Anna Lührmann, Marcus Tanneberg y Staffan Lindberg, “Regimes of the world (RoW): Opening new avenues for the comparative study of political regimes”, *Politics and Governance* 6, núm. 1 (2018): 60-77.

<sup>39</sup> Pippa Norris, “Is Western democracy backsliding? Diagnosing the risks”, *Journal of Democracy (Online Exchange)* (2017), disponible en <<https://www.journalofdemocracy.org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D>>; Susan D. Hyde, *The Pseudo-Democrat's Dilemma: Why Election Observation Became an International Norm* (Ithaca: Cornell University Press, 2011).

<sup>40</sup> Larry Diamond, “The liberal democratic order in crisis”, *The American Interest* (16 de febrero de 2018), disponible en <<https://www.the-american-interest.com/2018/02/16/liberal-democratic-order-crisis/>>.

<sup>41</sup> Schedler, *The Politics of Uncertainty*.

<sup>42</sup> Valerie Bunce y Sharon Wolchik, “Defeating dictators: Electoral change and stability in competitive authoritarian regimes”, *World Politics* 62, núm. 1 (2010): 43-86.; Philipp Kuntz y Mark R. Thompson, “More than just the final straw: Stolen elections as revolutionary triggers”, *Comparative Politics* 41, núm. 3 (abril de 2009): 253-272.

<sup>43</sup> Nam Kyu Kim y Alex Kroeger, “Rewarding the introduction of multiparty elections”, *European Journal of Political Economy* 49 (2017): 164-181.

<sup>44</sup> Véase Dionne Searcey y Jaime Yaya Barry, “As Gambia’s Yahya Jammeh entered exile, plane stuffed with riches followed”, *The New York Times* (23 de enero de 2017), disponible en <<https://www.nytimes.com/2017/01/23/world/africa/yahya-jammeh-gambia-exile.html>>.

<sup>45</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”.

Una transición gradual hacia el autoritarismo electoral es más difícil de precisar que una clara violación a los estándares democráticos, además de que supone menores oportunidades para la oposición local e internacional. Los autócratas electorales aseguran su ventaja competitiva mediante tácticas sutiles como la censura y el acoso a los medios de comunicación, restringiendo a la sociedad civil y a partidos políticos, y socavando la autonomía de las instituciones electorales. Los autócratas aspiracionales aprenden uno del otro<sup>46</sup> y, al parecer, comparten tácticas que son percibidas como menos riesgosas que la abolición total de las elecciones multipartidistas.

Por lo tanto, la literatura disponible sobre la autocratización, así como sobre el surgimiento global de las elecciones multipartidistas, sugiere que la actual corriente de autocratización se despliega de una forma más clandestina y gradual que sus precedentes históricos.

Esto conduce a la siguiente pregunta: si la autocratización ocurre de manera más gradual, ¿esto también reduce la magnitud del cambio? Bermeo sugiere que sí;<sup>47</sup> otros expresan un mayor pesimismo en libros titulados “Cómo mueren las democracias” (*How Democracies Die*) y “Cómo termina la democracia” (*How Democracy Ends*).<sup>48</sup> Sin embargo, la literatura reciente sobre autocratización tampoco ofrece comparaciones detalladas, sistemáticas ni empíricas sobre este asunto.

Así, encontramos importantes contribuciones y propuestas emergentes en la literatura existente sobre la autocratización contemporánea. Este artículo busca satisfacer dos principales vacíos. Primero, el texto provee una conceptualización cabal de la autocratización acompañada de operacionalización con alta validez, lo cual es claramente necesario para que los hallazgos futuros sean comparables. Segundo, carecemos de un análisis empírico exhaustivo para diagnosticar la autocratización contemporánea desde una perspectiva histórica: 1] sus alcances y qué tipos de regímenes son principalmente afectados en comparación con olas previas; 2] la naturaleza de cómo es promulgada la autocratización por los gobernantes desde una perspectiva comparada, y 3] su ritmo y magnitud de cambio.

### **¿Qué es y qué no es la autocratización?**

Tal como ocurre con el debate sobre si la democratización debería ser entendida como una diferencia de tipo (países que cruzan el umbral cualitativo),<sup>49</sup> o de grado (distanciamientos graduales con las dictaduras puras),<sup>50</sup> pareciera haber posiciones encontradas respecto de la autocratización. Tres diferentes términos son común-

<sup>46</sup> Stephen G.F. Hall y Thomas Ambrosio, “Authoritarian learning: A conceptual overview”, *East European Politics* 33, núm. 2 (2017): 143-161.

<sup>47</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”, 17.

<sup>48</sup> Levitsky y Ziblatt, *How Democracies Die*; Runciman, *How Democracy Ends*.

<sup>49</sup> Véase Przeworski, *Democracy and Development*.

<sup>50</sup> David Collier y Robert Adcock, “Democracy and dichotomies: A pragmatic approach to choices about concepts”, *Annual Review of Political Science* 2 (1999): 537-565.; Staffan I. Lindberg, *Democracy and Elections in Africa* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2006): 24-27.

mente usados para referirse a los distanciamientos con la democracia: regresión, colapso de la democracia y autocratización.<sup>51</sup>

Sugerimos que es preferible conceptualizar la autocratización —la antípoda de la democratización— como una cuestión de grado que puede ocurrir tanto en las democracias como en las autocracias. Las democracias pueden perder rasgos democráticos en diferentes grados sin llegar a un absoluto y mucho antes de derrumbarse. Por ejemplo, todavía está abierta la cuestión de si el modelo de “democracia antiliberal” de Orbán en Hungría se transmutará en autoritarismo, y los regímenes no democráticos pueden situarse en un amplio espectro que va desde las autocracias cerradas —como Corea del Norte o Eritrea— hasta las autocracias electorales con diferentes grados de proximidad a la democracia —como Nigeria antes de las elecciones de 2015. Por lo tanto, incluso la mayoría de las autocracias tienen rasgos de régimen democrático en diferentes grados (por ejemplo, son algo competitivos pero están lejos aún de tener elecciones totalmente libres y justas) y pueden perderlos, como el golpe militar de 1989 en Sudán cuando Omar Al-Bashir reemplazó una autocracia electoral por una de las peores dictaduras cerradas en África.

La literatura clásica se centra en el *colapso* de las democracias,<sup>52</sup> incluso en los casos en que tempranamente se identifica una erosión gradual de la democracia.<sup>53</sup> Las transiciones repentinas dominaron los distanciamientos con la democracia en las décadas de 1960 y 1970, convirtiéndolo en el término adecuado para los distanciamientos de la democracia en ese momento. Sin embargo, el concepto de colapso (“*breakdown*”) sólo es útil para un subconjunto de posibles episodios de autocratización. En primer lugar, requiere un enfoque nítido de la diferencia entre democracia y dictadura para poder identificar el punto de ruptura. Esto excluye los estudios sobre el debilitamiento prolongado de las instituciones democráticas encapsuladas por un *autogolpe* y la degeneración inconclusa de las condiciones en las democracias, así como la disminución de las cualidades democráticas parciales en los regímenes autoritarios electivos. Esto es particularmente problemático para el periodo contemporáneo, cuando los casos de autocratización *repentina* —golpes de Estado, por ejemplo— son raros.

Algunos académicos han sugerido el término *regresión democrática* para denotar la disminución de los rasgos democráticos. Por ejemplo, Bermeo define la regresión como “el debilitamiento o la eliminación de cualquiera de las institucio-

<sup>51</sup> Si bien éstos son los términos más comúnmente usados, es importante señalar que existen también otros, tales como “erosión democrática” (Coppedge, *Eroding Regimes*); “desdemocratización” (Charles Tilly, “Inequality, democratization, and de-democratization”, *Sociological Theory* 21, núm. 1 [marzo de 2003]: 37-43); “recesión democrática” (Diamond, “Facing up democratic recession”) o “espacio de clausura” (Thomas Carothers y Saskia Brechenmacher, *Closing Space: Democracy and Human Rights Support Under Fire* [Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 2014]). Para mayor referencia sobre el listado de términos utilizados en este debate, A. Cassani y L. Tomini, “Reversing regimes and concepts: From democratization to autocratization”, *European Political Science* 57, núm. 3 (2018): 4.

<sup>52</sup> Por ejemplo, Linz, *Breakdown of Democratic Regimes*.

<sup>53</sup> Przeworski, *Democracy and Development*.

nes políticas que sostienen una democracia existente”.<sup>54</sup> Waldner y Lust entienden la regresión como un “deterioro de las cualidades asociadas con la gobernabilidad democrática, dentro de *cualquier* régimen” (énfasis añadido).<sup>55</sup> Si bien estamos de acuerdo con Waldner y Lust en alejarse de un enfoque exclusivo sobre las democracias, encontramos problemático el uso del término *regresión* por tres razones: en primer lugar, la regresión *democrática* implica un declive “en términos de” democracia y, por lo tanto, una extensión más allá del espectro del régimen democrático se acercaría al estiramiento conceptual.<sup>56</sup> Desde nuestro punto de vista, un país que ya es autocrático no puede sufrir una regresión “democrática” hacia una dictadura más profunda. En segundo lugar, el término “regresión” sugiere que los regímenes van de regreso a donde estaban antes, mientras que en realidad pueden desarrollarse en una nueva dirección, por ejemplo, hacia una forma diferente de autoritarismo.<sup>57</sup> Por último, el “ir de regreso” hace que suene como un proceso involuntario e inconsciente, que no hace justicia a las acciones conscientes que los actores políticos toman para cambiar un régimen. Simplemente invoca una noción errónea sobre el proceso.

En tercer lugar, sugerimos que el concepto global, o superior en términos de Sartori, es la *autocratización*.<sup>58</sup> Semánticamente, apunta a que estudiamos lo contrario de la democratización, describiendo así “cualquier distanciamiento de la [plena] democracia”.<sup>59</sup> Como concepto general, la autocratización cubre tanto las rupturas repentinas de la democracia *à la* Linz, como los procesos graduales dentro y fuera de los regímenes democráticos donde los rasgos democráticos disminuyen, lo que resulta en situaciones menos democráticas, o más autocráticas (gráfica 1). Esta conceptualización nos permite estudiar tanto el ritmo como los métodos para acercar un régimen a una dictadura cerrada, manteniendo al mismo tiempo la distinción entre el inicio de recesiones democráticas, los colapsos democráticos y una mayor consolidación de regímenes que ya son autoritarios.

Con el fin de proporcionar una definición integral de los procesos de autocratización, utilizamos el término “recesión democrática” para denotar los procesos de autocratización que tienen lugar dentro de las democracias, el de “colapso demo-

<sup>54</sup> Bermeo, “On democratic backsliding”, 5.

<sup>55</sup> Waldner y Lust, “Unwelcome change”, 53.

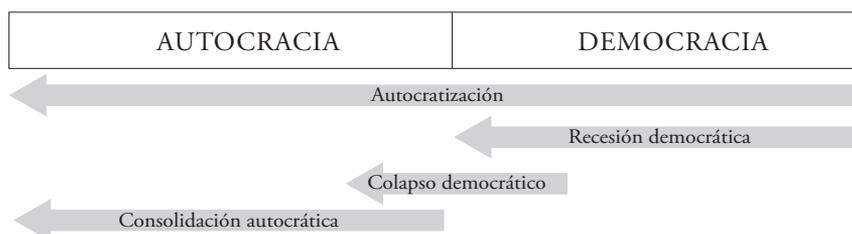
<sup>56</sup> Giovanni Sartori, “Concept misformation in comparative politics”, *The American Political Science Review* 64, núm. 4 (diciembre de 1970): 1033-1053.

<sup>57</sup> Runciman, *How Democracy Ends*, 3.

<sup>58</sup> Sartori, “Concept misinformation in comparative politics”.

<sup>59</sup> Staffan I. Lindberg, *Democratization by Elections: A New Mode of Transition* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2009), 12; Cassani y Tomini, “Reversing regimes and concepts”, definen la autocratización como un “proceso de cambio de régimen hacia la autocracia que hace que la política sea cada vez más exclusiva y monopolizada, y que el poder político sea cada vez más represivo y arbitrario”. Esta definición difiere de nuestro enfoque de concebir la autocratización de manera negativa —como un distanciamiento con la democracia. Nosotros preferimos nuestro enfoque por dos razones. Primero, es acorde con el entendimiento común de autocracia como la no-democracia (p.e. Schedler, *The Politics of Uncertainty*). En segundo lugar, nuestro enfoque nos permite comprender la autocratización y la democratización como mutuamente excluyentes, lo que nos hace posible operacionalizarlas sin ambigüedades.

**Gráfica 1.** Autocratización como democratización en retroceso



crático” para señalar cuando una democracia se convierte en una autocracia y el de “consolidación autocrática” para designar la disminución gradual de los rasgos democráticos en situaciones ya de por sí autoritarias.

### Operacionalización y datos

La ciencia política contemporánea pone un gran énfasis en la identificación de los factores causales en los diseños de investigación experimental. Sin embargo, no podemos asignar azarosamente a los países, ni la autocratización ni sus causas potenciales. Nos guste o no, debemos confiar en los datos observacionales para representar, comprender y explicar un fenómeno como la autocratización. Cualquier análisis causal se basa en una descripción precisa del resultado: ¿cómo podemos reconocer un proceso de autocratización cuando lo vemos? ¿Cuáles son las formas más útiles de descifrar las dinámicas y representar los patrones, de tal manera que se faciliten las inferencias descriptivas?

Si bien existen datos relativamente satisfactorios sobre los colapsos repentinos, por ejemplo, sobre golpes militares,<sup>60</sup> y mediciones dicotómicas centradas en la transición de la democracia a la autocracia registradas en los conjuntos de datos existentes,<sup>61</sup> hemos carecido de datos suficientemente matizados y sistemáticos, en series temporales, respecto de diversos aspectos de los regímenes como para detallar los procesos de autocratización incremental.

Este artículo presenta un enfoque novedoso para identificar los *episodios* de autocratización —periodos de tiempo conectados por una sustancial disminución de los rasgos de los regímenes democráticos. Utilizamos los datos de V-Dem<sup>62</sup> sobre 182 países desde el año 1900 hasta finales de 2017, o 18031 años-país.<sup>63</sup> Para iden-

<sup>60</sup> Jonathan Powell y Clayton Thyne, “Global instances of coups from 1950-present”, *Journal of Peace Research* 48, núm. 2 (2011): 249-259.

<sup>61</sup> Por ejemplo, Bernhard, Nordstrom, y Reenock, “Economic performance and democratic survival”; Stephan Haggard y Robert R. Kaufman, *Dictators and Democrats: Masses, Elites, and Regime Change* (Princeton: Princeton University Press, 2016).

<sup>62</sup> Michael Coppedge, John Gerring, Carl H. Knutsen, Staffan I. Lindberg, Svend-Erik Skaaning, Jan Teorell, David Altman, *et al.*, “V-Dem Dataset v8”, *Varieties of Democracy (V-Dem) Institute* (3 de mayo de 2018), disponible en <<https://doi.org/10.23696/vdemcy180>>.

<sup>63</sup> Aproximadamente la mitad de los indicadores en la serie de datos del *V-Dem* se basan en información fáctica (verdad documental), por ejemplo documentos oficiales tales como las constituciones. El resto consiste en valoraciones de expertos sobre temas como la calidad de las elecciones y la observancia, *de facto*, de los estándares o normas constitucionales. Sobre estos temas, normalmente cinco expertos ofrecen un puntaje o calificación para el país, área temática y periodo de tiempo de su especialidad (Coppedge *et al.*, “V-Dem Codebook v8”).

tificar los episodios de autocratización, nos basamos en el Índice de Democracia Electoral (*Electoral Democracy Index, v2x\_polyarchy*). El EDI (por sus siglas en inglés) capta hasta qué punto los regímenes logran los requisitos institucionales centrales que plantea la famosa conceptualización de Dahl sobre la democracia electoral como “poliarquía”: sufragio universal, funcionarios elegidos en elecciones libres y justas, fuentes alternativas de información y libertad de expresión, así como libertad de asociación.<sup>64</sup> Para los propósitos presentes, el EDI de V-Dem tiene cuatro ventajas clave. En primer lugar, los datos de V-Dem proporcionan una amplia cobertura temporal y geográfica, con datos que se remontan al año 1900. En segundo lugar, el EDI refleja qué tan democrático es un régimen político, *de facto*, más allá de la mera presencia *de iure* de las instituciones políticas. Además, tiene una sólida base teórica en los atributos del régimen que Dahl ha identificado como requisitos básicos para una democracia electoral.<sup>65</sup> Finalmente, como índice continuo de los niveles *de facto* de la democracia, es sensible a procesos de autocratización graduales y lentos.

El EDI funciona en una escala continua del 0 al 1, con valores más altos que indican una asignación más democrática. Operacionalizamos la *autocratización* como una disminución sustancial del EDI (dentro de un año o en un relevante periodo de tiempo). Una disminución es *sustancial* si asciende a una caída de 0.1 o más en el EDI. La elección de este límite para identificar una disminución sustancial en un índice continuo es naturalmente arbitraria pero un cambio del 10% parece una opción razonable e intuitiva por las siguientes razones. Este punto límite relativamente exigente de 0.1 minimiza el riesgo de error de medición que conduce a los resultados, ya que para lograr esta magnitud de diferencia en la escala del EDI<sup>66</sup> se requiere un mayor acuerdo entre los codificadores V-Dem de que las disminuciones ocurrieron entre los 40 componentes del EDI. El punto límite también debe ser lo suficientemente alto como para descartar cambios inconsecuentes pero lo suficientemente bajo como para captar cambios sustanciales pero incrementales que no equivalgan a un colapso total. Un ejemplo típico sería la serie de descensos de

<sup>64</sup> Dahl, *Polyarchy*; Dahl, *On Democracy*; Jan Teorell, Michael Coppedge, Staffan I. Lindberg y Svend-Erik Skaaning, “Measuring polyarchy across the globe, 1900-2017”, *Studies in Comparative International Development* 54, núm. 1 (marzo de 2019): 71-95.

<sup>65</sup> Lührmann *et al.*, “State of the world” usan el Índice de Democracia Liberal de V-Dem para identificar declives democráticos. La ventaja de esta estrategia alternativa es que provee una herramienta de alerta temprana, ya que los aspectos liberales de la democracia son con frecuencia los primeros en erosionarse (véase Coppedge, *Eroding Regimes*). No obstante, el propósito de este artículo es diferente. Específicamente, queremos proveer de un dispositivo heurístico, que facilite el análisis de cuestiones tales como la forma en que las restricciones liberales influyen en la probabilidad de autocratización. Por lo tanto, necesitamos operacionalizar la autocratización cuidadosamente, sin incluir los aspectos liberales de la democracia.

<sup>66</sup> El V-Dem agrega las valoraciones de los expertos usando el modelo Bayesiano IRT (Daniel Pemstein, Kyle L. Marquardt, Eitan Tzelgov, Yi-ting Wang, Joshua Krusell y Farhad Miri, “The V-Dem measurement model: Latent variable analysis for cross-national and cross-temporal expert-coded data”, *Varieties of Democracy (V-Dem) Institute Working Paper* 21, 2da. ed. (2017); Kyle L. Marquardt y Daniel Pemstein, “IRT models for expert-coded panel data”, *Varieties of Democracy (V-Dem) Institute Working Paper* 41 (2017).

las cualidades democráticas en Hungría entre 2006 y 2017, que se suman a la caída del EDI de 0.11 puntos. En el apéndice A4,<sup>67</sup> demostramos la solidez de nuestros principales hallazgos con un punto límite más alto.

Los episodios de autocratización tienen un comienzo y un final. Realizamos dos actividades para identificar tales episodios. En primer lugar, identificamos posibles episodios de autocratización, que son cambios adversos de régimen de cualquier magnitud. En segundo lugar, excluimos todos los casos que implican un cambio general menor, por lo que no son realmente casos de autocratización.

En primer lugar, un potencial episodio de autocratización comienza con un descenso en el EDI de 0.01 puntos o más, de un año para otro. Elegimos este umbral relativamente bajo para detectar el comienzo preciso de los episodios de autocratización incremental.<sup>68</sup> En segundo lugar, damos seguimiento a un episodio potencial siempre y cuando haya una disminución continua en el índice pero permitiéndole hasta cuatro años de estancamiento temporal (sin una disminución adicional de 0.01 puntos en el EDI) con el objeto de reflejar el concepto de procesos lentos que pueden tener vaivenes irregulares con un cuidadoso autócrata al timón. El periodo potencial de autocratización termina cuando no se producen nuevas disminuciones del EDI de 0.01 o más en cuatro años, o si el EDI aumenta en 0.02 puntos o más durante uno de esos años, ya que esto último indicaría un posible episodio de democratización.<sup>69</sup>

Por otra parte, calculamos la magnitud total del cambio desde el año anterior al inicio de un episodio de autocratización hasta el final y registramos como episodios manifiestos de autocratización sólo aquellos que suman un cambio de al menos 0.1 (10% de la escala total de 0-1) en el EDI.<sup>70</sup>

Estas reglas de codificación aseguran que los periodos de vaivenes en lo que a menudo es un proceso prolongado y desordenado, sean contados como un solo episodio, mientras que, al mismo tiempo, minimizan el riesgo de que el error de medición desempeñe un papel en la determinación de cuándo comienza o termina un episodio. El apéndice A.E también demuestra que las principales conclusiones de este artículo son sólidas en cuanto a las modificaciones de estas reglas de codificación.

Para algunos análisis, es obviamente necesaria una distinción clara entre democracias y autocracias. Siguiendo a Lührmann *et al.*,<sup>71</sup> definimos a los países como

<sup>67</sup> Todos los apéndices a los que se hace referencia en el texto, así como la clasificación de episodios de autocratización por país, se encuentran disponibles en <<https://www.tandfonline.com/doi/suppl/10.1080/13510347.2019.1582029?scroll=top>> [E.].

<sup>68</sup> La robustez se comprueba con umbrales diferentes que arrojan resultados similares en el análisis de regresión (véase el apéndice A4).

<sup>69</sup> Un umbral más bajo de 0.01 para señalar el fin de los episodios, por ejemplo, condujo a que el episodio en Rusia estuviera limitado a los años 2011 a 2017, a pesar de que ya desde el año 1993 se experimentaron importantes declives acumulados (-0.19).

<sup>70</sup> Una opción alternativa hubiera sido utilizar una variación media continua de cinco años en el EDI, como por ejemplo Coppedge (*Eroding Regimes*). De cualquier manera, nuestra estrategia nos da un punto de partida y de llegada de proceso más graduales.

<sup>71</sup> Lührmann, Tannenberg y Lindberg, "Regimes of the world".

democracias si celebran elecciones libres, justas y *de facto* multipartidistas, y si logran al menos un nivel mínimo de las garantías institucionales captadas por el EDI (sufragio universal, funcionarios elegidos en elecciones multipartidistas, libertad de asociación y fuentes alternativas de información).

### **Diagnóstico de la autocratización desde 1900 hasta 2017**

Aquí presentamos la primera identificación exhaustiva de los 217 episodios de autocratización que ocurrieron en 109 países desde 1900 y hasta 2017 (tabla A1 en el apéndice), dejando sólo 69 Estados no afectados (tabla A2 en el apéndice).<sup>72</sup> Esta cuenta incluye 33 países clasificados como autocracias en 2017, como Corea del Norte y Angola, que parecen estar atrapados en una “trampa de autocracia” y que, debido al “efecto suelo”, nunca tuvieron muchas posibilidades de empeorar. Los 36 países restantes “no autocratizadores” están clasificados como democracias en 2017. Este último grupo está conformado principalmente por países con una larga historia democrática, tales como Suecia y Suiza, o que se han democratizado recientemente, como Bután y Namibia. Adicionalmente, siete países experimentaron la autocratización únicamente debido a la invasión extranjera durante las dos guerras mundiales.<sup>73</sup>

Aproximadamente dos tercios de los episodios de autocratización ( $N=142$ , 65%) ocurrieron en Estados ya autoritarios. Cabe destacar los numerosos (60) episodios de autocratización en África, la mayoría de los cuales ocurrieron en las autocracias electorales, donde la autocratización disipó los logros democráticos iniciales. Por ejemplo, tres episodios de autocratización en Sudán (1958-1959; 1969 y 1989-1990) siguieron a golpes militares que instalaron en el poder a presidentes elegidos en elecciones menos que perfectas.

Cerca de un tercio de todos los episodios de autocratización ( $N=75$ ) comenzaron bajo el manto de administraciones democráticas. Casi todos estos últimos episodios ( $N=60$ , 80%) condujeron a que el país se convirtiera en una autocracia. Esto debería darnos una gran pausa sobre el espectro de la actual tercera ola de autocratización. Muy pocos episodios de autocratización que comenzaron en democracias han sido detenidos antes de que los países se convirtieran en autocracias.

### **La tercera ola de autocratización es real y pone en peligro las democracias**

Huntington identificó claramente tres olas de democratización y dos olas de retrocesos.<sup>74</sup> Nuestra nueva medición de los episodios de autocratización recoge estas dos olas de retrocesos y demuestra que una tercera ola de autocratización se está desarrollando actualmente. Con el fin de delinear con precisión las olas de retrocesos —u olas de autocratización— nos desviamos ligeramente del enfoque original de Huntington para reflejar nuestras innovaciones conceptuales y metodológicas. En primer lugar, tomamos como punto de partida el entendimiento de democracia

<sup>72</sup> Esta contabilidad incluye sólo países que todavía existían en 2017.

<sup>73</sup> Albania, Rumania, Bélgica, Dinamarca, Francia, Países Bajos y Noruega.

<sup>74</sup> Huntington, *The Third Wave*.

de Dahl como una “poliarquía”.<sup>75</sup> Con sus siete (posteriormente disminuidos a seis) requisitos institucionales, es mucho más ambiciosa y exigente que la medida schumpeteriana de Huntington que se centra en la competencia.<sup>76</sup> En segundo lugar, nos preocupa el distanciamiento gradual con la democracia. En su libro de 1991, Huntington se centró en las marcadas distinciones de las transiciones y los colapsos democráticos. Habla de una ola de democratización cuando las transiciones a la democracia superan en número a los colapsos democráticos.<sup>77</sup> Nuestro enfoque capta mejor las realidades empíricas —en particular durante las últimas décadas— de que el cambio de régimen es típicamente gradual y conduce lentamente a la hibridación con el autoritarismo electoral, en lugar de a transiciones repentinas y dramáticas. Las medidas más sensibles y precisas que tenemos actualmente a nuestra disposición, comparadas con lo que tenía Huntington, también hacen posible reconocer procesos tan dinámicos en un mayor número de países que los que Huntington pudo captar con las transiciones binarias. Por lo tanto, utilizamos la dirección que siguen estos cambios para delinear las olas de autocratización. Definimos como una ola de autocratización *el periodo de tiempo durante el cual el número de países en proceso de democratización disminuye, mientras que al mismo tiempo la autocratización afecta a más y más países*.<sup>78</sup>

En la gráfica 2, la línea gris punteada representa el número de países que fueron afectados por una democratización, cada año.<sup>79</sup> La línea negra y gruesa representa el número de países que experimentaron la autocratización, cada año. La línea negra y delgada indica cuántos de estos procesos de autocratización comenzaron en regímenes democráticos. Así, la gráfica 2 muestra las tres olas de autocratización: la primera ola ocurrió aproximadamente de 1926 a 1942 y la segunda de 1961 a 1977. La oleada de democratización posterior a la Guerra Fría disminuyó a principios de la década de 1990 y poco a poco los procesos de retrocesos comenzaron a extenderse, iniciando por Rusia, Armenia y Bielorrusia. De esta manera, podemos mos-

<sup>75</sup> Dahl, *Polyarchy*; Robert A. Dahl, *Democracy and its Critics* (New Haven: Yale University Press, 1989).

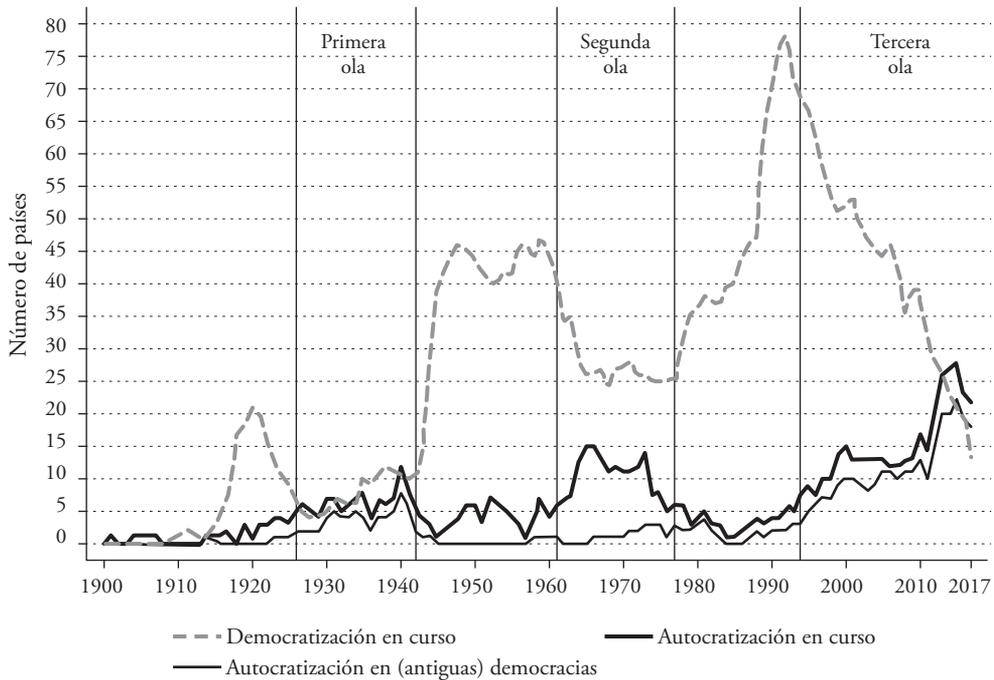
<sup>76</sup> Véase Renske Doorenspleet, “Reassessing the three waves”, *World Politics* 52, núm. 3 (abril de 2000): 384-406 para un punto similar.

<sup>77</sup> Huntington, *The Third Wave*, 16.

<sup>78</sup> Resulta un tanto ambiguo delinear con precisión el punto de inicio y conclusión de las olas de autocratización y democratización por año, ya que casi cada año hay cierto número de países cambiando en ambas direcciones. Por ello, debe entenderse que las fechas que sugerimos aquí explican la parte principal de una ola. Pero el tema sobre si una ola empezó exactamente en tal o cual año no es un asunto crítico en una perspectiva de la amplitud de un siglo. Nosotros identificamos el comienzo de una ola de autocratización cuando el número de episodios democratizadores empieza a disminuir al mismo tiempo que los episodios de autocratización incrementan por dos años consecutivos. La ola termina cuando el número de episodios de autocratización disminuyen y los episodios de democratización incrementan a lo largo de los siguientes cuatro años.

<sup>79</sup> Siguiendo a Doorenspleet enfocamos nuestro análisis en el número de países. En el apéndice D mostramos que las tres olas de retrocesos también se manifiestan cuando se basa el análisis gráfico en la participación de los países. Los episodios democráticos se basan en Staffan I. Lindberg, Patrik Lindenfors, Anna Lührmann, Laura Maxwell, Juraj Medzihorsky, Richard Morgan y Matthew Charles Wilson. “Successful and failed episodes of democratization: Conceptualization, identification, and description”, *Varieties of Democracy (V-Dem) Institute Working Paper* 79 (2018).

**Gráfica 2. Las tres olas de la autocratización**



trar por primera vez que la tercera ola de autocratización de verdad comenzó en 1994. Notablemente, su trasfondo permaneció bajo el radar de la mayoría de los politólogos hasta que Carothers declaró “El fin del paradigma de la transición” en su trascendental artículo de 2002.<sup>80</sup> Para 2017, la tercera ola de autocratización dominaba con los retrocesos que superaban en número a los países que estaban progresando. Esto no había ocurrido desde 1940.

Las fechas para las dos primeras olas de retrocesos presentadas aquí son muy similares a las de Huntington a pesar de las diferencias conceptuales y de medida (primera ola de retroceso 1922-1942; segunda ola de retroceso 1960-1975). Hubo 32 episodios de autocratización en la primera ola; 62 episodios durante la segunda; y 75 episodios desde el inicio de la tercera ola.<sup>81</sup> En el apéndice B se puede encontrar una lista de estos episodios.

Una observación salta inmediatamente a la vista en la gráfica 2. Mientras que la primera ola de retrocesos afectó tanto a las democracias como a las autocracias y el segundo periodo de retrocesos empeoró casi solamente a las autocracias electorales, casi todos los episodios contemporáneos de autocratización afectan a las democracias. Somos los primeros en mostrar también esta diferencia sistemática. Es motivo de preocupación, especialmente considerando los hallazgos arriba reportados, que pocos de estos episodios se detienen antes de convertirse en autoritarismos. Al mismo tiempo, menos autocracias se ven afectadas por la autocratización,

<sup>80</sup> Thomas Carothers, “The end of the transition paradigm”, *Journal of Democracy* 13, núm. 1 (2002): 5-21.

<sup>81</sup> 48 casos ocurrieron entre una ola y otra.

es decir, una transición de la autocracia electoral a la autocracia cerrada. Esto refleja la tendencia de que, incluso en el espectro de los regímenes autoritarios, las elecciones multipartidistas se han convertido en la norma.<sup>82</sup>

Los países poscomunistas de Europa del Este tienen 16 episodios de autocratización, en su mayoría prolongados, que se ubican en la tercera ola; por ejemplo, los procesos de autocratización gradual en Rusia, Hungría y Polonia. La tercera ola de retrocesos podría estar aumentando, afectando a 22 países en 2017. Al mismo tiempo, la proporción de países del mundo que son democráticos se mantiene cercana a la más alta en la historia: el 53%. Hasta cierto punto, esto último explica lo primero. Cuanto más democráticos sean los países, mayor será la probabilidad de que las democracias sufran reveses.

En resumen, una característica importante de la tercera ola de autocratización no tiene precedentes: afecta principalmente a las democracias —y no a las autocracias electorales como en el periodo anterior— y esto ocurre mientras que el número de regímenes democráticos en el mundo está cerca de su máximo histórico. Por lo tanto, al menos por ahora, la tendencia es evidente pero menos dramática de lo que algunos afirman. Esta observación reitera la conclusión de Brunkert, Kruse y Welzel sobre que, si bien la tendencia democrática del siglo ha llegado a su clímax, el continuo proceso de retroceso sigue siendo relativamente suave.<sup>83</sup>

### **En las democracias:**

#### **la tercera ola de autocratización tiene una fachada legal**

Podría decirse que la pérdida de rasgos democráticos en regímenes que eran democráticos cuando se inició un episodio de autocratización es más importante para el estado de la democracia en el mundo que un mayor deterioro de regímenes ya autocráticos. En esta sección y en la siguiente, analizamos con mayor profundidad estos 75 episodios de autocratización de las democracias.

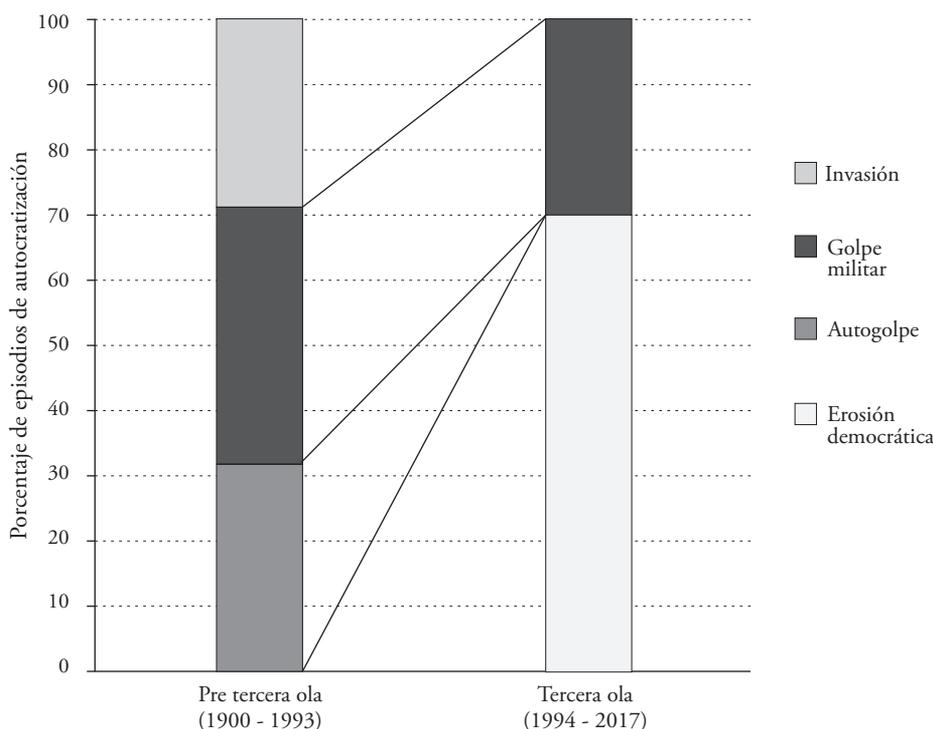
La literatura basada en casos sugiere que los responsables detrás de los actuales procesos de autocratización están utilizando medios en su mayoría legales y que los golpes ilegales para obtener el poder se han vuelto menos frecuentes. Ponemos a prueba esta propuesta distinguiendo entre tres tipos diferentes de estrategias de autocratización basadas en la forma en que abolen o socavan las instituciones democráticas. Los resultados se reportan en la gráfica 3. El análisis utiliza datos originales que abarcan todos los episodios de autocratización que afectaron a las democracias entre 1900 y 2017.<sup>84</sup>

<sup>82</sup> Schedler, *The Politics of Uncertainty*; Levitsky y Way, *Competitive Authoritarianism*.

<sup>83</sup> Brunkert *et al.* basan su análisis en datos del V-Dem pero operacionalizan las tendencias democráticas de manera diferente, esto es, enfocándose en una combinación de aspectos liberales, electorales y de participación. En consecuencia, los detalles de sus hallazgos difieren de los nuestros. Por ejemplo, ellos argumentan que el clímax de la democracia fue alcanzando alrededor del año 2000 cuando 21% de la población mundial vivía en lo que ellos denominaron “plenas democracias”. Brunkert *et al.*, “Culture-bound regime evolution”, 7.

<sup>84</sup> El proceso de codificación se desarrolló en tres pasos: primero, usamos datos del V-Dem para identificar si la designación de la cabeza del Ejecutivo implicó el uso de la fuerza (v2expathhs/v2expathhg; Coppedge *et al.*, “V-Dem Codebook v8”). En segundo lugar, tomando esta información

**Gráfica 3.** Tipos de autocratización de democracias



Nota: 28 episodios incluidos en el periodo previo a la tercera ola y 47 en la tercera ola.

La primera y segunda oleadas de retrocesos estuvieron dominadas casi por completo por la forma “clásica” de tácticas de autocratización para el acceso ilegal al poder, como golpe *militar* (39% de los episodios) o *invasión extranjera* (29%), y por los *autogolpes*, en los que el jefe del Ejecutivo llega al poder por medios legales pero luego, de repente, suprime instituciones democráticas clave como las elecciones o los parlamentos (32%). El ejemplo paradigmático de un autogolpe es la suspensión de la Constitución y el parlamento peruanos por parte del presidente Fujimori en 1992.<sup>85</sup> Incluso Hitler llegó al poder por medios legales y luego dispuso instituciones democráticas con la “Ermächtigungsgesetz” (Ley habilitante) en 1933.

La *erosión democrática* se convirtió en la táctica arquetípica durante la tercera ola de autocratización. Aquí, los recién electos tienen acceso legal al poder y luego, gradualmente pero de manera sustancial, socavan las normas democráticas sin abolir las instituciones democráticas clave. Estos procesos representan el 70%

en consideración, un asistente de investigación codificó las cuatro subcategorías basándose en referencias estándar, tales como Dieter Nohlen y Philip Stöver, “Elections in Europe: A data handbook”, *Politische Vierteljahresschrift* 52, núm. 2 (enero de 2011):326-328, y Harris M. Lentz III, *Heads of States and Governments: A Worldwide Encyclopedia of over 2300 Leaders, 1945 Through 1992* (Jefferson: McFarland Publishing, 1994), al igual que en literatura específica sobre casos. En tercer lugar, verificamos las opciones de codificación, particularmente respecto de los casos límite. La tabla 1 en el Apéndice muestra la categorización de los episodios individuales.

<sup>85</sup> Lentz III, *Heads of States 1945 Through 1992*, 633; Levitsky y Ziblatt, *How Democracies Die*.

en la tercera ola de retrocesos, con casos destacados por dicho deterioro gradual en Hungría y Polonia. Los aspirantes a autócratas han encontrado claramente un nuevo conjunto de herramientas para mantenerse en el poder y esa noticia se ha difundido.

### **En las democracias: la tercera ola de autocratización es gradual**

Hemos desarrollado otra nueva métrica para medir la tasa de autocratización de manera informativa: *la tasa máxima de disminución anual*. Esta métrica captura la rapidez con la que los rasgos democráticos disminuyen durante un episodio de autocratización en términos de los cambios ocurridos de un año a otro en el EDI V-Dem. El uso del dato máximo de disminución nos permite distinguir entre episodios en los que un periodo de retrocesos graduales se combina con una disminución repentina de los rasgos democráticos y tramos que consisten únicamente en retrocesos graduales. La ventaja de la tasa máxima de disminución es que un valor alto indica que el episodio incluyó un cambio repentino y radical, mientras que un valor bajo indica un proceso de autocratización que fue incremental en todo momento. Para facilitar la interpretación, reportamos los valores máximos de la tasa de disminución como un porcentaje de 1 (la puntuación más alta posible en el EDI). Así, si el cambio máximo en el EDI de un año a otro durante un episodio de autocratización fue de  $-0.1$ , la tasa de autocratización correspondiente es de 10 por ciento.

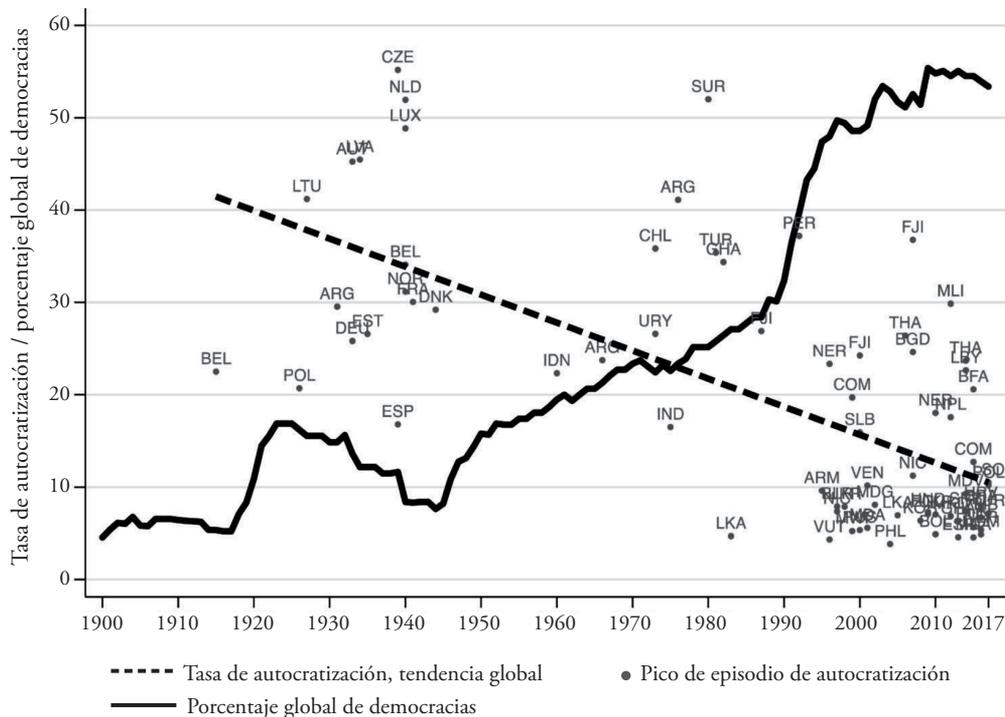
Por ejemplo, el episodio de autocratización en Alemania que tuvo lugar de 1930 a 1935 comenzó con tres años de deterioros graduales durante la República de Weimar. Sin embargo, la característica principal de este episodio fue el acceso de Hitler al poder en 1933 y el subsecuente colapso repentino del sistema democrático. Esto se refleja en una alta tasa máxima de disminución del 26%. Por el contrario, capítulos como el de Turquía de 2008 a 2017 y el de Rusia de 1993 a 2017, sólo implican cambios graduales, lo que se refleja en tasas de disminución relativamente bajas del 7% (Turquía) y el 5% (Rusia). Las medidas alternativas empleadas para conocer el ritmo de los procesos de autocratización, como la tasa de disminución promedio, la tasa de disminución anual y la tasa de deterioro, no captan completamente la diferencia entre estos dos patrones. Sin embargo, las incluimos como pruebas de robustez en el análisis empírico subsiguiente (véanse discusiones más detalladas en los apéndices C y E).

La gráfica D.1 en el apéndice D muestra un diagrama de caja que compara la autocratización durante las tres olas de retroceso, utilizando esta nueva métrica. La tasa promedio de autocratización durante la primera y la segunda ola fue de 31% y descendió a 8% en la tercera ola. En el extremo inferior de la escala, con una tasa máxima de disminución de 3.8%, encontramos un proceso de autocratización extremadamente gradual ocurrido en Filipinas de 2001 a 2005, seguido por Vanuatu, con una tasa máxima de disminución de 4.3%, durante el periodo que abarcó de 1988 a 1996. Los colapsos más repentinos se produjeron después de la invasión alemana en la República Checa (55%) y en los Países Bajos (52%) durante la segunda Guerra Mundial.

La tasa de autocratización de las democracias ha caído significativamente ( $r=-0.66$ , línea punteada en la gráfica 4) con el paso del tiempo. Al mismo tiempo, la proporción de democracias en el mundo aumentó notablemente, hasta rondar muy por encima del 50% tras el cambio de siglo (línea negra). La proporción mundial de democracias está correlacionada de manera negativa y estadísticamente significativa con la tasa de autocratización. Esta relación se mantiene incluso cuando se controlan factores importantes como el PIB, el tiempo transcurrido desde la transición, el nivel de democracia y la ocupación extranjera, así como los tipos de autocratización mencionados en el apartado anterior. Basados en estos análisis regresivos (véase el apéndice C), se prevé que la tasa de autocratización entre las democracias baje de 35% cuando pocos países eran democráticos (15%, por ejemplo, a principios de la década de 1930) a 10% en 2017, cuando más de la mitad de los países del mundo eran democráticos. Este hallazgo es robusto para las especificaciones alternativas de la tasa de autocratización (apéndice C), así como para los episodios de autocratización (apéndice E).

Sin embargo, dado que tenemos que basarnos en datos observacionales y en un número relativamente pequeño de casos (75), necesitamos reconocer estas prue-

**Gráfica 4.** Tendencia global de autocratización en las democracias y porcentaje de democracias



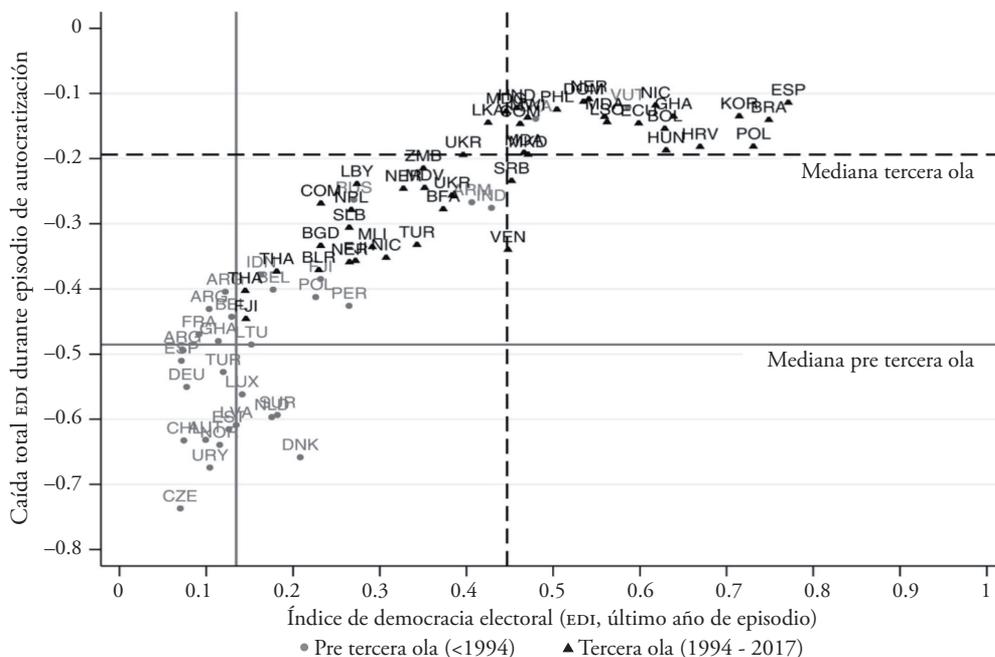
*Nota:* la tasa de autocratización capta la rapidez con la que el Índice de Democracia Electoral V-Dem disminuye en la cúspide del episodio de autocratización, en términos de los cambios que ocurren de un año a otro. Los valores altos indican una autocratización repentina y los valores bajos refieren a una autocratización más gradual. El eje  $x$  de la gráfica muestra el año en que se produjo el pico de la tasa de autocratización durante el episodio.

bas empíricas como hallazgos provisionales. No obstante, como se discutió en el apartado en que se revisó la literatura, existen intuiciones razonables de por qué se puede esperar que un aumento global de la democracia tenga un efecto amortiguador en la tasa de autocratización.

Este resultado del desarrollo genera expectativas opuestas para las nuevas perspectivas de la democracia. Por un lado, la autocratización se ha vuelto más oscura y, por lo tanto, se puede sospechar que es menos probable que produzca detonantes para la movilización de fuerzas prodemocráticas. Por otra parte, la autocratización también se ha vuelto menos severa, al menos respecto del promedio en las (antiguas) democracias. La gráfica 5 ilustra cómo el efecto de la autocratización sobre el nivel de democracia ha cambiado a lo largo del tiempo. El eje *y* muestra la caída total del EDI durante un episodio de autocratización y el eje *x* la puntuación del EDI en el último año de la autocratización. Antes de 1994, la autocratización típicamente resultaba en dramáticas transiciones a la autocracia cerrada, con un puntaje promedio en el EDI de 0.13 al final del episodio. Durante la tercera ola de autocratización, el nivel promedio de democracia al final de los episodios de autocratización sigue siendo mucho más alto, con una puntuación de 0.45 en el EDI. Además, el declive del promedio total de los atributos democráticos durante la tercera ola de autocratización (-0.19) es menos de la mitad del declive registrado durante el periodo anterior a la tercera ola (-0.50). Esto se debe principalmente a la aparición del fenómeno de la erosión democrática (33 de 47 casos, o el 70%) en la tercera ola, que antes no era perceptible.

Las formas repentinas de autocratización —invasiones, golpes militares, autogolpes— siempre resultan en un colapso democrático. Incluso los procesos de

**Gráfica 5.** Consecuencias de la autocratización en el nivel de la democracia



erosión democrática son generalmente letales para la democracia: 18 (55%) de ellos han resultado en colapsos democráticos; sólo 5 (15%) procesos se han detenido antes del colapso democrático y 10 (30%) todavía estaban en curso en 2017.<sup>86</sup>

### **Conclusión: la tercera ola de autocratización**

Este artículo presenta el primer análisis empírico sistemático de la autocratización contemporánea desde una perspectiva histórica. El artículo, en primer lugar, aporta un nuevo método para identificar no sólo episodios de autocratización repentinos sino también los que son graduales, ofreciendo un panorama empírico exhaustivo de los cambios de régimen adversos ocurridos desde 1900 hasta la actualidad, en el espectro de la democracia y la autocracia. Esta nueva operacionalización señala el inicio y el año final de los procesos de autocratización, lo que facilita una nueva generación de estudios, por ejemplo, sobre los factores que desatan el inicio de la autocratización y las trayectorias secuenciales durante los episodios.

En segundo lugar, proporcionamos evidencia que demuestra que declives contemporáneos de la democracia constituyen una tercera ola de autocratización. Un hallazgo clave es que la actual ola de retrocesos —que comenzó después de 1993— afecta principalmente a las democracias, a diferencia de las olas anteriores. Lo que resulta especialmente preocupante de esta tendencia es que, históricamente, muy pocos episodios de autocratización que comenzaron en democracias fueron detenidos antes de que los países se convirtieran en autocracias.

Además, presentamos una serie de pruebas descriptivas que corroboran las afirmaciones clave encontradas en la literatura pero que no habían sido comprobadas antes con evidencia sistemática: los autocratizadores contemporáneos utilizan principalmente estrategias legales y graduales para socavar las democracias. Basados en datos originales, mostramos que alrededor de 68% de todos los episodios de autocratización contemporánea que se inician en las democracias están dirigidos por titulares que llegaron al poder legalmente y, por lo general, mediante elecciones democráticas. Por el contrario, durante el periodo anterior a la tercera ola, la mayoría de los episodios de autocratización incluyeron una toma de poder ilegal, como un golpe militar. Mientras que los autocratizadores de antes de la tercera ola tomaron medidas claramente reconocibles, tales como la promulgación de una nueva constitución no democrática o la disolución del poder legislativo, la mayoría de los autocratizadores contemporáneos no cambian las reglas formales. Así, también la forma en que los titulares socavan la democracia se ha vuelto más informal y clandestina.

Finalmente, ideamos una nueva métrica —la tasa de autocratización— que capta la rapidez con la que los regímenes pierden su calidad democrática de un año a otro, y se expresa como un cambio porcentual del valor más alto posible del EDI de V-Dem. Podemos entonces demostrar que la autocratización se ha vuelto

<sup>86</sup> Los siguientes cinco episodios se detuvieron antes del colapso: Bolivia (2015), Ecuador (2010), Nicaragua (1999), Corea del Sur (2014) y Vanuatu (1996). Brasil, Croacia, República Dominicana, Ghana, Hungría, Lesoto, Moldavia, Nigeria, Polonia y España continuaban en 2017.

mucho más gradual que antes. Su tasa máxima disminuyó de un promedio de alrededor de 31% en el periodo previo a la tercera ola, a alrededor de 8% en la tercera ola. Esta tendencia está fuertemente correlacionada con los cambios en la proporción mundial de los regímenes democráticos. A medida que la democracia se extendió por todo el mundo en los años 90 y 2000, la autocratización se hizo más gradual.

En la actualidad, la mayoría de los regímenes —incluso las autocracias— celebran algún tipo de elecciones multipartidistas. Los movimientos repentinos e ilegales hacia la autocracia tienden a provocar la oposición nacional e internacional. Las pruebas que presentamos sugieren que los autocratizadores contemporáneos han aprendido su lección y por lo tanto ahora proceden de una manera mucho más lenta y menos notoria que sus predecesores históricos. Así, mientras que la democracia se ha visto sin duda amenazada, su poder normativo todavía parece forzar a los aspirantes a autócratas a jugar un juego de engaño.

En consecuencia, los Estados golpeados por la tercera ola de autocratización siguen siendo mucho más democráticos que sus primos históricos. Por un lado, esto da esperanzas de que la actual ola de autocratización pueda ser más leve que la primera y segunda ola. Por otro lado, la tercera ola podría aún seguir creciendo. Ha afectado a 22 países en 2017 y otros más se encuentran en el umbral. Para estos países, dos escenarios son plausibles: dado que la autocratización es más gradual, los actores democráticos podrían mantenerse lo suficientemente fuertes como para movilizar la resistencia. Esto sucedió, por ejemplo, en Corea del Sur en 2017, cuando las protestas masivas forzaron al Parlamento a enjuiciar políticamente al presidente, lo que revirtió la tendencia anterior hacia la autocratización.<sup>87</sup> Por el contrario, los iniciales pequeños pasos hacia la autocracia llevaron a otros países —como Turquía, Nicaragua, Venezuela y Rusia— a una pendiente resbaladiza que se inserta profundamente en el espectro del régimen autoritario. La investigación futura necesita indagar qué distingue estos dos escenarios y cómo la autocratización puede detenerse y revertirse. No obstante, una conclusión es clara: así como fue prematuro anunciar el “fin de la historia” en 1992, también es prematuro proclamar el “fin de la democracia” ahora. **Ω**

<sup>87</sup> Gi-Wook Shin y Rennie J. Moon, “South Korea after impeachment”, *Journal of Democracy* 28, núm. 4 (octubre de 2017): 130.

# ¿Es el populismo el callejón sin salida de la democracia?\*

Nadia Urbinati

**E**n este libro he hecho del populismo el objeto de la teoría política. He argumentado que éste se desarrolla dentro de la democracia representativa y la transforma, pero sin derrocarla. Mi interés no estuvo en las varias coyunturas populistas que la democracia ha tenido en sus dos siglos de historia moderna. Estuvo, en cambio, en el renacimiento populista que hemos presenciado recientemente en el seno de la democracia constitucional, ella misma el orden político que siguió a la guerra de liberación contra la dictadura de masas. El populismo desafía a los académicos y ciudadanos a reflexionar sobre qué salió mal con sus gobiernos —sobre qué sucedió para dejar a la gente tan radicalmente insatisfecha con la democracia de partidos y la sociedad pluralista, incluso hostil hacia ellas. Aunque la insurgencia del populismo es, antes que nada, una denuncia de la oligarquía y el empobrecimiento económico de la clase media, las condiciones socioeconómicas del populismo no han sido mi enfoque aquí. Partí del hecho crudo del éxito del populismo como movimiento y en el gobierno, y busqué entender qué le hace a la democracia constitucional, de la cual toma su energía y contra la cual opera. Estudiar cómo el populismo transforma la democracia sirve para justificar nuestra preocupación e inquietudes; es también una premisa para cualquier reflexión que desee comprender las debilidades de la democracia partidista y los cambios que podría necesitar para resistir al desafío populista.

He empleado varias categorías para tipificar esta nueva forma de gobierno mixto: el *faccionalismo*, que surge de una concepción posesiva sobre los derechos y las instituciones; el *mayoritarismo*, que retuerce el principio de mayoría para hacer que sirva a una mayoría; *dux cum populi*, que corresponde a la representación como encarnación; y el *antipartidismo*, que es la fuerza motriz del holismo populista. En el lenguaje de Montesquieu, he propuesto la representación directa como la “naturaleza” del populismo y el “antisistemismo” (*antiestablishmentarianism*) como su “espíritu”. La autoridad cuasi absoluta de la audiencia para conducir al gobierno hace que el populismo en el poder sea como una campaña electo-

\* Epílogo del más reciente libro de Nadia Urbinati, *Me the People: How Populism Transforms Democracy (Yo el pueblo: cómo el populismo transforma la democracia)*, Cambridge: Harvard University Press, 2019. El comité editorial de *Configuraciones* y el coordinador de este número agradecen la generosidad y disposición de la autora para poner este lúcido análisis al alcance de nuestros lectores. Traducción de Berenice Dorantes García y Mariano Sánchez Talanquer.

ral permanente, que el líder y su mayoría llevan a cabo a fin de probar que no son —y nunca serán— un nuevo *establishment*. Persuadir al pueblo es primordial, porque la fe en el líder es la única garantía que tiene el populista de que su poder durará. Internet es el medio que reemplaza a los partidos tradicionales en sellar la alianza entre gobierno y pueblo. Por tanto, he sugerido que consideremos al populismo como una forma de gobierno representativo particularmente bien equipada para la “democracia de audiencias”. Dado que no es un régimen por sí mismo sino más bien una transformación que ocurre *dentro* de la democracia, el populismo en el poder es endógenamente precario y está sujeto a dos riesgos de aniquilación: revertir hacia un gobierno representativo común y convertirse en una dictadura.

Usando estas distintas categorías, he inspeccionado la fenomenología del populismo y delineado cuatro escenarios y tendencias inevitables:

1. El populismo se caracteriza a sí mismo como refractario a las divisiones partidistas tradicionales (multipartidismo) y recalca un solo dualismo básico —el de la gente común y el *establishment*. Traduce este dualismo en una condición schmittiana, o hacia un antagonismo irreductible que trasciende ideologías de derecha e izquierda y depende solamente de la posición de las distintas partes respecto al ejercicio del poder estatal. El dualismo entre la gente común y el *establishment* forja la retórica de todos los populismos, sin importar los contextos específicos en los que esta retórica se aplica. Esto vuelve al populismo un caso de generación de unidad (de la parte para la que afirma gobernar) y sustitución de élites. Es impaciente con las reglas y procedimientos utilizados por la democracia representativa porque es impaciente con el pluralismo.
2. El populismo aspira a alcanzar el poder por medio de la competencia electoral. Pero en vez de utilizar las elecciones para evaluar las varias demandas representativas, las utiliza como plebiscitos que sirven para demostrar al público la fuerza del ganador. Las elecciones revelan lo que ya existe: la gente “buena” a la espera de gobernar. Si tiene éxito, el populismo trata de constitucionalizar “su mayoría”. Lo hace desasociando al “pueblo” de cualquier pretensión de imparcialidad y fabricando la identificación de una parte (el pueblo “bueno”) con el gobernante legítimo (*pars pro parte*). Si tuviera éxito, el constitucionalismo populista cerraría la brecha que separa la ley constitucional de la ley ordinaria —una brecha que es crucial para la democracia constitucional. En pocas palabras, constitucionalizaría la voluntad de una mayoría específica.
3. El populismo logra esta transformación después de rechazar la idea que la representación es una traducción electoral de demandas y visiones partidistas, en favor de la idea que la representación es una encarnación de todas las demandas en un líder, quien se convierte en la voz del pueblo “correcto”. La representación directa que vincula al pueblo y al líder selecciona a la audiencia como la única fuente de legitimidad. Esto devalúa a los intermediarios políticos (partidos organizados y controles institucionales) y permite al líder reforzar una reivindicación antisistema (*anti-establishmentarian*) mediante su poder de mando. La propaganda es un compo-

nente esencial del populismo en el poder; y este populismo consiste, más o menos, en movilización y campaña electoral permanentes.

4. El populismo reinterpreta la democracia como mayoritarismo radical. Esto implica resolver la indeterminación y apertura en las que consiste el pueblo democrático y solidificar el poder gobernante de una porción de la población que habla por boca del líder. El faccionalismo es el carácter de la política que practica el populismo: es una admisión de la política como una guerra más que un juego, una cuestión de ganadores y perdedores, sin ficción de universalismo. El populismo representa la celebración del desencanto político: el fin de todas las utopías e idealizaciones. Representa la acogida de una visión hiperrealista de la política como la construcción y ejercicio del poder por el fuerte.

Estos cuatro escenarios están presentes cuando el populismo está presente. Como tal, el populismo es más que meramente un movimiento de contestación o una movilización, y no debe ser confundido con movimientos sociales de la sociedad civil.<sup>1</sup> El populismo es un movimiento de contestación contra el *establishment* político existente, pero uno que busca una mayoría que gobierne con ambiciones sin contrapesos y que planea permanecer el poder por cuanto tiempo sea posible, aunque sin revocar la libertad política o eliminar adversarios. Los aspectos “benignos” del populismo en el poder incluyen su empequeñecimiento de la oposición y las minorías por la humillación y la creación de una campaña abrumadora de propaganda que incesantemente refuerza el poder de la opinión mayoritaria. Esto es cierto independientemente de si el movimiento es liderado por un líder de derecha o por uno de izquierda. El populismo tiene un carácter faccioso debido a su constructivismo radical, su célebre relativismo, su exaltado voluntarismo y su confusión del éxito fáctico o la opinión favorable de la mayoría con la legitimidad. Desde esta perspectiva, su dirección derechista o izquierdista es enteramente contingente. Dado que el dominio de la generalidad se evapora como criterio de juicio, la política termina consistiendo en la búsqueda y formación del poder, y ganar el conflicto político se convierte en la única prueba de legitimidad. Esto me lleva a mi conclusión, en lo que sigue, de que las esperanzas de revitalizar la izquierda democrática mediante el populismo están seriamente extraviadas.

<sup>1</sup> La tradición en el estudio de los movimientos sociales como protagonistas esenciales de la política democrática en la que me baso se remonta a las experiencias de los sesenta y setenta; véase, en particular, el análisis social de Alberto Melucci, parcialmente traducido al inglés, *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996). Véase también Jürgen Habermas, “New social movements”, *Telos* 1981, núm. 49 (1981): 33-37, y su esencial *Theory of Communicative Action*, vol. 1, *Reason and the Rationalization of Society*, trad. de Thomas McCarthy (Boston: Beacon, 1981), y Jean L. Cohen y Andrew Arato, *Civil Society and Political Theory* (Cambridge: MIT Press, 1995). Los debates sobre el papel de los “nuevos movimientos sociales” en el análisis crítico de los valores liberales nos alejaría demasiado de nuestro tema. No obstante, debo al menos mencionar que la teoría discursiva del populismo de Ernesto Laclau está situada dentro del debate más amplio provocado por la evaluación crítica de Habermas del “nuevo movimiento social”. Una reseña de este debate puede encontrarse en Henry Krips, “New social movements, populism and the politics of the lifeworld”, *Cultural Studies* 23, núm. 2-3 (2012): 242-259.

¿Cómo podemos situar el populismo dentro de la experiencia de la democracia y, en particular, dentro de la experiencia de la democracia del siglo XXI? Para empezar a responder esta pregunta, vale la pena recordar que la democracia nunca ha tenido una vida fácil. Nació junto con sus adversarios, que la estudiaron y definieron mucho antes —y de una manera mucho más exhaustiva— que sus amigos. Esto es tan cierto ahora como lo fue en tiempos antiguos y modernos. Desde la reanudación de la travesía de la democracia en el siglo XVIII, la retórica del Viejo Oligarca y de Platón y el análisis abrasivo de Edmund Burke y Joseph de Maistre continúan reapareciendo en formas renovadas.<sup>2</sup> Hoy, estamos enfrentando un nuevo brote de contestación. Cuestionamientos sobre la eficiencia del gobierno electo crecen cada día. Están acompañados de la ocurrencia diaria de conflictos en las fronteras de los estados democráticos, por la crisis humanitaria de la inmigración y por el aumento de la desigualdad económica y social dentro de las fronteras del Estado. Las democracias partidistas parecen pusilánimes e incompetentes, por razones que no son sólo contingentes sino estructurales. Malos políticos parecen demostrar la ineficiencia del sistema representativo en sí mismo; parecen demostrar una debilidad endógena de la democracia. Para mucha gente, sus principios igualitarios parecen crecientemente incapaces de inspirar políticas que otorguen a la gente lo que se merece (con base en qué, y cómo, contribuyen al interés general). El populismo es parte de este fenómeno.

La democracia se encuentra bajo presión, y esto significa que algunas alternativas que hasta hace poco parecían completamente impensables e insoportables, ahora lo parecen menos. Esto incluye propuestas de prerequisites de competencia en el gobierno (tecnocracia) y propuestas de selección política por mérito (meritocracia). Incluye también sugerencias de teóricos tanto “epistocráticos” como realistas de la democracia de que ciudadanos incompetentes deberían abstenerse de votar.<sup>3</sup> Finalmente, incluyen propuestas de tratar la injusticia social como un problema de legalidad, ley y orden y no como un problema de redistribución —un cambio de encuadre que genera olas preocupantes de antinmigración y xenofobia (autoritarismo). El populismo se propone a sí mismo como una solución que puede llenar el vacío de participación y restaurar la unidad de la nación frente a todas las parcialidades (y contra los derechos de las minorías). Estas complejas transformaciones sociales y culturales se están desarrollando en países

<sup>2</sup> Para una reconstrucción crítica y polémica del conservadurismo como intrínsecamente unido a una política reaccionaria (a veces violenta) contra la democracia, véase Corey Robin, *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Donald Trump*, 2da. ed. (Oxford: Oxford University Press, 2017).

<sup>3</sup> “Votar mal” —o votar sin la “justificación moral o epistémica suficiente”— distorsiona los “resultados electorales” y conduce a malas consecuencias; Jason Brennan, “Polluting the polls: When citizens should not vote”, *Australasian Journal of Philosophy* 87, núm. 4 (2009): 535-549. Más recientemente, véase Christopher H. Achen y Larry M. Bartels, *Democracy for Realists: Why Elections Do Not Produce Responsive Government* (Princeton: Princeton University Press, 2017), caps. 1-3. El argumento “realista” traduce cuestiones de descontento en cuestiones de incompetencia e irracionalidad: James S. Fishkin, *Democracy When the People Are Talking: Revitalizing Our Politics through Public Deliberation* (Oxford: Oxford University Press, 2018), 209.

donde el renacimiento del constitucionalismo democrático procedió bajo la bandera de la ideología democrática: los lugares en los que la democracia liberal fue promovida como la única alternativa a regímenes basados en visiones holísticas del pueblo, y en el consenso totalitario. Parece ser que la ideología de la democracia ha servido pobremente a la misma democracia. De hecho, es una razón de la debilidad de la democracia.

Esta ideología comenzó a fabricarse en los cincuenta como un arma contra la ideología del socialismo de Estado o la “democracia popular”. El fin de la Guerra Fría la hizo redundante y vacía: la democracia constitucional es la única forma creíble de gobierno en el planeta. Como dice John Dunn, “no hay palabra alguna en la historia entera del habla humana a la que más cosas le han sucedido, y a través de la que más cosas han sucedido, que la palabra *democracia*, ni siquiera la palabra Dios.”<sup>4</sup> La democracia constitucional disfruta de una hegemonía global indiscutible. Esto significa que incluso reformas constitucionales que limitan las libertades civiles existentes o las revierten a una etapa que creíamos consignada al pasado —reformas que contradicen el espíritu de apertura política— se realizan ahora *en nombre de la democracia*. Incluso se sugiere que son “afirmaciones más genuinas” de los valores de la democracia. Esto crea una paradoja: quiere decir que no hay otros términos en el vocabulario político capaces de dotar de legitimidad a proyectos políticos que no pueden considerarse “democráticos” fácilmente (al menos en términos de la instanciación constitucional y representativa de la democracia que ha llegado a parecer la única). Conforme los académicos lidian con esta paradoja, somos testigos de la acuñación de términos oximorónicos: democracia autoritaria, democracia tecnocrática, democracia iliberal, y demás. Esto pone órdenes políticos que son democráticos *en nombre* en tensión con la democracia en general; y pone en duda el valor de la democracia per se. Si no desarrollamos términos para nombrar estas transformaciones específicas, estamos contribuyendo a la deslegitimación de la democracia. La ideología de la democracia ofusca el proyecto democrático, que es uno de libertad política por medio de la igualdad, y nos deja incapaces de desafiar a aquellos que son verdaderos adversarios internos de la democracia.<sup>5</sup> En este contexto cultural y político, una nueva forma de gobierno electo está lista para emerger. Y está, también, cambiando la democracia desde adentro.

He tratado, en este libro, de ofrecer un análisis teórico de un desfiguramiento clave de la democracia contemporánea: el fenómeno del populismo en el poder. He

<sup>4</sup> John Dunn, *Breaking Democracy's Spell* (New Haven: Yale University Press, 2014), 4.

<sup>5</sup> Las palabras usadas por Alain Touraine y Samuel Valenzuela en 1996 en el resumen de su reporte *Democracy versus History* fueron premonitorias: “Hoy, los principales enemigos de la democracia ya no son la tradición y la fe sino, por un lado, ideologías fundamentalistas basadas en la comunidad (sea su contenido nacionalista, étnico o teocrático), que usan la modernidad como medio de dominación y, por el otro lado, la confianza ciega en el mercado libre, donde las identidades culturales están mezcladas. En estas condiciones, el pensamiento democrático debe dejar de ser profético. La democracia ya no puede voltear hacia un futuro prometedor sino hacia un espacio para ser reconstruida, para hacer espacio para la construcción libre de la vida personal y para las formas políticas de mediación que la pueden proteger” (“Democracy versus history”, *Reihe Politikwissenschaft* 34 (Viena: Institut für Höhere Studien, 1996).

permanecido deliberadamente en silencio sobre las “causas” económicas del éxito del populismo en las sociedades democráticas porque se encuentra fuera de mi área de especialidad. En vez, me he concentrado en los aspectos políticos de las transformaciones populistas —en particular, examinando el impacto de la retórica, el movimiento y las mayorías populistas en el discurso público y en el gobierno representativo. También he trazado analogías con mutaciones institucionales pasadas o con derrotas del gobierno constitucional. Sin embargo, aunque es cierto que los éxitos del populismo después de la primera Guerra Mundial abrieron la puerta a regímenes dictatoriales de masas en Europa y América Latina, he considerado la resurrección contemporánea del populismo como un fenómeno distinto. No es una réplica de eventos pasados sino más bien un vástago del tipo de democracia, tanto constitucional como pluralista, que ha gobernado la reconstrucción política y social desde el fin de la segunda Guerra Mundial. Parafraseando a Giambattista Vico, si cosas pasadas parecen regresar, ciertamente se debe a que “las costumbres humanas... las prácticas y hábitos” no cambian “todos a la vez”, de modo que, aunque se creen nuevas instituciones para responder a nuevas necesidades, ellas mantienen “la huella de algún hábito practicado práctica anterior”. La sedimentación de formas sociales y políticas previas hace que las nuevas sean difíciles de detectar y, en ocasiones, da la impresión de un renacimiento de algunas experiencias pasadas, como *déjà vu*.<sup>6</sup>

Asimismo, he permanecido deliberadamente apartada de discursos sobre la “crisis de la democracia” (que son muy populares hoy día) y resistido la maniobra de hacer de las transformaciones populistas parte de una imagen catastrófica de la supuesta agonía, o incluso muerte, de la democracia. Discursos de crisis pueden ser más una fuente de ambigüedad que de claridad. Desde al menos el siglo XVIII en adelante, ha habido un coro persistente de discursos sobre crisis democrática tanto en escritos académicos como no académicos.<sup>7</sup> Como ha observado David Runciman, “democracia” y “crisis” difícilmente pueden separarse; esto significa que las historias de éxito y de crisis están inevitablemente entrelazadas.<sup>8</sup> La travesía moderna de la democracia inició junto con dichos de que se encontraba en crisis, aunque fueron únicamente las convulsiones de los veinte y los treinta las que sentaron la pauta para la crisis política más dramática con sus respectivos discursos. En ese momento, la crisis fue fatal para el gobierno constitucional y la libertad política. Éste no es el caso hoy día, aunque se expanden discursos sobre la “erosión subterránea de la democracia” que supuestamente se revela en movimientos de protesta y participación electoral en declive.<sup>9</sup> Los movimientos de protesta son la sal de la democracia, no su veneno. Esto hace los discursos de crisis de alguna manera injustificados. Es también casi imposible decir cuánta desigualdad socio-

<sup>6</sup> Giambattista Vico, *The First New Science* (1724), ed. y trad. de Leon Pompa (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), 66.

<sup>7</sup> Reinhart Koselleck, “Crisis”, *Journal of the History of Ideas* 67, núm. 2 (2006): 357-400.

<sup>8</sup> David Runciman, *The Confidence Trap: A History of Democracy in Crisis from World War I to the Present* (Princeton: Princeton University Press, 2014), xiv.

<sup>9</sup> Wolfgang Merkel, “Is there a crisis of democracy?”, *Democratic Theory* 1, núm. 2 (2014): 23; Simon Torney, *The End of Representative Politics* (Cambridge: Polity Press, 2015); Claus Offe, “Democ-

económica es necesaria para provocar levantamientos populistas.<sup>10</sup> Escenarios catastróficos de declive hacia el autoritarismo o soluciones iliberales también parecen asumir, explícitamente o no, que la democracia sólo tiene un modo de realizarse, a saber, el concebido en los países occidentales después de 1945. El éxito del modelo de partido en enterrar al totalitarismo, y en propiciar el crecimiento económico y la redistribución, corre el riesgo de congelar el impresionante *corpus* de ideas y actualizaciones producidas en los Treinta Gloriosos. Si atribuimos a la democracia una sola existencia material concreta, reducimos nuestra capacidad de entender sus formas y logros, así como su historicidad. Se convierte meramente en una ideología.

Las narrativas apocalípticas están inspiradas por una imagen del mundo amenazado por el populismo —pero esta imagen es, muchas veces, autocomplaciente, y no muy persuasiva. Primero, cuando denunciamos la restricción de derechos civiles por parte de mayorías populistas, parecemos asumir que nuestros países disfrutaban de esos derechos desde el momento en que adoptaron constituciones democráticas y declaraciones de derechos. Pareciera que creemos que lo peor del mayoritarismo se encontraba, en cierta forma, “allá”, en democracias “menos avanzadas”. No obstante, en las democracias occidentales los derechos civiles fueron proclamados mucho antes de que sus ciudadanos y sociedades comenzaran a disfrutarlos. Por varias décadas, nuestras democracias en ambos lados del Atlántico estaban lejos de estar abiertas, por ejemplo, al derecho al divorcio, al aborto, a la igualdad de oportunidades en carreras públicas y políticas, al matrimonio entre personas del mismo sexo y al respeto igualitario para las minorías. Yo era adolescente cuando en mi país, Italia, el derecho al divorcio se convirtió en ley y cuando un referéndum bloqueó el intento de cancelarlo. Ya era una adulta cuando se aprobó la ley que permitió a las mujeres adoptar la planificación familiar. Todavía no he presenciado la implementación completa de algunos derechos contenidos en la Constitución Italiana (por ejemplo, el artículo 51) sobre la igualdad de oportunidades para la participación de las mujeres en la vida pública y política.

Nuestras democracias son construcciones históricas, no modelos estáticos nacidos del cerebro de Minerva. Han hecho promesas importantes de expandir los derechos, pero no nacieron con ellos —y esto debería ser razón suficiente para que sospechemos que nuestras democracias están siempre expuestas a ser recortadas

racy in crisis: Two and a half theories about the operation of democratic capitalism”, *Open Democracy* (9 de julio de 2012), disponible en <<https://www.opendemocracy.net/clauss-offe/democracy-in-crisis-two-and-half-theories-about-operation-of-democratic-capitalism>>. Véase también Nadia Urbinati, “Reflections on the meaning of the ‘crisis of democracy’”, *Democratic Theory* 3 (2014): 6-31.

<sup>10</sup> Dani Rodrik rastrea los orígenes del populismo actual al *shock* de la globalización: “Populism and the economics of globalization”, *CEPR Discussion Paper* 12119 (Londres: Center for Economic Policy Research, 2017). En la misma línea, otros académicos muestran como la reacción contra la globalización es una respuesta a la creciente desigualdad: Lubos Pastor y Pietro Veronesi, “Inequality aversion, populism, and the backlash against globalization”, *BFI Working Paper* 2018, núm. 53 (agosto de 2018). Para una discusión de los factores económicos que explican el crecimiento del populismo, véase Giuso *et al.*, “Populism”. Véase también Michele Aleceovich y Anna Soci, *Inequality: A Short History* (Washington: Brookings Institution, 2018), particularmente las páginas 127-132.

y restringidas. En el siglo XXI, las mayorías populistas son agresivas contra esos derechos. Y tienen la maquinaria propagandista y el apoyo popular para empujar al público hacia una mentalidad cultural reminiscente de la que precedió al movimiento por los derechos civiles. De cierta manera, la democracia populista denota un movimiento contrarrevolucionario, el prospecto de una *polis* más cerrada en vez de una más abierta. He sostenido que esta regresión no necesita ser interpretada como fascismo, aun si tomó una forma fascista en el pasado. Lo que demuestra, sin embargo, es que los derechos no son nunca una conquista asegurada, porque incluso si las mayorías prometen solemnemente no infringirlos, retienen un robusto poder para orientar al público y crear leyes y estatutos que expandan o restrinjan el alcance de los derechos civiles, hacer su ejercicio más o menos difícil y sujetarlos a aumentos o recortes presupuestales. El populismo es parte de una regresión en la cultura y la práctica de la apertura política.

Finalmente, la narrativa de crisis y apocalipsis parece ignorar el hecho que los movimientos de opinión y contestación política —y por ello también los movimientos populistas— son *parte de* la dialéctica de la democracia, no una patología o el síntoma de una enfermedad. Por consiguiente, definir el Brexit como un caso de democracia en “crisis” parece sugerir que la democracia no incluye movimientos libres de contestación o referendos, sino sólo instituciones y gubernamentalidad. Pero la sublevación popular o incluso la rabia, así como las protestas colectivas en contra de los poderosos y sus políticas, son también de lo que se trata la democracia. Jürgen Habermas ha teorizado esto como orden legal y político con una esfera pública viva, a veces conflictiva e incluso “anárquica”.<sup>11</sup> Las protestas de los Chalecos Amarillos, que surgieron en Francia en diciembre de 2018 como una multitud auto organizada y dieron lugar a eventos semanales que han acontecido desde entonces en París, no son sólo una expresión de violencia callejera sino que son ante todo son una contestación radical contra el modo en que funciona la democracia representativa; son una “multitud que se está levantando” en contra de una élite que, aunque se declara a sí misma como representativa y es autorizada en elecciones, parece estar completamente desconectada de la vida y los problemas de los ciudadanos y es incapaz de actuar como su defensora y hacerse sentir como representativa. La contestación activada por el movimiento de los Chalecos Amarillos denuncia “la nueva miseria generada por las reformas neoliberales” y rechaza “la representación e intermediación de la derecha y la izquierda”.<sup>12</sup> La distancia entre las instituciones y la extra institución es tan grande que no las conecta ninguna circulación de conocimiento e ideas. La crisis de las instituciones representativas se mide por esta falta de comunicación. Pero culpar a los movimientos populistas por estos “problemas” es ladrarle al árbol equivocado; además, parece implicar que la apatía y la indiferen-

<sup>11</sup> Jürgen Habermas, *Between Facts and Norms: Contribution to a Discourse Theory of Law and Democracy*, trad. de William Rehg (Cambridge: MIT Press, 1996), 481-488.

<sup>12</sup> Tony Negri, “On the yellow vests and the new wave of French insurrection”, *Copyriot.com* (9 de diciembre de 2018), disponible en <<https://non.copyriot.com/antonio-negri-on-the-yellow-vests-and-the-new-wave-of-french-insurrection/>>.

cia política le funcionan mejor a la democracia. Esta visión tecnocrática, que identifica la buena democracia con productos que satisfacen a los clientes del gobierno, fue de hecho bien representada ya en la época conocida como los Treinta Gloriosos, como se puede leer en el documento de la Comisión Trilateral de 1975 sobre la crisis de la democracia.<sup>13</sup>

En suma, en vez de hablar sobre crisis o pintar escenarios apocalípticos, he propuesto en este libro que deberíamos prestar atención a la forma en la que la democracia está sujeta a cambio, y entonces explorar cómo el populismo transforma los procedimientos, instituciones y prácticas democráticas. En particular, he sostenido que el populismo, si bien es un signo justificado de sufrimiento por parte de ciudadanos desempoderados, difícilmente puede ser una solución porque sus voceros y líderes quieren usar la mayoría no sólo o no simplemente como un método para resolver el desacuerdo. Más bien, busca instalarse a sí misma como la mayoría “buena”, que las elecciones legitiman y que resulta intolerante hacia otras partes de la población. Las formas en las que una mayoría populista es capaz de desfigurar el discurso público, el estilo de la política y la relación entre el líder y las instituciones son todas cuestiones preocupantes. De las dos autoridades que componen a la diarquía democrática, el campo de la opinión es el más disruptivo, por el impacto que tiene en las interacciones públicas entre ciudadanos. El populismo es una mala escuela de participación política porque su postura polémica crea un clima adverso a la deliberación y marcado por el hostigamiento lingüístico. Daña el antagonismo político porque daña la “amistad” entre ciudadanos y crea nichos de individuos de igual parecer, un hecho que pone en juego la condición básica de respeto entre “lados” y “partes” opuestas de la sociedad y pone en riesgo el proceso de reconsideración de ideas (incluso dentro de un partido o grupo político).<sup>14</sup> Inyectar enemistad en la vida cotidiana del público es lo que exalta el faccionalismo. Y el faccionalismo es, como he mostrado, la naturaleza del populismo, aunque éste dice hablar por y en nombre del pueblo. La realidad es que habla por y en nombre del pueblo “bueno” *después* de haber decidido expulsar a las partes que considera no deberían pertenecer y no pertenecen al pueblo. Usando el gobierno para su parte (mayoritaria), el populismo promueve una ruptura en la amistad entre los ciudadanos —esto es lo que los politólogos llaman radicalización, y consiste en un dualismo atroz de “nosotros los buenos” y “ustedes los malos”. En este libro, he vinculado el populismo con un retroceso de la democracia de partidos, porque es un intento por afirmar la legitimidad de una sola parte.

<sup>13</sup> Michel Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission* (Nueva York: New York University Press, 1975).

<sup>14</sup> Sobre el vínculo entre “partidismo” y “amistad” entre ciudadanos, véase White y Ypi, *Reason of Partisanship*. Una descripción intensa y a veces desesperada de los efectos del trumpismo sobre el discurso público ordinario es ofrecida por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die* (Nueva York: Crown, 2018), 210-219. Sin embargo, la cura para esta propaganda rampante hecha de “sinceridad” lingüística mediante sólo “canales institucionales” (*Ibid.*, 217) parece paralizar a la oposición partidista en vez de fortalecerla.

Sugiero que, incluso mientras prestamos atención a las dificultades de ensanchar la esfera de derechos y la libertad y a las dificultades todavía mayores para usar el espacio público de forma civilizada y pacífica, no deberíamos apurarnos a identificar el fenómeno populista con el fascismo. El hecho de que tengamos países democráticos gobernados por mayorías populistas no implica que la democracia está agonizando o que la situación hoy prevaleciente es la misma que la Europa en los veinte y treinta. Ciertamente, muchos líderes populistas contemporáneos emplean un lenguaje y un estilo político que nos recuerda al fascismo, el cual —es cierto— consiguió el apoyo popular reivindicando la prioridad de la soberanía nacional contra potentados extranjeros (“grandes corporaciones” y la conspiración de *lobbies* antinacionales organizando la trata de personas) y contra los organismos internacionales (la Unión Europea es hoy un blanco como lo fue la Liga de las Naciones en tiempos de Benito Mussolini). Sin embargo, identificar el populismo de derecha de hoy o las mayorías nacionalistas con el fascismo no sólo es erróneo (porque la propaganda y la democracia de audiencias no son todavía la dictadura); no nos ayuda a descifrar el fenómeno que estamos experimentando y no nos ayuda a concebir estrategias efectivas para confrontarlo y derrotarlo. Las prácticas y procedimientos democráticos no son frágiles; son lo suficientemente amplias para permitir y hacer espacio a fenómenos con los que muchos de nosotros no sólo disentimos sino que activamente nos desagradan.

Pero la inclinación ecuménica de la ideología democrática por incluir todos los cambios institucionales, siempre y cuando reciban el consentimiento del pueblo, no facilita nuestra comprensión crítica de la responsabilidad de las democracias existentes y los líderes políticos en pavimentar el camino hacia el desafío populista. Pensar en estos términos enerva el pensamiento democrático y lo priva de su capacidad para innovar, al criticar y contrarrestar interpretaciones y políticas que ponen en juego sus principios en nombre de metas (como la gobernabilidad y la uniformidad nacional) que, de hecho, pueden justificar diseños institucionales descaradamente antidemocráticos. ¿Cómo podemos valorar la igualdad política cuando nuestras democracias promueven la tecnocracia, o cuando se hacen reformas constitucionales que legitiman a líderes autoritarios? El hecho de que carecemos de nombres para estas transformaciones es parte del problema. Contribuye a deslegitimar a la *polis* democrática. En última instancia, intentos por congelar el modelo de democracia representativo en un esquema eterno crean una suerte de jaula conceptual y práctica, y esto es cierto con independencia de si los intentos favorecen los intereses de demócratas genuinos (quienes piensan que es el único modelo que puede hacer la participación segura y capaz de alcanzar decisiones efectivas) o si favorecen los intereses de los escépticos de la democracia (quienes piensan que simplemente es un régimen popular artificial que da a los ciudadanos la ilusión de que gobiernan, mientras legitima el poder de una élite).

Desde sus comienzos hace más de veinticinco siglos, la democracia se ha mostrado a sí misma capaz de innovaciones institucionales extraordinarias, basadas completamente en el ensayo y error y por ello permanentemente abierta al riesgo

de fracaso.<sup>15</sup> La democracia nunca ha sido un juego cerrado, libre de resultados indeseados, incluso si sus procedimientos fueron concebidos para permitir buenas decisiones. Sus principios básicos son capaces de ajustes pragmáticos en coyunturas históricas, con la condición de que la gente se vea a sí misma “en el mismo barco”, como Habermas escribió perspicazmente.<sup>16</sup> Ellos generan sociedades políticas que son históricamente específicas —aunque siempre se proyectan hacia la trascendencia de sus contingencias. Como hemos visto en este libro, el “es” y el “debería” son los dos niveles entrelazados que hacen las prácticas democráticas tan especiales y que las mantienen permanentemente abiertas al análisis autocrítico. Pierre Rosanvallon escribe elegantemente sobre el vínculo creativo entre democracia, historia y principios:

Las condiciones de vivir juntos y de autogobierno no son definidas a priori, fijadas por la tradición o impuestas por una autoridad. Al contrario, el proyecto democrático genera un terreno político abierto debido a las tensiones e incertidumbres que lo sustentan... Entendido en estos términos, uno no puede comprender lo político sin exponer el verdadero relieve y densidad de estas contradicciones y las ambigüedades que le subyacen. Por ello, debe decirse claramente que es insuficiente sugerir que la democracia tiene una historia. Más bien, uno tiene que dar el paso más radical y entender que la democracia es una historia. Es indisociable de un proceso de exploración y experimentación, un entendimiento y elaboración de su esencia misma.<sup>17</sup>

Este hábito exploratorio significa que la democracia no es solamente “un laboratorio activo de nuestro presente”; ni es un medio de “diálogo permanente entre el pasado y el presente”.<sup>18</sup> También extiende la democracia hacia el futuro y hacia lo desconocido, a veces de manera peligrosa. Una aproximación historiográfica a la política no sustenta ninguna creencia cómoda en el progreso social o moral.<sup>19</sup> Tampoco el conocimiento del pasado nos da certeza alguna sobre el presente o el futuro. La historia no se repite a sí misma, ni nos enseña cómo vivir.<sup>20</sup> La democracia, uno podría decir, es una demanda que hace cada generación por perseguir sus propias decisiones —incluso las malas. Este aspecto inevitablemente contingente, que las constituciones han tratado de dominar, invalida tanto la eter-

<sup>15</sup> Algunas páginas inspiradoras se encuentran en Jason Frank, *Constituent Moments: Enacting the People in Postrevolutionary America* (Durham: Duke University Press, 2010), 237-254.

<sup>16</sup> Jürgen Habermas, “Constitutional democracy: A paradoxical union of contradictory principles?”, *Political Theory* 29, núm. 6 (2001): 775.

<sup>17</sup> Pierre Rosanvallon, “Democratic universalism as a historical problem”, *Constellations* 16, núm. 4 (2009): 547.

<sup>18</sup> Rosanvallon, “Democratic universalism as a historical problem”, 548.

<sup>19</sup> Wendy Brown, *Politics out of History* (Princeton: Princeton University Press, 2001).

<sup>20</sup> “*Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae*” escribió Marco Tulio Cicerón, “De Oratore”, 2.36; en síntesis, la historia ilumina la verdad y es la vida de la memoria; “la historia es la maestra de la vida”; Marco Tulio Cicerón, “De Oratore”, *On Oratory and Orator*, trad. de J.S. Watson (Nueva York: Harper and Brothers, 1860), 92.

nización ideológica como el catastrofismo. Los convierte en géneros literarios que no aportan nada para hacer nuestras instituciones democráticas más legibles. Nos dejan incapaces de comprender el hiato entre la determinación histórica y la experimentación práctica. El populismo personifica ese hiato. Es el producto de un contexto específico y representa el surgimiento de una voluntad política que explora nuevos caminos en su intento por reaccionar en contra de prácticas que no cumplen lo que se suponía o prometió. El hecho de que el populismo nos dé malas mayorías y decisiones alarmantes no es una razón para creer que podemos salvar a la democracia congelándola en un modelo que perteneció a los buenos viejos tiempos.<sup>21</sup> De cualquier forma, salir del populismo difícilmente puede significar regresar adonde nos encontrábamos antes. Ese “antes” se devaluó en el preciso momento en que permitió la victoria populista. Esta es la perspectiva que he adoptado al tratar de entender la democracia populista como una nueva forma de gobierno y política representativa.

Este libro no sólo es un texto investigativo; tiene significado político. Busca entrar en un diálogo sobre la democracia populista con académicos demócratas y también con ciudadanos que recientemente han abrazado y teorizado el populismo como algo más que un movimiento de denuncia (apuntando a los problemas de injusticia social y el desempoderamiento que aquejan a las democracias contemporáneas). Estos pensadores y ciudadanos han acogido al populismo como una mejor forma de democracia. Lo ven como una trinchera de avance en la lucha de los ciudadanos por recuperar su poder de influir en la distribución del ingreso y en contra de la desigualdad. En resumen, creen que es un intento por rediseñar el gobierno representativo sobreponiéndose a una democracia de partidos debilitada y sus tumbos hacia la oligarquía electa. He tomado estas críticas y creencias populistas con seriedad y examinado las propuestas populistas de darle prioridad a la mayoría, en aras de degradar el poder económico y político de las minorías.

Los argumentos populistas contemporáneos muestran que el populismo no crea los problemas que magnifica e intenta resolver.<sup>22</sup> Estos problemas revelan el fracaso de las instituciones representativas para cumplir lo que prometieron. Prometieron, por supuesto, que la representación haría la democracia más eficiente, que le daría voz a las demandas de los ciudadanos y que pondría a los elegidos bajo el poder de monitoreo permanente de los electores, gracias a partidos organizados y una esfera pluralista de formación de opinión. Los populistas buscan recuperar el poder de la mayoría. Proponen hacerlo reduciendo los supuestos constitucionales sobre el Estado de derecho y las protecciones a los derechos civiles (específicamente, aquellos que sostienen que la garantía del Estado de derecho y los derechos civiles depende de la construcción de organismos no electos, que utilizan el juicio imparcial para detener a la voluntad política o las decisiones

<sup>21</sup> “Aferrarse al viejo modelo del partido monolítico es hundirse en la nostalgia por un pasado irrecuperable”; Colin Crouch, *Post-democracy* (Cambridge: Polity Press, 2004), 111.

<sup>22</sup> Simon Tormey recientemente escribió sobre el populismo como un síntoma de crisis, tratándolo como capaz de producir efectos tanto negativos como positivos; “Populism: Democracy’s *pharmakon*?”, *Political Studies* 39, núm. 3 (2018): 260-273.

de la mayoría). Argumentan que las estrategias constitucionales de contención del poder, que fueron cruciales en devolver autoridad a la democracia tras el colapso de las dictaduras de masas y su sistema de arbitrariedad política, han cristalizado su poder durante las últimas décadas. Ahora han enraizado a un *establishment* que reclama prerrogativas de gobierno como una casta de mandarines. Este conjunto de viejas y nuevas clases privilegiadas, aseguran los populistas, es el iceberg que finalmente hundió al criterio de imparcialidad (sobre el que la autoridad no política fundaba su legitimidad para contener decisiones políticas). Dentro de una democracia “senil” —cuyas instituciones representativas han perdido su capacidad de garantizar rendición de cuentas, participación y apertura— el populismo reclama el papel de una fuerza de rescate. De acuerdo con sus simpatizantes democráticos, es un grito de descontento de los muchos contra la transformación oligárquica de la democracia representativa. Es también una acusación de que la democracia constitucional es incapaz de enmendarse a sí misma lo suficiente como para ser efectiva en cumplir su promesa de contener el poder. Los populistas afirman que una mayoría más audaz —esto es, “el poder del pueblo”— puede ser la solución y que debería reequilibrar los poderes estatales para dar supremacía al momento de las decisiones; en síntesis, que debería reescribir las constituciones. Esto, dicen, es la solución a los problemas causados por nuestro modelo senescente, postsegunda Guerra Mundial, de democracia.

Los populistas contemporáneos a menudo apuntan al declive de la igualdad económica y la incapacidad paralela de los partidos socialdemócratas y de izquierda tradicionales para mantener reformas sociales. Esta es una de sus objeciones más atractivas al estado actual de las cosas. El populismo comenzó a crecer seriamente después de la Guerra Fría, con su erosión concomitante de los partidos ideológicos (que serían capaces de unificar demandas populares por políticas sociales reformistas). Creció no sólo gracias a movimientos de oposición sino por medio de partidos que democráticamente buscaron el poder —y a veces lo obtuvieron. Una democracia populista, sigue el argumento, puede tanto interrumpir el fracaso de los partidos de izquierda tradicionales como bloquear el resurgimiento de ideologías y movimientos derechistas. Puede inspirar “la federación de demandas democráticas en una voluntad colectiva para construir un ‘nosotros’, un ‘pueblo’ confrontando a un adversario común: la oligarquía”, y así “recuperar a la democracia para profundizarla y extenderla”.<sup>23</sup> Se supone que hará ambas cosas al regresarle el poder a la soberanía popular y al expulsar el *establishment*.

Los partidarios democráticos del populismo presentan su caso denunciando los dos grandes proyectos de emancipación global lanzados después de 1945. El primero fue el proyecto de los partidos de izquierda, con sus planes socialdemócratas o liberales de crear democracia política y una sociedad más igualitaria. El segundo fue el proyecto que generó formas de gobierno internacional (desde instituciones globales para regular el mercado abierto hasta a experimentos cuasi fedrativos como la Unión Europea) como agentes de reconstrucción democrática des-

<sup>23</sup> Chantal Mouffe, *For a Leftist Populism* (Londres: Verso, 2018), 24.

pués de la guerra. Estos trataron de combinar la libertad política y la paz, en la tradición de la Ilustración.

Sobre el primer alegato, los teóricos democráticos del populismo señalan a los partidos de izquierda establecidos y argumentan que se han coludido con las políticas neoliberales de privatización y desregulación que han erosionado los programas del Estado de bienestar. Es casi un lugar común señalar que, en efecto, los izquierdistas de hoy se han vuelto centristas. Han hecho a un lado su tradicional crítica de clase. Como escribe Thomas Piketty, se han “asociado, desde los 1970-1980, con votantes más educados, dando lugar a un sistema de partidos de élites múltiples: las élites más educadas votan por la izquierda, mientras las élites de altos ingresos/mayor riqueza por la derecha, es decir, la élite intelectual (la izquierda Brahmin)<sup>24</sup> vs. la élite empresarial (la derecha mercante)”.<sup>25</sup>

Paradójicamente, la energía que los socialdemócratas y los liberales inyectaron en la era de la reconstrucción democrática se evaporó junto con sus proyectos de emancipación (frecuentemente relacionados con la pobreza y el analfabetismo). Gracias a los partidos de izquierda, algunos de los “plebeyos” lograron ascender en la escala social y convertirse en clase media. Sin embargo, hoy los mismos partidos que promovieron la emancipación tras la guerra representan sólo a una porción privilegiada de la clase trabajadora y la clase media baja. Como lo vimos en nuestro análisis de Aristóteles y su exploración de las causas sociales de la demagogia, el bienestar de los muchos es una esperanza que impulsa a la democracia y crea una clase media. Pero esta clase media tiende a proteger su propio estatus y cerrar las puertas a las clases más bajas, sabiendo que si los incluyeran, eso bajaría su propio estatus. La izquierda democrática ha dejado de pensar y de actuar en términos de *nuevas* estrategias de inclusión y se ha convertido simplemente en un guardián de la parte ya incluida.

La estrategia centrista de los partidos de izquierda ilustra la interrupción de su función emancipatoria. Como han notado los comentaristas, éste es uno de los factores detrás de la desafección de los ciudadanos con la política y la participación electoral.<sup>26</sup> No sólo la izquierda radical dejó de existir, la izquierda en general se tornó más interesada en la protección de los beneficiarios privilegiados de sus políticas sociales, que en expandir o innovar programas de bienestar para así ajustarlos a las necesidades de los menos favorecidos.<sup>27</sup> La cartelización de los parti-

<sup>24</sup> En el sistema de castas tradicional de India, las castas más altas se subdividían en brahmins y kshatryas/vaishyas. El primer grupo incluía a intelectuales, sacerdotes y otras élites culturales, mientras el segundo abarcaba a comerciantes, guerreros y terratenientes, entre otros [T.].

<sup>25</sup> Thomas Piketty, “Brahmin left vs. merchant right: Rising inequality and the changing structure of political conflict”, *WID.world Working Paper* 2018, 7, disponible en <<http://piketty.pse.ens.fr/files/Piketty2018.pdf>>.

<sup>26</sup> Donatella della Porta, *Can Democracy Be Saved?* (Cambridge: Polity Press, 2013); Larry Diamond y Leonardo Morlino, eds., *Assessing the Quality of Democracy* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2005).

<sup>27</sup> La derecha y la izquierda son una “falsa dicotomía” como los “dos lados de la misma moneda [liberal]”, escribe John Dunn en la introducción a su *Traditionalism, the Only Radicalism: A New Mythos for Modern Heretics* (Londres: Study Press, 2015), 6-8.

dos, que algunos creen es un factor de crecimiento del populismo, ha ido de la mano de la erosión de los ideales sociales en los partidos de izquierda y de la erosión de la oposición ideológica entre la izquierda y la derecha. Las “mayorías silenciosas” que caracterizan a la democracia posideológica, al igual que las tácticas convencionales que todos los partidos electorales hicieron suyas, fueron un producto de la democracia partidista misma. El colapso del “centro” y el centrismo son terreno fértil para el populismo, que reivindica el voluntarismo popular aun cuando revela la lógica que motiva a la democracia representativa: una forma que produce su otro radical en el momento preciso en que se estabiliza a sí misma en el sistema de partidos. El populismo no es el producto de alguna fuerza malevolente y no pone a la democracia bajo sitio como lo haría un enemigo externo. El populismo es el producto del muy “buen” modelo de democracia que estabilizó a nuestras sociedades después de la segunda Guerra Mundial.

Este proceso hacia partidos atrapa-todo y, posteriormente, la cartelización de los partidos evolucionó de la mano con la merma de la soberanía popular. Bernard Manin explica bien este proceso al final de su libro de 1997, en el cual delinea el esquema de una teoría sobre el crecimiento de la democracia de audiencia.<sup>28</sup> La expansión del capitalismo financiero global ha debilitado progresivamente el poder de decisión de los Estados soberanos (en particular los democráticos). Y un mercado de trabajo globalizado ha estrechado la posibilidad de alcanzar el tipo de compromiso socialdemócrata entre capital y trabajo que sirvió como pilar de la democracia partidista de la posguerra.<sup>29</sup> El debilitamiento de la soberanía estatal para ajustarse a corporaciones globales se encuentra con el llamado del pueblo al cierre de fronteras, como si los ciudadanos democráticos pensaran que podrían proteger su poder político demandando que se contenga el libre movimiento y se reduzca la libre competencia de los salarios y los beneficios sociales. Este es el motor contemporáneo de lo que líderes políticos y teóricos europeos recientes llaman *soberanismo*. Como en el pasado, el populismo asocia la política de la redistribución social con políticas proteccionistas. Además, el fenómeno dramático del terrorismo (generalmente asociado con extremismo islámico) impulsa una política de seguridad de Estado a costa de los derechos civiles y acentúa el carácter nacionalista de la democracia como una condición vital de identidad cultural y religiosa, que debe ser protegida de enemigos externos. La división entre sentimientos populares antiilustración y ansiedad económica, por un lado, y un discurso cultural dominado por élites cosmopolitas, por el otro, resultan en un déficit representativo. Esto, a su vez, abre un espacio político para líderes populistas y sus planes *antiestablishment*. El populismo es un fenómeno global que ha sido fomentado por la

<sup>28</sup> Bernard Manin, *The Principles of Representative Government* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), 218-234.

<sup>29</sup> Para un análisis convincente del impacto del capitalismo financiero globalizado en el sistema de valores mismo de cada sociedad, véase Alain Touraine, *After the Crisis* (Cambridge: Polity Press, 2014); sobre el cambio del significado del trabajo y su gradual desvinculación de perspectivas de cambio social y político, véase Anson Rabinbach, *The Eclipse of the Utopias of Labor* (Nueva York: Fordham University Press, 2018).

cultura global que censura. Viene a desempeñar dos papeles tradicionalmente representados por partidos socialdemócratas: denunciar la desigualdad social y los privilegios de unos cuantos (quienes no requieren pertenencia nacional para proteger sus intereses), y recuperar el poder de soberanía popular y su énfasis en la prioridad de los intereses de la mayoría. Desempeña estos dos papeles orientando a los gobiernos a priorizar intereses nacionales de corto plazo. El declive de la organización partidista marca un punto de inflexión formidable al privilegiar el deseo de la mayoría “aquí” y “ahora”, mientras que las organizaciones partidistas eran “formas de promover proyectos de largo plazo que se extienden más allá de la vida de los individuos”.<sup>30</sup>

¿Está la democracia acercándose a su fin? Si la democracia es una construcción histórica —como argumenté antes— no debería sorprendernos su posible declive. Los antiguos estaban tan conscientes de la temporalidad de todas las formas de gobierno que teorizaron un ciclo de cambios, así como formas de bloquearlo. Los Federalistas estadounidenses tenían una orientación similar, aunque con una disposición mucho más optimista, cuando trataron de diseñar una constitución escrita que forzara los vicios humanos a funcionar como factores estabilizadores que pudieran impedir el declive. Una conciencia de la finitud de la democracia puede servir como antídoto al triunfalismo de un “modelo cerrado” de democracia. Es también la condición para entender las carencias institucionales de ese modelo. Al mismo tiempo, ser conscientes de la mutación histórica también puede causar angustia, y puede elevar el riesgo de recurrir a soluciones antidemocráticas. La imaginación democrática de hoy día parece atrapada entre los proverbiales Escila y Caribdis: o se congela y eterniza el modelo de los Treinta Gloriosos, o abraza transformaciones que pueden ser necesarias pero traen resultados inciertos.<sup>31</sup>

Los desafíos a la democracia constitucional vienen de dos lados opuestos: los pocos oligárquicos, que controlan ya el proceso de toma de decisiones; y los muchos populares, que afirman que la única manera en que pueden remediar la desigualdad de su poder es asegurando la prioridad de la mayoría sobre todas las demás partes de la sociedad. La mutación oligarca y la mutación popular representan retos idénticos. En ambos casos, es el principio regulador de apertura e imparcialidad (*erga omnes*) el que se devalúa. En una condición de “imparcialidad falsa” y de dominación fáctica de los socialmente poderosos, la legitimidad de la democracia constitucional se deteriora fatalmente. Si unos pocos toman persistentemente

<sup>30</sup> Jonathan White, “Archiving for the future: The party constitution,” en Axel Gosseries e Iñigo González-Rico, eds., *Institutions for Future Generations* (Oxford: Oxford University Press, 2018), 353-365.

<sup>31</sup> Las publicaciones sobre el destino de la democracia se han vuelto numerosas; véase un interesante análisis de los más recientes trabajos en Adam Tooze, “Notes on the global condition: Democracy’s twenty-first-century histories”, en la página web de Adam Tooze (9 de febrero de 2018), disponible en <<https://adamtooze.com/2018/02/09/notes-global-condition-democracys-twenty-first-century-histories-call-comments/>>.

decisiones *ad personam*, ¿por qué debería ser un escándalo cuando los muchos las reclaman para ellos mismos? La batalla entre los muchos y los pocos corre el riesgo de terminar en el punto sobre el que Aristóteles advirtió a sus contemporáneos: con el surgimiento de un gobierno de facción que funciona como una expresión arbitraria de la voluntad de poder de la fuerza gobernante (sean los pocos o los muchos). Paradójicamente, la ambición populista de trascender las divisiones entre Derecha e Izquierda es un indicador importante de este proceso hacia el faccionalismo.

Todo movimiento populista afirma representar un parteaguas en la política partidista. Quieren representar sólo al pueblo “verdadero”, más allá de las divisiones entre Derecha e Izquierda. Ciertamente, aunque los populistas se resisten a ser identificados y aunque dicen proponer visiones del interés popular que son alternativas —nacionalismo excluyente (de derecha) o radicalmente incluyente (de izquierda)— tienen el estilo populista de acción política en común. Las formas populistas de izquierda sostienen ser inclusivas (por ejemplo, de los nuevos inmigrantes) y anti proteccionistas; en este sentido, son lo opuesto a los populistas nacionalistas de derecha. Pero no presentan sus demandas en nombre de promesas democráticas —más bien, se presentan como un movimiento de oposición contra lo establecido, tal como lo hace el populismo de derecha. *Ni derecha ni izquierda o más allá de la derecha y la izquierda* es el común denominador de los varios populistas de hoy.<sup>32</sup>

“Cuando me preguntan,” escribió alguna vez *Alain*<sup>33</sup> de acuerdo con Raymond Aron, “si la división entre partidos de derecha y de izquierda, entre hombres de derecha y hombres de izquierda, aún tiene *significado*, la primera idea que me viene es que el que pregunta ciertamente no es un hombre de izquierda”.<sup>34</sup>

Ciertamente, “nacional” y “popular” son adjetivos diferentes; sólo el último puede estar en verdad vacío y, por ende, ser potencialmente más incluyente que el primero. Esto es lo que, según Ernesto Laclau, lo vuelve amigable con la democracia. Pero el retrato populista del pueblo no es completamente inclusivo, como hemos visto en este libro. Está definido por un acto de exclusión *a priori* (el del *establishment*), que busca congelarse a sí mismo en el pueblo “correcto”, con independencia de quién es ese pueblo. El significado social básico de su pueblo constituyente termina comprometiendo la inclusividad del populismo democrático. Sea nacionalista o radicalmente democrático, la lógica es la misma. En ambos casos, se necesita el binomio de “el *establishment*” contra “el pueblo”. Cada uno es externo al otro y necesita del otro, pues cada uno se define por no ser como el otro. Ésta se vuelve la única oposición que importa: una que es simple e intuitiva, incolora, y que trasciende ideologías partidistas. Con base en esta simplificación estructural común, se sigue que el populismo democrático está “más allá de la izquierda y la

<sup>32</sup> Véase, por ejemplo, el ideólogo más representativo de la derecha francesa, Alain de Benoist, *Le moment populiste: droite-gauche, c'est fini!* (París: Pierre-Guillaume de Roux, 2017).

<sup>33</sup> El filósofo antifascista Émile-Auguste Chartier, conocido por su seudónimo *Alain* [T.].

<sup>34</sup> Raymond Aron, *The Opium of the Intellectuals*, trad. de Terence Kilmartin (Nueva York: Norton, 1962), 3.

derecha”. Éste es ahora el común denominador que entrecruza los populismos en sus varias experiencias geopolíticas.

Ésta es la fuente del escepticismo sobre el populismo que me ha orientado al escribir este libro. Predeciblemente, tiene un significado político (como el mismo populismo, que nunca ha sido y nunca será, una postura puramente “académica”).

Para algunos académicos e intelectuales, el destino de la democracia depende de la capacidad de la Izquierda de imitar a la Derecha, al menos volviéndose populista, de ahí “la importancia de reapropiarse del término populismo”.<sup>35</sup> Además, lo único que parece ser capaz de resistir y derrotar al populismo de derecha es el populismo de izquierda. Los partidos socialdemócratas o reformistas tradicionales no sólo son débiles, son estructuralmente incapaces de defender la democracia de enemigos neofascistas y nacionalistas, porque están basados en una reflexividad que difícilmente mueve las emociones. Un contrapopulismo populista radical parecería capaz de poner fin a los problemas creados por gobiernos neoliberales —gobiernos que han sido apoyados por partidos cartelizados y coaliciones convencionales, han alienado a militantes y ciudadanos y han generado apatía electoral y un sentimiento palpable de impotencia en relación con la política.<sup>36</sup> Tras décadas de confiar en los procedimientos, en estrategias legales y en las instituciones dentro de la democracia que prometieron alcanzar justicia social, parece necesario reinyectar voluntarismo en la política. Esto se debe a que las democracias han cambiado de dirección hacia criterios de distribución basados en el mercado y sus procedimientos se han mostrado impotentes ante sí mismos —de hecho, se han mostrado a sí mismos ser hipócritamente capaces de convertirse en vehículos de las clases oligárquicas. Mover al pueblo a actuar políticamente adquiere energía de los “agravios y *resentimientos*” generados por las promesas incumplidas de gobiernos democráticos sucesivos.<sup>37</sup> Aquí es donde reside la nueva confianza en el populismo dentro del campo democrático y de izquierda. El supuesto aquí que el populismo carece de contenido: que es un medio neutral, el nombre del voluntarismo puro en la política, que recurre a un estilo retórico y la política como maña. El mito de un líder unificando a los muchos por medio de un discurso simple y poderoso, o con carisma personal, sugiere una visión del populismo como instrumento mecánico y neutral. Esto, por su parte, sugiere que una estrategia populista podría hacer

<sup>35</sup> Íñigo Errejón y Chantal Mouffe, *Podemos: In the Name of the People*, prefacio de Owen Jones (Londres: Lawrence and Wishart, 2016), 127.

<sup>36</sup> Nancy Fraser, “Against progressive neo-liberalism: A new progressive populism”, *Dissent Magazine* (28 de enero de 2017), disponible en <<https://www.dissentmagazine.org/onlinearticles/nancy-fraser-against-progressive-neoliberalism-progressive-populism/>>; Tatiana Llaguno, Krytyka Polityczna y European Alternatives, “Emancipatory movements must have a populist dimension: An interview with Nancy Fraser”, *PoliticalCritique.org* (7 de septiembre de 2017), disponible en <<http://politicalcritique.org/opinion/2017/emancipatory-movements-must-have-a-populist-dimension-an-interview-with-nancy-fraser/>>.

<sup>37</sup> Hans-Georg Betz, “Conditions favoring the success and failure of radical right-wing populist parties in contemporary democracy”, en Yves Meny e Yves Surel, eds., *Democracies and the Populist Challenge* (Nueva York: Palgrave, 2002); 196.

en el presente lo que partidos socialdemócratas o progresistas organizados hicieron en el pasado.

Esta representación *parece* atractiva porque asegura a los demócratas que pueden apropiarse “del estilo” populista de política y ponerlo al servicio de sus esperanzas de renovación social y política. Mi afirmación central aquí es que esta esperanza es falsa. La maquinaria que un líder populista *en marche* hacia el poder estatal está preparado para instaurar dista de ser neutral. Las suposiciones pro populistas de izquierda sobre el populismo están equivocadas porque el populismo no es meramente una herramienta que puede emplearse en planes reformistas o conservadores. No es simplemente “un estilo de política”; para tener éxito, el populismo debe transformar los principios básicos y las reglas mismas de la democracia. Al hacerlo, lleva a la política y al Estado hacia resultados que los ciudadanos no pueden controlar. El populismo procede inevitablemente a exaltar y asegurar el papel prominente y el poder del líder. Esto ocurre por la simple razón que el éxito de la narrativa descansa en el éxito del líder —y ambos dependen de la autoridad del líder sobre el pueblo y sus partes.

El pueblo populista *abdica de su poder* en favor del líder, pues sin él o ella, no existe como un sujeto colectivo sometido gobernando el Estado. Esta abdicación no puede ser evadida si una política populista triunfa. Como tal, el populismo está atado a una paradoja que no puede resolver. Sin importar su programa radical y reformista, su realización dentro del Estado y la sociedad depende esencialmente de la autoridad del líder, del pequeño grupo de seguidores del líder y de la fe que la gente tenga en él o ella. Aquí yace tradicionalmente la desconfianza izquierdista en la figura y en el papel del líder. Hacer del partido un *líder colectivo* inspirado en una teoría que no podía ser arbitrariamente construida por ningún líder individual fue la respuesta de Antonio Gramsci para prepararse para el trabajo gradual de cambio hegemónico y para lograrlo contrarrestando el riesgo de personalización, particularmente en una situación de “guerra de posición”, como en la democracia electoral.<sup>38</sup> Gramsci pensaba, muy razonablemente, que unificar al pueblo mediante la identificación “libidinosa” o “afectiva” con un líder no podría ni era en sí misma una condición suficiente por sí misma para convertir la política hegemónica en una política progresista o democrática.<sup>39</sup> El proyecto hegemónico sería exitoso en la medida en que neutralizara el crecimiento de la política de la

<sup>38</sup> No obstante, en los regímenes parlamentarios había, según Gramsci, la oportunidad de un líder cesarista en casos de una necesidad dramática de superar las divisiones partidistas, y en el caso de la Inglaterra parlamentaria durante el gabinete de Ramsey MacDonald. El líder representativo en la democracia electoral era el equivalente de Gramsci del líder plebiscitario de Weber dentro del parlamento. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, ed. de Valentino Gerratana (Turín: Einaudi, 1975), 1194-1195, 1619-1622. Sobre la desafiante cuestión del papel del líder en los movimientos sociales de izquierda, véase Dieter Groh, “The dilemma of unwanted leadership in social movements: The German example before 1914”, en Carl F. Graumann y Serge Moscovici, eds., *Changing Conceptions of Leadership* (Nueva York: Springer-Verlag, 1986), 33-52.

<sup>39</sup> Mouffe escribe, en su *For a Left Populism*, 70, “Los lazos afectivos con un líder carismático pueden desempeñar un papel importante... No hay razón para equiparar a un liderazgo fuerte con autoritarismo”. Pero ¿sobre qué fundamento podemos decir que no existe tal razón?

personalidad. Uno podría entonces decir que el proyecto hegemónico de Gramsci pretendía impedir que cualquier líder individual tuviera éxito en conseguir la dominación interviniendo en el significado y la implementación estratégica de la ideología.<sup>40</sup>

Mi argumento central es que el populismo no puede solucionar los problemas contra los cuales los populistas están reaccionando. Es cierto que los factores que explican éxitos e impactos populistas específicos son profundamente contextuales. También es cierto que el populismo toma varias formas. Pero podemos estar de acuerdo en que el populismo está relacionado con una percepción popular de que el gobierno constitucional es disfuncional, así como con una percepción popular de que las instituciones representativas son inadecuadas. El populismo indica la existencia de corrupción política sistémica, la cual ha sido facilitada por la desigualdad económica. Responder a las críticas populistas requeriría que los demócratas intervinieran en debates populistas constitucionales y políticos, en vez de satanizarlos. Requeriría que revisaran algunas reglas básicas del juego de una forma que regrese a los ciudadanos poder directo de toma de decisiones y también les otorgue un control más estricto sobre sus representantes. Requeriría que reconfiguraran a los partidos políticos, tanto en su organización interna como en el papel que desempeñan en las instituciones (algunas veces, como en algunas democracias parlamentarias, puede ser razonable volverlos constitucionales), o poner controles más severos sobre sus recursos financieros; y reescribir los estatutos y estructuras de los partidos para volverlos más activos en la interpretación y representación de demandas de partido (y emanciparlos de los potentados oligárquicos que los gobiernan y que encuentran ventajoso acentuar las divisiones partidistas o, alternativamente, abrazar la política *mainstream* dependiendo de qué es conveniente para sus planes y sus acaudalados donantes).<sup>41</sup> Los movimientos antipartido son peligrosos pero no injustificados o inútiles porque tal vez no existe una forma estática de existencia de los partidos.<sup>42</sup> Estos movimientos ponen de manifiesto mutaciones de la democracia representativa que necesitan ser analizadas y respondidas. La imaginación institucional es un recurso que pertenece a la democracia. Si la democracia no puede ser separada del hábito de

<sup>40</sup> He discutido la concepción de liderazgo de Gramsci y su desconfianza en el líder carismático del movimiento hegemónico en Nadia Urbinati, *Democracy Disfigured: Opinion, Truth and the People* (Cambridge: Harvard University Press, 2014), 153-157.

<sup>41</sup> Los partidos continúan siendo “fundamentales para evitar tendencias antigalitarias de la posdemocracia. Pero no podemos conformarnos con trabajar por nuestros objetivos políticos únicamente haciéndolo a través de un partido”. Crouch, *Post-democracy*, 111-112. Algunas propuestas para reformar a los partidos se han planteado recientemente en ambos lados del Atlántico; véase, por ejemplo, Piero Ignazi, *Party and Democracy: The Uneven Road to Party Legitimacy* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 247-258; Ethan J. Leib y Christopher S. Elmendorf, “Why party democrats need popular democracy and popular democrats need parties”, *California Law Review* 100, núm. 1 (2012): particularmente las páginas 91-113.

<sup>42</sup> Por consiguiente, estoy de acuerdo con Mouffe cuando apunta su dedo crítico hacia los partidos socialdemócratas existentes o simplemente los de centro-izquierda, que ciertamente tuvieron un papel importante en estabilizar y expandir la democracia después de la segunda Guerra Mundial pero que ahora parecen “prisioneros de sus dogmas pospolíticos”, *For a Left Populism*, 21.

la autoexaminación y la experimentación y si no puede ser separada del disenso y la contestación, entonces las innovaciones institucionales y procedimentales son sus tareas urgentes hoy día. La democracia de partidos, tan exitosa e importante durante unas cuantas décadas cruciales, ha probado ser ella misma inadecuada para gobernar una sociedad que ya no depende de organizaciones estructurales de trabajadores y ciudadanos y en la cual, además, la democracia neta ha adquirido credibilidad como una expresión más directa de la voluntad popular. Perpetúa la corrupción política rampante, a la cual los contrapesos institucionales por sí solos no son capaces de contener y corregir. Las democracias de partidos han alcanzado el umbral que la separa de la política de facción —incluido el populismo, que es una afirmación explícita de la política al servicio de una parte. El populismo es, en todos los sentidos, un producto de las fallas de la democracia de partidos.<sup>43</sup> Aquí es donde mi libro comienza y donde termina: con una disección e investigación de los riesgos que surgen cuando la democracia se estira hacia el populismo. **Ω**

<sup>43</sup> Una podría decir lo que un antifascista lúcido dijo sobre el éxito del fascismo en Italia: “no hay duda de que una de las razones para el éxito fascista fue la degeneración de la vida parlamentaria”; Carlo Rosselli, *Liberal Socialism* (1930), trad. de William McCuaig (Princeton: Princeton University Press, 1994), 128.

# Capitalismo y subtipos de populismo en Europa y América Latina\*

Kenneth M. Roberts

## Resumen

Estudios académicos recientes han resaltado una clara distinción entre los llamados “populismos inclusivos” de izquierda en América Latina y los “populismos excluyentes” de derecha en Europa. Las distinciones que se observan entre estos dos subtipos de populismo existen y son reales, lo que no está nada claro es si estas se limitan a regiones específicas del mundo. De hecho, partidos y movimientos izquierdistas centrados en algún tipo de discurso populista han emergido y se han consolidado en un gran número de países del sur de Europa, especialmente, en aquellos que luchan contra graves crisis financieras y políticas impopulares de austeridad. Este ascenso del populismo de izquierda recuerda a la experiencia latinoamericana de principios de siglo que diferencia drásticamente las trayectorias de los populismos del sur de Europa continental de la del norte y del este. En este trabajo se intenta identificar y teorizar los orígenes de los diferentes subtipos de populismo, haciendo un mayor énfasis en las distintas variedades de capitalismo y la estructuración de los mercados laborales nacionales y los Estados de bienestar. Es esta estructuración la que, sostengo, tal vez traiga consecuencias inesperadas para la manera en que el discurso populista plantea la división entre “el pueblo” y “el otro”, su antagonista. El artículo plantea la desafiante (y tal vez inquietante) posibilidad de que formas más inclusivas de capitalismo puedan provocar variantes exclusivas de populismo, mientras que variedades de capitalismo más excluyente son caldos de cultivo de subtipos inclusivos o izquierdistas de populismo.

**S**i bien los académicos no han alcanzado un acuerdo con respecto a qué es el populismo, existe un amplio consenso de que este fenómeno se encuentra actualmente en ascenso en muchas partes del mundo. Podría afirmarse que este ascenso comenzó en el bastión tradicional de este fenómeno, América Latina, durante el periodo de inestabilidad política en el que entró la región luego de la crisis causada por la transición del desarrollo a cargo del Estado al liberalismo de mercado (también llamado “neoliberalismo”) a fines

\* Una versión previa de este artículo fue publicada en la revista *SAAP* de la Sociedad Argentina de Análisis Político, vol. 11, núm. 2, con el título “Variedades de capitalismo y subtipos de populismo: las bases estructurales de la divergencia política”. El comité editorial de *Configuraciones* y el coordinador de este número agradecen la disposición del autor para actualizar y republicar este artículo. Traducción del texto original de Natividad Alba. Traducción de nuevos pasajes de Mariano Sánchez Talanquer.

de los años ochenta y noventa.<sup>1</sup> También se arraigó en Europa a fines del siglo xx y prosperó en las primeras décadas del siglo xxi cuando surgieron distintas formas de populismo en contextos conflictivos debido a la inmigración, la integración transnacional y la austeridad económica.<sup>2</sup> El populismo más reciente ha tumbado el orden político en los lugares más inesperados y diversos, tales como Filipinas y Estados Unidos.

El fortalecimiento de líderes, movimientos y partidos populistas en ambientes y contextos tan variados deja en claro que este fenómeno no está ligado a ninguna tradición política-cultural, formación socioeconómica o configuración institucional. Al ser la expresión por excelencia de políticas antiélite y antisistema, el populismo resulta ser una propuesta tentadora en lugares donde una gran cantidad de ciudadanos se encuentran alienados o poco representados por las élites políticas establecidas y sus partidos, es decir, en casi todas partes del mundo. Sin embargo, la auténtica omnipresencia del populismo dirige la atención hacia su maleabilidad intrínseca y, por lo tanto, a la variación aparente en sus múltiples formas y expresiones. Si bien esta variación ayuda a perpetuar el desgastado debate sobre el significado conceptual y la extensión empírica del sello populista, también genera una serie de preguntas teóricas novedosas y, en definitiva, más relevantes sobre las condiciones sociales que originan distintos subtipos de populismo y, en consecuencia, políticas antisistema. ¿Acaso las distintas expresiones de populismo deban considerarse como efectos secundarios de un contexto específico y como productos accidentales de la acción política de líderes o movimientos que alcanzan el éxito sacando provecho (o politizando) los reclamos sociales de una coyuntura histórica particular? ¿O será que los populismos divergentes tienen raíces más profundas en condiciones socioeconómicas, culturales e institucionales identificables que predisponen a ciertos países o regiones a tipos (o subtipos) específicos de populismo?

Estas preguntas tienen una especial resonancia en la actualidad debido a que, recientemente, la academia ha resaltado la distinción entre los “populismos inclusivos” de izquierda en la reciente experiencia de América Latina y los “populismos excluyentes” de derecha en Europa.<sup>3</sup> Mientras que los primeros movilizan grupos

<sup>1</sup> Kenneth M. Roberts, *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014); Kurt Weyland, “Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities”, *Studies In Comparative International Development* 31, núm. 3 (septiembre de 1996): 3-31; Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, eds., *Latin American Populism in the Twenty-First Century* (Washington: Woodrow Wilson Center Press y Johns Hopkins University Press, 2013).

<sup>2</sup> Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy: A framework for analysis”, en Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, eds., *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective to Democracy?* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012); Hanspeter Kriesi y Takis S. Pappas, eds., *European Populism in the Shadow of the Great Recession* (Colchester: ECPR Press, 2015); Paris Aslanidis, “Populist social movements of the Great Recession”, *Mobilization: An International Quarterly* 21, núm. 3: (2016): 301-321; Yannis Stavrakakis y Giorgos Katsambekis, “Left-wing populism in the European periphery: The case of Syriza”, *Journal of Political Ideologies* 19, núm. 2 (2014): 119-142.

<sup>3</sup> Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”, 201-231; Dani Filc, “Latin American inclusive and European exclusionary populism: Colonialism as an explanation”, *Journal of Political Ideologies* 20, núm. 3 (2015): 263-283.

subalternos previamente excluidos (las clases trabajadoras urbanas y rurales y las clases bajas, así como también los grupos étnicos o raciales históricamente marginados), cuestionan a las élites y apoyan políticas sociales y económicas redistributivas, los segundos han movilizado comunidades nacionalistas contra poblaciones inmigrantes e instituciones transnacionales. Estas distinciones entre subtipos de populismo existen y son reales, lo que no está nada claro es si estas se limitan a regiones específicas del mundo. De hecho, en los últimos años, los movimientos y partidos izquierdistas centrados en algún tipo de discurso populista han emergido y consolidado en un gran número de países del sur de Europa, especialmente, en aquellos que luchan contra graves crisis financieras y políticas impopulares de austeridad.<sup>4</sup> Este ascenso de los populismos de izquierda hace recordar sorprendentemente a la experiencia latinoamericana de fin de siglo y diferencia claramente las trayectorias populistas de la parte sur del continente europeo de las encontradas en el norte y el este.

Las similitudes interregionales entre los populismos de América Latina y el sur de Europa y las variaciones intrarregionales dentro de la Europa contemporánea, sugieren que los factores más allá de la locación geográfica pueden condicionar el ascenso de diferentes tipos de populismo. En este trabajo se intenta identificar y teorizar estos potenciales factores explicativos.<sup>5</sup> Si bien estos subtipos pueden estar relacionados con una gran variedad de experiencias políticas/económicas, condiciones económicas y rasgos actitudinales, se pondrá un mayor foco a las distintas variedades de capitalismo y su estructuración sobre los mercados laborales, nacionales y Estados de bienestar. De esta forma, sostengo que esta estructuración podría tener consecuencias inesperadas para la manera en que el discurso populista plantea a “el pueblo” y a su antagonista “el otro” en lados opuestos del clivaje populista. En efecto, plantea la desafiante (y tal vez inquietante) posibilidad de que formas más inclusivas de capitalismo puedan provocar variantes exclusivas de populismo, mientras que las formas exclusivas de capitalismo son caldos de cultivo de subtipos inclusivos o izquierdistas de populismo.

### **La lógica política de los populismos alternativos**

No se evidencia un consenso entre los académicos sobre si el populismo es mejor concebido como un tipo de discurso político, una ideología, un conjunto de políticas económicas o como un tipo particular de movilización política y estilo de liderazgo. Sin embargo, prácticamente todas las conceptualizaciones del término (al menos aquellas que evitan el reduccionismo económico e insisten en la “lógica política” intrínseca del fenómeno)<sup>6</sup> descansan sobre la división antagónica que tiene lugar dentro del espacio político entre “el pueblo”, como quiera que se defina y el

<sup>4</sup> Stavrakakis y Katsambekis, “Left-wing populism in the European periphery”; Aslanidis, “Populist social movements of the Great Recession”; Donatella della Porta, Joseba Fernández, Hara Kouki y Lorenzo Mosca, *Movement Parties against Austerity* (Londres: Polity Press, 2017).

<sup>5</sup> Por el momento, se dejará de lado la Europa del Este poscomunista, a pesar de que las preguntas teóricas planteadas en este artículo también se aplican a esa región y justifican una perspectiva comparativa más amplia.

<sup>6</sup> Ernesto Laclau, *On Populist Reason* (Londres: Verso, 2005), 117.

“otro”, definido como algún tipo de élite o *establishment*.<sup>7</sup> Para Laclau, esta división antagónica del espacio político cuenta con precondiciones estructurales e institucionales. Estructuralmente, los populismos suponen niveles suficientes de heterogeneidad social de modo que no existe un sujeto social natural o hegemónico (como el proletariado industrial) cuyas demandas particulares pueden subordinar o subsumir a las del resto dentro de un proyecto democrático de masas. El populismo, por lo tanto, trae consigo la “unificación simbólica” de la pluralidad de demandas insatisfechas; constituye una “subjetividad social amplia” y construye una nueva “identidad popular” (es decir “el pueblo”) la cual es “cualitativamente más que la simple suma de enlaces equivalentes”.<sup>8</sup> Institucionalmente, el populismo se vuelve posible cuando se evidencia “una acumulación de demandas insatisfechas y la creciente incapacidad del sistema institucional de absorber” o responderlas separadamente.<sup>9</sup> Como tal, una “crisis de representación” se encuentra “en la raíz de cualquier estallido populista y antinstitucional”.<sup>10</sup>

Así concebido, hay poco misterio con respecto a por qué el populismo ha estado en ascenso en los asuntos políticos globales contemporáneos. De hecho, los procesos de cambio institucional y estructural de largo plazo que abrieron el espacio político para alternativas populistas se han visto agravados por perturbaciones coyunturales de corto plazo, creando una “estructura de oportunidad” altamente favorable<sup>11</sup> para la movilización populista. En el largo plazo, la pluralización de subjetividades ha sido fomentada por una heterogeneidad social creciente, el debilitamiento del papel central de la fuerza laboral organizada, la creciente importancia de clivajes culturales y basados en la identidad y la diferenciación socioeconómica y cultural de los grupos sociales que se benefician o pierden en el proceso de globalización.<sup>12</sup> Esta pluralización, a su vez, ha aflojado ciertas alineaciones partidarias que previamente estaban estructuradas por clivajes de clase bien organizados, conflictos distributivos y distinciones programáticas de Estado-mercado,<sup>13</sup> contribuyendo a una separación entre los ciudadanos y los partidos e instituciones representativas establecidas.<sup>14</sup> Los vínculos partido-sociedad se han erosionado

<sup>7</sup> Margaret Canovan, “Trust the people! Populism and the two faces of democracy”, *Political Studies* 47 (1999): 2-16; Laclau, *On Populist Reason*, 67-124; Francisco Panizza, “Introduction: Populism and the mirror of democracy”, en *Populism and the Mirror of Democracy*, ed. de Francisco Panizza (Londres: Verso, 2005): 1-31; Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America*, 2da. ed. (Athens: Ohio University Press, 2010); Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”, 8.

<sup>8</sup> Laclau, *On Populist Reason*, 73-77.

<sup>9</sup> Laclau, *On Populist Reason*, 73.

<sup>10</sup> Laclau, *On Populist Reason*, 137.

<sup>11</sup> Simon Bornschier, *Cleavage Politics and the Populist Right: The New Cultural Conflict in Western Europe* (Filadelfia: Temple University Press, 2010), 7.

<sup>12</sup> Hanspeter Kriesi, Edgar Grande, Romain Lachat, Martin Dolezal, Simon Bornschier y Timotheos Frey, *West European Politics in the Age of Globalization* (Nueva York: Cambridge University Press, 2008).

<sup>13</sup> Stefano Bartolini y Peter Mair, *Identity, Competition, and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates 1885-1985* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

<sup>14</sup> Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg, eds., *Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies* (Oxford: Oxford University Press, 2000); Peter Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy* (Londres: Verso, 2013).

aún más por la cartelización de las organizaciones partidarias (dependientes de recursos del Estado) que se atrincheraron en las instituciones estatales y, crecientemente, se volvieron más difíciles de diferenciar programáticamente en contextos donde las políticas públicas estaban fuertemente restringidas por los mercados globalizados y la integración política transnacional.<sup>15</sup>

Dados estos procesos de desestructuración y desinstitucionalización de la representación política de largo plazo, Schmitter sostiene sucintamente que los partidos políticos “ya no son los que una vez fueron”.<sup>16</sup> De esta forma, no resulta sorprendente que la reducida capacidad de los partidos de encapsular votantes y representar intereses sociales, ha creado una tierra fértil para la movilización populista antisistema en respuesta a los crecientes desequilibrios, tales como las dificultades económicas vividas luego de la crisis global financiera del 2008 y la inmigración de África y Medio Oriente a Europa, inducida por el clima de guerra.

No obstante, esta tierra fértil puede dar lugar a diferentes formas de populismo que responden a (o, mejor dicho, que politizan) las distintas deficiencias de representación. Las expresiones de populismo, tanto de izquierda como de derecha, coinciden que las élites políticas establecidas y las organizaciones partidarias son cárteles corruptos (una oligarquía o casta política), los cuales se conciben como indiferentes e insensibles a las demandas del “pueblo”. Este último, requiere de nuevas y auténticas formas de participación o representación para restaurar la soberanía popular, la cual es considerada como la esencia de la democracia dentro de una cosmovisión populista. Los populismos alternativos, sin embargo, entienden de una manera muy diferente quien es “el pueblo”, cómo fueron abandonados o traicionados por el *establishment* político y qué herramientas se necesitan para consolidar la soberanía popular. De hecho, las formas izquierdistas y derechistas de populismo politizan alternativas y dimensiones ortogonales de contestación sociopolítica, una siendo cultural y la otra socioeconómica. En otras palabras, estas dos formas de populismo no se ubican en los dos polos extremos de un mismo eje competitivo.<sup>17</sup>

Para los populismos de derecha, “el pueblo” se constituye como una comunidad etnonacional que se concibe en términos de identidades culturales y autonomía política. De esta forma, entiende que esta comunidad etnonacional y sus valores e identidades centrales (o *heartland*)<sup>18</sup> se encuentran amenazados por influencias extranjeras o multiculturales a las que se enfrentan las élites políticas establecidas. Estas élites traicionan al “pueblo” cuando apoyan o toleran una afluencia de inmigrantes y extranjeros de tradiciones culturales distintas que no corresponden al

<sup>15</sup> Richard S. Katz y Peter Mair, “Changing models of party organization and party democracy: The emergence of the cartel party”, *Party Politics* 1, núm. 1 (1995): 5-31.

<sup>16</sup> Philippe C. Schmitter, “Parties are not what they once were”, en Larry Diamond y Richard Gunther, eds., *Political Parties and Democracy* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001): 67-89.

<sup>17</sup> Hanspeter Kriesi, Edgar Grande, Romain Lachat, Martin Dolezal, Simon Bornschier y Timotheos Frey, “Contexts of party mobilization”, en *West European Politics in the Age of Globalization*, 23-52; Bornschier, *Cleavage Politics and the Populist Right*.

<sup>18</sup> Paul Taggart, *Populism* (Buckingham: Open University Press, 2000).

*heartland*, más aún cuando gastan los escasos recursos nacionales para ayudar a asentar y sostener a tales poblaciones de inmigrantes. Asimismo, una traición ocurre cuando las élites establecidas transfieren porciones de soberanía nacional a actores e instituciones transnacionales que están alejados de y, en gran medida, no son responsables ante el *heartland* y sus intereses.<sup>19</sup>

De hecho, en los discursos populistas de derecha las élites establecidas pertenecen a una casta gobernante transversal y cosmopolita, la cual cuenta con una agenda globalizadora que es antitética a los valores culturales e identidades del común de la gente del *heartland*. El carácter “excluyente” de los populismos de derecha se atribuye a su dibujo relativamente estrecho de los límites para lograr una membresía plena o “auténtica” dentro de una comunidad etnonacional relativamente homogénea. Estos límites pueden total o parcialmente excluir a una gran parte de “los otros”, desde élites cosmopolitas a minorías raciales y étnicas subalternas (como son los romaníes en Europa o los afroamericanos en Estados Unidos), así como también inmigrantes o poblaciones descendientes de inmigrantes.

En contraste, los populismos de izquierda defienden una dimensión socio-económica del conflicto y no una cultural. La línea divisoria entre “el pueblo” y “los otros” está determinada por una estratificación social y económica y su transmutación en un estatus político de *insider* u *outsider*. “El pueblo” no es concebido en términos de un sujeto de clase (el punto de demarcación entre los populismos izquierdistas y las tradicionales formas de socialismo), sino más bien en términos de estatus económico no-elitista y marginalización política. De este modo, los populismos de izquierda implican una crítica a los *establishments* políticos y a las instituciones que protegen privilegios económicos y niegan los intereses de las mayorías populares; el “noventa y nueve por ciento” en los discursos de los recientes movimientos *Occupy*. El carácter inclusivo de este populismo hace un llamamiento explícito a los intereses materiales y al empoderamiento político de los grupos ubicados en los escalones inferiores de la jerarquía social.<sup>20</sup> Estos subtipos alternativos de populismo reflejan las diferentes formas de estructurar la política a lo largo de una división antagónica entre “el pueblo” y las élites del *establishment*. ¿Qué determina entonces que alguno de estos subtipos de populismo tenga más probabilidades de prosperar en un país o región en un momento particular dado? Es a esta pregunta a la que ahora me refiero.

<sup>19</sup> Cas Mudde, *Populist Radical Right Parties in Europe* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007); Mabel Berezin, *Illiberal Politics in Neoliberal Times: Culture, Security and Populism in a New Europe* (Nueva York: Cambridge University Press, 2009); Bornschie, *Cleavage Politics and the Populist Right*; David Art, *Inside the Radical Right: The Development of Anti-Immigrant Parties in Western Europe* (Nueva York: Cambridge University Press, 2011); Christopher S. Parker y Matt A. Barreto, *Change They Can't Believe In: The Tea Party and Reactionary Politics in America* (Princeton: Princeton University Press, 2013); Kriesi y Pappas, *European Populism in the Shadow of the Great Recession*.

<sup>20</sup> Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”; Stavrakakis y Katsambekis, “Left-wing populism in the European periphery”; Aslanidis, “Populist social movements of the Great Recession”.

### Comparando subtipos de populismo: la búsqueda de explicaciones

A pesar de que Mudde y Rovira Kaltwasser abordaron nuevos caminos con respecto a la conceptualización de las distinciones entre las formas inclusivas y excluyentes de populismo, los autores no intentaron desarrollar una explicación teórica para dar cuenta de los patrones de variación interregionales en la aparición de estos distintos subtipos.<sup>21</sup> En investigaciones posteriores, buscaron extender sus argumentos al estudiar de qué forma los diferentes subtipos de populismo regionalmente diferenciados han sido moldeados por legados históricos de conquista y dominación colonial. Según Filc, los populismos excluyentes de derecha en la Europa moderna se basan en entendimientos coloniales de jerarquías raciales naturales y en sus “nociones excluyentes de las personas, nación, comunidad política, soberanía y ciudadanía”.<sup>22</sup> Por el contrario, los populismos inclusivos de izquierda en América Latina reflejan las amplias formas de lucha anti-élite que se encuentran en escenarios poscoloniales donde la “categoría ‘pueblo’ es sinónimo de subalterno colonial”.<sup>23</sup> Sin embargo, tales legados del colonialismo no parecen poder explicar por qué formas izquierdistas de populismo (Podemos en España) y partidos de izquierda radicales (Portugal) mejor establecidos se han recientemente fortalecido en las antiguas potencias coloniales durante la crisis económica europea, a diferencia de los populismos excluyentes de derecha que están en ascenso en el norte y centro de Europa. De hecho, España y Portugal en lugar de seguir trayectorias populistas divergentes, se asemejan sorprendentemente a sus antiguas colonias latinoamericanas en sus consecuencias políticas de las recientes crisis económicas.

Estos paralelismos con América Latina y la amplia diferenciación que se evidencia entre los patrones populistas del norte y sur de Europa, plantean una serie de enigmas interesantes para el análisis comparativo. Resulta posible, por ejemplo, que el populismo excluyente nacionalista en el sur de Europa haya estado limitado por el recuerdo de los regímenes autoritarios de derecha que duraron hasta mediados de los años setenta en Grecia, España y Portugal. Sin embargo, el estudio comparativo de David Art sugiere que las fuertes subculturas políticas autoritario-nacionalistas con raíces en periodos históricos anteriores conducen a formas posteriores de movilización populista de derecha.<sup>24</sup> No está claro, entonces, por qué el sur europeo podría ser inmune a este patrón más amplio. Del mismo modo, el sur de Europa podría estar parcialmente aislado del populismo nacionalista de derecha debido a que los ciudadanos de la subregión son más favorables a la Unión Europea (UE), la cual tradicionalmente apoyó la democratización, la modernización económica y el financiamiento del desarrollo. No obstante, dado el papel de las instituciones de la UE en la imposición de duras medidas de ajuste y austeridad a deudores del sur europeo

<sup>21</sup> Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”.

<sup>22</sup> Filc, “Latin American inclusive and European exclusionary populism”, 269.

<sup>23</sup> Filc, “Latin American inclusive and European exclusionary populism”, 270.

<sup>24</sup> Art, *Inside the Radical Right*.

durante la crisis financiera posterior a 2008 (y su firme defensa de los intereses de los acreedores), la continuación de actitudes favorables a la UE era casi inevitable. Con la posible excepción de Portugal, el sur de Europa ha estado muy expuesto a grandes olas de inmigrantes y refugiados que huyen de sus territorios problemáticos, lo que hace difícil atribuir populismos divergentes a diferentes niveles de migración.

Las comparaciones interregionales con la experiencia latinoamericana arrojan luz sobre potenciales factores explicativos para la variación populista intraeuropea. En primer lugar, el populismo inclusivo de izquierda no es un subproducto inevitable del estado periférico o semiperiférico de las economías capitalistas, regionales o globales. Tampoco es una simple función de las severas crisis económicas, de las duras medidas de austeridad y ajuste estructural o de las reacciones de los deudores contra los acreedores. Estas variables fueron compartidas, en mayor o menor medida, por todos los países latinoamericanos en las décadas de los ochenta y noventa y hacen poco por diferenciar aquellos casos que se giraron o no a la izquierda o que no eligieron a un *outsider* populista antisistema a principios de siglo. En cambio, el auge del populismo inclusivo de izquierda fue políticamente más contingente ya que dependía de la configuración de los partidos establecidos en torno al proceso de reforma neoliberal. El populismo de izquierda no prosperó donde actores conservadores lideraron el proceso de reforma neoliberal y donde un importante partido institucionalizado de la izquierda estuvo disponible para canalizar la oposición social a la ortodoxia de mercado, una configuración que sirvió para alinear y estabilizar programáticamente los sistemas de partidos en países como Chile, Brasil y Uruguay. El populismo de izquierda sólo surgió donde los partidos laboristas y de centroizquierda lideraron el proceso de reforma neoliberal, una configuración que se encuentra en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador y Argentina. Tales patrones de reforma provocaron que los sistemas de partidos convergieran en torno a variantes de ortodoxia de mercado que programáticamente desalinearon la competencia partidaria, canalizaron la oposición social hacia formas sistémicas de protesta social y electoral y abrieron un espacio político vacante para outsiders populistas del ala de izquierda de los principales partidos.<sup>25</sup>

Este último patrón de desalineación fue claramente la norma en el sur de Europa, donde los partidos socialistas tradicionales desempeñaron un papel importante en la adopción de medidas de austeridad y políticas de ajuste estructural luego de 2009 en Grecia, España y Portugal, mientras que el partido principal de centroizquierda apoyó un gobierno tecnocrático que adoptó medidas de austeridad en Italia.<sup>26</sup> Como en América Latina, la convergencia de los principales partidos en torno a variantes de ortodoxia neoliberal, prepararon el escenario para ciclos de protestas sociales masivas a partir de 2011 y, posteriormente, para el surgimiento o fortalecimiento electoral de diversos movimientos populistas (Movimiento 5 Estre-

<sup>25</sup> Roberts, *Changing Course in Latin America*.

<sup>26</sup> Della Porta *et al.*, *Movement Parties against Austerity*.

llas en Italia)<sup>27</sup> o alternativas<sup>28</sup> radicales de izquierda (Podemos en España, Syriza en Grecia y Bloco de Esquerda en Portugal), siendo estas últimas las que utilizan algún tipo de discurso populista. En contraste al norte de Europa, las formas excluyentes del populismo nacionalista de derecha han progresado poco durante este periodo de agitación en el sur del continente.

No obstante, resulta dudoso que estas diferentes expresiones de populismo hayan sido predestinadas por la convergencia de los principales partidos del sur en torno a las fórmulas neoliberales y la consiguiente apertura del espacio político en su flanco izquierdo. Aunque tal vez menos dramáticos, procesos de convergencia similares han estado en marcha desde hace mucho tiempo en el centro y norte de Europa<sup>29</sup> pero no generaron el ascenso del populismo inclusivo de izquierda de la socialdemocracia tradicional. En cambio, alentaron un giro sutil pero importante en la posición programática de los partidos nacional-populistas de derecha en gran parte, aunque no toda, de la región. En sus orígenes en las décadas de los ochenta y noventa, estos partidos a menudo combinaban su nativismo cultural con plataformas promercado y antimpuestos que reflejaban su antipatía por las grandes instituciones estatales activistas.<sup>30</sup> Sin embargo, la convergencia de los principales partidos en torno a posiciones promercado, ha disminuido la influencia de la socialdemocracia en obreros y trabajadores menos educados que, a menudo, se sentían amenazados por las fuerzas de la globalización.<sup>31</sup> En tal contexto, los partidos nacionalistas de derecha podrían lograr victorias electorales al despojarse de su manto neoliberal, apelando a sentimientos proteccionistas y defendiendo programas sociales contra los altos costos de incluir a las poblaciones inmigrantes.<sup>32</sup>

Tales formas de chauvinismo proporcionaron un complemento económico al nativismo cultural de estos partidos y, al menos, llenaron parcialmente el vacío político creado por el giro de la socialdemocracia hacia medidas promercado. Habrá que preguntarse, entonces, si estas divergentes expresiones de populismo tienen raíces más profundas y estructurales en las variedades de capitalismo que diferencian al norte y sur de Europa. Algunas reflexiones teóricas sobre estas raíces

<sup>27</sup> El M5S en Italia adoptó una ecléctica mezcla ideológica de posiciones políticas y no se ubicó con firmeza dentro del costado izquierdo o derecho del sistema de partidos. Se definió en gran medida en términos de su firme oposición al *establishment* político y su uso de las redes sociales para alentar nuevas formas de compromiso cívico en la arena democrática.

<sup>28</sup> En Portugal, el Partido Socialista perdió las elecciones luego de haber impuesto una serie de medidas de austeridad en 2011. Al consolidarse como oposición, el partido adoptó una posición más crítica con respecto a reformas neoliberales, renovó su liderazgo y se trasladó a una nueva coalición gobernante izquierdista con el Bloco de Esquerda y un frente Comunista-Verde tras las elecciones de 2015.

<sup>29</sup> Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*; Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism* (Londres: Verso, 2013).

<sup>30</sup> Herbert Kitschelt y Anthony J. McGann, *The Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995).

<sup>31</sup> Kriesi, "Contexts of party mobilization".

<sup>32</sup> Eelco Harteveld, "Winning the 'losers' but losing the 'winners'? The electoral consequences of the radical right moving to the economic left", *Electoral Studies* 44 (2016): 225-234.

ces estructurales y cómo podrían condicionar la construcción populista de las divisiones élite-pueblo se describen a continuación.

### **Variedades de capitalismo y la construcción populista del “pueblo”**

Enrico Padoan, en un reciente artículo que compara populismos izquierdistas y antineoliberales en América Latina y el sur de Europa, llamó la atención sobre los efectos políticos de los mercados laborales altamente dualizados en ambas regiones.<sup>33</sup> La retrasada industrialización orientada hacia adentro y el desarrollo capitalista en ambas regiones, proporcionaron una muy parcial incorporación de la fuerza laboral al sector formal de empleo y a las formas de protección social que se le atribuían.<sup>34</sup> Los trabajadores del sector formal de la economía (los llamados “*insiders*”) disfrutaban de representación sindical, mayor seguridad laboral y programas sociales más generosos, mientras que los *outsiders* del mercado laboral que trabajaban en contratos temporales o en actividades económicas informales, sufrían de falta de organización, empleos precarios y acceso más limitado a la asistencia social. Según Padoan, esta dualización del mercado laboral propiciaba el surgimiento de movimientos populistas de izquierda que apoyaban la inclusión política y económica de grupos *outsiders*.<sup>35</sup> Este fue especialmente el caso durante los periodos de crisis económica, ya que los *insiders* podían hacer uso de su poder político y fuerza organizativa para aislarse de los devastadores efectos de la crisis, forzando a los *outsiders* a asumir una desproporcionada parte de los costos sociales y económicos del ajuste.<sup>36</sup>

De hecho, una perspectiva comparativa más amplia sugiere que el encuadre populista del “pueblo” y “los otros” puede verse condicionado por el mercado de trabajo y las instituciones del Estado de bienestar bajo diferentes variedades de capitalismo. Estos atributos estructurales e institucionales de las distintas formaciones capitalistas no sólo influyen en los niveles de estratificación social o desigualdad más importante para un entendimiento del populismo, influyen sobre los diferentes grados de integración, cohesión y segmentación social. En el sur de Europa o en el extremo ejemplo del capitalismo dependiente y “jerárquico” de América Latina, los mercados laborales dualistas y las instituciones estatales de bienestar débiles segmentan el paisaje social, es decir, crean distinciones básicas entre los ciudadanos que son incluidos y entre quienes son total o parcialmente excluidos de un empleo seguro y de todas las formas básicas de servicio social. Aunque las preferencias o clivajes políticos no se corresponden con estas distinciones sociales, la exclusión *de facto* de un gran porcentaje de la comunidad

<sup>33</sup> Enrico Padoan, “A Latin Americanization of southern Europe? A typology of antineoliberal turns in dualized societies” (presentación del *paper*, Conferencia del Consorcio Europeo para la Investigación Política, Trento, Italia, 16 a 18 de junio de 2016).

<sup>34</sup> David Rueda, Erik Wibbels y Melina Altamirano, “The origins of dualism”, en Pablo Beramendi, Silja Häusermann, Herbert Kitschelt y Hanspeter Kriesi, eds., *The Politics of Advanced Capitalism* (Nueva York: Cambridge University Press, 2015).

<sup>35</sup> Padoan, “A Latin Americanization of southern Europe?”.

<sup>36</sup> Rueda, Wibbels y Altamirano, “The origins of dualism”.

nacional (un segmento que pertenece al “pueblo”) puede crear una afinidad optativa por las formas izquierdistas e inclusivas de movilización populista bajo condiciones de crisis económica o insuficiente representación partidaria. Tales formas de populismo apuntan a una integración más profunda de la comunidad nacional, es decir, a la superación de patrones de segmentación y dualización que impiden que “el pueblo” se constituya como un todo. Los “otros”, entonces, para este tipo de populismo, se refieren a las élites políticas y económicas cuyo estatus privilegiado de *insider* se basa en la exclusión de otros sectores de la comunidad nacional.

Tanto el “pueblo” como los “otros” pueden enmarcarse de manera bastante diferente donde los mercados de trabajo nacionales están relativamente unificados y los Estados de bienestar ofrecen una amplia gama de beneficios universales, como sucede en la mayoría de los países del norte y centro de Europa. Los obreros menos educados pueden ser los potenciales “perdedores” dentro del proceso de globalización, ya que no suelen constituirse como agentes *outsiders* del mercado laboral o del Estado de bienestar que continúan buscando la inclusión dentro de la comunidad nacional. Resulta más probable que se constituyan como miembros integrados del “pueblo” buscando proteger lo que tienen de aquellas presiones externas para abrir, ampliar y diversificar la comunidad internacional. La movilización populista, entonces, no se constituye como un esfuerzo por incorporar a los grupos marginados o integrar a los diferentes sectores del “pueblo”. En cambio, es un esfuerzo para delimitar al “pueblo”, es decir, separar a aquellos que automáticamente “pertenecen” y son “dignos” de inclusión de aquellos “otros” que son considerados “diferentes” y legítimamente excluibles. Tal delimitación resulta evidente en el chauvinismo de los partidos nacional-populistas de derecha, y su lógica política es el polo opuesto de la integración social perseguida por las variantes izquierdistas del populismo.

La paradoja, entonces, es que las formas excluyentes de populismo pueden encontrar su suelo más fértil donde los mercados de trabajo capitalistas y los Estados de bienestar son más inclusivos, igualitarios e integradores, mientras que las formas inclusivas de populismo pueden arraigarse y prosperar donde el capitalismo es más excluyente, segmentado y dualista. Países con mercados altamente segmentados que excluyen a un gran número de la población (en especial a los jóvenes) de un empleo seguro y programas de protección social, son más propensos a experimentar el auge de los populismos radicales de derecha, los cuales apuntan a la integración social, política y económica de los sectores marginados de la comunidad nacional. Por otro lado, países con un mercado laboral más unificado y formas universalistas de protección social, son proclives al desarrollo de populismos nacionalistas de derecha y formas de chauvinismo que delimitan a los miembros de la comunidad nacional de los “*outsiders*”. Así concebidos, los subtipos alternativos de populismo parecen tener sus cimientos estructurales e institucionales en distintos patrones de desarrollo capitalista, los cuales diferencian al norte y sur de Europa, dejando a este último aproximarse a la experiencia latinoamericana.

En años recientes, sin embargo, ha quedado claro que no existe una estricta determinación estructural de distintos subtipos de populismo por condiciones socioeconómicas subyacentes. Conforme los sistemas de partidos tradicionales han perdido el control sobre los electorados en más y más países, abriendo la arena representativa a una amplia gama de nuevos contrincantes, la esfera política ha reafirmado su autonomía de manera creciente. Populismos etno-nacionalistas de derecha, en particular, han migrado más allá de sus bastiones iniciales en el norte y centro de Europa para convertirse en competidores serios por el poder en múltiples y muy distintos escenarios, desde el norte de Italia y el sur de España hasta el Estados Unidos “profundo” y el plagado de corrupción Brasil.

Podría decirse que la ascendencia política de Donald Trump en Estados Unidos ha creado un guion portátil para la difusión de populismos nacionalistas hacia contextos internacionales diversos. Incluso en economías altamente dualizadas y desiguales, como las de Brasil o Filipinas, populismos de derecha con manifiestas tendencias autoritarias están encontrando maneras de politizar agravios y resentimientos variados, ofreciendo una mano de hierro y políticas de ley-y-orden en respuesta a los miedos al crimen y la inseguridad. La llegada de Jair Bolsonaro a la presidencia de Brasil demuestra la habilidad de populistas de derecha para politizar identidades religiosas y escándalos de corrupción, así como resentimientos de las clases medias y altas en contra de medidas de acción afirmativa y políticas sociales redistributivas en sociedades racialmente divididas.

En resumen, las crisis de representación que debilitan los lazos entre los votantes y los sistemas de partidos establecidos abren la puerta a un amplio espectro de potenciales contrincantes populistas. Las marcadas diferencias entre los capitalismo dualizados y los más incluyentes establecen condiciones estructurales favorables para distintos subtipos de populismo, pero el populismo es, en sí mismo, un fenómeno político notablemente maleable, capaz de adaptarse y prosperar en entornos sociales diversos. Es poco sorprendente, por ello, que las crisis contemporáneas de los partidos y la representación política hayan hecho de esta una era de resurgimiento populista. **Ω**

# Democracia sin el pueblo: populismo de izquierda versus pluralismo insípido\*

Thea Riofrancos

## Antecedente

Escribí este artículo inmediatamente después de la elección de Donald Trump, en noviembre de 2016, la cual había ocasionado un nuevo discurso de expertos en los medios y las ciencias sociales sobre “el populismo.” Como explico en el ensayo, este discurso equiparaba al populismo de izquierda y de derecha y los presentaba a ambos como amenazas a la democracia. Desde ese momento, este discurso de élites ha seguido circulando, pero ha también evolucionado en respuesta a la administración de Trump y el resurgimiento del populismo de derecha en Estados Unidos, Europa y América Latina, así como a la crisis más amplia de hegemonía que tiene lugar en muchas regiones del mundo. Más recientemente han ocurrido dos cambios discursivos —y estratégicos— relacionados. Primero, el referente de la etiqueta “populista” se ha estrechado cada vez más; previamente, como discuto en el ensayo que sigue, el término abarcaba —y equiparaba— los desafíos tanto de izquierda como de derecha al *establishment* político. En este uso, Bernie Sanders y Trump eran vistos como amenazas peligrosas a la democracia liberal y Trump podía ser equiparado a alguien como Hugo Chávez, un líder con el que no tiene coincidencia ideológica o programática alguna. Con el tiempo, populismo se ha convertido en una abreviatura para líderes xenófobos, nacionalistas o racistas. Estos políticos son descritos como “populistas” *tout court* sin calificación ideológica, y el populismo se identifica ahora en la mayoría de los casos con la política excluyente. Segundo, y de forma relacionada, existe un creciente reconocimiento de parte del *establishment* político estadounidense, de que políticas públicas y estrategias políticas antes ridiculizadas como “populistas” (de izquierda) son necesarias para movilizar votantes y derrotar a Trump. Muchos aspirantes a la candidatura demócrata para 2020 han abrazado abiertamente políticas emblemáticas de Sanders (servicio público universal de salud o “Medicare for All”, universidad pública gratuita) y emulado elementos de su visión populista como atacar retóricamente a las élites económicas. Sin embargo, a pesar de estos cambios, mi argumento en “Democracia sin el pueblo” sigue siendo relevante en un terreno político en el que el control del *establishment* neoliberal sobre el poder es amenazado tanto desde la derecha xenofóbica como desde la izquierda emancipatoria.

\* Este ensayo fue publicado por primera vez en el número 28 de la revista *n+1*, en la primavera de 2017. *Configuraciones* agradece a la revista y a la autora su disposición para que el ensayo apareciera en español en este número. Traducción de Mariano Sánchez Talanquer.

Desde la elección de Donald Trump a la presidencia, un flujo constante de artículos consternados ha aparecido a lo largo de la prensa nacional: “¿Es Donald Trump una amenaza para la democracia?”; “Una erosión de las normas democráticas en América”; “¿Sobrevivirá la democracia al populismo de Trump? América Latina tal vez puede decírnoslo”; “Trump, Erdoğan, Farage: los encantos del populismo para los políticos, los peligros para la democracia”; “¿Qué tan estables son las democracias? Las señales de alerta están parpadeando en rojo”.

La preocupación es obvia: *la democracia está bajo amenaza*. Sin embargo, al moverse de los titulares al texto se percibe un cambio. El significado básico de democracia —el gobierno del pueblo o soberanía popular— no se encuentra por ninguna parte. En cambio, democracia parece referirse a una serie de instituciones y normas, no todas ellas democráticas de manera obvia.

En *The New York Times*, los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt escriben que el rechazo flagrante de Trump hacia “la autocontención partidista y el juego limpio” presenta una amenaza existencial “a nuestro sistema de pesos y contrapesos constitucionales”. En una entrevista con *The Atlantic*, el politólogo Brendan Nyhan dice que anticipa que Trump no esté restringido por “normas políticas bipartidistas”. Francis Wilkinson en *Bloomberg* se desliza entre describir las instituciones democráticas como ancladas en la bonhomía bipartidista de las élites y equiparar la democracia con deferencia hacia el aparato estatal de seguridad nacional. “Trump ha dado señales claramente de que se encargará de poderosas instituciones democráticas como se encargó de sus rivales Republicanos”, escribe Wilkinson. “Miren el enfoque de Trump hacia las agencias de inteligencia estadounidenses”. Venerar a la CIA como ejemplo de democracia es sintomático de una tendencia más general —una en la que incluso las instituciones políticas estadounidenses más descaradamente antidemocráticas se suponen como personificación de la democracia.

Entre los confundidos analistas políticos, lo que siguió a la victoria de Trump fue una epidemia de autocastigo. “Hemos” fallado en “escuchar” a los votantes “blancos de la clase trabajadora”. Desde la toma de posesión, sin embargo, el elitismo disfrazado de centrismo se encuentra nuevamente activo. La democracia, dicen, está amenazada por el populismo y sólo una defensa de las normas y las instituciones puede exorcizar el espectro de una ciudadanía imprudente. Pero ¿qué tal si la verdad es la opuesta y el populismo no es el problema sino la solución?

La visión de la democracia como un elaborado sistema de pesos y contrapesos —que se hacen cumplir por una combinación de derecho constitucional, normas informales, intereses en competencia y la distribución de poder socioeconómico entre una pluralidad de grupos— cristalizó por primera vez en los treinta. Los politólogos estadounidenses de entonces sintieron la necesidad de definir un modelo excepcionalmente “americano” que se distinguiera del “totalitarismo”. Este modelo, llamado “pluralismo” o “liberalismo”, dotó a teóricos subsecuentes de una alternativa a la democracia en el sentido robusto de “gobierno por el pueblo”.

En 1956, el *Prefacio a la teoría democrática* de Robert Dahl acuñó el término “poliarquía” para contrastar con las teorías de la “democracia populista” que, como escribió Dahl, asociaban la democracia con “igualdad política, soberanía popular y gobierno de mayorías”. En *¿Quién gobierna?* (1961), un estudio empírico de la poliarquía en la práctica en New Haven (Connecticut, Estados Unidos), Dahl desplegó el concepto para argumentar en contra de la noción de que Estados Unidos estaba gobernado, como sostenían C. Wright Mills y otros, por una “élite de poder”—y la idea de que la estabilidad de la poliarquía estadounidense se debía en parte a la indiferencia de los ciudadanos. El concepto de Dahl habitó a incontables estudiantes de la democracia a lo que en realidad era un pluralismo insípido, convenientemente justificando las instituciones y relaciones de poder existentes. La equiparación de poliarquía con democracia continúa siendo generalizada en los estudios comparados de democracia y en la medición de la consolidación democrática. Consideren al politólogo Jan-Werner Müller, quien en sus recientes ensayos sobre populismo para el *London Review of Books* y *The Guardian* define la esencia de la democracia como “presentar opciones para los ciudadanos”. Mientras tanto el populismo se etiqueta como “antipluralismo de principios”.

En el género emergente de predicciones democráticas, tanto politólogos como analistas emparejan su discurso con una piadosa narrativa de la tradición americana. Como escriben Levitsky y Ziblatt, “con la posible excepción de la Guerra Civil, la democracia estadounidense nunca se ha colapsado; de hecho, ninguna democracia tan rica o establecida como la estadounidense lo ha hecho nunca. Pero la estabilidad pasada no es garantía de la supervivencia de la democracia en el futuro”. De la misma manera, el sociólogo Carlos de la Torre se refiere en un artículo en el *Times* a los longevos “fundamentos de la democracia estadounidense” y su “tradición de pesos y contrapesos para controlar al poder político”. No obstante, la estabilidad del sistema político estadounidense no debiera confundirse con su grado de democracia. Dibujar nuestro muy complicado sistema madisoniano como uno democrático en sentido transcendental requiere de algo de amnesia: para creerlo, necesitamos ignorar las intenciones explícitamente antidemocráticas de los Padres Fundadores, la gama de exclusiones que han estructurado las fronteras del *demos* desde entonces y los más recientes impedimentos a la democracia diseñados y fomentados por los mismos “moderados” de principios a quienes los autores ahora apelan para la salvación. Uno puede olvidar, partiendo de todos estos recuentos, al Madison de *El Federalista* quien denunció cualquier política que diera rienda suelta “al ansia por la impresión de dinero, por la abolición de las deudas, por una división igualitaria de la propiedad, o por cualquier otro proyecto impropio y malvado”, al Madison que demandó una “exclusión total del pueblo en su carácter colectivo”.

La administración de Trump obviamente presenta amenazas serias al pluralismo y la democracia en el sentido más sustantivo pero los medios de amenaza de Trump hacia la democracia son características del sistema, no contravenciones del mismo. En efecto, sus órdenes ejecutivas socavan la democracia sustantiva pero no porque alteren un delicado equilibrio de poder entre ramas de gobierno o fuer-

zas políticas partidistas. El “consenso bipartidista” presentado como el pilar moral de la democracia ha conferido en la presidencia poderes desmedidos de guerra y vigilancia, escondidos del escrutinio público y no restringidos por el debate democrático o la rendición de cuentas. De la guerra contra el terrorismo a la hilera de deportaciones, del espionaje interno al lugar garantizado de Wall Street en la mesa de asesoría económica, Trump hereda una rama de gobierno ya bien equipada para socavar la democracia. El presidente y su escuadrón de multimillonarios y nacionalistas blancos sin duda redirigirán estas herramientas con efectos devastadores, como ya lo han hecho. No obstante, nuestra crítica a Trump —y nuestra decidida resistencia política al trumpismo— no debe consistir en guardar el duelo por una democracia que nunca realmente hemos conseguido.

La manzana de la discordia en todos estos recuentos es el “populismo”. Mientras que Trump es visto como una excepción a una tradición estadounidense por lo demás democrática, también es presentado como una expresión del ascenso transatlántico del populismo. Los autores de recuentos antipopulistas explotan retóricamente lo que son victorias derechistas obviamente alarmantes para apuntar contra el “populismo” *tout court*, invocando ejemplos que recorren el espectro ideológico. Para el consejo editorial de *The Globe and Mail* (“Trump, Putin y la amenaza a la democracia liberal”), Trump “es sólo una expresión de un virus de larga incubación” que ha infectado “a más y más votantes tanto en la extrema derecha como en la extrema izquierda”. Con relación a la denigración de la prensa, Levitsky y Ziblatt escriben que Trump toma “una página del manual de líderes populistas como Silvio Berlusconi en Italia, Hugo Chávez en Venezuela y Recep Tayyip Erdoğan en Turquía”.

En un artículo en el *New York Times*, Amanda Taub se vale de investigación reciente de los politólogos Roberto Stefan Foa y Yascha Mounck, poniendo a Trump en la misma categoría que “partidos populistas antisistema en Europa, como el Frente Nacional en Francia, Syriza en Grecia y el Movimiento Cinco Estrellas en Italia” tanto en la izquierda como en la derecha. De la Torre sugiere que los “estadounidenses deberían echarle un ojo a América Latina, donde, empezando en los cuarenta, populistas elegidos socavaron la democracia” —allanando la distinción entre presidentes tan ideológicamente opuestos como Perón en Argentina y Velasco Ibarra en Ecuador, Chávez en Venezuela y Fujimori en Perú, Morales en Bolivia y Menem en Argentina. La preocupación por el “extremismo” panideológico recicla la discusión posBrexit tal y como se destiló en la voz metálica del *establishment* herido, Tony Blair, quien en su columna para el *New York Times* (“El tremendo golpe de Brexit” advirtió de una creciente “convergencia de la extrema izquierda y la extrema derecha”). Blair ve esta “insurgencia” en términos enteramente comunicacionales: el fracaso del centro para “persuadir” votantes alejados del sentido común político se debía a “la polarizada y fragmentada cobertura noticiosa” y “la revolución de las redes sociales”.

Visto desde un centro que se encoje rápidamente, todo populismo, de derecha o izquierda, es igualmente sospechoso, porque cada uno representa al *demos* desquiciado que el orden institucional existente busca moderar, filtrar, contener.

Desde esta lógica, la invocación de Sanders del “99%” debe ser lo mismo que la celebración de Trump de los “deplorables”, el movimiento Ocupa Wall Street, la respuesta correlativa al Tea Party y los populistas latinoamericanos de la izquierda indistinguibles de sus predecesores de derecha. De acuerdo con estos escritores, lo que los votantes extremistas en la izquierda y la derecha comparten es una atracción por, como lo frasea de la Torre, “la política como una confrontación maniquea”. Sin embargo, en la política que confronta al “pueblo” con sus adversarios sigue siendo importante cómo se construye el pueblo y a quién se identifica como su oponente.

Desde el ascenso de la democracia “formal”, el populismo la ha acechado como una sombra, dramatizando, como arguye la politóloga Laura Grattan, una paradoja general en la política democrática. “El pueblo” ostensiblemente se gobierna a sí mismo en una democracia, pero ¿quién es “el pueblo”? Como lo puso Rousseau, para que un pueblo se autogobernara, “el efecto tendría que convertirse en la causa”; el pueblo constituye las instituciones democráticas y es, a la vez, constituido por ellas. La democracia es, en varias formas, un combate por definir al pueblo y sus poderes. Al hacer afirmaciones sobre la identidad del pueblo y cómo efectúa su poder político, los movimientos y líderes populistas tanto en la izquierda como la derecha confrontan este problema fundamental de la democracia. Sus respuestas, sin embargo —cómo definen al “pueblo” y sus recetas para la práctica democrática— no podrían ser más opuestas.

El populismo puede apuntalar visiones excluyentes del pueblo pero también puede hacer lo opuesto, fomentando alianzas improbables entre grupos marginados. El poder emancipatorio del populismo depende de la construcción política de un “bloque social de los oprimidos”, como ha argumentado el filósofo Enrique Dussel, recurriendo a Gramsci y Laclau. El populismo de izquierda expone antagonismos de clase; el populismo de derecha los oculta, reemplazándolos con chauvinismo cultural, xenofobia y racismo. Donde el populismo de izquierda impugna la desigualdad, el populismo de derecha la redistribuye, haciendo ciertos tipos de desigualdad parecer no sólo aceptables sino naturales.

A lo que la defensa de la democracia contra el populismo asciende inevitablemente es a una defensa del centrismo político. La democracia se reduce a la separación de poderes y la búsqueda del consenso bipartidista. En un artículo para el blog de *Vox*, apropiadamente titulado “Poliarquía”, los politólogos Lee Drutman y Mark Schmitt de la *New America Foundation* sostienen que defender “normas democráticas básicas y mantener un fuerte enfoque en la corrupción” —en contraposición a preservar el gasto social— “es la estrategia correcta.” A pesar del fracaso de esta “estrategia” durante la campaña de Clinton, Drutman y Schmitt aseveran que “los votantes que parece que los demócratas tienen más probabilidad de ganar son los pudientes habitantes de los suburbios quienes son menos susceptibles a la política del resentimiento y están más preocupados por normas democráticas básicas”, En su columna en *Dissent*, Michael Walzer convocó a los izquierdistas a defender “el centro vital” (“Tenemos que pararnos en el centro y en la izquierda a la vez. Eso puede ser complicado, pero es nuestra tarea histórica”). La

apoteosis de esta defensa puede ser la clintonista campaña de 20 millones de dólares, de la organización *Third Way*, para diseñar una nueva estrategia para el Partido Demócrata.<sup>1</sup> Como lo reporta el portal *Político*, “parte del mensaje económico que el grupo está manejando —en línea con su ideología centrista— es evitar que líderes como el senador Bernie Sanders o la senadora Elizabeth Warren lleven al Partido Demócrata a dar un bandazo populista hacia la izquierda”.

En el centro de las críticas al populismo se encuentra la figura imponente del líder: el demagogo que puede canalizar y convocar a voluntad a seguidores alborotados. En un artículo para *Foreign Policy* resumiendo el recientemente publicado reporte de Human Rights Watch, “El peligroso ascenso del populismo”, el director ejecutivo del grupo, Kenneth Roth, equipara el populismo con “demagogos”, “el gobierno del hombre fuerte” y “autócratas”. En el ensayo de Jan-Werner Müller para el *London Review of Books*, el populismo se reduce en gran parte al poder desquiciado de los tiranos, quienes “aseveran que ellos y sólo ellos hablan en nombre de lo que tienden a llamar el ‘pueblo verdadero’ o la ‘mayoría silenciosa’” y quienes simbólicamente construyen al pueblo en forma unilateral, de arriba hacia abajo.

Este último punto recuerda el análisis de Laclau en *La razón populista*, que hace énfasis en el papel del líder en la unificación de demandas dispares en una identidad compartida. Sin embargo también omite uno de sus puntos clave: que la formación de una identidad compartida en oposición al *statu quo* no comienza *ex nihilo* con un genio político carismático que conecta y aprovecha el descontento latente. La formación del “pueblo” surge de un proceso más largo, en el que varios grupos marginados llegan a compartir experiencias similares del estado ignorando o rechazando sus agravios —un proceso que Laclau llama “articulación equivalente.” Este patrón de autoorganización populista aplica para partidos populistas de izquierda y para líderes izquierdistas de facciones partidistas insurgentes a las que Müller excluye de manera explícita (“Bernie Sanders, Jeremy Corbyn, Syriza”). En última instancia, Müller reduce el populismo a la demagogia y, con la excepción de Chávez, la derecha reaccionaria. El discurso inaugural de Trump parecía confirmar la visión de Müller, mientras Trump vociferaba ante una multitud embaazosamente anémica, “el 20 de enero de 2017 será recordado como el día en que el pueblo se convirtió otra vez en el gobernante de esta nación”.

No obstante, enfocarse en momentos como estos es interpretar incorrectamente la historia del populismo y cerrar la posibilidad de una alternativa de izquierda popular de bases, desde abajo. “El pueblo” no es una identidad inherentemente reaccionaria; sus fronteras pueden ser trastocadas y expandidas, sus jerarquías internas reforzadas o niveladas. Sus miembros constituyentes no son, por definición, espectadores pasivos de un espectáculo demagógico de variedad, una muchedumbre resentida, receptores de dádivas clientelistas o, más generosamente, víctimas de una sociedad civil reprimida. Por el contrario, para que una identidad colectiva

<sup>1</sup> Third Way (Tercera Vía) es una organización no gubernamental (*think tank*) que se autoidentifica como de centro-izquierda. En 2017, lanzó una iniciativa para realizar investigaciones y análisis en regiones tradicionalmente demócratas que sin embargo apoyaron a Donald Trump, con el fin de recuperar la base popular del Partido [T].

como “el pueblo” cristalice y adquiera fuerza política alguna, debe efectuarse en la práctica, en concierto con otros, hacia cierto fin.

Un vistazo a la historia del populismo de izquierda en Estados Unidos y las Américas revela una abundancia de formas organizativas, innovaciones institucionales y modos de participación social que ofrecieron espacios para la interacción cara-a-cara y fomentaron la solidaridad. Las cooperativas agrarias fueron la savia del movimiento populista de fines del siglo XIX. La Colored Farmers' Alliance (Alianza de Agricultores de Color), excluida por la política de sólo-blancos de la Alianza de Agricultores hasta 1889, reunió a agricultores negros en sociedades de ayuda mutua y mediante redes de las iglesias baptistas y la Iglesia Episcopal Metodista Africana (AME, por sus siglas en inglés). Los Caballeros del Trabajo organizaron boicots y huelgas masivas. Más recientemente y más al sur, décadas de movilización contra el neoliberalismo y el imperialismo en América Latina se han sostenido gracias a instituciones populares: asambleas populares, federaciones indígenas, asociaciones vecinales, comunas rurales, organizaciones de desempleados, comités de agua y otras. Sin ellas, los líderes de izquierda nunca hubieran llegado al poder en América Latina.

Los movimientos populistas de derecha también implican movilización popular de base. La caracterización del Tea Party como un caparazón artificial construido desde arriba ignora las reuniones seccionales, los círculos de lectura de la Constitución, y los grupos de milicias antimigrantes (vigilantes) que suministraron los soldados rasos y formaron el sustrato organizativo de este contragolpe conservador. Los populismos de izquierda, sin embargo, enfrentan el desafío específico de movilizarse contra élites enquistadas, con el objetivo de reorganizar la distribución de poder en su conjunto. Si el populismo fuera siempre reaccionario y nunca revolucionario, las élites económicas no darían bandazos entre rechazos enérgicos del populismo y llamados a “escuchar” a los agraviados. En el foro de Davos reciente, la angustia de las élites globales se exhibió por completo: entre catas de vino y actividades para romper el hielo que incluyeron un juego de simulación de refugiados, “en el que los asistentes a Davos gatean sobre sus manos y rodillas y pretenden estar huyendo de ejércitos en avance”, los asistentes encontraron un espacio seguro para expresar su pánico de clase. Como reportó *Bloomberg*, Ray Dalio, el fundador del fondo de inversión Bridgewater Associates, que maneja 150 000 millones de dólares en activos, dijo al público en un panel sobre el “enojo de la clase media”, “quiero decirlo alto y claro: el populismo me asusta”. (Bridgewater está en el proceso de crear un algoritmo para automatizar el trabajo de muchos de sus administradores medios. Quizá pronto se unirán a las filas de “la clase media enojada”).

¿Qué es lo que hay que temer? Un estudio publicado en un volumen reciente del *Latin American Research Review* muestra que los países gobernados por administraciones populistas de izquierda han experimentado incrementos significativos en la participación política de los pobres.<sup>2</sup> El estudio también demuestra

<sup>2</sup> Rafael Piñeiro, Matthew Rhodes-Purdy y Fernando Rosenblatt, “The engagement curve: Populism and political engagement in Latin America”, *Latin American Research Review* 51, no. 4 (2016): 3-23.

que las políticas redistributivas por sí solas no pueden enmendar la desigualdad estructural en las esferas política y económica. Sin una estrategia de movilización populista —específicamente, el encuadre de “nosotros” (los pobres) contra “ustedes” (los ricos) utilizado por décadas por movimientos sociales antineoliberales— las políticas de izquierda son insostenibles y la democracia sustantiva imposible.

A los analistas políticos les quita autoridad su fe en la democracia limitada que atesoran. El centro al que se aferran se ha sostenido hasta ahora por una participación electoral raquíta, la privación masiva de derechos, políticos y estrategias ineficaces y la influencia desproporcionada de las élites financieras en la política, en medio de niveles abrumadores de desigualdad que rivalizan con los de la Edad Dorada (la *Gilded Age*). Un populismo de izquierda tiene el potencial de revitalizar la democracia, y defenderla de las amenazas duales de la tecnocracia y el revanchismo. **Ω**

# ¿Qué sabemos de la resistencia a la subversión de la democracia?\*

Andreas Schedler

Donald Trump le ha hecho un gran servicio a la ciencia política. Ha sacado el estudio de Estados Unidos de su parroquialismo para empujarlo hacia el ámbito de la política comparada;<sup>1</sup> y, viceversa, ha logrado que los comparativistas volteen hacia Estados Unidos. Desde que Trump ganó, primero la nominación republicana y después la presidencia, la democracia estadounidense ha enfrentado un problema que se creía exclusivo de las democracias de países en desarrollo: preocupaciones públicas sobre su persistencia. Si las democracias se encuentran “consolidadas” cuando se puede esperar “que perduren de manera indefinida”,<sup>2</sup> el ascenso de Donald Trump a la presidencia ha puesto fin a la consolidación democrática. En el debate público estadounidense, la estabilidad de la democracia ya no se da por sentada. De pronto, el país ha entrado al universo de democracias frágiles y se ha convertido en un casi crítico en el estudio comparado de la supervivencia democrática.

En los últimos años, las preocupaciones sobre “regresiones democráticas” (*democratic backsliding*) se han extendido y profundizado en los círculos académicos, políticos y diplomáticos.<sup>3</sup> Sin embargo, hasta la irrupción de Donald Trump

\* Este ensayo fue originalmente publicado con el título “What do we know about resistance to democratic subversion?” en *Annals of Comparative Democratization* 17, núm. 1 (enero de 2019), en el marco del simposio “¿Qué sabemos de autocracias y procesos de “autocratización” contemporáneos?”. Se basa en una sección revisada de Andreas Schedler, “A threat to democracy? Donald Trump in comparative perspective” (presentación, 114a. Reunión Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA), Boston 30 de agosto-2 de septiembre de 2018). El autor agradece al Collegio Carlo Alberto de Turín, Italia, por su apoyo en la elaboración del texto. También agradece los comentarios críticos de Veit Bader, André Banks, Philip Cook, Michael Coppedge, Mónica Ferrín, María Josua, Hans-Peter Kriesi, Staffan Lindberg, Mariana Llanos, Glyn Morgan, Frederic C. Schaffer, Sofia Vera y Elizabeth Zechmeister. Traducción de Mariano Sánchez Talanquer.

<sup>1</sup> Convencionalmente, los departamentos de ciencia política estadounidenses y las revistas académicas separan el estudio de la política de ese país (“American politics”) como una subdisciplina distinta a la “política comparada,” que abarca los estudios comparativos entre países y de política doméstica de países distintos a Estados Unidos [T.].

<sup>2</sup> J. Samuel Valenzuela, “Democratic consolidation in post-transitional settings: Notion, process, and facilitating conditions” en Scott Mainwaring, Guillermo O’Donnell y J. Samuel Valenzuela, eds., *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1992): 70.

<sup>3</sup> Véase por ejemplo Nancy Bermeo, “On democratic backsliding”, *Journal of Democracy* 27, núm. 1 (2016): 5-19; Larry Diamond, “Facing up to the democratic recession”, *Journal of Democracy*

en la elección presidencial de Estados Unidos, habían estado confinadas a las nuevas democracias. A pesar de décadas de debate sobre “la crisis de la democracia”,<sup>4</sup> las llamadas democracias avanzadas parecían ser esencialmente inmunes a su subversión iliberal. La elección estadounidense de 2016 cambió esto de un día para otro, induciendo un cambio instantáneo y radical en el estado anímico democrático. Debido a la concatenación sorpresiva de eventos contingentes, lo impensable se ha vuelto pensable y el sentido de fragilidad democrática se ha extendido a las democracias establecidas. En un raro caso de convergencia interdisciplinaria, tanto políticos como periodistas, historiadores, filósofos, psicólogos y politólogos han estado advirtiendo que una de las democracias más antiguas del mundo puede estar deslizándose hacia el autoritarismo. Nuestras viejas, cómodas certezas se han ido... y es poco probable que regresen dentro de los siguientes veinte años.<sup>5</sup>

No obstante, irónicamente la ciencia política comparada no ha podido ofrecer mucha orientación teórica o práctica sobre los procesos de subversión democrática. Como disciplina, la renovada fragilidad de la democracia nos ha tomado poco preparados y hemos llegado con las manos casi vacías al feliz encuentro con la política estadounidense. Después del cambio de milenio, volteamos buena parte de nuestra atención al estudio de los regímenes autoritarios. Dando por sentada la estabilidad de las democracias establecidas (aun cuando inspeccionábamos sus defectos), dejamos por completo de estudiar la consolidación de las nuevas democracias. De manera dolorosa, ahora descubrimos que las herramientas teóricas y los hallazgos empíricos que hemos acumulado a lo largo de décadas en el estudio de los regímenes políticos son poco útiles para entender la subversión progresiva de la democracia por gobiernos iliberales.<sup>6</sup>

Como cualquier ciudadano estadounidense o del mundo, los comparativistas podemos articular juicios informados sobre las causas, dinámicas y consecuencias de la conquista del poder presidencial por Donald Trump pero no poseemos un acervo de generalizaciones confiables sobre la dinámica de la subversión demo-

26, núm. 1 (2015): 144-147; Gero Erdmann, “Decline of democracy: Loss of quality, hybridisation and breakdown of democracy”, *Comparative Governance and Politics* 5, núm. esp. 1 (2011): 21-58, y Varieties of democracy, *Democracy at Dusk? V-Dem Annual Report 2017* (Gotemburgo: University of Gothenburg, 2017).

<sup>4</sup> Véase por ejemplo Wolfgang Merkel, “Is there a crisis of democracy?”, *Democratic Theory* 1, núm. 2 (2014): 11-25.

<sup>5</sup> Véase por ejemplo Steven Levitsky y Daniel Ziblatt. *How Democracies Die* (Nueva York: Crown, 2018); Brian Klaas, *The Despot's Apprentice: Donald Trump's Attack on Democracy* (Nueva York: Hot Books, 2017); Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk, “The signs of deconsolidation”, *Journal of Democracy* 28, núm. 1 (2017): 5-15; y Timothy Snyder, *On Tyranny: Twenty Lessons from the Twentieth Century* (Nueva York: Tim Duggan Books, 2017). Para una voz disidente, veáse Samuel Moyn y David Priestland, “Trump isn’t a threat to our democracy. Hysteria is”, *The New York Times* (11 de agosto de 2017), disponible en <<https://www.nytimes.com/2017/08/11/opinion/sunday/trump-hysteria-democracy-tyranny.html>> (consultado el 25 de febrero de 2018).

<sup>6</sup> Véase por ejemplo Ellen Lust y David Waldner, “Unwelcome change: Understanding, evaluating, and extending theories of democratic backsliding”, *United States Agency for International Development USAID*, 1 (11 de junio de 2015), disponible en <[https://pdf.usaid.gov/pdf\\_docs/PBAAD635.pdf](https://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PBAAD635.pdf)>.

crática. En este breve ensayo, me gustaría delinear la fragilidad de nuestro conocimiento comparado sobre posibles contraestrategias a las agresiones iliberales contra la democracia. En el debate político de Estados Unidos, tanto actores políticos como observadores académicos han estado formulando una variedad de recomendaciones estratégicas sobre vías de “resistencia” democrática a Donald Trump. Muchas de estas recomendaciones prácticas están basadas en analogías históricas reveladoras y apreciaciones políticas sofisticadas. No están, empero, ancladas en evidencia comparada sistemática.

### Capacidades de subversión democrática

Casi todo lo que sabemos acerca de procesos contemporáneos de subversión democrática se deriva de un puñado de casos sobresalientes de “regresión democrática”. En consecuencia, nuestro conocimiento ha estado limitado por muestras sesgadas de casos y un “truncamiento” de nuestra variable dependiente (es decir, una visión parcial, selectiva, de los fenómenos que queremos explicar). Lo que sabemos de experiencias concretas está casi exclusivamente basado en el análisis de casos “positivos” de “éxito autoritario” que han recorrido transiciones (casi) completas hacia el autoritarismo electoral (sesgo de selección). Asimismo nuestra tendencia a estudiar las prácticas autoritarias de líderes iliberales como Putin, Chávez y Erdoğan en la cúspide de su poder nos permite comprender dinámicas de autoritarismo electoral pero no las transiciones precedentes desde la democracia electoral (truncamiento). En consecuencia, sabemos poco acerca de *casos negativos* de “fracaso autoritario” en los que las transgresiones del ejecutivo fueron tempranamente contenidas mediante la resistencia social o las barreras institucionales; y sabemos poco acerca de las *primeras fases* de la subversión democrática, antes de que las campañas iliberales se salgan de control.<sup>7</sup>

La buena noticia es que Donald Trump nos ha dado un caso temprano de gobierno iliberal cuya trayectoria aún se está desarrollando. La mala noticia es que carecemos de hallazgos comparados sólidos que nos permitan decir hacia dónde se está dirigiendo. Que un actor político represente una amenaza para la democracia depende tanto de sus preferencias como de sus capacidades. En términos de sus preferencias por regímenes políticos, Donald Trump puede ser descrito como un actor “semileal” que no persigue un programa abiertamente antidemocrático, pero bien puede estar dispuesto a derrumbar la democracia, o dejarla caer, en la simple persecución de su interés personal.<sup>8</sup> En términos de capacidades institucionales, el diagnóstico es más complicado. Los efectos que sus accio-

<sup>7</sup> Para excepciones, véase Laura Gamboa-Gutiérrez, “Opposition in the margins: The erosion of democracy in Colombia and Venezuela” (Notre Dame: University of Notre Dame Press, texto mecanografiado, no publicado, 2015); William T. Barndt, “Executive assaults and the social foundations of democracy in Ecuador”, *Latin American Politics and Society* 52, núm. 1 (2010): 121-154; y Tom Ginsburg y Aziz Huq, “Democracy’s near misses”, *Journal of Democracy* 29, núm. 4 (2018): 16-30.

<sup>8</sup> Véase Schedler, “A threat to democracy?”. Sobre la “semilealtad” democrática, véase Juan J. Linz, *Crisis, Breakdown, and Reequilibration* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press, 1978): 27-38.

nes tienen o puedan tener sobre la democracia estadounidense son una pregunta abierta. Puede que esté dispuesto a destruir la democracia, pero ¿tiene la capacidad de hacerlo? ¿Qué sabemos, en perspectiva comparada, sobre las capacidades de subversión de jefes de gobierno iliberales? Dos cosas parecen bastante obvias.

Primero, los gobiernos iliberales no actúan de manera aislada. Las restricciones y oportunidades que enfrentan no están determinadas desde antes. Son un producto contingente de conflictos políticos. El efecto neto de sus agresiones hacia la democracia nunca depende solamente de estas agresiones, sino de su interacción con fuerzas opositoras. De hecho, si provocan mucha resistencia, el “rebote democrático” puede terminar fortaleciendo la democracia, en vez de debilitarla.

Segundo, en el juego de la subversión democrática, nada produce tanto éxito que el éxito mismo. El conjunto de constreñimientos y oportunidades que enfrentan los gobiernos iliberales es endógeno a sus propios logros. Mientras más avanzan en la destrucción de la democracia, más lejos pueden llegar. *Wehret den Anfängen* (Defiéndanse contra los inicios). Este grito de batalla de la resistencia democrática cristaliza una de las lecciones centrales que los demócratas han aprendido del ascenso del fascismo en la Europa de entreguerras: la derrota de la democracia es un proceso de escalamiento que se progresa desde inicios aparentemente inocuos hasta catástrofes finales. Los enemigos de la democracia acumulan poder en espirales viciosas en las que se vuelven más fuertes y agresivos a cada paso. Demócratas precavidos deben confrontar y neutralizar los ataques contra la democracia desde temprano, cuando todavía pueden detener su lógica autoreforzante.

Los aterradores ecos de la primera mitad del siglo xx en parte explican por qué Donald Trump ha estado disparando tantas alarmas democráticas. No queremos repetir los errores del pasado y caminar como sonámbulos hacia otra “edad de la catástrofe”.<sup>9</sup> Desafortunadamente, sin embargo, la mayor lección institucional que las democracias europeas han derivado del ascenso del fascismo —la autodefensa democrática— es de poca utilidad práctica aquí. De acuerdo a los preceptos de la democracia “defensiva” o “militante,” necesitamos impedir que los enemigos de la democracia lleguen al poder y podemos hacerlo expulsándolos de la arena política.<sup>10</sup> La represión democrática autodefensiva ha sido siempre una idea ajena a Estados Unidos. De cualquier manera, el hombre a quien sus críticos más feroces retratan como “fascista” ocupa ya la oficina presidencial.

### **Resistencia a la subversión democrática**

La investigación existente sobre los procesos contemporáneos de subversión democrática no nos dice tampoco cómo los actores democráticos pueden lograr dete-

<sup>9</sup> Eric J. Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* (Nueva York: Pantheon, 1994).

<sup>10</sup> Véase Gregory H. Fox y Georg Nolte, “Intolerant democracies”, *Harvard International Law Journal* 35, núm. 1 (1995): 1-70; Giovanni Capocchia, *Defending Democracy: Reactions to Extremism in Interwar Europe* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press, 2005), y Samuel Issacharoff, *Fragile Democracies: Contested Power in the Era of Constitutional Courts* (Nueva York: Cambridge University Press, 2015).

ner a gobiernos iliberales antes de que sea demasiado tarde. Al enfocarse en casos de éxito autoritario, los hallazgos están sesgados por casos en los que la oposición falló. Muy a menudo, los opositores demócratas no fallaron por falta de esfuerzos. En Venezuela, por ejemplo, la oposición sucumbió al poder autoritario sólo después de varios ciclos de lucha en la que probó casi todas las estrategias del repertorio de protesta convencional, disruptiva y violenta, desde la competencia electoral hasta el boicot electoral, desde la protesta pacífica hasta el golpe militar.

¿Debemos concluir que nada funciona en contra de los autócratas en potencia que llegan al poder? No, sería prematuro.<sup>11</sup> El debate actual sobre “la resistencia” en contra de Donald Trump identifica un espectro amplio de actores y estrategias que pueden servir para defender las prácticas e instituciones democráticas. Calcular sus capacidades defensivas, sin embargo, es más un asunto de olfato político que de certezas científicas. Requiere atención hacia actores que a menudo omitimos en nuestras teorías y hacia secuencias interactivas que a menudo omitimos en nuestros métodos.

**Resistencia de aliados:** En muchos casos, para mantener a los fascistas fuera del poder en la Europa entreguerras, fue decisiva la “capacidad de distanciamiento” de actores ideológicamente próximos del *mainstream* político.<sup>12</sup> De forma análoga, muchos observadores han depositado ciertas esperanzas en la voluntad y capacidad del Partido Republicano, primero de negarle su apoyo al candidato Trump, y después de contener su comportamiento como presidente. Hasta el momento han quedado decepcionados y es probable que sigan así. El clima prevalente de polarización partidista no sólo ha creado las condiciones para el éxito de Donald Trump, sino también para su supervivencia. Al colapsar todas las divisiones en una sola, endurece las lealtades y previene la desertión de aliados.<sup>13</sup>

**Resistencia de funcionarios públicos:** Para disipar preocupaciones sobre el potencial autoritario de Donald Trump, numerosos comentaristas políticos han declarado su fe en el sistema estadounidense de pesos y contrapesos.<sup>14</sup> En el estudio comparado de los regímenes, a menudo tratamos a las instituciones políticas como una especie de máquinas perpetuas que, una vez establecidas, contienen todos los ingredientes (incentivos, valores, creencias) que son necesarios para mantenerlas en funcionamiento. El sistema político y gubernamental de Estados Unidos, con sus múltiples niveles de gobierno, puede en efecto ser demasiado complejo para ser trastocado desde la cúspide del poder ejecutivo.

<sup>11</sup> Véase por ejemplo nota 10.

<sup>12</sup> Por ejemplo, Daniel Ziblatt, *Conservative Parties and the Birth of Democracy* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017), y Levitsky y Ziblatt, *How Democracies Die*, cap. 3 (véase nota 8). Sobre la noción de “capacidad de distanciamiento” véase Nancy Bermeo, *Ordinary People in Extraordinary Times: The Citizenry and the Breakdown of Democracy* (Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2003), cap. 7.

<sup>13</sup> Por ejemplo, Jennifer McCoy y Tahmina Rahman, “Polarized democracies in comparative perspective: Toward a conceptual framework” (presentación, 24<sup>o</sup> Congreso Global de Ciencia Política de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA), Poznan, Polonia, 23-28 de julio de 2016).

<sup>14</sup> Véase por ejemplo Eric A. Posner, “The dictator’s handbook, US edition”, en *Can It Happen Here? Authoritarianism in America*, ed. Cass R. Sunstein (Nueva York: HarperCollins, 2018).

No obstante, en el debate actual, hemos estado descubriendo que las instituciones políticas no son autómatas que se autopropetúan o autodefenden. Cuando los comentaristas han elogiado a ciertos funcionarios públicos por resistir las presiones de la Casa Blanca, han hecho un descubrimiento valioso (que puede parecer obvio a la persona común): que las instituciones necesitan, para su protección efectiva, de actores —de su integridad profesional, de su espíritu democrático, de su coraje personal.<sup>15</sup>

**Resistencia de la sociedad civil y política:** Como ha argumentado el economista Daron Acemoglu, cuando todo lo demás falla, cuando presidentes liberales logran neutralizar la separación de poderes y someter al aparato estatal entero a su control, esto nos deja con “la última defensa”, “la única defensa verdadera que tenemos... la vigilancia y la protesta de la sociedad civil.”<sup>16</sup> En la tierra de nacimiento del “arte de la asociación” de Alexis de Tocqueville, esto parece una proposición de sentido común.

Sin embargo, una sociedad civil activa no forma parte de la teoría de la democracia del propio Acemoglu, en la que la creación y continuidad de la democracia se deriva de amenazas de rebelión popular.<sup>17</sup> Por supuesto, otras teorías sí otorgan a ciudadanos ilustrados y organizaciones cívicas un lugar de privilegio en la consolidación democrática.<sup>18</sup> Sin embargo, las acciones concretas que la sociedad civil puede tomar para defender la democracia y los caminos causales que podrían hacerlas exitosas no son claros. Las estrategias individuales y en gran medida simbólicas recomendadas por el historiador Timothy Snyder pueden ofrecer consuelo, pero difícilmente serán efectivas a nivel sistémico. A su vez, las campañas civiles para activar controles judiciales o presionar a funcionarios electos presuponen que la efectividad de los tribunales y las legislaturas se conserva intacta.<sup>19</sup>

La mayoría de los equipos de demolición democrática, como aquellos encabezados por Chávez, Erdoğan y Orbán, han enfrentado protestas masivas en las calles, pero casi siempre en vano. En Estados Unidos, hemos también presenciado la irrupción de una variable omitida que no ha sido contemplada por la ciencia

<sup>15</sup> Véase por ejemplo Daniel Byman, “Is it possible to serve honorably in the Trump administration?”, *The New York Times* (21 de febrero de 2018), disponible en <<https://www.nytimes.com/2018/02/21/opinion/serve-honorably-trump-administration.html>> (consultado el 5 de marzo de 2018). Para una teoría de consolidación democrática enfocada en la integridad y la imparcialidad burocrática, veáse Victor Lapuente y Bo Rothstein, “Civil War Spain versus Swedish harmony: The quality of government factor”, *Comparative Political Studies* 47, núm. 10 (2014): 1416-1441.

<sup>16</sup> Daron Acemoglu, “We are the last defense against Trump”, *Foreign Policy* (18 de enero de 2017), disponible en <<http://foreignpolicy.com/2017/01/18/we-are-the-last-defense-against-trump-institutions/>> (consultado el 28 febrero de 2018).

<sup>17</sup> Véase Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Economic Origins of Dictatorship and Democracy* (Cambridge: Cambridge University Press, 2006).

<sup>18</sup> Véase por ejemplo Ronald Inglehart y Christian Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), y Larry Diamond, *Developing Democracy: Toward Consolidation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1999).

<sup>19</sup> Véase por ejemplo Snyder, *On Tyranny*, y Ángel Padilla *et al.*, *Indivisible: A Practical Guide for Resisting the Trump Agenda* (2017), disponible en <<https://www.indivisibleguide.com/>>.

política comparada: la resistencia por nosotros, los científicos sociales (ver la nota 8 arriba). Con ello, nos dirán los metodólogos, estamos “contaminando” la realidad objetiva que queremos estudiar, ¿pero estamos salvando nuestra democracia?

**Rechazo de los votantes:** Si todos los demás fallan, lo que resta es la esperanza en el árbitro último del juego democrático (mientras el juego mismo se mantenga mínimamente democrático): el votante. Ha sido bastante desconcertante, en efecto bastante inquietante, ver a mayorías absolutas (o por lo menos relativas) de votantes apoyando, una y otra vez, a gobiernos iliberales que han ido, paso a paso, desmantelando sus derechos y libertades democráticas. El conjunto de explicaciones lógicas es limitado. Es o un problema de *valores* y a los ciudadanos les importan más otras cosas que la democracia (como la justicia social, la devoción religiosa, o el alma nacional). O es un problema de *percepciones* y los ciudadanos no ven que la democracia es destruida frente a sus ojos. O es un asunto de *concepciones alternativas de la democracia* y los votantes de todos bandos en conflicto se ven a sí mismos como salvadores de la democracia.<sup>20</sup> Sea cual sea de estas explicaciones la acertada en casos concretos, los actores de oposición necesitan tomarlas en serio si quieren mantener viva la mejor oportunidad que tienen para revertir procesos de subversión democrática: derrotando al gobierno iliberal en las urnas.

### Conclusión

En los debates actuales sobre las amenazas iliberales a la democracia, los comparativistas han sido llamados a ofrecer no sólo explicaciones y predicciones, sino recetas prácticas. En el mundo entero, actores y comentaristas preocupados están preguntando: ¿cómo debemos hacer frente a estas amenazas? ¿Qué puede hacerse para prevenir, detener o revertir procesos de subversión democrática? Hemos estado ofreciendo múltiples consejos sobre el hoyo negro de nuestros miedos democráticos contemporáneos, los desunidos Estados Unidos de América. Hemos estado depositando nuestras esperanzas democráticas en grupos diversos de actores: agentes estatales y la sociedad civil, aliados y adversarios presidenciales, actores federales y subnacionales, poderes no electos y votantes. No digo que estas esperanzas estén fuera de lugar. Sólo hago notar que no descansan en nada cercano a certezas científicas. Si confiamos en ellas, no es en la investigación comparada en la que confiamos, sino en nuestro buen juicio político. **Ω**

<sup>20</sup> Para exploraciones valiosas véase Foa y Mounk, “The signs of deconsolidation”; Milan Svobik, “When polarization Trumps civic virtue: Partisan conflict and the subversion of democracy by incumbents” (New Haven: Yale University, texto mecanografiado, no publicado, 2017), y Alper Yildiz, “Selective blindness: Voting for democratic erosion in Turkey” (presentación, 113<sup>ra</sup> Reunión Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA), San Francisco, 31 de agosto-3 de septiembre de 2017).

# ¿Qué es el populismo?, de Jan-Werner Müller: reseña comentada\*

Juan F. González Bertomeu y María Paula Saffon

**E**ste es un libro delgado pero muy valioso. Müller es un erudito sobre el tema y su manejo es claro y profundo —su discusión normativa contiene docenas de ejemplos históricos. El libro es una adición bienvenida a la larga discusión acerca del populismo, una que abarca décadas y parece acompañar los ires y venires del mismo.<sup>1</sup> Su publicación es muy oportuna, ya que coincide con un significativo aumento de interés por el tema. Las principales afirmaciones y posibles contribuciones del libro son tres. Una concierne a la clarificación conceptual; por encima de todo, el populismo se trata del antipluralismo. Una segunda gira en torno a la relación entre populismo y democracia —el populismo es la “sombra permanente” de la democracia representativa. La tercera trata sobre cómo interactuar con populistas: si bien deberíamos evitar hablar como populistas, también necesitamos hablar con ellos. Comenzaremos presentando estas ideas y luego pasaremos a una revisión crítica de las mismas.

\* Esta reseña del libro de Jan-Werner Müller, *What Is Populism?* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016) fue publicada originalmente en la revista *International Journal of Constitutional Law* 15, núm. 4 (octubre de 2017). El comité editorial de *Configuraciones* y el coordinador de este número agradecen a la revista y a los autores por su autorización para reproducir aquí esta reseña. Traducción de Amanda Sucar Warrender.

<sup>1</sup> Incluso una lista representativa, no exhaustiva, sería extremadamente larga. Trabajos individuales incluyen a Alan Knight, “Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico”, *Journal of American Studies* 30, núm. 2 (mayo de 1998): 223-248; Kurt Weyland, “Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics”, *Comparative Politics* 34, núm. 1 (octubre de 2001): 1-22; Ernesto Laclau, *On Populist Reason* (Nueva York: Verso, 2005); Michael Kazin, *The Populist Passion. An American History* (Nueva York: Basic Books, 1995); Margaret Canovan, “Trust the people!” Populism and the two faces of democracy”, *Political Studies* 47, núm. 1 (marzo de 1999); Benjamin Arditi, *Politics on the Edges of Liberalism. Difference, Populism, Revolution, Agitation* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2007); Benjamín Arditi, “Insurgencies don’t have a plan. They are the plan: Political performers and vanishing mediators”, *The Promise and Perils of Populism: Global Perspectives* 113 (2015); Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy: A framework for analysis”, en *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?* 1 (Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser eds., 2012); Nadia Urbinati, *Democracy Disfigured: Opinion, Truth and the People* (Cambridge: Harvard University Press, 2014); Nadia Urbinati, “The populist phenomenon”, *Raisons Politiques* 51, núm. 3 (2013): 137; Cristóbal Rovira Kaltwasser, “Latin American populism: Some conceptual and normative lessons”, *Constellations* 21, núm.4 (2014): 499. Recopilaciones recientes incluyen Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, eds., *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012); Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, eds., *Latin American Populism in the Twenty-First Century*

## Ideas principales

El autor comienza (en el capítulo 1, “Lo que dicen los populistas”) explicando con lujo de detalle qué *no* es el populismo. La crítica a las élites es un elemento necesario pero no suficiente —las élites a menudo merecen ser criticadas y pueden serlo tanto por los populistas como por quienes no lo son. El populismo tampoco puede definirse por otras características que le son frecuentemente atribuidas: las emociones transmitidas por los políticos populistas y expresadas por los partidarios (enojo, frustración o resentimiento); el contenido supuestamente irresponsable de las políticas que defienden esos políticos; o la clase social de los ciudadanos en los que se enfocan. Si bien algunos de estos rasgos pueden importar, es difícil construir un criterio general para reflejar las experiencias populistas históricas, otros simplemente reflejan los prejuicios de las mismas élites contra las que el populismo despotrica.

Esta aclaración es afortunada. Dado que sus lectores principales estarán probablemente en Estados Unidos, el libro puede ayudar a modificar la opinión de que ser populista consiste en ser popular y antielitista.<sup>2</sup> (Bernie Sanders no es uno de ellos). Müller revisa los matices progresivos que el término “populismo” ha tenido en la historia de Estados Unidos., lo que pudo haber contribuido a su uso confuso en relación con su significado bastante aceptado en todas partes.<sup>3</sup> Barack Obama probablemente tuvo esa noción en mente cuando reclamó la etiqueta “populista” para sí mismo y criticó las descripciones de Trump como uno.<sup>4</sup>

En opinión del autor, la característica definitoria más importante del populismo es su antipluralismo. Los populistas afirman que “ellos, y sólo ellos, representan al pueblo”.<sup>5</sup> (El líder colombiano Jorge Eliécer Gaitán, asesinado durante la campaña presidencial de 1948, personificó bien esto cuando dijo: “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”).<sup>6</sup> Representan el todo, extrayendo el concepto de “el pueblo verdadero” de la totalidad de individuos que viven en una sociedad y luego excluyendo a todos aquellos quienes discrepan de los primeros. De manera crucial, tanto este argumento *pars pro toto* como el reclamo de los populistas a la representación exclusiva se hacen a nivel moral o simbólico, no empírico. Los populistas encarnan una versión moralmente pura del pueblo —una inicialmente no institucionalizada o institucionalizada únicamente en partidos monolíticos— por lo que cualquier oposición restante sólo puede provenir de los enemigos del pueblo, su flaqueza moral específica depende de la línea del populismo en cuestión. En

---

(Washington: Woodrow Wilson Center Press y Johns Hopkins University Press, 2013); Carlos de la Torre, ed., *The Promise And Perils Of Populism* (Lexington: University Press of Kentucky, 2015).

<sup>2</sup> Urbinati, *The Populist Phenomenon*.

<sup>3</sup> Urbinati, *The Populist Phenomenon*.

<sup>4</sup> Rebecca Shabad, “Obama goes on ‘rant’ about Donald Trump’s populism”, *CBS News* (29 de junio de 2016), disponible en <<http://www.cbsnews.com/news/obama-donald-trump-populism-rant/>>. El economista Paul Krugman usa el término de esta manera también, quizá evocando movimientos de masas antielitistas progresivos tempranos.

<sup>5</sup> Énfasis en el original. De manera similar, véase, por ejemplo, Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”.

<sup>6</sup> Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”.

este sentido, incluso si no son populares en un dado caso (esto es, si pierden en las urnas), aun así los populistas reclamarán superioridad moral al suponer el apoyo de una “mayoría silenciosa” y denunciar los resultados como intrínsecamente amañados. Desde el punto de vista del autor, el populismo es la “sombra permanente” de la política representativa, la posibilidad siempre latente de que un político hable en nombre del “pueblo verdadero” (lo que, digamos, Tiberio y Cayo Graco comenzaron a hacer en la Roma de finales del siglo II a.C., seguidos años después por los *populārēs* Cayo Mario y Julio César). El populismo no existe en ausencia de democracia representativa. Para Müller, el populismo no se trata realmente de una mayor participación, ya que los líderes simplemente “desean confirmación de lo que ellos ya han determinado lo que es la voluntad del pueblo verdadero”. Aunque la idea de una sola voluntad común podría verse con matices rousseauianos, Müller sostiene que una gran diferencia entre la representación populista y la “voluntad general” de Rousseau es que esta última exige una participación real, algo que no es necesario en la primera, donde los líderes “pueden adivinar la voluntad apropiada”. Así, la “sustancia”, el “espíritu” o la “identidad verdadera” se vuelven más importantes que aquello que el “número más grande” realmente quiere.

Algunos de los atributos anteriores coinciden con los propuestos por otros académicos en las últimas décadas, incluido Alan Knight.<sup>7</sup> Al igual que Müller, Knight cuestiona que el populismo se relacione “con una ideología, un periodo o una alianza de clase específicos”, o que se defina por la irracionalidad o la falta de mediación institucional entre líderes y seguidores.<sup>8</sup> Knight caracteriza el populismo “en términos de un estilo político particular”, en oposición al contenido.<sup>9</sup> Müller discute que el populismo es “sólo una cuestión de estilo” pero parece estar refiriéndose a una noción más superficial (más parecida a “malos modales”) que aquella que acoge Knight. Knight, Weyland<sup>10</sup> y otros (incluido el mismo Laclau) también han afirmado, como Müller, que el contenido ideológico del populismo es muy flexible, lo que explica que puede haber populismo de derecha y de izquierda e incluso diferencias significativas dentro de cada ala.

El capítulo 2, “Lo que hacen los populistas”, aborda el problema una vez que están en el poder. Müller debate la noción de que los partidos populistas sólo pueden perder fuerza una vez que ganan una elección, ya que no pueden protestar contra sí mismos. Los populistas “ocupan” el estado y se involucran en un clientelismo y corrupción masivos. A diferencia de los regímenes no populistas que también pueden incurrir en estas prácticas, los populistas las defienden descaradamente como seguidas “en aras de un ‘nosotros’ moral y ganadas con esfuerzo y no por los ‘ellos’ inmorales o incluso extranjeros”. Los populistas buscan transformar la construcción simbólica del “pueblo verdadero” en una realidad empírica. Explotan la existencia de una crisis o enmarcan una situación para legitimar su gobierno, restringir la oposición y gobernar con mayor libertad. Y a menudo promulgan

<sup>7</sup> Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”.

<sup>8</sup> Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”, 226.

<sup>9</sup> Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”, 226.

<sup>10</sup> Weyland, “Clarifying a contested concept”.

una constitución que sirve para múltiples propósitos. Desde una perspectiva positiva, una constitución permite a los populistas encarnar su propia visión del pueblo. Desde una perspectiva negativa, sirve como un vehículo para amordazar a la oposición y debilitar a las instituciones de rendición de cuentas, pero también para restringir las opciones políticas de un gobierno futuro (no populista).

Müller niega que el populismo represente (únicamente) una afrenta al liberalismo, en gran parte definido como una visión que defiende las libertades personales. Cuando los populistas capturan el aparato estatal y debilitan fuertemente la responsabilidad, el pluralismo, la participación política y los medios de comunicación, atacan a la democracia misma. Esto, según el autor, debería cerrar un camino que sea conveniente para muchos populistas —incluidos Orbán, Maduro y Erdoğan— que afirman denunciar el liberalismo pero acoger la democracia, una noción que se vende bien nacional e internacionalmente. En el capítulo final, “Cómo lidiar con los populistas”, el autor busca analizar las principales críticas que hacen los populistas a la democracia liberal. Nos ocuparemos de esto más adelante.

### **Populismo y democracia**

Müller no llega tan lejos como para concluir que el populismo y la democracia son siempre incompatibles, aunque sí dice que el populismo hace que la democracia sea “defectuosa”, “dañada” y “necesite una reparación seria”. Los populistas bajo un gobierno electoral no se degeneran en “autoritarismo abierto” porque los costos pueden ser demasiado altos en términos de reputación internacional y posiblemente la pérdida de apoyo material.

Si bien el libro se refiere al populismo bajo gobierno *democrático* o electoral, ha habido muchos casos de populismo no democrático, muchos de ellos en América Latina (Velasco Alvarado en Perú, Somoza en Nicaragua, etc.), y algunos incluso con una supuesta inclinación a la izquierda. Aparte de la ocurrencia repetida de elecciones (o la falta de ellas), uno puede preguntar legítimamente si hay otras diferencias entre el populismo abiertamente autoritario y el populismo bajo un régimen electoral. Un tratamiento de este problema puede haber ayudado a aclarar el estado de este último.

Ciertamente estamos de acuerdo en que algunas formas de populismo son una amenaza para la democracia representativa (liberal). Sin embargo, los populistas pueden argumentar que el suyo también es un proyecto democrático defendible. Por supuesto, una forma de gobierno bajo la cual la oposición es silenciada y perseguida, y donde las instituciones electorales y judiciales son totalmente capturadas (Venezuela hoy día), difícilmente puede presentarse como un régimen democrático. Pero ésa es una versión bastante extrema del populismo, una que incluso algunos defensores del populismo *podrían* rechazar, especialmente si el apoyo popular al régimen en cuestión está en declive. En muchos casos, bajo el populismo electoral, la oposición todavía tiene cierta base y puede ganar elecciones, así como perderlas. Además, al igual que existen algunas formas de representación e instituciones bajo el populismo, también puede haber participación —aunque sea más directa y plebiscitaria que pluralista.

Dado que el populismo no puede existir sin alguna forma de representación y siempre está latente detrás de la democracia representativa, parece pertenecer a la misma familia que esta última. Urbinati deja esto en claro cuando se refiere al populismo como “parasitario” en la democracia representativa, dado que está contenido *dentro* de ella.<sup>11</sup> La imagen del populismo como la “sombra” de la democracia representativa no debería hacernos creer que es completamente externa. El populismo es el primo furiosamente revoltoso de una democracia representativa que funciona bien —uno que no sólo tiene “malos modales” sino que, en un día terrible, puede amenazar con debilitar a toda la familia.<sup>12</sup>

Parece haber dos formas de desafiar una defensa de la democracia populista. Una es limitar todas las referencias a la democracia representativa a democracia representativa “liberal”, algo que el autor rechaza explícitamente. Otra es brindar un argumento exhaustivo para demostrar que la democracia que ofrece el populismo es un tipo de régimen inferior, algo que el autor hace parcialmente. La última es una estrategia totalmente plausible. Entre otras razones, como lo han afirmado Urbinati y Saffon, algunas formas de populismo traicionan su promesa de revitalizar la política ya que, una vez en el poder, sus líderes tienden a olvidar el tipo de política “agonista” que defendieron cuando estaban en la oposición, y a tensar las condiciones políticas y sociales hasta el punto de hacer que la deliberación y negociación rutinaria que la democracia representativa necesita se vuelva muy difícil de llevar a cabo. En otras palabras, se convierten en el epítome de la antipolítica. Nuevamente, la Venezuela actual es un buen ejemplo, dado que, en un grado significativo, la política ha sido reemplazada por la violencia y la militarización. Aun así, al menos algunas formas de populismo parecen permanecer dentro del campo democrático. Quizá el ejemplo más claro disponible hoy día es la Bolivia de Evo Morales, pero hay otros casos en los que el apoyo popular es amplio y las elecciones siguen desempeñando un papel clave. (Puede que no sean liberales pero ese es otro asunto).<sup>13</sup>

### El concepto de populismo

Los límites conceptuales trazados por el autor crean la posibilidad, tal vez inevitable, de la sobreinclusión y la subinclusión. (Tampoco está del todo claro si Müller se refiere a *líderes*, *movimientos* o *regímenes* populistas, o a todos simultáneamente). En términos de sobreinclusión, los políticos en la oposición podrían presentarse estratégicamente como la encarnación del pueblo verdadero, incluso si no tienen la intención de excluir a la oposición una vez en el poder. Según el autor, la clave para diferenciar a populistas y a no populistas es que sólo los primeros afirman ser los únicos representantes del pueblo, buscando por lo tanto *excluir* al resto. Cuando los no populistas afirman representar al pueblo, su afirmación permite un

<sup>11</sup> Urbinati, *The Populist Phenomenon*.

<sup>12</sup> Encontramos una referencia al populismo como un “primo” en Steve C. Ropp, *The Strategic Implications of the Rise of Populism in Europe and South America* (Carlisle: Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, 2005).

<sup>13</sup> Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”.

espacio para la falsificación empírica y, a menudo, implica una búsqueda de *inclusión*. Sin embargo, la línea que divide estos dos tipos de afirmación puede a veces ser poco convincente, y un político no populista puede sobrepasarla en su discurso. No estamos sugiriendo que una retórica infundida con notas totalizadoras o excluyentes sea inocua sólo porque hay razón para pensar que el político no cumplirá sus promesas una vez que esté en el poder —una cultura de respeto por las diferencias es fundamental para la democracia. Pero, aparte de los casos claros, las palabras por sí solas pueden no ser suficientes para juzgar algunos movimientos sin experiencia real en el poder. El partido español Podemos critica a las élites y, a veces, utiliza una retórica totalizadora, pero ¿es realmente un movimiento populista similar al de Erdoğan?

Quizá más importante, tal como lo reconoce Müller, los líderes populistas a menudo se movilizan en torno a la idea de *inclusión* social y económica. Incluso si aseguran ser los verdaderos representantes del pueblo, y eventualmente intentan desestimar o silenciar a otros, la principal fuerza impulsora o retórica en estos casos (la inicial, al menos) es lo *opuesto* a la exclusión. Para complicar las cosas, en casos extremos, los excluidos pueden representar numéricamente a la mayoría o virtualmente a todo el “pueblo”, en cuyo caso un reclamo legítimo de inclusión puede volverse indistinguible de un reclamo totalizador. La Bolivia de Morales es un ejemplo, tal como lo reconoce Müller.<sup>14</sup>

El riesgo opuesto es la subinclusión. En palabras de Müller, los populistas suponen que el pueblo emite algo así como un mandato imperativo que les dice qué hacer, por lo que realmente no hay necesidad de debate y participación. Sin embargo, al menos algunos regímenes políticos identificados esencialmente como “populistas” divergen de esta imagen. Nuevamente, la Bolivia de Morales es uno. La participación y el debate —movilización y presión de abajo hacia arriba— parecen ser tangibles en la vida diaria de ese país, incluso si se reducen algunas formas de pluralismo y las instituciones de supervisión están subordinadas al gobierno.<sup>15</sup> Entonces, quizá una experiencia populista debería ser clasificada a lo largo de un continuo —cuanto más lejos esté del “tipo ideal” del autor, más indistinguible se volverá de la democracia representativa liberal.

Una segunda cuestión relacionada, es que parece haber cierto dinamismo potencial para los movimientos populistas. Como ha afirmado Knight, un movimiento puede comenzar con una polémica retórica idealista, pero puede perder el ímpetu después de un tiempo en el poder, volviéndose más “rutinario”, controlado y mediado, y por lo tanto, menos vigoroso.<sup>16</sup> Ciertamente, la grandeza de la retórica inicial puede dar paso a una auténtica maquinaria política, al clientelismo o incluso

<sup>14</sup> Retrocediendo siglos, cuando Sieyès afirmó que el Tercer Estado lo era “todo”, su afirmación fue ligeramente hiperbólica. Sin embargo, suponiendo que también incluyera a la gente común y no sólo a la burguesía, ¿no consistía el Tercer Estado en *casi todos*?

<sup>15</sup> Sobre el tema de la movilización fundamental del populismo, véase Kenneth M. Roberts, “Populism, political conflict, and grass-roots organization in Latin America”, *Comparative Politics* 38, núm. 2 (enero de 2006): 127.

<sup>16</sup> Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”, 231-232.

a la corrupción abierta.<sup>17</sup> Que esto suceda realmente depende en parte de las condiciones que dan lugar al movimiento —por ejemplo, la existencia y subsistencia de una crisis.<sup>18</sup> (Sólo el tiempo dirá si Trump será realmente un populista en el gobierno). Lo contrario también podría ser el caso —un líder o movimiento que se vuelve cada vez más polémico y antipluralista con el paso del tiempo. La visión del populismo que presenta Müller es un poco estática, desde la oposición al gobierno y de un año para otro, cuando esto no es necesariamente así en todos los casos. Ciertamente, siguiendo a Knight, algunos de los atributos que analiza el autor (clientelismo, corrupción) ya pueden estar señalando esa rutinización. No todos los populistas defienden abiertamente estas prácticas con una retórica orgullosa.<sup>19</sup>

### Constitucionalismo

Müller rechaza la opinión de que los populistas están en contra de las instituciones al afirmar que realmente se oponen a aquellas que “fracasan en justificar su afirmación de representación moral exclusiva”. Esto a menudo los lleva a modificar las instituciones, en particular mediante la promulgación de una nueva constitución, resultando frecuentemente en un texto partidista o excluyente. Una primera observación sobre esto es que la relación de los populistas con las constituciones existentes parece depender en parte de cuál es su objetivo principal. Como lo ha explicado Rovira Kaltwasser, lejos de criticar las constituciones de sus países, algunos políticos populistas en Europa se han refugiado en ellas para oponerse “al otro”, en su mayoría inmigrantes musulmanes, considerados como una amenaza para los valores liberales que defiende la constitución.<sup>20</sup> La afirmación del autor es más pertinente cuando la amenaza percibida proviene de dentro, no de fuera, y, más particularmente, cuando proviene de las mismas élites que han redactado y se dice que se han beneficiado de la constitución del país, como en muchos países latinoamericanos.

En segundo lugar, incluso constituciones partidarias indudables pueden ser el resultado de un proceso participativo que no es completamente de arriba hacia abajo, como parecen mostrar algunas experiencias recientes en América Latina (Bolivia, Ecuador).<sup>21</sup> El pluralismo y la deliberación no son totalmente coextensivos con la participación.<sup>22</sup> Tercero, el intento de afianzar políticas en la constitución

<sup>17</sup> Knight cita el ejemplo de Perón en “Populism and neo-populism in Latin America”.

<sup>18</sup> Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”.

<sup>19</sup> Alternativamente, podrían mostrar que ellos eran todo lo que el movimiento populista tenía en mente, a pesar de esa retórica.

<sup>20</sup> Cristóbal Rovira Kaltwasser, “Populism vs. constitutionalism? Comparative perspectives on contemporary Western Europe, Latin America, and the United States”, *Foundation for Law, Justice and Society* (2013), disponible en <<https://www.fljs.org/files/publications/Kaltwasser.pdf>>. (también citado por Müller). Por supuesto, dado que estos políticos están principalmente en oposición, el movimiento puede ser retórico y, una vez en el gobierno, pueden buscar promulgar una constitución más autoritaria. Pero esto subraya las diferencias potenciales entre el populismo en la oposición y en el gobierno, algo que el autor no explora suficientemente.

<sup>21</sup> Roberts, “Populism, political conflict”.

<sup>22</sup> Diana C. Mutz, *Hearing the Other Side: Deliberative versus Participatory Democracy* (Cambridge: Cambridge University Press, 2006).

para protegerlas de cambios futuros es mucho más común bajo el constitucionalismo *no* populista. Ciertamente, los neoliberales latinoamericanos en la década de los noventa impulsaron una agenda de este tipo en temas relacionados con la economía para que funcionaran como una estrategia de “compromiso previo” para alentar la inversión (el tipo de movimiento tecnocrático que los populistas critican con frecuencia).<sup>23</sup> Cuarto, incluso una constitución partidaria puede ser contraproducente para quien la redacta. A pesar de que el derecho a destituir a funcionarios electos claramente aparece en la constitución de Chávez de 1999, el gobierno ha bloqueado sistemáticamente los intentos de destituir al presidente, en una medida que nadie vería como algo más que una flagrante violación constitucional.<sup>24</sup>

### **Hablar con populistas**

Müller tiene razón al señalar que los argumentos de los populistas deben de enfrentarse en lugar de ignorarse; para algunos, ésta es la lección principal que viene de las elecciones de 2016 en Estados Unidos. Las demandas de los populistas —particularmente cuando están en la oposición<sup>25</sup>— pueden ser una invitación a reconsiderar donde yacen las fortalezas de la democracia representativa, y también a corregir algunos de sus inconvenientes.<sup>26</sup> El autor toma prestada la imagen de Arditì del populista como un “invitado borracho” a una cena formal, quien puede generar muchos problemas pero también puede expresar las verdades necesarias.<sup>27</sup> Menciona como una de estas verdades a la enajenación que legítimamente muchas personas experimentan hacia las instituciones representativas.<sup>28</sup> Müller argumenta que un sistema basado en la desconfianza del pueblo y una excesiva confianza en la tecnocracia —como él describe que es la Unión Europea— siempre estará abierta a acusaciones sobre la falta de una participación real y a la existencia de una brecha entre las instituciones y la ciudadanía.

<sup>23</sup> Cuando, en 2011, el gobierno español aprobó una reforma para escribir el principio de estabilidad presupuestaria en la constitución, muchos estaban furiosos, aunque, desde luego, nadie lo criticó como una estrategia populista. Rosalind Dixon expone un punto similar, ofreciendo el ejemplo de la constitución sudafricana de 1996, podría decirse una no populista, y diciendo que también restringe “el alcance de un futuro cambio de política, en ciertas áreas, por parte de un gobierno de partido u opinión ideológica distintos”. Rosalind Dixon, “Populist constitutionalism and the democratic minimum core”, *VerfBlog* (26 de abril de 2017), disponible en <<http://verfassungsblog.de/populist-constitutionalism-and-the-democratic-minimum-core/>> .

<sup>24</sup> Seguramente uno puede decir que Chávez sabía que sus funcionarios nunca tolerarían una destitución, pero aun así quería integrar la institución para crear una pátina de legitimidad. Sin embargo, la pérdida de legitimidad después del bloqueo ilegal de una herramienta claramente reconocida puede ser alta, como lo demuestra el caso actual de Venezuela. En estos casos, todos saben que se está violando la constitución.

<sup>25</sup> Mudde y Rovira Kaltwasser, “Populism and (liberal) democracy”; Robert A. Huber y Christian Schimpf, “A drunken guest in Europe? The influence of populist radical right parties on democratic quality”, *Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft* 10, núm.2 (julio de 2016):103.

<sup>26</sup> Véase también Arditì, *Politics on the Edges*.

<sup>27</sup> Arditì, *Politics on the Edges*.

<sup>28</sup> Otra es la cuestión de la membresía estatal, que la democracia liberal da por sentada, mientras que algunas formas de populismo (particularmente su aspecto más xenófobo) la desafían.

Müller está totalmente en lo cierto al lamentar la crisis de los partidos políticos —está lejos de ser una coincidencia que el ascenso del populismo coincida con ella. Reforzarlos para hacerlos más transparentes y democráticos es parte de lo que se necesita. Pero la democracia representativa también enfrenta otros problemas serios. En muchos lugares (sin duda en América Latina, la región que más conocemos), la democracia representativa coexiste con niveles inexcusables de desigualdad y exclusión. Dado que muchos gobiernos populistas se han congregado en torno al tema de la inclusión, esto plantea un desafío particularmente serio para los demócratas liberales.<sup>29</sup> Es mucho más sencillo oponerse a los populistas cuando su principal objetivo es un inmigrante pobre, pero es mucho más difícil cuando se oponen a élites económicas y políticas recalcitrantes. Incluso si el populismo todavía tiene el potencial de trastocar los aspectos centrales de la democracia liberal y merece ser criticado, el desafío debe abordarse de frente en lugar de ignorarlo con el rechazo absoluto del mismo, una reacción más frecuente.<sup>30</sup> El colombiano Gaitán era definitivamente un populista, pero quizá también era un gobernante necesario, uno que hubiera cambiado por completo la política elitista y excluyente de su país.

Ninguna de las preguntas anteriores, nos apresuramos a agregar, disminuye el gran valor de este libro. Muchos estudiosos, incluido Müller, han hecho referencia al desorden conceptual que parece existir en torno a la definición de populismo. A menudo se afirma que el único acuerdo entre quienes hablan de populismo es que el concepto es inasible. Gracias en buena parte al libro de Müller, pronto estaremos listos para dejar de pronunciar esa frase. **Ω**

<sup>30</sup> Müller aborda brevemente el asunto. Entre otras cosas, afirma que los reclamos derivados de los cambios económicos en cierto modo merecen más de nuestra atención que los derivados de cuestiones culturales o de identidad, como el daño presuntamente sufrido por aquellos que se oponen al matrimonio entre personas del mismo sexo. Difícilmente puede decirse que estos últimos sufren tal daño individual. (En los términos de Ronald Dworkin, sus actitudes pueden verse como “preferencias externas” sobre cómo quieren que *otras* personas lleven sus vidas y, por lo tanto, no deberían tener el mismo peso que las preferencias personales). Pero los problemas culturales van más allá. La desigualdad auténtica se presenta con un aspecto cultural que fluye en parte, aunque no se disuelve en ellas por completo, en consideraciones económicas. Un sistema social parecido a uno de castas presenta todo tipo de desigualdades materiales, pero también implica dimensiones culturales que no son sólo epifenómenos.

<sup>31</sup> Exploramos esto en María Paula Saffon y Juan F. González Bertomeu, “Latin American populism: An admissible trade-off between procedural democracy and equality?”, *Constellations* 24, núm. 3 (septiembre de 2017): 416-431.

# ¿Cesarismo en México? Algunas notas para su esclarecimiento\*

David Pantoja Morán

El cesarismo es una fórmula polémico-ideológica y no canon de interpretación histórica. Se pueden dar soluciones cesaristas aun sin un César, sin una gran personalidad “heroica” y representativa. A. GRAMSCI

Hay que enseñar al pueblo a asustarse de sí mismo para infundirle ánimo. K. MARX

**H**ará unos 12 años que, en medio de una enconada campaña presidencial, Andrés Manuel López Obrador, candidato que aventajaba en las encuestas era visto con reservas por algunos círculos sociales. Se le miraba con recelo porque se pensaba que era de izquierda aunque se negara que tal era la causa del repudio. También se le tachaba de populista, y la propaganda del Partido Acción Nacional y la proveniente del gobierno en turno lo asimilaban con la gestión de Echeverría o con la de López Portillo. Por su parte, el candidato del Partido Revolucionario Institucional lo descalificaba igualmente.

Con el auxilio de las herramientas conceptuales de la ciencia política, traté entonces de aclararme a mí mismo y a mis eventuales lectores ante qué fenómeno nos encontrábamos y así elaboré estas notas que fueron publicadas en *Este País*. Ahora, dos sexenios después vuelvo a ellas, con ciertas modificaciones y recortes inevitables, pues me parecen todavía actuales y útiles para suscitar una reflexión necesaria para los tiempos que corren.

Tiempos estos en los que, como entonces, se mantiene el profundo descrédito de los partidos, el desprestigio de los políticos, el desprecio por las instituciones, el hastío y la frustración de los electores, en fin, el desgaste del sistema político y de la política, en general. Coyuntura delicada ésta que, bien vista, debiera ser causa de alarma puesto que apela a la relegación del sistema representativo, a las tentaciones autoritarias y a las soluciones antidemocráticas. Empecemos por algunas cuestiones preliminares que nos den luz sobre lo que conceptual-

\* Este ensayo es una revisión que el autor hace de su artículo “¿Cesarismo en México? Algunas notas para su esclarecimiento”, publicado en el núm. 182 de la revista *Este País*, en abril de 2006. El comité editorial de *Configuraciones* y el coordinador de este número agradecen al autor su disposición para que la actualización de este texto se incluyera en este volumen.

mente significan los términos cesarista o populista, puesto que pueden compartir ciertas características, como se verá.

Según Guarnieri, el término cesarismo tiene su origen en el régimen establecido en Roma por Cayo Julio César. Ha sido asociado a la idea de un poder fuerte, desligado de los grupos y de los individuos particulares, merced a un estrecho vínculo con el ejército, con objeto de articular una política equilibrada que respondiera más a los intereses de la sociedad. Posteriormente, se ha usado el término para designar el régimen de los dos Bonaparte y, todavía más, se le ha relacionado con el bismarckismo y con el fascismo, aunque se trate de fenómenos diferentes.<sup>1</sup> Algunos autores distinguen el fascismo del bonapartismo porque aquél se realiza en donde existen condiciones para el paso del antiguo régimen de base individualista a un régimen de masas: sería el cesarismo de las sociedades desarrolladas. El bismarckismo, por su parte, habría operado en una sociedad en transición hacia una sociedad industrial moderna, donde todavía no se desarrollaban fuerzas sociales fundamentales. En cambio, Jaguaribe ha utilizado el concepto para referirse a países que afrontan el proceso de transición de un estado de dependencia colonial o semicolonial a un estado de mayor independencia o autonomía.<sup>2</sup>

Weber y Tocqueville, cita Guarnieri, identifican como un factor del cesarismo al predominio cada vez mayor de la sociedad sobre el individuo y la consolidación de la “democracia totalitaria”, es decir, un tipo de organización política en la que una importante serie de valiosos poderes intermedios entre el Estado y el individuo va perdiendo peso poco a poco, con el consiguiente aumento del poder estatal.<sup>3</sup> Actualmente, se entiende por cesarismo un régimen político caracterizado por un fuerte aparato estatal que logra una considerable autonomía frente a todas las fuerzas sociales.<sup>4</sup>

Una de las formas de degeneración de los regímenes políticos, afirma Maltez, es el cesarismo —uno de los nombres dados a lo que Constant llamaba usurpación— dado que, si bien en apariencia se mantienen ciertas libertades, es sólo para violarlas, de lo que resulta que la libertad no es más que una fachada. Se trata de una transferencia de la soberanía del pueblo a la persona que ha de ejercerla de manera concentrada. Esta transferencia se puede llevar a cabo por aclamación o por plebiscito, pudiendo mantenerse, con todo, algunos órganos de representación popular.<sup>5</sup>

El cesarismo, para Gramsci, expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, de tal suerte que la continuación de la lucha no puede menos que concluir en la destrucción recíproca. Evoca a

<sup>1</sup> Carlo Guarnieri, “Cesarismo”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino, eds., *Diccionario de política* 1 (México: Siglo XXI, 1981), 250.

<sup>2</sup> Guarnieri, “Cesarismo”, 250-251.

<sup>3</sup> Guarnieri, “Cesarismo”, 252.

<sup>4</sup> Guarnieri, “Cesarismo”, 253.

<sup>5</sup> José Adelino Maltez, “Cesarismo, o que é?”, *Tópicos Políticos* (17 de octubre de 2004), disponible en <<http://topicospoliticos.blogspot.com/2004/10/cesarismo-o-que.html>>.

Julio César, Napoleón I, Napoleón III y a Cromwell y los relaciona con acontecimientos históricos que culminaron con la exaltación de una gran personalidad “heroica”.<sup>6</sup> Si bien, para Gramsci, el cesarismo entraña siempre una solución arbitral, confiada a una gran personalidad, que se da frente a una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica, no siempre tiene el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresista, en el caso de que su intervención ayude a las fuerzas progresistas a triunfar, aunque sea con limitaciones, pero también puede ser regresivo, en el caso de que coadyuve a triunfar a las fuerzas regresivas.<sup>7</sup>

Gramsci piensa que sería un error de método considerar que en los fenómenos de cesarismo, de cualquier clase que sean, todo se deba al equilibrio de las fuerzas “fundamentales”. Es necesario considerar también las relaciones existentes entre los grupos principales (de distinto género; socioeconómico y técnico-económico) de las clases fundamentales y de las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica.<sup>8</sup> Todo gobierno de coalición, para él, indica un grado inicial de cesarismo, que puede o no desarrollarse hasta los niveles más significativos. En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista difiere del de la época de Napoleón III. En ese periodo, las fuerzas militares regulares o de línea constituían un elemento decisivo para el advenimiento del cesarismo, que se producía por medio de golpes de Estado con acciones militares. En el mundo moderno, las fuerzas sindicales y políticas, con medios financieros incalculables puestos a disposición de pequeños grupos de ciudadanos, complican el problema. Los funcionarios de los partidos y de los sindicatos pueden ser corrompidos o aterroizados, sin necesidad de acciones militares de gran escala del tipo utilizado por César o en el 18 Brumario.<sup>9</sup>

A diferencia del cesarismo de César, el de Napoleón I y aun el de Napoleón III, en el mundo moderno, el equilibrio de las fuerzas catastróficas, para Gramsci, no se verifica entre fuerzas que en última instancia pudieran fundirse y unificarse, sino entre fuerzas cuyo contraste es insalvable desde el punto de vista histórico, y que se profundiza especialmente con el advenimiento de formas cesaristas. Sin embargo, el cesarismo también tiene, en el mundo moderno, un cierto margen, más o menos amplio, según los países y la fuerza que tengan en la estructura mundial. Una forma social “siempre” tiene posibilidades marginales de desarrollo ulterior y de sistematización organizativa y, especialmente, puede basarse en la relativa debilidad de la fuerza progresista antagónica, por la naturaleza y el modo peculiar de vida de la misma, debilidad que es necesario mantener. Por ello se ha dicho que el cesarismo moderno más que militar es policiaco.<sup>10</sup>

<sup>6</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno* (México: Juan Pablos, 1975), 84.

<sup>7</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 85.

<sup>8</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 88.

<sup>9</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 85-86.

<sup>10</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 87-88.

En ciertos momentos de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Ello significa que éstos, con la forma de organización que tienen, con aquellos que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella. Cuando estas crisis se manifiestan, la situación inmediata se torna delicada y peligrosa, porque el terreno es propicio para las soluciones de fuerza, para la actividad de potencias oscuras representadas por hombres providenciales o carismáticos.<sup>11</sup>

Ahora bien, se pregunta Gramsci, ¿cómo se forman estas situaciones de contraste entre representantes y representados, que desde el terreno de los partidos se transmiten a todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la Iglesia y, en general, de todos los organismos relativamente independientes a las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. El contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que ocurre ya sea porque esta clase fracasó en alguna empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas, o bien, porque vastas masas pasaron de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que, en su caótico conjunto, constituyen una revolución. Se habla de “crisis de autoridad” y esto es justamente la crisis de hegemonía o crisis del Estado en su conjunto.<sup>12</sup>

La crisis, señala, crea situaciones peligrosas inmediatas, porque no todos los diversos estratos de la población poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. Cuando la crisis no encuentra más solución que la de buscarse un jefe carismático, significa que existe un equilibrio estático: que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista tiene fuerza como para vencer, y que el mismo grupo conservador tiene necesidad de un jefe con tal de mantenerse en el poder.<sup>13</sup> Este tipo de fenómenos, continúa, está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen a los partidos políticos: a la capacidad del partido de reaccionar contra el espíritu de rutina, contra la tendencia a momificarse y a devenir anacrónico. Los partidos nacen y se constituyen en organizaciones para dirigir situaciones en momentos históricamente vitales para sus clases, pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas; no siempre saben adecuarse al ritmo de desarrollo del conjunto de las relaciones de fuerza.<sup>14</sup>

Cesarismo, según otros autores, es la organización del poder en toda su plenitud; y el poder personal exige cualidades que no son necesariamente hereditarias en una familia, que no se encuentran siempre en el mismo individuo en todas las épocas de su vida. Si bien al cesarismo le viene su nombre de César, el fenómeno es mucho más antiguo: los griegos lo conocieron desde el siglo VI a.C. y entonces se le denominaba “tiranía”.<sup>15</sup> Esta forma de gobierno parte del principio de que

<sup>11</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 76.

<sup>12</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 76-77.

<sup>13</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 77.

<sup>14</sup> Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, 77.

<sup>15</sup> Paul Guiraud, *La Grande Encyclopédie. Inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts* (París: Lamirault, t. x).

el pueblo, investido de la soberanía política, escoge a un hombre para ejercer el poder en su nombre. La autoridad de este hombre es necesariamente absoluta, puesto que el pueblo ha hecho a su favor un abandono de todos sus derechos pero, a diferencia de la monarquía, no es forzosamente hereditaria.

Es a este modelo al que se ciñó Bonaparte después del 18 Brumario. Debe recordarse que, aunque a su socio en la aventura, Sieyès, le encomendó la tarea de concebir una constitución que reorganizara el sistema político, el proyecto de Sieyès fue reformulado por el propio Bonaparte asignando amplios poderes a la figura del Primer Cónsul, reservándose el puesto para él mismo. La constitución fue aprobada el 13 de diciembre de 1799 y promulgada el 15 de diciembre del mismo año. Napoleón propuso presentarla a la aceptación del pueblo pero, sin más trámite, fue puesta en aplicación. Para fingir que se respetaban las formas y el principio de soberanía nacional pero, sobre todo, para plebiscitar su investidura, Napoleón convocó a una consulta referendaria para el 7 de febrero de 1800. Los resultados no deben sorprender, dado su carácter de “hombre providencial”: de 3 012 559 votantes, 3 011 007 la aceptaron y 1 552 la rechazaron.<sup>16</sup>

Esta misma práctica se siguió para consolidar su poder: el senado consulto, aprobado plebiscitariamente, elevó a Napoleón a la dignidad de cónsul vitalicio, con derecho a designar sucesor, y el senado consulto dos años después a la de emperador, también con la sanción popular.<sup>17</sup> El mismo paradigma adoptó Napoleón III, quien no tuvo la tentación de presentarse como el heredero legítimo de Napoleón I, ni la de hacer valer sus derechos de nacimiento: obtuvo todos sus poderes de la elección y se creyó autorizado a decir que la nación, una vez consultada, había creado la presidencia vitalicia y restablecido el imperio.

El régimen cesarista está fundado en una ficción o, mejor dicho, en una mentira, ya que el pueblo generalmente no tiene los medios para rechazar lo que se le impone por medio de plebiscitos o de referendos. La historia no cita ejemplo alguno de pueblo que, deliberadamente y en uso de la más perfecta libertad, se haya constituido en régimen cesarista. Esto no significa que este tipo de régimen no responda algunas veces a las ideas e intereses de la sociedad: las causas no siempre son fáciles de dilucidar. Desde esta perspectiva se pueden hacer diversas constataciones a este propósito.

En primer término, este sistema político aparece sutilmente en regímenes republicanos donde existen ciertos márgenes de libertad y, para poder nacer, necesita la inconsciente complicidad de una multitud ciega, pero soberana. Ésta es arrastrada en esa dirección por diversos motivos, entre otros, el temor de perder derechos adquiridos le pueden empujar a refugiarse en los brazos de un amo para conservarlos. Así, en 1799, la amenaza de la restauración monárquica explica el éxito de Napoleón y, más recientemente, en 1958, el problema argelino, la desconfianza hacia el Poder Legislativo y los inconvenientes de la inestabilidad ministerial debi-

<sup>16</sup> André Blondel, *Le contrôle juridictionnel de la constitutionnalité des lois. Étude critique comparative: États-Unis-France* (París-Aix en Provence: Recueil Sirey-Paul Roubaud, 1928), 180-183; Adolphe Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire* (París: Librairie Furrer Jouvett, 1883), 39-42.

<sup>17</sup> Maurice Duverger, *Institutions politiques et droit constitutionnel* (París: PUF, 1970), 560-561.

do a la ausencia de mayorías coherentes en la Asamblea Nacional llevaron al poder a Charles de Gaulle. No obstante, la literatura política ha considerado al gaullismo como una forma atenuada de cesarismo.

Un César está condenado a gobernar por él mismo, está obligado a mostrar una gran capacidad política, pues toda la responsabilidad recae únicamente sobre sus espaldas y es quien tiene toda la iniciativa. Generalmente, se coloca por encima de los partidos, dejando que el juego se desarrolle entre las fuerzas políticas sobre los problemas del día a día, pero guardando para sí los asuntos clave de la política nacional. Es decir, deja que de “la intendencia” se ocupen otros y se reserva para sí la Política con mayúscula. A los disturbios callejeros o al desorden de congresos o parlamentos, el cesarismo responde, a menudo, con orden y trabajo fecundo de reformas prácticas. Podemos encontrar ahí también afanes de eficacia y una particular atención hacia los problemas sociales, lo que puede hacer de los regímenes cesaristas buenas administraciones, en ocasiones. El cesarismo es un régimen de transición y, en consecuencia, precario, pues tiene todos los inconvenientes de los sistemas dinástico-hereditarios, pero carece de algunas de sus ventajas. En efecto, un grave problema que tiene que enfrentar es el de la sucesión.

El cesarismo también tiene el sello indeleble de la abdicación moral de la nación y de la decadencia de sus instituciones representativas, lo que entraña la quiebra de la democracia. Los regímenes democráticos, cualesquiera que sean sus diferencias, poseen algunas características fundamentales que comparten: el poder basa su legitimidad en la idea de soberanía popular o de soberanía nacional; sus gobernantes son elegidos por sufragio universal en elecciones relativamente transparentes y libres, es decir, no elecciones plebiscitarias a favor de un candidato único; la estructura de gobierno implica una cierta distinción de poderes, marcada por una separación rígida entre éstos o por una separación flexible con colaboración de los mismos y no en su confusión en beneficio de persona alguna; las prerrogativas de los gobernantes se encuentran limitadas; los gobernados gozan de libertades públicas (de opinión, de prensa, de reunión, de asociación, de opción religiosa) y no se encuentran indefensos, ante la ausencia de garantías que los protejan.

Frente al gobierno democrático representativo, que entraña el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, el cesarismo implica el poder personalizado: hace el reconocimiento de la soberanía del pueblo y del gobierno del pueblo, pero pone en entredicho al gobierno por el pueblo. El cesarismo utiliza a la democracia, confisca la democracia. Reconoce el origen popular del poder: se somete al sufragio directo, organiza el diálogo directo con el pueblo, convoca a consultas, referendos y plebiscitos, pero termina confiando el poder a un individuo. El cesarismo hace a un lado, así, a los representantes elegidos. Apela a las unanimidades, a la victoria aplastante de un juego final. No acepta la idea de que en una democracia no hay mayoría vencedora que gane todo enteramente, porque no se cuente con el apoyo de todos los ciudadanos ni con el consenso. Rechaza el juego democrático que acepta que una victoria nunca es defi-

nitiva, porque siempre habrá mayorías y minorías y éstas tienen las garantías de no ser aplastadas y, en consecuencia, siempre pueden volver al juego y convertirse, a su vez, en mayoría.<sup>18</sup>

Unas palabras más sobre los instrumentos de consulta de que se vale el cesarismo, sobre todo porque es frecuente la confusión entre referéndum y plebiscito. Particularmente es preocupante que, en su momento, ni el candidato en cuestión ni los expertos hicieron una distinción que dista de ser una exquisitez teórica. El plebiscito es una herramienta normalmente utilizada por regímenes cesaristas; es un acto por medio del cual el pueblo deja en manos de un jefe el cuidado de velar por el bien público. El plebiscito no consulta a los ciudadanos sobre la oportunidad de establecer tales o cuales instituciones impersonales, o sobre la bondad de una medida, sino que, implícita o explícitamente, propone un nombre a sufragar. Pide a los ciudadanos, ya sea llevar al poder a un individuo determinado, ya sea mantenerlo o validar una acción ya llevada a cabo por un golpe de Estado o de otra forma. De aquí se deduce que el plebiscito no es otra cosa que una firma en blanco, es decir, una renuncia anticipada, consentida por la ciudadanía del ejercicio de su soberanía. Es, por parte de los gobernados, tanto una confesión de impotencia como un testimonio de confianza al jefe plebiscitado.<sup>19</sup> Es, también, un instrumento que contraría y erosiona al sistema representativo porque elude a sus instituciones, haciendo a un lado a los representantes legítimamente elegidos.

A diferencia del referéndum —que versa exclusivamente sobre la aprobación de un texto o sobre una medida concreta y que, en consecuencia, es una institución típica de la forma democrática de gobierno— el plebiscito ha sido históricamente utilizado por regímenes autoritarios. Piénsese en los ejemplos antes evocados de los dos Bonaparte, en los plebiscitos convocados por Duvalier en Haití o por Pinochet en Chile. Aun con otro signo, el mismo De Gaulle, en 1969, convocó a un supuesto referéndum de consulta sobre una reforma. No obstante, al amenazar con renunciar, posiblemente sumiendo al país en un clima de caos de no ser el referéndum aprobado, el electorado advirtió y rechazó la maniobra que, al pretender recibir una nueva investidura por medio del referéndum, en realidad lo convertía en plebiscito.

Paramio entiende por crisis de representación la inadecuación funcional de los partidos y, como consecuencia, de los gobiernos que éstos forman, respecto a lo que los ciudadanos esperan o demandan. Los ciudadanos no se sienten bien representados por los partidos, ni bien servidos por los gobiernos. Esto se expresa en una creciente desconfianza hacia la élite política, que también se puede interpretar como desconfianza hacia las instituciones o a la propia democracia representativa. Una salida que se puede observar sería la convocatoria a un congreso constituyente, pero aunque dotara de nueva legitimidad a las instituciones, no nece-

<sup>18</sup> Una buena parte de las reflexiones anteriores las rescaté de mis notas de clase y de los ejercicios realizados para la preparación de exámenes en mi paso por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París.

<sup>19</sup> Georges Burdeau, *Traité de science politique* (París: L.G.D.J., 1970), 497-498.

sariamente resolvería el problema de la confianza en los políticos si no se produjera un cambio significativo en los partidos.<sup>20</sup>

Este autor precisa el concepto, al definir la crisis de representación como una crisis de adaptación del sistema de partidos a una nueva realidad económica y social, en una fase donde las reglas del juego han cambiado a consecuencia de las reformas económicas de los años noventa y de la globalización y en la que los políticos no aciertan a responder a las demandas sociales bajo esas nuevas reglas.<sup>21</sup> Si los resultados de su voto son decepcionantes para los electores, en el futuro lo cambiarán o se refugiarán en la abstención. Cuanto mayor sea el número de electores frustrados ante las consecuencias de su voto, menores serán la identificación partidaria y la estabilidad política. Si los partidos preexistentes acumulan una serie de fracasos o no aparecen como alternativas creíbles, el descrédito puede extenderse al sistema de partidos y a los políticos como clase.<sup>22</sup> Paramio distingue el populismo histórico —como el de Vargas o el de Perón— del discurso político populista que puede traducirse en políticas económicas muy diferentes y no necesariamente redistributivas e incluyentes como las de aquél. El populismo, como discurso político, dice Paramio citando a Laclau, se caracteriza por descalificar a una oligarquía —de la que son parte sustancial los políticos de partido— dirigiéndose a los individuos como miembros de un colectivo, el pueblo, víctima de la oligarquía. El populismo es el discurso de un líder que asume la representación del pueblo fuera de los partidos preexistentes y frente a ellos. Se presenta como alguien del pueblo, como el verdadero representante de sus intereses frente a la oligarquía. Es evidente que una crisis de representación como la ya definida es el contexto más favorable para la aparición de líderes populistas. La consolidación de su liderazgo contribuye a profundizar la crisis de los partidos preexistentes, ya que su discurso fomenta su descrédito.<sup>23</sup>

Paramio hace una importante diferenciación entre populismo político y populismo económico. El populismo político —del tipo del de Fujimori o del de Menem— acarreó el desmantelamiento o perversión de instituciones democráticas, particularmente de las destinadas a balancear o controlar al Ejecutivo. La ausencia de controles trajo aparejadas fuertes irregularidades en la gestión y una corrupción casi generalizada. El autor señala que esta circunstancia de vaciamiento institucional y de las arcas se vio favorecida por una situación objetiva y por las ideas dominantes del momento: la crisis hiperinflacionaria provocó la necesidad apremiante de un liderazgo salvador, lo que O'Donnell denominó “democracia delegativa”. En los noventa hubo un populismo para desarrollar políticas neoliberales, al final de la década se produjo en América Latina un populismo en sentido inverso: populismo redistribuidor.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Ludolfo Paramio, “La izquierda y el populismo”, *Nexos* 339 (marzo de 2006):19-20. Me pareció útil acudir a este excelente ensayo pues, como se puede ver, los conceptos de populismo y cesarismo se complementan y enlazan.

<sup>21</sup> Paramio, “La izquierda y el populismo”, 20.

<sup>22</sup> Paramio, “La izquierda y el populismo”, 20.

<sup>23</sup> Paramio, “La izquierda y el populismo”, 21.

<sup>24</sup> Paramio, “La izquierda y el populismo”, 23.

El riesgo del ascenso del populismo, según Paramio, va más ligado al descrédito de las élites políticas y a la debilidad del sistema de partidos que a la gravedad de la situación social o a la influencia de actores exteriores. Por ello, puede ser bueno insistir que el fenómeno populista es político y que lo que puede estar cambiando son las expectativas sociales que ya difícilmente dejan lugar para el populismo neoliberal. Si aparece el populismo en América Latina en los próximos años será redistribuidor.<sup>25</sup> También advierte que el mayor peligro no es que se produzca una oleada de populismo macroeconómico como respuesta a las demandas y frustraciones de los electores, sino que la crisis de representación a la que ha conducido la insatisfacción de éstos lleve a un auge de liderazgos populistas que, presionados por las demandas de los electores, ahora sí podrían derivar hacia una gestión populista de la economía, con consecuencias fatales a mediano plazo.<sup>26</sup>

Paramio concluye que el populismo, incluso si se somete a las reglas del juego de la democracia, no es un proyecto democrático. Divide a la sociedad por medio de la distinción maniquea entre sectores populares y oligárquicos, basa su discurso en la confrontación y no pretende crear ciudadanos sino seguidores.<sup>27</sup> Lo que explica el auge actual de los planteamientos populistas no es su fácil atractivo sino, como se ha venido argumentando, el descrédito del sistema de partidos en general y de los partidos que podrían representar un proyecto de izquierda democrática. La dinámica política del populismo, por otra parte, puede derivar fácilmente en políticas económicas, poco o nada responsables, ya que su prioridad es la redistribución clientelar y no la inversión, ni la transformación de la sociedad.<sup>28</sup>

Hasta aquí dejo estas reflexiones que, como dije al inicio, las redacté hace más de 12 años al calor de esa contienda presidencial. El entonces candidato que las suscitó es ya presidente constitucional de nuestro país, después de un incuestionable triunfo electoral, pero pienso que la actualidad y utilidad para un debate de esas ideas son tan vigentes como entonces. **Ω**

<sup>25</sup> Paramio, "La izquierda y el populismo", 24.

<sup>26</sup> Paramio, "La izquierda y el populismo", 25.

<sup>27</sup> Paramio, "La izquierda y el populismo", 27.

<sup>28</sup> Paramio, "La izquierda y el populismo", 27.

# 1939: la caída de la Segunda República española y su impacto sobre el proyecto cardenista en México

Abdiel Oñate

**H**ay años en los que suceden acontecimientos con implicaciones insospechadas en lugares separados por grandes distancias. 1939 es uno de esos años. El 1 de abril de 1939, en España, el gobierno de la Segunda República caía derrocado por una insurrección fascista encabezada por el general Francisco Franco. En septiembre, los ejércitos del Reich alemán invadían Polonia y precipitaban a Europa en la segunda Guerra Mundial. Estos acontecimientos auguraron el final de la Sociedad de Naciones, el organismo internacional creado en 1919 para evitar otra guerra europea.<sup>1</sup> Al mismo tiempo, al otro lado del mundo, en México, la sociedad también se veía convulsionada por estos mismos eventos y por la lucha que internamente llevaban a cabo grupos radicales de derecha inspirados por las victorias fascistas en España, contra el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) y su programa socialdemócrata para México.

La evidencia sugiere que durante el decenio de los treinta se multiplicaron los grupos de extrema derecha en México y que sus actividades provocaron un cambio significativo en el programa de gobierno del presidente Cárdenas poniéndolo a la defensiva y forzándolo a moderar las medidas de corte socialista de su política interna. Los programas de beneficio social, de infraestructura y de desarrollo económico resultaron muy caros y para finales de 1938 el Presidente empezó a abandonar su experimento con la educación socialista. En forma similar, el impulso a la reforma agraria decreció significativamente y se redujo a áreas donde era necesario apaciguar a grupos campesinos o a momentos en que el gobierno necesitaba apoyo político. Al mismo tiempo, Cárdenas empezó a controlar con más energía a los sindicatos cuyos activistas y movimientos de huelga creaban un clima de temor e incertidumbre.<sup>2</sup> En

<sup>1</sup> Existe una copiosa literatura sobre la Guerra Civil española, de las novelas y memorias de Ernest Hemingway y de los trabajos de investigadores como Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939* (Princeton: Princeton University Press, 1972); o Hugh Thomas, *The Spanish Civil War* (Middlesex: Penguin Books, 1986). Respecto a la Sociedad de Naciones se puede consultar a Paul David, *L'esprit de Genève: Histoire de la Société des Nations* (Ginebra: Éditions Slatkine, 1998); F. Walters, *Historia de la Sociedad de Naciones* (Madrid: Tecnos 1971); A. Zimmern, *The League of Nations and the Rule of Law, 1918-1935* (Londres: MacMillan, 1945). La Sociedad de Naciones fue establecida en 1919 como resultado de la Conferencia de Paz en París de 1919 a 1920.

<sup>2</sup> Sobre la política cardenista véase Fernando Alanís Encino, *El gobierno del general Lázaro Cárdenas, 1934-1940* (Mexico: El Colegio de San Luis, 2000); Stephen R. Niblo, *Lázaro Cárdenas*.

política exterior, sin embargo, Cárdenas continuó su apoyo a la Segunda República española acogiendo en México al gobierno republicano en el exilio y dando asilo y amparo a miles de refugiados españoles.<sup>3</sup>

El propósito de este trabajo es examinar el impacto que tuvieron en México tres hechos que sucedieron en 1939: 1] la derrota del gobierno republicano español en abril; 2] el fin de la Sociedad de Naciones como consecuencia de la invasión alemana de Polonia en septiembre (la última reunión de la Asamblea en Ginebra tuvo lugar en diciembre de 1939), y 3] durante todo 1939, un giro a la derecha en la implementación del programa socialdemócrata de la Revolución mexicana del presidente Lázaro Cárdenas.

No hay duda de que pocos acontecimientos europeos han provocado una reacción tan emotiva como la que provocó la Guerra Civil española en América Latina, especialmente en México donde la respuesta fue muy notable y compleja. En este país surgió el sentimiento de que España estaba experimentando procesos sociales en muchos sentidos similares a los desatados en México por la Revolución de 1910, y un gran número de mexicanos veía en esos sucesos una batalla entre dos versiones de España, la democrática y republicana contra la vieja España conservadora, monárquica y clerical. Tanto la prensa nacional como la internacional reflejaban la imagen que la sociedad mexicana tenía de la guerra española como una confrontación global entre la democracia, el fascismo, el comunismo y el cristianismo.<sup>4</sup>

México contrastaba con las dictaduras militares de otros países latinoamericanos porque había elegido en 1934 un gobierno con un proyecto de democracia social, cuyos dirigentes asumieron el poder sostenidos por una amplia alianza de clases compuesta por sectores de la burguesía mexicana, organizaciones obreras y campesinas y el ejército. Así, a medida que Cárdenas movía la Revolución mexicana a la izquierda nacían las instituciones que habrían de sostener el sistema político mexicano durante los siguientes 50 años: el Partido de la Revolución Mexicana (PRM, antecesor del PRI actual) y sus tres sectores, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP).<sup>5</sup>

---

*Dos pasos adelante, un paso atrás* (Mexico: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2000); Alan Knight, "Cardenismo: Juggernaut or jalopy?," *Journal of Latin American Studies*, vol. 26 (1 de febrero de 1994), 73-107; Fernando Benitez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana: el cardenismo* (Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1978); Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo* (México, Ediciones Era, 1974); Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas* (Mexico: Siglo XXI Editores, 1973).

<sup>3</sup> Isidro Fabela, *La política internacional del presidente Cárdenas* (Mexico: Editorial Jus, 1975); sobre los asilados españoles véase José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española* (México: El Colegio de México-UNAM, 2000).

<sup>4</sup> Mario Ojeda Revah, *México y la Guerra Civil española* (Madrid: Turner Publicaciones, 2005), 245.

<sup>5</sup> Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana* (México: Editorial Era, 1973); Marjorie Becker, *Setting the Virgin on Fire: Lázaro Cárdenas, Michoacán Peasants, and the Redemption of the Mexican Revolution* (Berkeley: University of California Press, 1995).

En 1939, al ocaso de la presidencia de Lázaro Cárdenas, el futuro del proyecto revolucionario mexicano era aún incierto. Aunque las reformas laboral y agraria cardenistas, así como la organización de la bases sociales del cardenismo en el PRM, habían permitido avances importantes en varios frentes, grupos opositores conservadores con diferentes programas, estimulados por los sucesos en Europa usaron el conflicto español para avanzar sus propios intereses. El ambiente político en México en 1939, en particular los violentos enfrentamientos entre círculos obreros y grupos paramilitares de derecha, se asemejaba a lo que había ocurrido en España en los meses que precedieron a la asonada franquista de 1936.<sup>6</sup> Con el advenimiento de la Segunda República en 1931, la visión que los mexicanos tenían de España desde la Guerra de Independencia, empezó a mejorar. La República ofrecía en 1939 la imagen de una España enfrascada en una batalla por los mismos ideales por los que el pueblo de México había luchado en su Revolución de 1910; ambos proyectos pugnaban por una república democrática laica y combatían contra una oligarquía terrateniente reaccionaria, una clase media conservadora y un ambiente internacional hostil. Desde el momento de la sublevación nacionalista el 16 de abril de 1936 contra la Segunda República española, las organizaciones asociadas al PRM en México vieron con alarma el conflicto español temerosas de que éste pudiera extenderse a México. Para la clase política mexicana la suerte de ambos proyectos, el de la Revolución mexicana y el de la Segunda República española, estaba ligada pues compartían objetivos políticos similares y enfrentaban enemigos comunes.

En el ámbito internacional, los representantes de ambos países se encontraban aislados diplomáticamente, tanto en la Sociedad de Naciones como en las principales capitales europeas. Debido al apoyo soviético al gobierno republicano español y la cercanía ideológica de este último con el gobierno de Cárdenas, las grandes potencias (Francia y Reino Unido) veían a México como parte de un “triángulo rojo” formado por Madrid, Moscú y la ciudad de México que tenía que ser neutralizado. Al mismo tiempo, el gobierno de Cárdenas intentaba hacer de la Sociedad de Naciones el foro que le permitiera explicar a la comunidad internacional el programa político de la Revolución mexicana, sus reformas internas (agraria, laboral, educativa y las relaciones con las compañías extranjeras), y con ello integrar a México otra vez en las corrientes comerciales y financieras internacionales de las que había estado ausente desde 1914. Por este motivo, la política exterior mexicana en Ginebra, Suiza, sede de la Sociedad de Naciones, adquirió una importancia crucial para la supervivencia de las reformas cardenistas internas. Al defender al gobierno legítimo de España en las capitales europeas, México defendía su propio proyecto revolucionario.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Los periódicos de la ciudad de México como el *El Universal*, *Excelsior* y *El Nacional* así como el diario londinense *The Times*, o *The Examiner* en San Francisco, a partir de 1936 empezaron a publicar frecuentemente artículos sobre la reacción mexicana ante la guerra española que ilustran este estado de ánimo.

<sup>7</sup> Abdiel Oñate, “Nonintervention through intervention. Mexican diplomacy in the League of Nations during the Spanish Civil War”, en Alan McPherson y Yannick Wehrli, *Beyond Geopolitics. New Histories of Latin America at the League of Nations* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2015), 63-79.

Esta coincidencia en los objetivos de los proyectos políticos de ambos gobiernos, el republicano español y el cardenista en México, explica en gran medida por qué el de México fue el gobierno latinoamericano que más activamente proporcionó ayuda militar y económica a la Segunda República española y, es importante señalar, que fue el único que desarrolló toda una estrategia diplomática para defender al gobierno republicano español en la Sociedad de Naciones hasta el final, tanto de la república española como de la Sociedad de Naciones. Esta ofensiva diplomática mexicana en Ginebra constituyó un acto especialmente significativo no sólo porque México era un país relativamente subdesarrollado, con recursos e influencia política limitados, sino porque fue precisamente en México donde se dio el principal desafío al concepto de “hispanidad”, el planteamiento filosófico del franquismo que colocaba a España como eje cultural y político de una comunidad de naciones unidas por la cultura, la lengua y las tradiciones españolas, todo sustentado en la monarquía española y la Iglesia católica.

En contraste, el reto filosófico mexicano se articuló en dos versiones. La primera y más antigua fue el indigenismo, que es una exaltación del lado indígena de América Latina; uno de sus principales exponentes en México fue Manuel Gamio, un intelectual revolucionario que participó en la redacción de la Constitución de 1917 que garantizaba la propiedad comunal y protegía la cultura indígena. La otra versión, centrada en la mezcla racial, provino, entre otros, de José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional y secretario de Educación de 1920 a 1924. Vasconcelos publicó en 1925 un libro titulado *La raza cósmica* en el que argumentaba que el mestizaje, la cultura híbrida de lo español y lo indígena, era la esencia de México.<sup>8</sup>

La rebelión franquista de 1936 fue vista por mucha gente en México como un asalto a un gobierno legítimo y un resurgimiento de la tradición beligerante y autoritaria de la España conservadora. Como resultado de los eventos en España, las clases educadas en México se vieron enfrascadas en un debate nacional sobre el lugar que el hispanismo ocuparía en la nueva identidad mestiza e indígena del México posrevolucionario.<sup>9</sup> Aunque buena parte de la población en México apoyaba el panamericanismo cardenista, amplios sectores preferían a Franco y la ideología del hispanismo que el caudillo representaba. Aparte del presidente Cárdenas, la burocracia del gobierno, el PRM y el Partido Comunista Mexicano (PCM), la Segunda República española tuvo relativamente pocos partidarios en México y aún menos en América del Sur. Las clases medias y altas mexicanas fueron seducidas por el discurso franquista de hispanidad, al grado de que algunos de sus integrantes después simpatizaron con la Alemania nazi.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Manuel Gamio, *Arqueología e indigenismo* (México: Instituto Nacional Indigenista, 1986); José Vasconcelos, *La raza cósmica* (México, 1925); Enrique Krauze, *Redeemers: Ideas and Power in Latin America* (Nueva York: Harper Collins, 2011), 84.

<sup>9</sup> John W. Sherman, *The Mexican Right: The End of Revolutionary Reform* (Westport: Praeger, 1977).

<sup>10</sup> Brígida von Mentz, Verena Radkau, Daniela Spenser y Ricardo Pérez Monfort, *Los empresarios alemanes, el III Reich y la oposición de derecha a Cárdenas* (México: Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social–Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988).

La colonia española en la ciudad de México, la mayor del país, estaba tan polarizada como en España. Económicamente era muy importante en Puebla, Veracruz o Monterrey y constituía un elemento significativo del desarrollo industrial, comercial, financiero y educativo del país. Los españoles tenían negocios e inversiones en México solamente superados por inversiones de ciudadanos de Estados Unidos, Reino Unido y Francia.<sup>11</sup> Organizaciones de residentes españoles con diferentes propósitos y orientaciones políticas brotaron en muchos lugares de la República mexicana como el Centro Asturiano, el Círculo Vasco y el Orfeo Catalá en la ciudad de México, o el Parque España y el Centro Gallego en Puebla. Entre ellas había algunas con clara orientación fascista como la Asociación Española Anticomunista y Antijudía.

Examinemos mas de cerca algunos de los desafíos más peligrosos que este resurgimiento de la derecha mexicana presentó al proyecto cardenista, especialmente a su política diplomática en la Sociedad de Naciones en defensa del gobierno republicano español.

### **Los Camisas Doradas**

La llegada de Cárdenas a la presidencia de México en 1934 revitalizó los ideales originales de la Constitución de 1917 los cuales, según sus seguidores, habían sido abandonados. Este esfuerzo llevó a la formación de amplias alianzas de clase, estrategia que coincidía con las propuestas del Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, reunido en Moscú en 1935 de formar frentes populares para combatir el fascismo. En México, estas propuestas fueron defendidas por importantes miembros del gabinete cardenista como Vicente Lombardo Toledano, secretario del Trabajo, y Narciso Bassols, secretario de Educación. Esta influencia marxista en la política del gobierno mexicano alarmó a la derecha conservadora y les llevó a formar un gran número de organizaciones paramilitares fascistas como la Liga Anti-China y la Liga Anti-Judía, la Unión Nacionalista Mexicana, la Confederación de la Clase Media, la Unión Nacional de Veteranos de la Revolución y los llamados Camisas Doradas.<sup>12</sup>

El nombre oficial de los Camisas Doradas era Acción Revolucionaria Mexicana, una organización paramilitar fascista inspirada en los Camisas Pardas alemanes y los Camisas Negras de Benito Mussolini en Italia y, como sus similares europeas, era anticomunista y antisemita. Fue fundada por un general revolucionario mexicano llamado Nicolás Rodríguez Carrasco en 1933 en la ciudad de México. Para 1935, a medida que los sindicatos y la política cardenista se radicalizaban, el número de sus miembros se incrementó considerablemente. Además, sus ataques a los sindicatos y a negocios judíos en México atrajeron financiamiento no sólo de

<sup>11</sup> Cleona Lewis y Karl T. Schlotterbeck, *America's Stake in International Investments* (Washington: The Brookings Institution, 1938), 27.

<sup>12</sup> Archie Brown, *The Rise and Fall of Communism* (Nueva York: ECCO–Harper Collins Publishers, 2011), 88-89; Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México* (México: Sepsetentas, núm. 276, 1976), 184-187.

empresarios y sectores conservadores mexicanos, sino también de agentes alemanes vinculados a la sede diplomática de su país en México.<sup>13</sup>

Ante este desafío, el 26 de julio de 1936, las principales organizaciones de izquierda en México, en coordinación con sus contrapartes en España, establecieron el Frente Popular Mexicano en una alianza que incluía a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) española; Acción Republicana: el partido del presidente español Manuel Azaña; el Partido Socialista Obrero Español (PSOE); el Partido Comunista de España (PCE); la Confederación de Trabajadores de México (CTM), y el PCM. La creación de este frente popular en México fue una de las respuestas de las organizaciones de izquierda al desafío conservador; fue, sin embargo, una respuesta preocupante porque al mismo tiempo justificaba formar grupos armados de defensa sindical, lo cual aumentaba las probabilidades de enfrentamientos violentos. En el acto oficial de fundación celebrado esa noche en el Teatro Principal de la ciudad de México, Lombardo Toledano, secretario general de la CTM, y Gordón Ordás, embajador de la República española en México, junto a otros dirigentes sindicales respaldaron la decisión de la CTM de crear estas milicias obreras, para defender el proyecto cardenista. Las organizaciones de izquierda reaccionaban ante lo que percibían como una posibilidad real de enfrentamientos entre radicales de derecha e izquierda, que recordaban los acontecimientos de la Península Ibérica.<sup>14</sup>

Otra respuesta provino de las actividades de un grupo de extrema izquierda con vocación estalinista, conocido como los Camisas Rojas que empeoró la situación. Esta organización política había sido creada por Tomás Garrido Canabal, el gobernador de Tabasco, durante su segundo periodo, 1931-1934, para responder a la violencia desatada por grupos de extrema derecha contra sus seguidores en esa entidad. Sus miembros atacaban curas y creyentes católicos e iban uniformados con camisas rojas. La existencia y acciones de estos grupos ilustran el desasosiego del momento.<sup>15</sup>

### **La Falange Española en México**

En abril de 1937 se fusionan en España la Falange Española (la formación cuasi-fascista fundada y dirigida por Antonio Primo de Rivera entre 1933 y 1936), la organización carlista Comunión Tradicionalista y el grupo Acción Española para formar el único partido autorizado en España: la Falange Española Tradicionalista de las JONS, siglas de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, otro pequeño partido fascista centrado en Valladolid que se había unido a la Falange a principios de 1934.<sup>16</sup>

En México, grupos conservadores españoles y mexicanos crearon en 1936 la sección mexicana de la Falange Española, que operó hasta que Cárdenas la decla-

<sup>13</sup> Alicia Gojman, *Camisas, escudos y desfiles militares. Los dorados y el antisemitismo en México (1934-1940)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000).

<sup>14</sup> *El Universal*, 30 de julio de 1936; *El Nacional*, 3 de agosto de 1936; *Excelsior*, 10 de agosto de 1936.

<sup>15</sup> Charles Bennett, *Tinder in Tabasco: A Study of Church Growth in Tropical Mexico* (Grand Rapids: Eerdmans, 1968), 27.

<sup>16</sup> Jackson, *The Spanish Republic and ...*, ix, x.

ró ilegal y expulsó a sus dirigentes al día siguiente de la caída del gobierno republicano español, el 1 de abril de 1939. Como era de esperarse, la derecha conservadora en México acogió la noticia de la caída de la Segunda República española con beneplácito. Gran celebración en el Casino Español de la ciudad de México el 2 de abril, con asistencia de la plana mayor de las organizaciones conservadoras cercanas al franquismo, incluidos representantes falangistas españoles y agentes italianos y alemanes.<sup>17</sup>

Ese mismo día el gobierno mexicano, en el boletín informativo de la Secretaría de Gobernación, negaba personalidad legal para operar en México a la sección mexicana de la Falange Española, y advertía a los extranjeros en México que se abstuvieran de participar en actividades políticas subversivas. Al mismo tiempo, oficiales de la misma Secretaría detuvieron a los principales agentes españoles, los llevaron a Veracruz y los embarcaron rumbo a Estados Unidos. Entre ellos iban el inspector visitante de la Falange y el director regional de la Falange en México. Con esto se puso fin a las actividades falangistas en México.<sup>18</sup>

### **La Unión Nacional Sinarquista**

Cada derrota republicana en España alentaba a los grupos conservadores que conspiraban en México contra el gobierno cardenista a actuar con mayor energía. Esperaban desestabilizar el país y provocar un cambio en la política exterior mexicana que llevara, por lo menos, al reconocimiento diplomático del gobierno nacionalista de Francisco Franco en Burgos. Varios de los grupos conservadores que habían combatido contra los gobiernos de la Revolución mexicana, en la Guerra de los Cristeros entre 1926 y 1928, y que entonces fueron derrotados militarmente, para 1939, fortalecidos por los sucesos en España, habían reaparecido en una serie de organizaciones con un peso político considerable. Entre ellas estaba la Unión Nacional Sinarquista (UNS), un movimiento político y social fundado el 23 de mayo de 1937 en la ciudad de León, Guanajuato, por un grupo de hacendados y empresarios conservadores interesados en evitar las reformas cardenistas, defender la fe católica y las tradiciones españolas. La organización definía su ideología como nacionalista, democrática, popular y social comunitaria.<sup>19</sup>

Debido a que el sinarquismo defendía valores similares a los del hispanismo franquista, no sorprende que apoyara al bando nacionalista y que se hubiera convertido en uno de los focos de oposición más significativos al presidente Cárdenas. Para los sinarquistas, la esencia de México era española, y rechazaban el indigenismo argumentando que el pasado indígena era un obstáculo al desarrollo. La UNS era una combinación de dirigentes conservadores, procedentes de las clases medias, y una amplia base campesina influida por el clero católico. Los sinarquistas adoptaron un modelo de organización jerárquico y, como la Falange, tenían una visión

<sup>17</sup> *Excélsior*, 6 de febrero y 5 de abril de 1939; *El Universal*, 3 de abril de 1939; *El Nacional*, 2 y 3 de abril de 1939.

<sup>18</sup> *Excélsior*, 5 de abril de 1939.

<sup>19</sup> Jean Meyer, *El sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia: 1937-1947* (México: Tusquets, 2003), 16.

romántica del pasado tradicional. En opinión del politólogo Ojeda Revah, los sinarquistas mexicanos, como sus antecesores cristeros, se parecían a los carlistas españoles.<sup>20</sup>

Según Jean Meyer, tanto los agentes de la España nacionalista como los de la Alemania nazi vieron en el movimiento sinarquista mexicano la posibilidad de neutralizar el apoyo cardenista al gobierno de la República española y, al mismo tiempo, desestabilizar el flanco sur de Estados Unidos en los meses anteriores a la segunda Guerra Mundial. El Departamento de Estado estadounidense reconoció esta posibilidad y presionó al gobierno mexicano para que reprimiera las actividades sinarquistas; la respuesta llegó dos años después, ya en plena guerra, cuando en septiembre de 1941 Manuel Ávila Camacho, sucesor de Cárdenas en la presidencia de México, declaró ilegal el sinarquismo. Con esta acción decisiva, Ávila Camacho impidió mayores avances en México a las agrupaciones de derecha; el daño al proyecto socialdemócrata de Cárdenas, sin embargo, ya estaba hecho.<sup>21</sup>

### **La rebelión cedillista de 1938**

El 27 de mayo de 1938 un gran terrateniente de San Luis Potosí, el general Saturnino Cedillo, se rebeló contra el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, apoyado y financiado, según las fuentes disponibles, por otros terratenientes y grupos empresariales de derecha, por las compañías petroleras extranjeras, así como por la Iglesia católica. Este hecho recrudeció los temores de la clase política mexicana de que los sucesos españoles pudieran repetirse en México. Cedillo era un personaje prototípico del caudillismo mexicano. Durante el decenio de los veinte, especialmente bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles, Cedillo construyó un feudo personal en su estado natal acaparando haciendas, ranchos y otros negocios tal como hiciera el protagonista principal de la novela de Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz* (1962), miembro de la nueva “familia revolucionaria”, que se enriquece corrompiendo las políticas gubernamentales, especialmente la distribución de tierras.<sup>22</sup>

Después de que Cárdenas expulsara al ex presidente Calles a Estados Unidos en la primavera de 1936, Cedillo se convirtió en el principal defensor de la derecha mexicana y reforzó sus relaciones con los grupos conservadores más activos. Durante los primeros meses de 1938, los diarios mexicanos pusieron en evidencia las estrechas relaciones que Cedillo había establecido con representantes en México de la España nacionalista y de la Alemania nazi. Todo parece indicar que las autoridades alemanas veían en Cedillo la mejor posibilidad de derrotar a los comunistas mexicanos tal como lo estaba haciendo Franco en España. Para entonces, el gobierno estadounidense, preocupado por la posibilidad de que Alemania pudiera contar con un gobierno aliado en su frontera sur, tomó cartas en el asunto. Ante

<sup>20</sup> Ojeda Revah, *México y la...*, 234; H. Campbell, *La derecha radical...*, 43-44.

<sup>21</sup> Meyer, *El Sinarquismo...*, 23.

<sup>22</sup> Carlos Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990).

la creciente evidencia de que Alemania había suministrado armas al grupo cedi-llista, ejemplificada por un artículo en *The New York Times* publicado el 30 de enero de 1938, el presidente Franklin D. Roosevelt afirmó que su gobierno apoyaría al gobierno mexicano legítimamente establecido.<sup>23</sup>

En 1938 ocurrieron en México otros dos acontecimientos que deben ser tomados en cuenta: el 18 de marzo, la nacionalización de las empresas petroleras extranjeras que operaban en México y, unos días después, la transformación del Partido Nacional Revolucionario (PNR, fundado por Calles en 1929) en el nuevo Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Éste fue un movimiento estratégico del gobierno cardenista para defender el proyecto de la Revolución mexicana contra la embes-tida de la derecha conservadora, mediante la organización de los grupos que apoya-ban el cardenismo en cuatro sectores: obrero, campesino, popular y militar. Tanto Arnaldo Córdova como Tzvi Medin, dos de los autores más importantes sobre el cardenismo, presentan este cambio como el resultado de una alianza entre la CTM, la CNC, el Partido Comunista y el PNR para sumarse a la estrategia de los frente popu-lares de Francia y de España.<sup>24</sup>

### El Partido Acción Nacional (PAN)

El PAN fue otro de los actores políticos que con más efectividad influyeron en el rumbo de los acontecimientos en México para debilitar al gobierno cardenista y cambiar su política exterior de apoyo diplomático al gobierno republicano espa-ñol en Ginebra. Este partido, fundado en 1939 en preparación para las elecciones presidenciales de 1940 por grupos empresariales católicos, se convirtió desde entonces en la principal oposición conservadora en México. La implementación de las políticas cardenistas en México y el curso de la Guerra Civil en España gal-vanizaron la acción de un poderoso grupo de empresarios mexicanos conserva-dores, encabezado por el banquero Manuel Gómez Morín, quienes el 16 de sep-tiembre de 1939 fundan el PAN. Gómez Morín había sido director del Banco de México y rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; su discurso y su nuevo partido representaban la visión de que México y España eran dos bastiones de la civilización cristiana y de la hispanidad, que resistían el asalto del comunis-mo ateo.<sup>25</sup>

Cuando a principios de 1939 se acercaba el fin de la República en España, Narciso Bassols, embajador de México en Francia, recibió instrucciones del presi-dente Cárdenas para que organizara el transporte y los trámites de asilo en Méxi-

<sup>23</sup> *The New York Times*, 30 de enero de 1938; A. Piñón, “El general oculto, Saturnino Cedillo, un hombre de claroscuros”, *Excélsior*, 15 de agosto de 2010. Sobre la posición estadounidense respecto a la Guerra Civil española véase Allen Guttman, *American Neutrality in the Spanish Civil War* (Boston: Heath, 1963); Foster Jay Taylor, *The United States and the Spanish Civil War* (Nueva York: Octa-gon, 1971).

<sup>24</sup> Córdova, *La política de masas...*, 123-125; Medin, *Ideología y praxis...*, 122.

<sup>25</sup> Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional, la larga marcha 1939-1994: oposición la leal y partido de protesta* (México: Fondo de Cultura Económica, 1999), 24-25, 61; Donald J. Mabry, *Mex-ico's Acción Nacional: A Catholic Alternative to Revolution* (Syracuse: Syracuse University Press, 1973), 37.

co, para todos los refugiados españoles que así lo desearan.<sup>26</sup> Cuando la noticia llegó a México, la respuesta de la derecha no se hizo esperar. En los dos meses anteriores a la derrota republicana en abril de 1939, los dos periódicos de mayor circulación en México, *Excélsior* y *El Universal*, ambos de derecha, advertían abiertamente del peligro que representaba para México la llegada de cientos de comunistas derrotados en España.<sup>27</sup> Al mismo tiempo, el PAN, los sinarquistas, los Camisas Doradas, la Unión Nacional de Veteranos de la Revolución, la Confederación de la Clase Media, el clero católico mexicano y una decena más de organizaciones de derecha, alentadas por las victorias militares franquistas, incrementaron sus “acciones directas”.

En España, la toma de Barcelona por las fuerzas nacionalistas, el 26 de enero de 1939, anticipó el colapso total de la Segunda República dos meses después. La ocupación de Tarragona, el 4 de febrero, desató una salida masiva de la población hacia Francia que incluyó al presidente Manuel Azaña y la mayor parte de su gabinete. El gobierno republicano español se reencontró en Toulouse el 9 de febrero, cuando llegaron el primer ministro Juan Negrín y Julio Álvarez del Vayo, ministro de Relaciones Exteriores procedentes de Figueres, donde se habían reunido las Cortes Republicanas por última vez en territorio catalán.<sup>28</sup>

Para colmo, el 27 de febrero, Francia y Reino Unido otorgaron su reconocimiento diplomático al régimen franquista de Burgos, con lo cual aseguraron la derrota republicana. Al día siguiente, en medio de profundas divisiones y recriminaciones dentro del grupo republicano, Manuel Azaña renuncia como presidente de la Segunda República. El 28 de marzo los nacionalistas capturan Madrid, y el 1 de abril cae la Segunda República española. En México, el 17 de abril el gobierno cardenista suspende todos sus contactos con el ilegítimo nuevo gobierno de España y abre las puertas a los refugiados españoles. Todo lo cual dio lugar a una serie de eventos en 1939.<sup>29</sup>

En respuesta a tales acontecimientos, Cárdenas empieza a moderar sus políticas más controvertidas para poder consolidar los avances políticos y socioeconómicos logrados hasta ese momento (las reformas agraria y laboral y la nacionalización del petróleo). Como parte de este giro a la derecha, en la elección presidencial de 1940 Cárdenas tuvo que elegir entre dos candidatos que competían por la nominación de su partido, el PRM: Francisco J. Múgica, el candidato del ala izquierda, o Manuel Ávila Camacho, el candidato del grupo conservador del

<sup>26</sup> El 28 de febrero de 1939, Isidro Fabela, representante diplomático mexicano en la Sociedad de Naciones, escribió al presidente Cárdenas para informarle de la terrible situación de los refugiados españoles en Francia, y de las negociaciones para trasladar a miles de ellos a México desde campos de concentración en Francia. Isidro Fabela, *Cartas al presidente Cárdenas* (México: Offset Altamira, 1947), 126-127.

<sup>27</sup> *Excélsior*, 1 de febrero de 1939 y 3 de junio de 1939.

<sup>28</sup> Jackson, *The Spanish Republic...*, 509.

<sup>29</sup> Thomas, *The Spanish Civil War*, 860, 874, 894-895. Indalecio Prieto y Juan Negrín crearon organizaciones separadas para controlar los recursos financieros del gobierno republicano, incluida una parte de las reservas metálicas del Banco de España, y llevaron su disputa por la legitimidad política al gobierno en el exilio en México.

mismo partido, y escogió a este último. Múgica era uno de los colaboradores más cercanos ideológicamente a Cárdenas pero era, al mismo tiempo, una figura que polarizaba su entorno y cuya candidatura resultaba difícil de aceptar por Estados Unidos. En contraste, Ávila Camacho era el candidato de la conciliación, el creyente cristiano que finalmente recibió el apoyo del PRM, lo cual aseguró su victoria en las elecciones presidenciales de 1940. Claramente, la victoria franquista en España y el impacto que tuvo sobre la política mexicana influyeron en la decisión de Cárdenas de inclinarse por Ávila Camacho, y con ello contribuyó a cambiar el rumbo del país.<sup>30</sup>

### Conclusión

Los acontecimientos ocurridos en 1939 abrieron el camino para una restauración oligárquica después de un breve interludio de democracia social tanto en España, durante la Segunda República, como en México en el gobierno de Cárdenas. Con el giro de la política cardenista hacia la derecha en 1939 se confirmó que de allí en adelante para gobernar en México había que hacer acuerdos con la derecha conservadora mexicana, y que Washington tendría una influencia significativa en la política mexicana. La oposición a las reformas cardenistas y a su política exterior se concretó en grupos que, aunque no formalmente conectados, coincidían en su objetivo general de una restauración conservadora. Tenían fuentes de financiamiento comunes (la gran burguesía, el clero católico, las compañías extranjeras) y contaban con el apoyo de amplios sectores de las clases medias. En aras de la unidad nacional, desde 1939, el gobierno cardenista empezó a moderar las políticas socialdemócratas que inicialmente había defendido. En contraste, durante la campaña presidencial de 1940, Ávila Camacho ofreció un programa de centro derecha, de reconciliación entre el capital y el trabajo, y de respeto al sector privado y a la libertad religiosa.<sup>31</sup>

En las elecciones presidenciales celebradas en México el 7 de julio de 1940 el grupo cardenista apoyó a Ávila Camacho porque entendió que para preservar los avances de la Revolución mexicana era necesario integrar a sus opositores en el nuevo sistema político, en vez de excluirlos. Continuar con las reformas radicales podría haber desembocado en una guerra civil como la española, y en una derrota total del proyecto político de la Revolución mexicana como le ocurrió al de la República española. Este acercamiento a las fuerzas opositoras al cardenismo se llevó a cabo mediante negociaciones con las dos organizaciones de la derecha que se habían convertido en los principales interlocutores del gobierno —el PAN y la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex)—, la “leal oposición”. La Coparmex se había fundado en la ciudad de México el 26 de septiembre de 1929 bajo la dirección de Luis Garza Sada, líder del grupo industrial Monterrey, en el estado de Nuevo León. Este sindicato empresarial se fundó como respuesta

<sup>30</sup> Michael Meyer, William Sherman y Susan M. Deeds, *The Course of Mexican History* (Nueva York: Oxford University Press, 2007), 533-535.

<sup>31</sup> Medin, *Ideología y praxis...*, 205; N. Hamilton, *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico* (Princeton: Princeton University Press, 1982), 248-249.

de la derecha mexicana a la creación del partido del oficial, el Partido Nacional Revolucionario ese mismo año.<sup>32</sup>

La derrota republicana en España estuvo directamente ligada a la política de no intervención adoptada por la Sociedad de Naciones en la Guerra Civil española. Esto fue así a pesar del esfuerzo diplomático mexicano en defensa de la Segunda República. En retrospectiva, la posición mexicana sobre la obligación de la Sociedad de Naciones de intervenir en el conflicto español en defensa del gobierno legítimo de uno sus miembros, sostenida por Isidro Fabela en Ginebra, era la correcta. Pero las grandes potencias apoyadas en su poderío militar y económico, prevalecieron en su política de no intervención, orientada, en realidad, a limitar la influencia de la Unión Soviética en España y a apaciguar a los gobiernos alemán e italiano.<sup>33</sup>

La Segunda República se rindió formalmente el 1 de abril de 1939, el 15 de abril Alemania ocupó toda Checoslovaquia, y el 1 de septiembre invadió Polonia. Ese mismo día, Francia y Reino Unido declararon la guerra a Alemania. La Sociedad de Naciones, paralizada ante estos hechos, se reveló incapaz de cumplir con su mandato original de evitar otra guerra europea, defender a los estados miembros contra agresiones extranjeras y sancionar a los agresores. Isidro Fabela, el representante diplomático mexicano en la Sociedad, fechó su último reporte al presidente Cárdenas desde Ginebra el 18 de septiembre de 1939. En él analizaba el pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, y el subsecuente desmembramiento de Polonia. La XIX Asamblea de la Sociedad de Naciones, celebrada el 21 de septiembre de 1938, fue la última reunión ordinaria de la organización. Aunque el Consejo de la Sociedad de Naciones se reunió varias veces después de esa fecha, en diciembre de 1939 la Asamblea celebró la que sería su última reunión extraordinaria, convocada para tratar la invasión soviética de Finlandia.<sup>34</sup>

En abril de 1945, delegados de 51 naciones se reunieron en San Francisco para redactar la carta de fundación de la nueva Organización de las Naciones Unidas (ONU). Los delegados firmaron el documento el 26 de junio, y el 24 de octubre fue ratificado por los miembros del Consejo de Seguridad. La disolución oficial de la Sociedad de Naciones tuvo lugar durante la primera Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en Londres en 1946, y todas las responsabilidades, servicios, mandatos y propiedades de la Sociedad fueron transferidos a la ONU.<sup>35</sup>

<sup>32</sup> Meyer, *The Course of...*, 519.

<sup>33</sup> El argumento de Gran Bretaña y Francia de no intervenir en España propició la victoria franquista. Las grandes potencias veían a España y a México como parte de la órbita soviética. Sobre este punto, véase Oñate, "Nonintervention through Intervention. Mexican Diplomacy...", 68-70.

<sup>34</sup> A. Sánchez Andrés y Fabián Herrera León, *Contra todo y contra todos. La diplomacia mexicana y la cuestión española en la Sociedad de Naciones, 1936-1939* (Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2011), 383. Antes de 1939 la Sociedad de Naciones ya había ignorado otras violaciones al pacto de Ginebra y al mismo tratado de Versalles como la remilitarización de la Renania, la ocupación de los territorios sudetes y la anexión de Austria. Fabela, *Cartas...*, 239, y Acervo Isidro Fabela, México, vol. II, legajo 4, folio 098.

<sup>35</sup> League of Nations, *Official Journal*, Minutes of the 107<sup>th</sup> Session of the Council, Ginebra, Suiza, 14 de diciembre de 1939; Board of Liquidation. *Final Report presented to the State Members of*

El fallido esfuerzo diplomático mexicano en la Sociedad de Naciones en defensa del gobierno de la Segunda República española y el establecimiento de la dictadura franquista en abril de 1939 tuvieron profundos efectos sobre el proyecto cardenista en México, el cual aunque no pudo ser revertido, desde entonces se vio sometido a grandes limitaciones. 1939 fue, en verdad, un año cuyo estudio nos lleva a reconocer que esa generación de mexicanos compuesta por protagonistas como Cárdenas, Bassols y Fabela tenía muy claro que no es posible permanecer pasivos ante las amenazas a la democracia, aunque éstas ocurran en lugares separados por grandes distancias, como México y España. **Ω**

*the League of Nations*, Twenty-first Ordinary Session, Ginebra, Suiza, 18 de abril de 1946; Robert E. Lerner, *Western Civilization*, II, 991.

# Los autores

**Ricardo Becerra** es economista, presidente del Instituto de Estudios para la Transición Democrática (IETD) y periodista en *La Crónica de Hoy* y la revista *Etcétera*. Fue jefe de Asesores del secretario ejecutivo del Instituto Federal Electoral y subsecretario de Desarrollo Económico de la Ciudad de México. Es coautor de los libros *La mecánica del cambio político en México* y *Aquí volverá a temblar*, además de coordinador de *Equidad social y parlamentarismo* e *Informe sobre la democracia en México en una época de expectativas rotas*. Actualmente coordina el proyecto para la Resiliencia hídrica y telúrica de la Ciudad de México en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

**Juan F. González Bertomeu** es profesor en el Departamento Académico de Derecho del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). Es doctor en Derecho por la Universidad de Nueva York. Sus campos de especialización son teoría y derecho constitucional, teoría legal y análisis económico del derecho, temas sobre los que ha impartido cursos en la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad de Palermo, la Universidad de San Andrés, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Los Andes. Es miembro del consejo editorial de *Isonomía* y de la *Revista Jurídica de la Universidad de Palermo*, de la que fue editor entre 2005 y 2013.

**Anna Lührmann** es subdirectora del Instituto Variedades de la Democracia (V-Dem) y profesora asociada en la Universidad de Gotemburgo. Previo a su ingreso a la academia, fue integrante del Parlamento Federal alemán (Bundestag) de 2002 a 2009. Culminó su doctorado en 2015 en la Universidad Humboldt de Berlín, con una tesis sobre la asistencia electoral que brinda la Organización de las Naciones Unidas. Su investigación actual se enfoca en las formas y causas de la erosión democrática en varios países del mundo.

**Staffan I. Lindberg** es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Gotemburgo y director del Instituto Variedades de la Democracia (V-Dem). Es doctor por la Universidad de Lund. Su tesis doctoral, “The power of elections: Democratic participation, competition, and legitimacy in Africa”, ganó en 2005 el Premio Juan Linz que otorga la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA) a la mejor tesis en el estudio comparado de la democracia. Su trabajo sobre clientelismo, elecciones y democratización ha aparecido en revistas académicas internacionales como el *American Journal of Political Science*, *Perspectives on Politics*, *Journal of Politics*, entre otras.

**Abdiel Oñate**, oriundo de la ciudad de México, es profesor emérito de Historia en la Universidad Estatal de San Francisco, California. Doctor en Historia por El Colegio de México (1985), ha sido profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana, en México, y en la Universidad de California, Berkeley. Hasta 2017 dirigió del Programa de Estudios de América Latina en la Universidad Estatal de San Francisco. Es autor de *Banqueros y hacendados. La quimera de la modernización en México, 1908-1926*, de *Razones de Estado. Estudios sobre la formación del Estado mexicano moderno, 1900-1934*, y coautor en otros cuatro libros. Ha publicado reseñas y artículos de investigación en revistas especializadas.

**David Pantoja Morán** es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Es doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de Michoacán. Fue director general de Educación Superior en la Secretaría de Educación Pública (SEP), coordinador del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM y secretario general de El Colegio de México. Es autor de *Escritos políticos de Sieyès, El Supremo Poder Conservador, Bases del constitucionalismo mexicano: la Constitución de 1824 y la teoría constitucional* y *La idea de soberanía en el constitucionalismo latinoamericano*.

**Thea Riofrancos** es profesora de Ciencia Política en Providence College. Es doctora en Ciencia Política por la Universidad de Pennsylvania (2014). Sus temas de investigación son la democracia radical, el extractivismo, los movimientos sociales y la izquierda en América Latina, que han sido desarrollados en artículos en las revistas *Perspectives on Politics, Cultural Studies* y *World Politics*, así como en ensayos en *N+1, Dissent, Jacobin, In These Times* y *NACLA*. Actualmente se encuentra trabajando en su libro *Resource Radicals: From Petro-Nationalism to Post-Extractivism in Ecuador*, que será publicado en 2020 por Duke University Press.

**Kenneth M. Roberts** es profesor en el Departamento de Gobierno de la Universidad de Cornell, distinguido con la cátedra Richard J. Schwartz. Su investigación está dirigida al estudio de los partidos políticos, el populismo, la desigualdad y los movimientos sociales, en particular en América Latina. Sus artículos han sido publicados en *American Political Science Review, World Politics, Comparative Political Studies, Comparative Politics, Latin American Politics and Society* y *Studies in Comparative International Development*. Es autor de los libros *Changing Course in Latin America: Party Systems in Latin America's Neoliberal Era* (2014) y *Deepening Democracy?: The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru* (1998), además de coeditor de *The Resurgence of the Latin American Left* y *The Diffusion of Social Movements: Actors, Mechanisms, and Political Effects*.

**María Paula Saffon** es investigadora titular del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Doctora en Ciencia Política por la Universidad de Columbia y abogada *summa cum laude* por la Universidad de los Andes, donde realizó una maestría en Teoría del Derecho. Fue becaria posdoctoral en estudios raciales y étnicos de la Society of Fellows de la

Universidad de Princeton. Sus campos de especialización son la historia política comparada, la teoría política y constitucional y los estudios empíricos del derecho.

**Mariano Sánchez Talanquer** es profesor investigador titular de la División de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y miembro de la Academia para Estudios Internacionales y de Área de la Universidad de Harvard. Es doctor en Gobierno por la Universidad de Cornell. Sus líneas de investigación incluyen la formación del Estado, debilidad estatal, representación democrática y la economía política de la desigualdad. Su trabajo ha sido publicado en el *Journal of Democracy*, en diversos capítulos de libros y próximamente en *Latin American Politics and Society*. Su tesis doctoral, “Estados divididos: historia, conflicto y construcción de Estado en México y Colombia,” recibió en 2018 el premio William Anderson a la mejor tesis doctoral en el campo general de federalismo, relaciones intergubernamentales, Estado y política local, otorgado por la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA).

**Andreas Schedler** es profesor investigador titular del Departamento de Estudios Políticos en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Es autor de *The Politics of Uncertainty: Sustaining and Subverting Electoral Authoritarianism* y *En la niebla de la guerra: Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*. Entre 2000 y 2012, primero como presidente y posteriormente como vicepresidente, refundó y consolidó el Comité de Conceptos y Métodos de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA). Sus artículos han sido publicados en revistas como *Comparative Political Studies*, *Perspectives on Politics*, *Journal of Democracy*, *European Journal of Political Research*, *Party Politics*, *Journal of Political Philosophy* y *Political Research Quarterly*.

**Nadia Urbinati** es profesora del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Columbia, especializada en el pensamiento político moderno y las tradiciones democráticas y antidemocráticas. Es doctora por el Instituto Universitario Europeo en Florencia. Es autora de *Me The People: How Populism Transforms Democracy*, publicado en 2019 por Harvard University Press. Entre sus libros también se incluyen *Democracy Disfigured: Opinion, Truth and the People*; *The Tyranny of the Moderns*; *Representative Democracy: Principles and Genealogy*, y *Mill on Democracy: From the Athenian Polis to Representative Government*. Ha publicado además múltiples artículos, ensayos y reseñas y sido editora de prestigiosas revistas especializadas en teoría política como *Constellations: An International Journal of Critical and Democratic Theory*. En 2008 recibió la Orden del Mérito de la República Italiana por sus contribuciones al estudio de la democracia y su difusión en el extranjero del pensamiento liberal y democrático italiano.